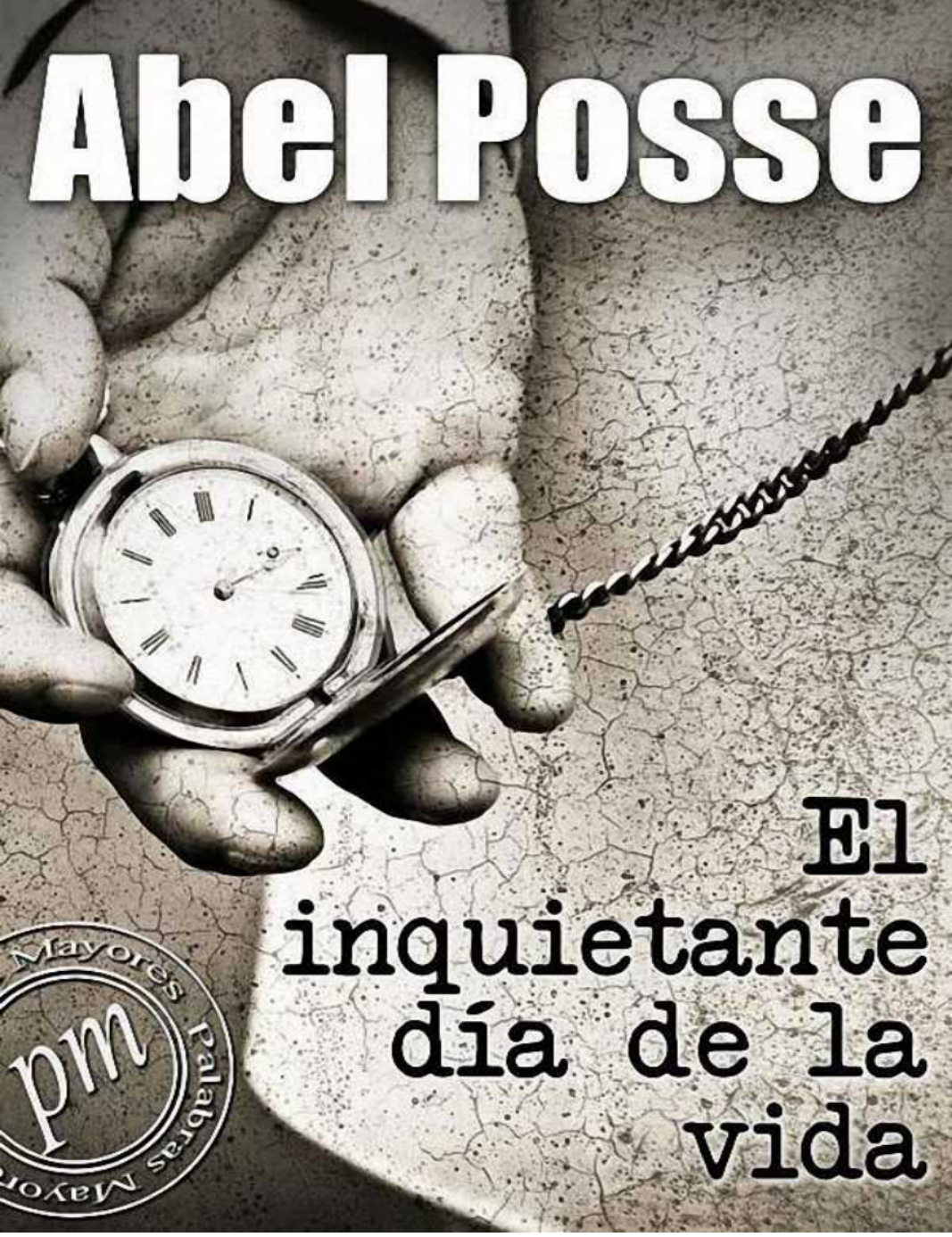
Abel Posse



El inquietante día de la vida

Palabras Mayores

ABEL POSSE

El inquietante día de la vida

Colección: Palabras Mayores

Editorial: Leer-e
Director editorial: Ignacio Latasa
Diseño portada: Leer-e

© Abel Posse
© de esta edición, 2013
Leer-e
www.leer-e.es

ISBN: 978-84-15858-56-0

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

Distribuye: Leer-e 2006 S.L.
C/ Monasterio de Irache 74, Trasera.
31011 Pamplona (Navarra)

Para Elba Alicia,
nieta de Felipe Segundo

PRIMERA PARTE

El Mar Dulce

YO, FELIPE ESTEBAN (TODOS EMPEZARON A LLAMARME FELIPE SEGUNDO, pues el indiscutible Primero fue mi padre, hombre notable y poderoso) he tenido la suerte de vivir una experiencia alucinante. Me pasaba como a la mayoría, me sobrevivía en la llamada normalidad, hasta que por una causa inesperada —absolutamente inesperada— me vi convocado a realmente vivir. Yo no me refiero a nada especialmente heroico, de carácter político, intelectual o artístico. (Uno cree haber nacido, pero el parto es lo de menos. Los hombres se paren a sí mismos. A veces de susto, por desgracia o lo más raro: por sabiduría).

Lo cierto es que bastó que pisase el umbral de la muerte para que mis días se llenasen de vida.

En aquellos tres últimos años mis jornadas eran organizadas y lamentablemente normales y previsibles, que es lo que insensatamente buscamos. Vivía yo con todos los privilegios de la riqueza y de nuestra posición familiar en Tucumán, esa "pequeña e intensa República de Azúcar" como la llamó nuestro poeta regional, el buen Zaldívar.

Eran temporadas de días largos y aparentemente perfectos. Dos o tres veces por semana aparejaban la calesa que compró mi padre en Londres (cuando importamos los trapiches hidráulicos para los ingenios azucareros de Concepción y de Los Aguirre). Es un carruaje admirable, el más elogiado en la ciudad, sobre todo por su tiro de tordillos normandos tan parejos y sanos. En menos de una hora podemos ir desde nuestra casona de la Plaza Independencia, por el camino de Los Aguirre hasta el San Felipe, una verdadera ciudad-ingenio, con dispensario, escuela, cárcel, almacenes, proveeduría; donde viven concentrados y relativamente felices los trabajadores a nuestro servicio. Incluso hicimos leva para un regimiento de la milicia regional que yo comando y que me obliga a vestir el uniforme en cuatro o cinco festividades por año.

El magnífico tiro de normandos que sale de San Miguel de Tucumán, llega transformado en esculturas de terracota ocre, por el

polvo de estos caminos resecos y desdichados. Hay que limpiarles las pestañas y sacarles la espuma pegajosa de los belfos empolvados.

Recorro la planta del ingenio. Me encierro una hora con el ingeniero Alurralde y el administrador. Saludo a los capataces. Nada es importante. Lo importante es que sepan que uno va: mirada de patrón engorda el ganado.

Almuerzo en el edificio principal. Un verdadero palacete digno de Bruselas que mi padre encargó al arquitecto Lagny (el que hizo el famoso hotel de Ostende). Hay un comedor con porcelanas inglesas, muebles de Coulhardt y una gran naturaleza muerta, con perdices o mejor, codornices —del hemisferio norte— pintada por Delafosse. Yo como invariablemente un tamal, un churrasco vuelta y vuelta con una papa hervida y tomo una copa de Gevray-Chambertin (de las pocas botellas que no se degradaron al cruzar el horno ecuatorial).

La siesta es un refugio, lejos de los invitados y del ruido de los chicos de nuestra casa en la ciudad. En el San Felipe vivo lo más reparador del día: me pongo el camisón y me duermo en la enorme cama de bronce leyendo a mis poetas franceses o a Lacordaire o las críticas sutiles de Lenormand sobre la política de los “enanos de Napoleón”. Allí tomo las notas para mis conferencias. Es un momento de reflexión literaria y poética con frescura de corriente de aire y afuera, entre las hojas de los plátanos que plantó el abuelo, un altercado de urracas ladronas y trapacerías de gorrión. Para mí, Tucumán será siempre esos ruidos de pájaros en el follaje fresco del verano caliente y el coro de las chicharras cuando el termómetro marca cuarenta y dos grados a la sombra. Detrás de las persianas sabiamente entornadas, y con los pies desnudos sobre el mosaico fresco, leyendo a Chateaubriand, Stendhal o los simbolistas.

A las cuatro en punto, estarán mis botas de caña alta, impecablemente lustradas, sin rastro alguno ya de polvo ocre, esperándome frente a la puerta.

A las siete me encuentro en el Club Social o en el Círculo Monteagudo.

Hay pequeñas variaciones: ir con los amigotes al Café Colón, para reírse con anécdotas y chismes, o tener que padecer el teatro para complacer a Santos, mi esposa. No se trata de cultura sino del ineludible rito social.

En general la noche gira en torno a la cena en familia: a las diez y media en verano, a las nueve en invierno.

Hay monotonía con poder. O hay monotonía sórdida. La mía es

una monotonía de primera clase. Llena de poder y tedio. La esencia del tedio es la previsibilidad, como escribió Baudelaire. Y el hastío es en sí enfermedad sin alivio.

Mi mujer, Santos, es la mujer más buena del mundo. Ésta es su indiscutible calidad, desarmante, absolutamente disuasiva. Con Santos Ruesgas Martínez, Santos Martínez, como ella prefiere firmar, tuve ocho de mis hijos: Segundo, Matilde, Josefa, Ángel, Santos, Angela, José y Felipe.

Sencillamente es la mujer más generosa y simple que uno pueda imaginar. Según oyó declamar en una pieza de teatro, me dice que soy su Rey Sol, su verdadero Felipe Segundo (el gran rey desdichado y sombrío de ese mausoleo atrozmente ibérico, El Escorial). Santos es capaz de sacrificarse por todos y siempre. Esta generalización, esta costumbre cristiana, aparentemente le quitaría intensidad o heroísmo a su bondad. Es también cerradamente ignorante de todo. Iletrada y dulce, como el Tucumán profundo, sureño, en que nació; es sabido que en la provincia se les ahorra a las niñas el peligro de la letra y la idea propia. Se siente como creada por mí y para mis hijos. Yo, íntimamente, cuando me rebelo contra la entusiasta y ordenada mediocridad que impone, debo reconocerme mi incapacidad para igual o parecida entrega de amor. Ella no perdió la inocencia primigenia. Yo soy Adán, pero ella no es aquella Eva. Mi primo Ángel piensa que en ese darse bondadoso de la hembra, hay una inconfesada estrategia de poder y dominación. Dice que se dan para tenernos. Renuncian para ocupar todos los espacios. Él, que es muy saludablemente masón compara a la hembra con “la noche del cristianismo”, como dice.

Pero Ángel es un verdadero demonio. Incita a reflexiones escandalosas, y es sabido que es mejor que el hombre viva y no piense tanto. Lo cierto que la bondad de Santos es una realidad cotidiana que trasciende el fraserío intelectual de Ángel.

Yo, ahora, reflexiono y pienso por qué caí en la conciencia del tiempo terminal. Un hombre normal es más bien un poco tonto y abombado: es, sin muerte. Se mueve olvidado de la muerte. Hasta que la muerte se le aparece a la vuelta de la esquina más impensada y ya se transforma en una especie de lisiado moral, en un intelectual que hasta se demora en pensar si vale la pena tumbar a una chinita.

La conciencia y la cultura amariconan. La conciencia de la muerte puede despertarnos.

Pero es un hecho que mi mujer, Santos Martínez, está en el centro de mi casa y de mi vida.

Yo no voy a misa, pero la acompaño, como todos los librepensadores de nuestra sociedad, los domingos hasta la escalinata de la iglesia Matriz. Verdaderamente es un espectáculo de poder ordenado verla con sus hijos cuidadosamente vestidos con trajes de seda y terciopelo de Londres (aunque se mueran de calor), en perfecta fila india, seguidos por las cholitas llevando las sillitas de paja apoyadas en la cabeza para que los niños puedan oír misa con un mínimo de comodidad y no en los bancos de tosco y durísimo algarrobo que dedica a su grey la falsa y estudiada austeridad de la Iglesia.

Hasta que se produjo el incidente, yo estaba completamente dedicado, como todos los poderosos de mi poderosa familia, a la tarea de transformar a Tucumán en un pilar de la nueva Argentina (modestamente dicho).

Esto empezó en los últimos años, alrededor de 1880, y adquirió una fuerza inusitada. Por suerte estamos nosotros, en Tucumán, para impulsar a los nuestros, Avellaneda, nuestro pariente Roca, el tío Pepe y hasta el talentoso egoísta de Alberdi, para que las tres capitales: Tucumán, Córdoba y Buenos Aires, sean un eje de fuerza y decisión para la modernización y el progreso. (Por cierto que con los ladinos cordobeses la fundación de la verdadera Argentina no puede tener mucha constancia, pero son imprescindibles, aunque muchas veces traicionen como santiagueños).

Sudamérica, desde el norte de México hasta el Polo, es un feto más cerca de la muerte que de la vida: una raza quebrada, mujeres analfabetas y beatas, indios roñosos y atroces mestizos lampiños y ruidosos. Ni siquiera es un pueblo de criminales, porque para el crimen se necesita fuerza y coraje. Ni Bolívar, ese genio tenazmente equivocado, pudo con esta raza agradablona, sobona, con esa alegría boba de sonajero de carey, de pandereta española exiliada. Nos tocará a nosotros darle el golpe de horno que le falta a esa greda blandona. La primera obligación de la Argentina es inventarse su propio pueblo. Un pueblo fuerte y digno del mundo de primera.

Las guerras de Independencia crearon algún alivio de negros, sobre todo en Norteamérica y en este sur templado que es la Argentina. Hemos resuelto tener a raya a los indios, como contó Sarmiento a mi tío Pepe al volver de Norteamérica. No queremos ni chiriguanos, ni lules, ni comechingones, ni matacos; que durante siglos no fueron más que sirvientes atrasados del Incario o carne para la esclavitud colonial ibérica.

El blandengue tan talentoso, de Alberdi, lo dijo con toda claridad en la gran comida que le dió el tío Wenceslao para

agradecerle las cosas que hizo por nuestra familia cuando era valido o alcahuete del bruto general Heredia. (Fue cuando salvó la vida de Felipe, mi padre, y de sus amigos, que se habían alzado contra el atraso del generalote rosista adueñado de la Provincia. Habían complotado con los coroneles Helguera y Murga. Heredia era un buen hombre, pero por eso era un peligro: amaba la tierra y a su gente. Era popular, bruto y hasta generoso. Mi padre, y ahora los que mandamos en la Argentina, sabemos que ese amor permisivo por el mero estar y lo auténtico —en el sentido de Rosas— harían de la Argentina un país más en el panorama de atraso que va desde los titíes caribeños a los macacos de Brasil).

En aquella comida (me llevan las digresiones…) Alberdi calculó que la Confederación no tendría más poblaciones decentes que en las capitales (nuestro Tucumán tiene sólo treinta mil habitantes). Así las cosas, explicó Alberdi, se hace evidente que tenemos un país vacío. Gobernar es poblar. Pero poblar con gente, no con el mestizaje y la resaca humana sudamericana. Había que llenar el país de gringos. Cambiar todo. No ser flojos y salirse del patriótico desprecio al extranjero. O queremos hacer un país en serio o queremos la bosta sentimental y el guitarreo en la nada.

Traer gringos rubios, no importa de donde vengan. Traerlos aunque sean atroces ingleses protestantes o pérfidos judíos. Europa está llena de indios rubios que se mueren de hambre. Hay que traerlos. Si el país es un desierto y hay que poblarlo ¿qué mejor que crearnos una raza fuerte en vez de esa tristeza de indios vencidos y de cholos?

En Europa, siguió Juan Bautista, se mueren de hambre. En Suecia, Irlanda, Inglaterra, Liguria, Nápoles, Rusia, Polonia, Cerdeña, Dinamarca: se mueren de hambre. Son formidables trabajadores y no tienen tierra.

—¿Quién tiene la tierra? —preguntó Juan Bautista. En Ucrania, en la Moscovia, en Armenia, la gente muere de terror por los déspotas. Los imperios y las guerras los han arruinado.

Y la respuesta de todos los que estaban alrededor de la mesa espectacular, que Wenceslao había preparado para el homenaje en el ingenio La Esperanza, resultó obvia. El silencio ante lo evidente. Cambiaríamos tierra y espacio de vida por civilización. Tendríamos que modificar el lánguido tiempo de esta dulce orilla marginal.

Pero eso fue antes. Ahora, desde 1880 se puede decir que pese al liberalismo de Avellaneda, con nuestro Roca y el general-troglodita Sarmiento —tan amigo del tío Pepe— la Argentina entró en un camino triunfal.

Sarmiento lo explicó el otro día en el Club Monteagudo sin comerse las palabras:

—Si a un cholo o a una chinita de tres años, que anda en la roña, en el fangal, con el culo al aire y descalzos, los obligás a ir todos los días a un colegio modesto y limpio y les das a las ocho de la mañana Himno Nacional y un vaso de leche (un vaso de proteínas), sacás un europeo aunque tenga pelo de carpincho y color marrón.

Hay que reconocerle a Sarmiento que en un país donde todos hablan o escriben a la francesa, tiene un estilo propio e indeleble.

—Con un vaso de leche les das las proteínas para la inteligencia básica. Con la educación creas un hombre y no un marginal. Hay que convencerse: o hacemos algo grande con este espacio vacío, con esta nada que llaman Confederación Argentina, o nos dedicamos a otra cosa, a chinitear y jugar a las barajas… como los gauchos de las pulperías. Y ya que nombré a esa gente, no hay que tener miedo: no hay que ahorrar sangre de gauchos…

”Como los hombres, los países se tienen que parir a sí mismos, con rigor y con voluntad. Hay conglomerados de hombres-sombras y hay naciones como Francia, Inglaterra y la Argentina que haremos.

Con el tiempo, si el sueño se define, se podrá decir que la Argentina nueva fue el invento de dos tucumanos que se peleaban con un sanjuanino loco pero genial.

NUNCA PASA NADA EN TUCUMÁN. De modo que cuando pasa algo, se nota demasiado. El hecho de que el tío Felipe Segundo hubiese salido de su casona, a las tres de la tarde vestido de chaqué, chaleco blanco, galera gris perla y caña de malaca, era realmente alarmante. Pudieron haberlo visto, a esa hora de la siesta, dos o tres personas: lo suficiente como para que a las siete de la tarde en el café, en el Social o en el barato cotilleo de las veredas de la Plaza Independencia, ya veinte o treinta personas pudiesen decir haber visto a Felipe Segundo en ese extraño desplazamiento, llevando en la mano —no puesta— esa galera o cilindro, casi imperceptiblemente curvada como una columna partenopea, que había puesto de moda el esnob de Mansilla y que hasta el presidente Roca usó en su visita a Brasil, aunque con discreción o timidez militar, pues nunca osó calzársela en la cabeza. (Dicen que el loco de Sarmiento quiso imitar nada menos que a Mansilla y encargó en la casa Riganelli una galera parecida que fue el

hazmerreír de todo Buenos Aires. Pidió que la hicieran una pulgada más alta que el modelo inglés, de modo que le quedaba como la chimenea de un *steamer*. Para colmo, buscando ahorrar, quiso que el resorte de la chistera fuese nacional, no importado. Se le oxidó enseguida, de modo que al mes producía un atroz ruido.)

Felipe Segundo pasaba por ser uno de los más elegantes de Tucumán. Era extremadamente delgado. Más bien esmirriado, diría yo. Alguien escribió con acierto que la elegancia es cuestión de esqueleto. Puede ser, pero él exagera, es puro hueso. Yo, claro, paralítico de nacimiento, tengo a los veinticinco años las piernas de un chico de tres; le envidio pues, en todo caso, a mi tío Felipe Segundo, esas piernas largas y delgadas que propician la perfecta caída de los pantalones de gabardina inglesa que usa.

Como siempre, me pierdo en digresiones. A las tres de la tarde sólo lo pudieron haber visto el vendedor de achilata, que es tuerto, el zapatero catalán, que no descansa o el empleado de la librería París (del señor París), que prepara la vidriera con novedades (esto es, lo que se publicó en París o Londres hace un año, o cinco años).

Felipe Segundo cruzó la Plaza Independencia y alcanzó el "Estudio Photográfico Ángel Paganelli. Torino-Tucumán". Había concertado de hacerse un retrato. Debíamos haber pensado que había algo especial y particularmente significativo en su extraña conducta. La gente se hace un retrato de Paganelli (o, ahora, en lo de Valdez) para la comunión, para el casamiento o para legar a la cría y a la posterioridad una imagen definitiva. Nacimiento, casamiento, muerte.

Paganelli lo sometió a la tortura de no respirar, de no moverse y —al mismo tiempo— a la exigencia de ser "natural" (situación esta inexistente en la condición humana). Tengo la experiencia, cuando mi madre me hizo hacer la foto de la comunión, solemne con mi brazalete y mi almidonado cuello palomita, pero sentado ante un piano, como un concertista precoz, aunque yo no supiese tocar una nota. Todo para ocultar mis no-piernas. Mis flecos. (¿Por qué quiso hacerme una foto disimulando la mitad que me falta? La mitad motora. Pobre madre).

La foto del tío, viéndola ahora después de los hechos, demuestra que Paganelli logró retener lo fundamental de ese Felipe al punto del salto final y decisivo: la frente despejada, tan notablemente "inteligente" como la de algún retrato de Alberdi. La delgadez, que es siempre elegante. Pero el rostro, más que delgado, luce como chupado. No había arreglo. Las fotos, por más retocadas que sean, no pueden ocultar la esencia —o la nada— de un rostro. Y es un

rostro ya febril, donde su innegable distinción se mezcla con la angustia de la enfermedad. Se puede presumir ya la tos y aquel cierto sudor frío, malsano, que le obligaba a desplegar con fastidio el pañuelo para secarse la frente, las sienes, las manos. Una mirada como desencantada o neutral, sin mayor energía de expresión. Y la chistera gris perla que sostiene con la mano izquierda. Baja hasta el piso el trazo delicado del delgadísimo bastón de malaca, como un toque de acuarela oriental, una línea apenas, que en ningún caso podría darle apoyo sólido a su paso sobre esta tierra. En todo caso debimos saber que estábamos ante un episodio que hablaba claramente de la crisis de Felipe Segundo.

Pero ninguno pensó el porqué de aquella ocurrencia de cruzar el centro de Tucumán, a la hora de la siesta, para ir a lo de Paganelli escurriéndose como un adúltero. ¿Qué secreto guardaba?

A MI ME PARECE que Felipe Segundo, mi tío, estaba viviendo un episodio espiritual muy extraño. Él dirigía los martes la tertulia del Club Monteagudo. Nos reuníamos en el salón de la calle 9 de Julio. Allí funcionaba una biblioteca mal alimentada con donaciones de los socios. Felipe Segundo, con todo su poder económico, había aportado la mayoría de los libros y los más caros, y las estanterías de caoba norteamericana, con modulares de cristal para que el polvo salvaje y la humedad no afectasen demasiado los tomos de Hugo, Bossuet, Montaigne, Dickens, Baudelaire.

Ese martes él llegó como siempre, impecable, con su chaleco de piqué y corbata plastrón. Aquel mes estaba dedicado a Nerval y Verlaine. “Poetas de la Francia de Hoy”, según el anuncio que habían publicado en *El Orden.*

Yo ya estaba cuando él llegó. El negrito Eloy me había traído como siempre, empujando el sillón de ruedas por la calle San Martín con la brusquedad que le otorga más su ordinariez que su resentimiento social explicable. Llegaron las doce o catorce personas habituales, incluida Rita Kennedy, ella un poco como al descuido, siempre en la quinta o sexta fila de sillas vienesas, discretamente destartaladas, como todo lo que se dona.

La comentarista del día fue la profesora Malbec. Leyó con prolijo detallismo “la relación de alegría y angustia de Verlaine con su París”. Casi llorando o estremecida de justísima admiración citó:

Il pleut dans mon coeur
Comme il pleut sur la ville
Quelle est cette langueur

Sostuvo que era injusto que la Gobernación de Tucumán, las autoridades culturales, en suma, no trajesen a Verlaine como invitado de honor a los Juegos Florales de primavera. La Malbec no tenía el menor tino. Sin embargo, Felipe asentía gentilmente con la cabeza.

La Malbec hizo un análisis sobre Verlaine y la "belleza del alma" o esa paz que sólo puede provenir de una dimensión "severamente espiritual de la vida". Mostró de qué modo los versos de Verlaine son como *haikus* o instancias de un espíritu que se remonta hacia la plenitud cristiana. "Una ascesis dolorosa, un despojamiento del cuerpo bajo, para vestir el alma ante la proximidad de ese Dios que se presiente pero no se revela". Hablaba desde la mesita de siempre cubierta con el terciopelo rojo (una cortina vieja del gran salón de la casona de mi tío).

Felipe se apoyaba en su bastón. La vara se arqueaba y uno pensaba que se arqueaba más por el inmenso tedio de mi tío que por su exiguo peso.

Cuando todo terminó, Felipe Segundo anunció la reunión siguiente, "Hugo y el Cosmos", por el farmacéutico, el ilustrado señor Massini.

Mi tío Felipe suele ser breve, más por ocio que por timidez. Pero esa tarde cerró el acto con más palabras que otras veces. Al principio pensé que quería deslizar algún mensaje en clave a la Kennedy: después comprendí que se trataba de otra cosa. En esto él es como el rey desnudo, pretende que nadie sabe lo de la Kennedy con él.

Informó que había recibido correspondencia del invalorable amigo del Club Monteagudo, Eric Roperti, desde Bruselas que, como sabemos, efectúa una larga estadía con el fin de concretar la compra de separadoras centrífugas de bagazo para un importante ingenio azucarero de Concepción. Como de costumbre Roperti envió su encomienda de novedades políticas, médicas, teológicas y poéticas. Allí venía un número de *La Revue pour Tous* y otro de *Le Reliquaire* con poemas de un extraordinario desconocido, probablemente del círculo íntimo de Paul Verlaine, según Roperti.

Pero esto fue lo curioso que nos dijo Felipe después de tomar algunos sorbos del vaso de agua que la señorita Malbec no había osado tocar:

—¡Debo confesarles que hacía mucho tiempo, mucho, que nada me conmovió más que los versos —o versículos— de ese poeta

desconocido! No llevan a una admiración estética, como los de Verlaine que acaba de comentar la señorita Malbec… Más bien se trata de frases como las de un poeta presocrático. Parece que este poeta se llama Moreau, Arthur Moreau, o algo así. Roperti sólo tuvo una referencia de él cuando visitó al maestro Verhaeren, que por desgracia este año no podía moverse de Bruselas (lo invitamos ya por cuarta vez). La distancia de esta Europa centrífuga desanima a cualquiera.

Felipe procedió a leernos una carta que habría mandado el misterioso vate a un editor de Bruselas y que Roperti recortó de una desconocida revista *Moda, Literatura y Artes*.

—Vean lo que dice el tal Moreau: "Elogio de la decadencia. Roma después de Trajano y de Adriano. Circo. Venta libre de vinos con embriagadoras especies. Admirar y preferir descaradamente el esplendor de las fieras. Coliseo: bajo la espléndida luz de verano los escrofulosos cristianos, pálidos como nalga de monja, rezando sus sucias aleluyas mientras el tigre toma carrera bajo la enceguecedora luz del mediodía. No vacilar por tomar el partido de la muerte cuando se trata del 'hombre', el bípedo infame, el traidor de la Creación y de todas las fuerzas secretas del Universo. Clamo por un nuevo dios que nos devuelva las alegrías de la muerte, y las fiestas de la guerra ".

Felipe había leído con una voz monocorde. Pero se hizo un silencio. La curiosidad tediosa de la tarde en el Club Monteagudo quedó disuelta. Una bestia grande y noble había aparecido en el ruedo. Después de las sublimes languideces de Verlaine, aquello era como un rugido de león en una relojería.

Mi tío Felipe dijo que en la carta de Roperti venía muy poca información sobre Arthur Rameau o Moreau, o algo así. Que se trataba de un portento de diecisiete años. Que se decía en París que había escrito a partir de 1871 y durante un solo año, mientras crecía como una planta tropical, alcanzando al fin de sus salvajes poemas a medir un metro ochenta de estatura, aunque hubiese nacido en una familia de baja estatura. Era una monstruosidad o fenómeno psico-poético. Un atroz portento. Tal vez un enfermo genial.

Afirmó Felipe que se habían ubicado otros poemas de él y un libro que estaría en el sótano de un librero-editor que no se había atrevido a difundirlo. Dijo que Roperti ubicaría, a pedido de Iturri, el cholito Iturri, en París, para obtener más datos sobre el misterioso personaje.

—Iturri, muchos de ustedes recordarán a aquel vivaracho Iturri,

el que se fue a París…

Se produjo un silencio y Rita Kennedy levantó la mano.

—Invitemos a Moreau. Hagamos lo posible… Yo dono la parte del pasaje. Lo demás será lo de menos…

Felipe Segundo la miró primero con cierto temor, luego con benevolente tolerancia.

Delante de mí estaba sentado Alejandro, el hermano menor de Felipe. Yo veía su noble perfil, su cabellera de hombre fino. La viuda-madre no tenía consuelo. Si bien Felipe Segundo había quedado al frente del Ingenio y Alejandro se ocupaba de ventas y exportaciones, la terrible doña Rafaela, la viuda-jefa, solía murmurar al abanicarse en algún salón:

—¿Mis hijos? Dos hijos poetas y cuatro mujeres… ¿Qué quiere que le diga?

Alejandro había escrito un poema sobre San Martín y un canto sentimental al "amor ausente". No podía escuchar con mucho agrado las palabras de Felipe. Poesía era Lamartine, Musset. Parecía escuchar con enojo. Para él la poesía era algo de extrema importancia. Había que medir las palabras.

El Club se había encendido con una novedad, como recorrido por un estremecimiento nuevo. Felipe Segundo concluyó:

—Mientras tanto, como está programado, el próximo martes "Victor Hugo y el Cosmos"…

LLEGÓ EL GENERAL SARMIENTO. La ciudad está revuelta. Todos temblaban de que se apareciese en la gran recepción del Club Social de uniforme. Pero mi tío Wenceslao urdió que el general Campos se sentiría despechado porque había dejado su uniforme de gala en Córdoba y la cosa quedaría despareja. Parece que Sarmiento aceptó de mala gana. Había bajado del tren con cuatro valijas y una petaca de torero, una especie de jaula de cuero con estructura de madera y cerradura, donde traía el uniforme.

No hay uniforme de ex presidente, pero si lo hubiera, igualmente viajaría con este que se inventó, de general. Sus enemigos, que son tantos, dicen que mandó las medidas a la casa Rebollo, de Sevilla, donde se hacen los trajes de luces de los toreros. Pero parece que la verdad es que se trata de un invento de él sobre la base del uniforme que se había inventado Mitre. Claro que Sarmiento, imprudente y exagerado en todo, pidió charreteras grandes y bien doradas. En realidad, con tantas provincias separadas, con tantas guerras civiles, en la Confederación Argentina no hay dos generales con el mismo uniforme. Si se juntasen Roca,

Mitre y Urquiza en alguna conmemoración parecerían representantes militares de países distintos.

Lo cierto es que Sarmiento llegó a Tucumán con su petaca y no pudo usar el uniformazo que se hizo construir. Fue a la fiesta del Club Social con su frac presidencial, que ya era bastante barroco.

Mi tío, Felipe Segundo, no me dejó ironizar:

—Lo que quieras, reíte de lo que quieras, pero es el hombre más importante de la Argentina. Supo crear por el lado que nadie esperaba y, como por arte de magia, todos siguieron por donde él venía señalando —dijo mi tío—. Lo único que cambia a un hombre o a un país es la cultura. Y el loco logró salir con la suya. No hay chico que no quiera ir a la escuela con el guardapolvo blanco ni gobernador que no se jacte de contratar profesores para fundar una universidad o una escuela de artes y oficios… Impuso la moda más inesperada.

Observé a Don Yo, como lo llaman en Buenos Aires, durante el gran almuerzo con el que se lo homenajeó en el ingenio La Esperanza. Sus miradas rápidas. Su vozarrón con zalamerías y provocaciones. Una actitud permanente de actor que cree imprescindible llenar todos los silencios que asoman a la mesa. Siente honestamente que si él no actúa o habla, todo es silencio y aburrimiento.

Cejas velludas y completamente canosas. Cejas de anciano que ya se despide de la razón. El ojo izquierdo se fija con astucia de mirada de tiburón en las presas de la mesa. Se decide por el lechón adobado e indica perentoriamente la parte que quiere: bien tostada, entre la paleta y el costillar. El ojo derecho se posa con beneplácito en sus amigos, que tanto lo apoyaron políticamente, como nuestro tío Pepe. Ésta es una mirada blanda y casi afectiva. Tiene otra, general, demagógica, casi helada a pesar de las efusiones verbales.

Sarmiento el troglodita. El carpetovetónico. Personaje del terciario superior. Por eso quiere civilizarnos, fundar un país sin moscas, con baños públicos que huelan a cloro y con vacunación obligatoria. Hace un esfuerzo de orangután encadenado cuando aparece en su despacho del Ministerio de Educación tomando el té con las maestras norteamericanas, beatas, limpias, protestantes, sufragistas. Y él en medio de ellas, con sus cejas espesas y blancas de Dionisio envejecido, de Baco en cura de abstención.

Dice bien mi padre: “Lo que pasaba es que era mucho más incivil y más esencialmente bárbaro que el mismo Facundo”.

El vozarrón sacude su belfo y la papada. Elogia a Tucumán repitiendo frases enteras de un artículo que escribió años atrás:

“Jardín de la República”. Bastión de cultura y civilización en el Norte. Ciudad de la naranja siempre madura y de la mujer apetitosa (sic). “La primera y más profunda experiencia industrial y agro-industrial en un país de vacas, de bosta de vaca y de sembradíos coloniales”.

Don Pepe, el tío Pepe, es su cómplice, de igual o muy parecida coloratura caracterológica. Se alaban mutuamente y sus vozarrones crean como un lago de silencio intimidatorio a su alrededor. Invariablemente transforman al otro en público pasivo. Felipe Segundo mira con su habitual reserva. Es justamente el opuesto. Traen un espumante de Cuyo y don Domingo Faustino no vacila en juzgarlo igual o superior al champagne francés. Procede siempre por exageración. Desconfía de toda posibilidad de sutileza en sus interlocutores.

Las mesas, con manteles con los colores argentinos, giran en torno al árbol que quiso plantar él mismo, pala en mano a las diez de la mañana y aguantándose el sol sobre el chaleco de seda del frac.

Es una especie de roble paraguayo, le llaman sanantonio, ideal para el clima tucumano. “A la vuelta de un siglo nos encontraremos en cuerpo o en espíritu alrededor de este arbolito que ya entonces será bisabuelo y más enorme que el ombú…”. Y Sarmiento se pierde en facilidades retóricas no carentes de intencionalidad política.

Parece no amar a nadie. Hace y hace. Es como si hubiese descubierto que haciendo cosas concretas se venga en hechos y a golpes de futuro de quienes se burlan de él por su estilo y por sus formas tan deformes, en esta realidad de país más bien cursi, de país-casi-nada. Un insoportable titán.

Sarmiento monologa. Es, como lo llaman en Buenos Aires, “don Yo”. Es Yo Primero. Desliza continuas patadas contra Mitre, Alberdi, e incluso contra Roca, sabiendo las relaciones de parentesco y políticas que con él tenemos. No se le contesta. Se asiente sin asentir. Sólo hay que escucharlo. Después despotrica contra Larra como expresión inequívoca de la decadencia cultural de España. Y luego, sin saberse bien la conexión, se larga a hablar de toros y de sus experiencias madrileñas. Se jacta de haber compartido una “importante corrida” con Alejandro Dumas (y hace un breve silencio y nos mira como subrayando ese hecho mayor que de algún modo lo distingue). España son esas bailadoras que al agitar el ruedo del vestido a lunares muestran várices y picaduras de tábanos. España es Campoamor y esas moscas azules, como blindadas, que uno encuentra en paradores y ventas, que

raudamente vuelan de la letrina al comedor. España es el burro que toma agua en la plaza mayor. Es el clarín que anuncia la entrada de los toros en la plaza de Barcelona (para Sarmiento Cataluña es la única España europea). Y agrede a España unos diez minutos por lo menos. Como todo lo suyo hay odio y amor. En todo caso, es el más ibérico de esa refinada mesa.

Habla del ojo del toro como de una fruta bárbara y condenada, de los banderilleros ensartados como peleles, se conduele de los caballos destripados. Se lo escucha en silencio, su voz inunda como un asombroso rugido mítico. Habla del graderío: la España desdentada y con relente de vino de bota, pidiendo muerte como en la Roma de Trajano. El solazo de la tarde, la estocada. Se queja y elogia. Es la barbarie. Pero España es el toro bestial y el hombre el artista.

—¡Nunca viví trance más fascinante! —dice Sarmiento, el admirador de las maestras puritanas, como la buena señorita Mann y el grupo de incautas que trajo para sembrar instrucción en nuestro desierto—. ¡Imposible apartar un momento los ojos de aquella fiera, que con movimientos peristálticos de la cabeza está estudiando el medio de alzar en sus cuernos al elegante torero! —dice.

¡Las emociones del corazón! ¡La necesidad de emociones que el hombre siente, y que satisfacen los toros, como no las satisface ni el teatro, ni espectáculo alguno civilizado! (Fundó la "Sociedad Protectora de Animales" cuando era presidente y ¡hasta quería una policía especial para vigilar a quien les pegara a los caballos!).

Luego el silencio y nos mira mientras la gente, calladamente, asimila las contradicciones que él ve unidas por secretas coherencias. Cuando termina una parrafada su cabezota estatuaria gira para recibir la impresión del auditorio y se detiene invariablemente en la de su par, su espíritu gemelo, el tío Pepe, que asiente siempre y hasta hace algún gesto para instar a sus vecinos a la franca admiración.

Se entienden perfectamente como dos exiliados del neolítico.

Don Domingo Faustino exaltó la amistad de ambos: "Es perfecta: Pepe no me ve, porque está casi ciego y yo no le oigo porque como todo el mundo sabe estoy sordo de un lado…".

Después, soberanamente, tiende el plato y señala con imperativa precisión la tentadora rodaja de lechón debidamente tostada, que ha venido estudiando durante su perorata.

Por la tarde, después de los licores, se instala la orquesta militar de la retreta de los domingos y él pide polcas y sale a bailar,

infatigablemente, con las señoras. Echa la cabeza hacia atrás, bien alzada, y mantiene el brazo izquierdo muy recto. Con la cabeza indica el ritmo a la orquesta. Adopta expresiones de suavidad (vals) o casi marciales (polca). Como es sordo de un lado, se imagina la mitad de la música, pero no necesita más, se basta y se sobra solo. Lo que no oye lo imagina, hasta que gira y vuelve a embocar la huella del ritmo. Goza con las aceleraciones idiotas y populacheras de la polca y cuando interviene el clarinete o la acordeona con su bastardo *allegrissimo,* él sacude la cabeza ganado por la torva demagogia del ritmo fácil.

De vez en cuando, adueñado de la orquesta de chinos melancólicos de la guarnición, les lanza un rugido de aprobación, o de impulso, si sospecha atonía. Es el primero en aplaudir cuando termina el vals y el violinista ciego y acalorado tiende la mano hacia la botella de cerveza. Para el ex Presidente esa orquesta de cholos de retreta equivale a la banda de Cantón, no aprecia mayores diferencias, cosas de sordo.

En la pista se evidencian sus tremendos botines, de punta cuadrada y suela para montaña. Seguramente se los habrá comprado en Estados Unidos: botines de atroz predicador protestante. Los que la señora Mann debió de elegirle a su marido el puritano.

CUANDO VOLVÍ DE LA REUNIÓN EN EL CLUB MONTEAGUDO, mi mujer, Santos Martínez, me estaba esperando. Ni me dejó sacarme la levita y el plastrón: me tomó de la mano, me hizo cruzar el segundo patio y me metió, lo más exaltada, en la cocina en plena actividad del hembraje de servicio capitaneado por la negra Trinidad.

Habían trabajado desde la mañana. Entrar en la cocina era como ingresar en el corazón acaramelado de un ingenio. Tres grandes ollas exhumaban aroma de mermeladas y jaleas.

—¡Para todo el año! —exclamaba la entusiamada Santos. Las hornallas estaban al rojo. Saltaban chispas de la leña y las llamas lamían las enormes ancas de las ollas. Ángel, Ángela y Felipito corrían excitados por el fuego. Asunción, Estefanía y Trinidad revolvían con cucharones de madera.

Santos me mostró los frascos que había encargado. La novedad es que ya no eran de vidrio esmerilado sino que tenían un borde de goma y un cierre a resorte.

—¡Mire lo que es la ciencia! —dijo Santos que no me tuteaba ante la gente de servicio—. Con los esmerilados a veces se forma moho. Éstos son herméticos…

Los chicos pegaban en los frascos las etiquetas escritas con tinta: “Mermelada de cascos de naranja”, de “naranja cortada fino”, “jalea de chirimoya”, “de mandarina”.

Trinidad probaba con el cucharón y regulaba la cantidad de azúcar blanquísimo, del mejor que producía el San Felipe. En la marmita borboteante giraban las medias naranjas. Según Santos, el arte consistía en regular el sabor agridulce requerido. Los medios cascos aparecían en la superficie burbujeante del magma original y luego desaparecían en la profundidad de la gigantesca olla según misteriosas leyes regidas por el poder del fuego, repitiendo los mismos impulsos del movimiento cósmico. Sólo el cucharón de Trinidad descomponía el misterioso ritmo original de la Gran Cocción.

—¿Qué mira? —me preguntaba asombrada Santos—. Pareciera que usted se queda mesmerizado. ¿Nunca vio hacerse un puchero? —Santos había incorporado la palabra “mesmerizado, mesmerizar”, a partir de la conferencia de Etchecopar en el Club Social, sobre “El infinito misterio de la humana Psiquis”.

Los chicos más pequeños corrían entre los canteros del patio. Los perros ladraban. Las chinitas se reían a carcajadas de cualquier cosa. El fuego alteraba el ritmo callado de una casa donde, desde la muerte de mi padre, prevalecía —impuesta por mi madre— una ley luctuosa, de discreción y silencio.

Esa misma tarde yo había cometido un acto de cobardía frente a mi todopoderosa madre, esa doña Rafaela —tiránica e injusta— que consideraba a mi mujer, madre de mi larga cría, como una simple reproductora, un ser de segunda clase. Tal como ella lo había preparado ante el escribano Padrós, “pasé a firmar”, antes de la reunión en el Club, nada menos que la exclusión de Santos Ruesgas Martínez como heredera. Sólo mis hijos y mi madre, doña Rafaela, se dividirían la eventual herencia. Volví caminando, con un visceral desagrado existencial. Aquella alegría de la cocina —el universo de Santos— no me hacía olvidar mi callada cobardía notarial. Cobardía, renuncia, asentada en el desierto del papel sellado. Yo había lanzado el proyecto de esa decisión judicial en relación con el plan general que me había propuesto. En caso de mi ausencia definitiva había que proteger la continuidad del ingenio San Felipe como la base del futuro de mi larga prole. Considerando la enorme debilidad de Santos, carente de toda defensa ante las artimañas de tantos ambiciosos, como Faget y otros pretendientes de mis hermanas, tuve que centrar en torno a mi madre la titularidad del Ingenio. Tuvimos un breve diálogo en el que debí callar mis

temores acerca de mí mismo y aceptar las ironías de doña Rafaela ante lo que entendía como mi "razonable capitulación". Y no dije nada. Fue un trago amargo organizar con Sal y el escribano Padrós lo que todos entenderían como el reconocimiento sensato de una especie de definitiva incapacidad de sobrevivencia de Santos, la santa. Y me callé. Pero ejecuté esa especie de traición pensando en la razón superior: la seguridad de mis hijos y de ella.

No podía permitirme sentimentalismos ante la realidad y el plan que tuve que forjarme.

Santos se acercó con la cuchara de madera para hacerme soplar. Cómicamente, haciendo reír a los chicos, soplaba el almíbar caliente para que yo no me quemara. Lo probé.

—¡El punto justo! —exclamé. —¡A llenar los frascos y a no quemarse!

Nunca me pareció más amargo el dulce aquel, "pára todo el año".

Santos, cansada de su labor, salió al patio para ver el atardecer. Me llamó alborozada para compartirlo. Su mirada brillante, entregada a la renovada magia del Sol en su lecho de nubes rosadas y rojizas. Embelesada, como el primer ser en el primer día del Génesis.

Miré con ternura su espalda un poco agobiada por sus partos. La carne tibia de su cuello. Extendí el brazo y la acaricié y ella se refugió en mí, contra mi pecho, y me sentí atrozmente mal.

Al pasar hacia mi cuarto, más allá del largo zaguán, vi el quinqué encendido de mi madre. Ella era la que seguía ocupando el gran dormitorio que parecía un homenaje permanente a mi padre, muerto más de quince años atrás. A esta hora del atardecer, ella suele charlar con mis hermanas Águeda y Juana. Miran hacia la plaza, con los visillos corridos. El eterno ronroneo de las mujeres, misteriosamente banal.

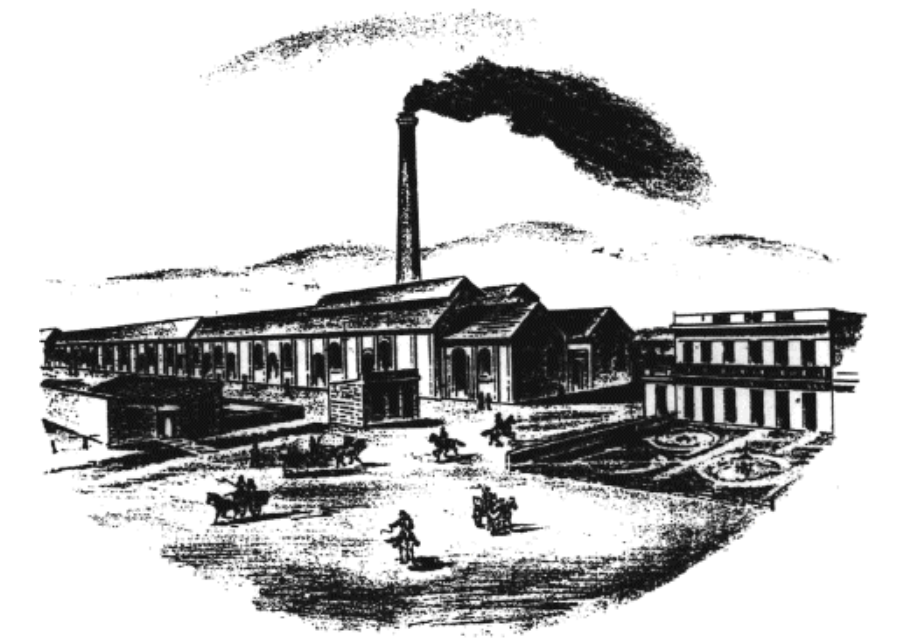
Doña Rafaela, mi madre, no nos dio espacio. Tampoco —por esa maldita educación de "caballeros"— se lo hemos sabido quitar, para que dejase de ser esa madre/padre todopoderosa que suele decir que tiene "cuatro hijas y dos poetas", dejando las palabras y la mirada colgando, complacientemente receptiva a toda sonrisa de complicidad.

Los martes cena directamente en sus cuartos de adelante con Faget o con los técnicos franceses o con el administrador Alurralde, para demostrar su independencia, su autoridad. Comen debajo del enorme retrato al óleo de Felipe, mi padre, bien llamado Felipe el

Hermoso (y que tuvo seguramente mucho más carácter que aquel apuesto marido de doña Juana la Loca).

No es fácil resolverse por quitarle espacio a la propia madre, cuando considera que es la continuación femenina de su marido difunto. Si bien es insoportable que un hijo no se abra camino imponiendo su carácter ante el padre, rebelarse y excluir a la madre es realmente un paso mayor.

Ahora está ella hablando con mis hermanas, alrededor del quinqué de la sala de recibo. Al fondo, en la cocina, en complicidad con las negras, las chinas y las cholas, está Santos que hoy acabo de excluir de la testamentaría, en beneficio de mi madre y también de mis hijos. Es como si yo la hundiese para siempre en el fondo de la cocina. Es evidente que Santos, casi analfabeta, protegida desde niña por sus padres de los peligros de la cultura, de la acción y de la autonomía, no puede pretender dirigir el ingenio San Felipe y las otras propiedades. Es lo femenino llevado a su punto de exasperación.



Fue así: el escribano Padrós estaba entre las caobas y libros de lomo dorado de su estudio en la calle Congreso.

—Me dijeron que hay algo que firmar — dije con una voz lamentable, de delator. El secretario me hizo pasar al “salón de firmas”, donde ni Padrós ni mi madre se hallaban. Sólo el petimetre

del secretario con una mirada neutra, de quien presencia un acto obsceno sobre el que no puede permitirse opinar por razones de jerarquía.

El Libro de Protocolo está abierto en la página debida.

—El señor escribano dijo que está debidamente corregido, pero que si usted lo desea, vendrá a leerle la escritura…

—No. Prefiero firmar.

La pluma crujió porque firmé de parado. Saltó una gotita de tinta negra que el secretario se apresuró a secar.

Era el peor acto. Vergonzoso y privado. Entregaba mi familia a mi madre. Desposeía a la pobre Santos sin jugarme yo por su bondad, por su ignorancia, por su amor claro con que me diera mis ocho hijos. Renunciaba yo a la batalla que no quise dar desde la infancia, cuando supe que no quería ni podría repetir a mi padre. Cuando adiviné las primeras desilusiones de mi madre cuando empezaba a comprobar que nunca ocuparía el espacio del fundador, mi padre.

Y me fui de la Escribanía como quien se escabulle de un prostíbulo.

No quise cenar (ni comer la flamante mermelada de cascos de naranja con arroz con leche y canela). Me largué en el tílburi por la noche fresca rumbo al Ingenio. Había elegido la eficacia, las razones económicas. Pensé que Santos nunca podría dar seguridad a la familia en el caso de que quedase descabezada. Pero no podía permitirme el lujo de dudar…

YA DESDE LAS AFUERAS DE LA CIUDAD se lo veía encendido en la actividad incesante de la noche de zafra. El tílburi dejaba atrás a esos seres anónimos de la tierra que iban, volvían o se tumbaban como bestias cansadas en el borde del camino. A veces, un brillo de luna en la hoja azucarada del machete. Centenares de seres que vivían del ingenio San Felipe. Hombres sin mirada, de tez oscura, cholos o matacos, o santiagueños que llegaban para el trabajo temporario. ¿Quiénes eran esos sombríos sobrevivientes? ¿Qué atroz y equivocada esperanza los llevaba a tanto esfuerzo? Días y días de oprobio, de miserias, y de vez en cuando ese mínimo placer o esa gota de amor capaz de volver a despertar la trampa de la esperanza.

La Luna les da bordes humanos a esos hombres-sombras. Muchos se tambalean borrachos de aguardiente de caña. Otros gritan algo al paso del tílburi. A veces hay que agitar el látigo.

Luna fuerte que sube por el lado del Aconquija. Una Luna

grande y amarillenta en la noche calma. Avanza por los espacios de caramelo y almíbar. El aire mueve mantos de azúcar quemada. Pasamos al lado de un convoy de carretas cargadas de caña. Se oye el tren de trocha angosta entrando en la playa de descarga con su locomotora de juguete, siempre enojada, estornudando su rabia en una nube de vapor blanquecino.

Los niños jugaban en las puertas de las casas del personal permanente del Ingenio. Era tarde. Unos borrachos tratan de organizarse en coro alrededor de una guitarra. Mujeres sentadas en los escalones. Las arcadas del "pueblito" de San Felipe proyectan una guirnalda de sombras festoneadas por la poderosa Luna. Los gritos de los chicos. Más allá el frente del "Almacén y Tienda San Felipe", manejada por el gallego Gómez, incontrolable traficante. Los niños corren hacia la locomotora que piafa y se sacude hasta quedar inmóvil. Pretenden alcanzar la campana, pero el lomo hirviente del pequeño dragón metálico la protege del asalto. Grita don Liborio y amenaza con tirarles piedras de carbón.

La noche infinita del ingenio trabajando a tres turnos.

Se alza enorme, iluminado, como un *steamer* equivocado, varado al pie del Aconquija. La altísima chimenea central reparte su humo permanente. Humareda rica como una cornucopia derramando su golosina en la noche del laborioso Tucumán.

Yo, usted, cualquiera de estas desdichadas sombras de los cañeros, puede echar la cabeza hacia atrás y esperar en la brisa fresca la veta acaramelada, tibia y densa, de puro aroma azucarado. Entonces uno respira con delicia, con los ojos entrecerrados, como hago yo en mi tílburi detenido ante la descomunal estructura del ingenio encendido.

Y entonces, como atragantado o indigestado por la brisa preñada de su azúcar, fue la tos. Pero no como otras veces. Era un estremecimiento profundo, angustiante, de risa o de llanto malamente abortados.

Me sacudía en el tílburi, inquietando la paz del caballo. Cuando me fui calmando, noté que alguien me miraba desde los cardales. Parecía un perro grande, seguramente atraído por mis convulsiones.

El animal me miraba con los ojos rojizos. Dejó de gruñir amenazadoramente hasta quedarse en completo silencio, apenas jadeando. Detrás del rojo temible de sus ojos me pareció poder distinguir un brillo, un hilo de comunicación. Me miraba a los ojos, diría que casi inquisitivamente. Yo creí que lo podía interpretar. Más que alguna amenaza, ese desagradable animal, que poco tenía de lo previsible que hay en lo que designamos con el nombre de

perro, esperaba algo de mí. Un castigo, un grito, tal vez un gesto de dominación. Quizá complicidad. Durante unos segundos estuvimos unidos por esa mirada. Volvió a gruñir y entreabrió las fauces y sus colmillos brillaron en la claridad lunar.

Ya venían corriendo los chicos desde la locomotora que todavía bufaba. El animal los advirtió. Venían con aullidos, con piedras, con palos, refugiados en el desprecio y el odio que les daba la cantidad. El perro gruñó, pasó casi entre las ruedas del tílburi y desapareció entre los cardales.

No se puede imaginar nada irreal o extraordinario, a menos que se quiera terminar en la superstición de esta pobre gente que ve a Supay, el Familiar o al mismo Mefistófeles en cada manifestación inexplicable de la vida cotidiana. Que el inmundo perrazo negro me haya mirado fijo, no fue más que una suposición de mi parte. Lo mismo habría sentido si me hubiese topado con una gitana adivina o con un borracho. Todo se origina en mí. Es mi muerte o mi angustia de muerte la que origina los enigmas y las supuestas señales.

LA TOS, SÍ. Mi sobrino Julio Víctor y Santos, mi mujer, dicen que fue desde aquella noche. Ellos creen que me quedé dormido en el asiento del tílburi, frente al Ingenio iluminado, y que “se me asentó el rocío”. En realidad eso no pudo ser. No me tomé el trabajo de explicar que me atosigué con tibios caramelos aéreos, efluvios del ingenio San Felipe y que luego volví a la ciudad antes de lo que ellos creían, porque Rita Kennedy estaba sola esa noche y pude filtrarme como un ladrón feliz en sus cámaras que huelen a alhucema y perfume francés. (Y en su cama hay de todo menos corrientes de frío).

Pero lo que se me atragantó es lo que experimenté al firmar en la escribanía y lo que sentí al volver a casa y al enfrentar a Santos. A algunos se les “parte el corazón”, a otros les da apoplejía. Yo soy muy discreto, siempre me trago las cosas y de ahí seguramente la tos.

Un suave, imperceptible sacudimiento al amanecer, como les pasa a los marinos y a los fumadores. Un quieto desorden interior que domina los músculos. A veces parece una risa, otras veces un llanto. (No puede tomarse en serio algo que parece risa. No puede uno reírse de algo que imita al llanto convulsivo…). Al principio Santos se despertaba y me ofrecía un vaso de agua como si yo tuviese una pluma o un ala de mariposa pegada al paladar.

Podía durar hasta diez, doce minutos, después me dormía profundamente.

Un sacudimiento originado en el interior del pecho, una subversión discreta que daba sus golpes al amanecer. Un enemigo instalado, cuyas intenciones y propuestas son inquietantemente desconocidas.

Así tres semanas. Traté de acomodarme a la realidad de la tos. Aparecía entre las cuatro y las cinco y lo tomé positivamente: encendía el quinqué y me ponía a leer hasta que el ataque cesaba y me iba durmiendo. Empecé a conocer mejor la costumbre y los colores del amanecer tucumano (la delicadeza de los cielos de Canaletto en la barbarie precordillerana). La tos me hacía bien para pensar; una buena hora de soledad reflexiva. Pero había entrado en los territorios de "la amenaza".

La Tos.

MI TIO FELIPE SEGUNDO SE DECIDIÓ a enfrentar su tos sólo después del incidente en el Club Social. Ya se había inaugurado la nueva sede y se recibía nada menos que al ex presidente Sarmiento. Yo estaba en una mesa a tres metros, de modo que pude verlo todo. El negrito Eloy me había llevado con la silla de ruedas, me había ubicado bien, mirando hacia la larga mesa presidencial decorada con orquídeas traídas de la selva que nos desune benéficamente de Catamarca.

Fue después del discurso del General y del interesante peloteo de preguntas que le hicieron. Se había brindado y como traen el hielo en barras desde el nevado, se ve que el champagne le cayó mal a Felipe Segundo. Se tomaba el café, y se esperaba pasar al salón de baile. Fue cuando sobre el sosegado susurro de la sobremesa agotada, se empezó a oír la tos de Felipe Segundo, más bien parecida a una risa espasmódica que no se abre en franca carcajada. Él ponía el puño sobre la boca y bajaba la cabeza hacia la mesa, como para disimular, como si le hubiesen contado un tremendo chiste verde irrepetible. Los que estaban cerca empezaron a reírse con crecientes carcajadas. Es sabido que la risa, más allá del motivo, crea en el humano una comunicación idiota.

Yo me daba cuenta del terrible malentendido. Habría querido precipitarme hacia mi tío y ayudarlo con palmadas en la espalda, pero la cárcel eterna de mis piernas muertas me lo impedía.

La risa se generalizaba, a lo largo de la mesa principal, invistiendo al monumental Sarmiento que se reía ya inconteniblemente, contagiando a todas las otras mesas.

A todo esto Felipe Segundo enrojecía, se le marcaba la vena de la frente y a pesar de su flacura parecía que la corbata blanca de su frac lo estuviese estrangulando. El tío Emigio, que se había dado cuenta de todo, le ayudó a levantarse y lo acompañó al balcón que da sobre la plaza Independencia. Yo fingí, para cubrirlos, y me agregué a la risa general.

La tos de mi tío había puesto más alegría que varias botellas de champagne. Es como si él solo hubiese inaugurado la noche de homenaje a Sarmiento.

Después del incidente hizo dos cosas: por un lado fue a ver a Argimiro, el curandero del ingenio que vive detrás de la parada del trencito cañero en una tapera miserable. Éste le preparó un jarabe de melaza cortada en luna llena y aromatizado con ruda, menta y porquerías secretas.

Por otra parte se atrevió a ir a ver al profesor Padilla, con quien no se llevaba muy bien, pero que es una reconocida eminencia. Él mismo me contó:

—Padilla me preguntó por mi tos, sus horarios y costumbres, como si se tratase de un gato, un zorro o de una comadreja que asaltase el gallinero generalmente al amanecer. Después me hizo sacar la camisa y apoyó su oreja seca, de intelectual, sobre mi espalda donde la piel está tan cerca de la caja de huesos y del núcleo… Me hizo respirar hondo. Luego aplicó un audífono de bronce que se trajo de Alemania. Un agradable fresco de borde pulido.

—Hay un silbido —me dijo Padilla. Esperamos que cesara el griterío de los horneros en el jardín y siguió auscultándome. —Un silbidito, apenas perceptible… —Los horneros volvieron a chillar.

Uno siempre sabe cuando está saliendo la mala carta…

Padilla me llevó al escritorio. Me dijo que yo era congénitamente “sensible de bronquios”.

—Puede ser un asomo de pleuroneumonía que aquí en Tucumán se está volviendo endémico. (Tenía una publicación que el Departamento Nacional de Higiene estaba reimprimiendo.)

—Tucumán es malsano. El aire húmedo y denso… No hay que dejar que se haga crónico porque puede degenerar en formas peligrosas. Los peores meses van de julio a octubre…

DESDE ENTONCES LA TOS. Y las largas sesiones de ventosas a cargo de Santos. Yo me echo boca abajo en la cama y ella busca espacios carnosos en mi escueta espalda.

—Usted, mi amigo, es puro hueso.

Nunca me poseyó tanto como en esas sesiones de ventosas. Su amor se puede manifestar en una intimidad exenta de las vergonzosas actividades del sexo.

Yo cierro los ojos y me abandono a la tibia succión de los vasos. Santos, amorosamente, se queja de mis espaldas tan pobres. Los bordes de la ventosa de vidrio no se afirman, la mayoría se desprende. Ella teme que el algodón embebido en alcohol me queme.

—Usted no tiene sustancia húmeda, ardería como paja… —y se ríe a más no poder.

El amor de Santos es palpable como un objeto instalado en la realidad de nuestra habitación. Es amor transformado en cuidado maternal, ternura, dedicación. Amorosamente disimula el peligro, los temores inconfesables.

Nunca mi madre me hizo nada de eso. De modo que sólo puedo recordar a la negra Trinidad pasándome "la untura blanca" por el pecho o masajeándome con crema de alcanfor cuando los grandes resfríos infantiles. No recuerdo las manos de mi madre, pensándolo bien.

Las manos de Santos son pequeñas, tibias, diligentes. Yo entrecierro los ojos, me abandono. Tengo ocho hijos y nunca reparé debidamente en el amor de Santos. ¿Por qué se habla del amor? Hay tantas y tantas formas de esa curiosa fuerza…

Me echa talco en las marcas de las ventosas, para evitar el ardor y cuidadosamente me da el jarabe recetado por el doctor Padilla y traído de la farmacia Suiza desde Buenos Aires: es una botellita con una maravillosa etiqueta en inglés, con el dibujo perfecto de un cañaveral oriental. Es exactamente jarabe de melaza de caña, el mismo que me recetó el brujo Argimiro…

No, mi madre nada… Es como si le hubiese dado vergüenza mostrarme afecto o cariño. Se dio cuenta, cuando yo tendría cinco años, de que me gustaba acariciar su mano cubierta con el guante de raso que le llegaba hasta el codo, cuando volvía de alguna cena o sarao y yo la llamaba al oír que entraban. Me dormía tomado de esa mano enguantada. Entonces inventó una mano de yeso, de esas que usan las modistas en sus maniquíes y la recubrió con el guante. Colgó el artefacto del barrote de mi cama de niño con la idea de que yo me dormiría acariciando ese atroz engendro de raso negro.

UN GRINGO VIAJERO ha publicado que nuestra casa de la plaza Independencia (más bien la de mi difunto padre y ahora la de mi madre —ya que estima en poco el mayorazgo—) es "la más

importante desde Córdoba al norte". (¿Querrá decir hasta Lima, o hasta La Paz?). Mi hermano Alejandro, que promueve un diarucho con intensiones políticas y con apoyo del Club Monteagudo, lo tradujo y lo editó. Es una exageración porque en Chuquisaca y desde ya en Lima, hay palacios incomparables.

En realidad es una casa o casona como pudo haber imaginado mi padre Felipe, reencarnación de algún procurador romano. Es enorme con su gran sala y biblioteca con piano y ocho dormitorios que dan a la mayor curiosidad: un patio central octogonal (seguramente diseñado bajo influencias ocultistas), con canteros floridos, pájaros domesticados y visitantes, sobre todo gorriones y loros, que viven en los limoneros, palmentas y plátanos que rodean al aljibe principal.

El octógono cabalístico está demarcado por una columnata doble, dé diseño clásico, que se eleva hacia la apertura del *impluvium*. Ese patio es realmente original, pero tan frío como el diseño de un Banco suizo o de una oficina de correos belga.

Gracias al *impluvium* circular se recibe el fresco en verano. Las lluvias que alimentan el aljibe de donde todos los días se saca agua para llenar los filtros de terracota de habitaciones y baños. En invierno se cierran los bastidores de cristal opaco y el calor de los braseros no se pierde.

Hay un segundo patio que es heredero del patio de esclavos del pasado colonial. Y naturalmente hay allí un espíritu negro y travieso que sobrevive en el parloteo de la cocina, los gritos de los chicos, de las sirvientas, los misterios del depósito de maletas y muebles viejos. El comedor diario es el puente entre la formalidad y la alegría. El corazón de la casa está entre la cocina, con su eterno fuego a leña y el comedor diario.

En los laterales de la casona hay dos departamentos con baño que mi padre había preparado para visitantes ilustres o amigos y que se alquilaron a dos personajes que no tenían otra intención que entrar por los techos al delicioso gineceo donde viven mis hermanas: uno es Paul Groussac, detestado por mi padre y el otro Camilo Faget, profesorete en ascenso. Éste, hábilmente, con sus gracias e indudables condiciones para las cuentas, logró —astutamente— seducir (no, esto sería mucho), pero sí ganarse a mi monumental e instransigente madre. Mi hermana Águeda es ya su prometida…

En esta enorme casa mi madre retuvo la *pianta nobile*. Alejandro, mi hermano, se casó y puso casa (poética) mientras yo y toda mi prole tenemos las habitaciones que dan a la plaza y al patio interior.

Es el ala de la casa que mi madre llama “la gritería”. Mi madre regentea la sala comedor donde nos reunimos los mayores para cenar. El comedor diario quedó bajo mi autoridad. Ella me mandó, sin embargo, la enorme cama española, donde seguramente me había engendrado. Acertó, porque ya tengo ocho hijos. Las grandes casas tienen cetro y trono. El que se apodera de ellos mantiene el poder. Aunque se desprendió de la cama, digna de Circe, se quedó con el puente de mando del palacio: la sala y el dormitorio de los partos, muertes y concepciones ancestrales.

El alba se anuncia con mi tos (que ya hasta mi madre oye desde sus aposentos) y con los cantos de los gallos cercanos, los más estrindentes son los del catalán Mutt, el zapatero, que los cría de pelea.

Quiero creer que la tos es cada día más intensa pero más breve, como si aflojara. Luego son las campanadas de la iglesia Matriz, que señalan las cuatro o las cinco. Y luego, paso el brazo sobre la tibieza de la durmiente Santos y tengo el premio de entresueños variables y deliciosos, increíbles aventuras oníricas surgidas de una misteriosa linterna mágica.

Si no es tiempo de zafra me quedo hasta las ocho en la cama escuchando el nacimiento de otro día en la eternidad apacible de Tucumán. Siempre hay una sorpresa de un ruido distinto: o que llega una carreta de mercaderías importadas, o cargan el botellerío del Club Social o del bar Colón o son los cascos resonantes de la caballada del coronel Pita que cruza el empedrado de la plaza pese a que esté expresamente prohibido por el Cabildo. (Suelen dejar después de sus ensayos un residuo de aroma dulce, porque según la leyenda, los milicos se roban el pasto y la cebada y los engordan con bagazo de caña. Tucumán es el único lugar del mundo donde la bosta contribuye a endulzar el ambiente y la vida.)

Puede pasar el silbato del afilador, el grito prudente de la boliviana que vende limón sutil, azafrán y canela. O si no, son los pájaros y la cotorra enamorada que escandaliza el limonero junto al aljibe. Garantía de bulla tempranera desde el almacén de Quevedo con sus bolsas de pasas, orejones, higos secos y ese olor a cuerda de cáñamo y especias profundas que consumen los turcos que van llegando desde Palestina y Siria. La Rioja, Catamarca y el Tucumán seco les caen bien: encuentran la largatija, la tierra seca, las deliciosas dificultades que templaron a sus ancestros. Se da bien el dátil, que para ellos es todo.

Los más chicos, Ángel, Santina, la negrita de Trinidad, invaden seguramente el desacralizado dormitorio. Se suben a la cama

homérica, besan a su tata, le revuelven el pelo. Son tibios y frágiles como gatos, envueltos en los "ositos" de pana que Santos les encarga en el Bon Marché. Se pelean encima de mi pobre cuerpo, luego ruedan desde la cama hacia los quillangos de vicuña que usamos como alfombra. Escandalizan, lloran, ríen, casi siempre fingen. Hasta que aparece Santos que protesta y exige silencio y un orden imposibles. Luce su bata de lakmé. Corre las cortinas y ya se ve el cielo azul de perfecta taza de porcelana china.

Y entra del todo la calle con las voces de las tamaleras, el vidriero, los verduleros, y si es verano, la primera pasada del tenaz vendedor de achilata. Y el ritmo comercial del señor París, que corre la reja de su librería o el de Lucena que dispone sus sonoros tachos de zinc para la leche y los helados. En los balcones de la casa de Agapito Zavalía, las mucamas baten las alfombras que ellos dicen que son traídas de la China.

Santos asocia la claridad con la corriente de aire (aunque no abrió las ventanas) y me obliga a ponerme la "mañanita" que tejió para que yo la use al levantarme, por mi tos. Es una ridicula capita de lana blanquísima y los chicos que saben mis protestas y discusiones ante semejante prenda, se burlan y se ríen tironeándola. Ya me traen el primer mate y miro hacia la plaza Independiencia. Alrededor del flamante monumento a Belgrano que desplazó a la vituperada (injustamente) pirámide, los obreros trabajan en los canteros. Juntan las naranjas silvestres caídas. Es el último oro del jardín de las Hespérides. Nuestra Tucumán de Jauja. San Miguel de Jauja.

Hablo imaginariamente con mi sobrino, el desdichado Julio Víctor. ¿Por qué queremos perder la paz con tanto entusiasmo? ¿Por qué estando bien queremos estar mejor? ¿Qué le pasó en realidad al imbécil de Adán? ¿Cuál es la secreta condena de todo Paraíso? ¿Por qué invariablemente tratamos de huir o de destruir el Paraíso? Desde Adán y después todos nosotros…

(Julio Víctor está fascinado por los *communards* y su libro de cabecera es *El manifiesto comunista* en la edición impresa en Barcelona. El pobre, que tiene piernas muertas, atrofiadas desde los dos años, quiere tener alas y volar sobre el mundo en el viento de dos judíos alemanes, Marx y Engels.)

Llegan los modestos diarios. En *El Orden* se analizan las peleas de Groussac con mi tío Pepe, hermano de mi madre, que lo echó de su cátedra de matemática en el Colegio Nacional que dirige. El artículo está hecho para (torpemente) burlarse de Groussac, se desliza que se irá definitivamente de Tucumán al comprometerse

para casarse con una “afortunada niña santiagueña”. ¡En buena hora! Todo destila indirecta maldad.

Esto, y el poema de mi hermano Alejandro dedicado a San Martín, publicado en *El Argentino,* que sostiene el Club Monteagudo (yo), se comentará en la botica de Massini donde uno entra como al azar y se encuentra con cuatro o cinco prestigiosos maestros del chisme.

Todos somos un poco bufones de todos. (Todavía se sigue comentando mi “inexplicable” voluntad de hacerme una foto-retrato en lo de Paganelli. Imaginan lo más disparatado y siempre apuntando a la bragueta). Por suerte no se llega a relajos mayores y al menos no se habla de las damas. Aunque nunca se perdonará a Groussac por su novela *Fruto vedado* por suerte publicada después de la muerte de mi padre donde en su imaginación masturbatoria se imagina como un Don Juan capaz de seducir a mis hermanas Juana y Águeda en París. En realidad todo Tucumán sabe que es una especie de venganza: nunca lo tomaron en serio. Siempre le vieron el lado ridículo al francés. No puede desprenderse de sus jactancias tan visibles como dos jorobas: la de sentirse francés de “cultura superior”, la de haber llegado a Tucumán como profesor del Nacional de Buenos Aires y creer que dominaba las maldades bajunas de un porteño despierto o avivado. Los porteños podrán ser perversos, pero no más que los tucumanos. El peor patán es el de la jactancia intelectual.

Lo cierto es que el día se presenta con problemas gravísimos que me comunica la santa de Santos: vendrá Paganelli, el fotógrafo, a las once para tomar de cuerpo entero a Matilde con el vestido de gros que le compramos en Duval, de la *avenue* Montaigne. Matilde dice que hay que retocarlo y que se negará a la foto, está furiosa.

El otro problema es que Santos, que compró los envases para sus confituras, se considera estafada por el quincallero: encontró moho en el dulce de cayote y en la mermelada de casco de naranja que habían preparado solo un mes atrás. Es desastroso, desolador. Le doy la razón.

Después de los primeros mates, me echo de nuevo en la cama, mirando el cielo azul y leyendo lo que dejó Sarmiento escrito en el libro de honor del Club Social al fin de su visita. Sarmiento habla con vulgaridad, de “la industria que endulza la vida” y que “Tucumán está designado por la naturaleza misma a reconstruir el soñado Eden, o las Islas Afortunadas, para el recreo de los sentidos, como Mansión de Salud para los dolientes…”. Luego recomienda el turismo desde Buenos Aires en los meses de invierno…

Me aburren los diarios, me aburre el Paraíso. Me echo en la cama a mirar las tenues nubes que se van desgranando.

Pienso que, al fin de cuentas, la tos del alba debe ser un instante sólo onírico, de pesadilla, antes de los sueños placenteros. Pero en seguida el vocerío del patio central me ahorra los serenos abismos de mis miedos metafísicos: acaba de llegar Paganelli con sus dos asistentes para armar el telón de fondo con motivo veneciano. Pero la cosa no es fácil: Santos grita en la puerta del cuarto de Matilde y le asegura que está con Amalia, la modista, para el arreglo. Clima de dulce escándalo y protestas. La dulce banalidad de la vida.

MI TIO FELIPE SEGUNDO ABRIÓ CON EXCITACIÓN la encomienda postal llegada desde Bélgica, era un envío de Eric Roperti que le busca libros y mantiene informado al Club Monteagudo de la vida cultural europea. (Felipe le mandó un cheque de doscientas libras para "apoyarlo". Con eso Eric puede vivir un año en esa complaciente y marginal vida de los intelectuales vagabundos).

—¡Aquí está, aquí está! —y Felipe extrajo las hojas amarillentas de recortes de diarios y un librito mal impreso (con una mancha de humedad de sótano en la tapa) que llegó apretado entre un Chateaubriand encuadernado con letras de oro y un catálogo de nuevas maquinarias holandesas para el refinado de azúcar—. Arthur Rimbaud. Así se llama el poeta y no Moreau como él creía.

Eric Roperti contaba que había tratado de ubicar al joven poeta, como lo había pedido Felipe Segundo, pero sin resultado. "Es un ser extraño. Para la mayoría, un delincuente, para los profesores (hablé con un tal Izambard) un caso especial, una curiosidad humana proclive a la desdicha y a la peligrosa sinrazón. Sin embargo parece que la hermana, que vive en Roche, lo tiene por un santo. Lo cierto es que no se lo encuentra; viajó a África. Parece que se dedica a tráficos poco confesables. El señor Verhaeren, a quien pude abordar en la fiesta de la poesía en Bruselas, me dijo que le había impresionado, pero que se trataba sin duda de un neurasténico peligroso… Un individuo más para la Salpêtrière que para la Academia".

Yo estaba sentado en mi silla de ruedas (como quien dice, estaba sentado sin resignación en mi ineluctable destino); el tío Felipe olía el tomito mal impreso, que despedía un relente de humedad y moho como si lo hubiesen rescatado de la sentina de un navio semihundido. *Estadía en el Infierno*, sería su título en castellano.

Estábamos solos en la pequeña sala del Club, sentados ante la mesita, junto a la ventana a la calle. Alguien insistía en escalas de

intención chopinianas en la casa vecina. Una familia de horneros se movía en el naranjal de la vereda. Felipe Segundo se desprendió la camisa porque el calor de la tarde no amainaba. Me leyó, traduciendo directamente, algunos versos del poeta, hojeando el libro de atrás para adelante:

"Nunca pertenecí a este pueblo de aquí: nunca fui cristiano… no tengo sentido moral, soy un bruto. Una bestia, un negro…".

"¿Por qué crimen, por qué error he merecido mi debilidad actual?" "¡El canto de los cielos, la marcha de los pueblos! Esclavos, no maldigamos la vida".

—¿Extraño, verdad? —dice Felipe. Aquí sigue:

—"Estáis en Occidente, pero sois libres de habitar vuestro Oriente…" "Creo que mis desgracias provienen de no haberme dado cuenta rápido, de que estamos en Occidente…".

"Roberti pone en la carta que sí, que lo vió a Izambard (viajó a Charleville, yo le pagué el pasaje y la estadía, naturalmente). Este tal Izambard le confirmó que cuando empezó a escribir el poema, corría 1873, era un chico frágil. En ese año creció veinte centímetros, llegando a la "estatura de un húsar de la guardia presidencial", con unas manos torpes y pesadas de cachorro de león. Se había transformado en un mocetón grosero y agresivo. Eso dice Izambard. Se dedicó a provocar. Insultaba a Dios con tiza, de noche, en las paredes del colegio. "Todos vimos ante nuestros ojos cómo se iba transformando en un desagradable bruto, si se me permite y sin voluntad de ofender".

"Decididamente, estamos fuera del mundo" (escribe el bruto).

—"Soy esclavo de mi bautismo… El infierno no puede afectar a los paganos". —Repitió Felipe el verso o frase.

"Nunca he sido cristiano, soy de la raza de la gente que cantaba en el suplicio".

"Los blancos desembarcan. El cañón. Hay que someterse al bautismo, vestirse, trabajar".

"Me voy de Europa. El aire marino quemará mis pulmones, los climas perdidos me tostarán. Nadar, cortar la hierba, cazar, sobre todo fumar. Beber licores fuertes como metal quemante".

"Volveré, con miembros de fierro, la piel oscura, la mirada furiosa: ante mi máscara se me considerará de una raza fuerte".

"Tendré oro: seré ocioso y brutal. Las mujeres cuidan a esos feroces enfermos que vuelven de los países calientes…".

—Feroz enfermo —dije. Pero Felipe volvía a mirar a través de la ventana. Parecía haber encontrado su Biblia, su sermón de Buda bestial, rebelde.

Felipe siguió revisando los recortes.

Felipe, seguramente para congraciarse ante mi silencio, agregó:

—Se sabe que actuó en los disturbios de París con los *communards*. Estuvo en las algaradas. Por lo menos es lo que se dice. Esto te lo puede hacer simpático, ¿no?

—Pero no hay nada de social en lo suyo. Es un individualista, tal vez un pequeño-burgués rabioso. —Como si no me hubiese tomado en cuenta, Felipe siguió hablando con la mirada puesta en las copas verdes de los árboles de la calle.

—Hay un llamado secreto, una convocatoria a una nostalgia perdida, indefinible. Es una fuga, pero ¿hacia dónde?

—Cualquier gaucho es ocioso y brutal y anda quemado por el sol… —dije.

—Sí, pero no tienen oro ni mujeres. Sólo chinas viejas de pulpería —me contestó.

—¿Qué sintió la gente del Club Monteagudo cuando leí los versos de la primera encomienda de Eric? —me pregunta Felipe.

—Nada positivo. Rita Kennedy, mientras caminábamos hacia la puerta, decía que era prosaico, sin música, la prosa de un violento… —comenté con toda mala intención.

El tío Felipe se levantó. Dejó sobre la mesa la encomienda. Se fue pensativo llevándose el librito y los recortes.

Yo tenía que esperar a Eloy. A la luz de la tarde miré mis piernitas muertas pendientes desde el asiento de la silla de ruedas. Las toqué. Son insensibles pero yo me hago como de sentirlas. Mi espíritu debe estar completo… con fuertes pantorrillas de guerrero… El cuerpo es correcto hasta la cintura, después es un vacío, como las mangas de una chaqueta olvidada en una estación.

“Las mujeres cuidan a esos feroces enfermos que vuelven de los países calientes”.

Apunto estas cosas porque realmente creo que no se puede entender lo que vivió Felipe Segundo, sin este episodio de ese supuesto poeta francés o belga, desconocido y, según parece, bastante criminal.

PASARON DOS MESES SIN NOVEDADES, hasta que se produjo el primer hallazgo de sangre en mi almohada. El catarro se veía que me provocaba la ruptura de algunas venillas de los bronquios. Era algo superficial, me explicó el doctor Padilla. Él había observado episodios similares en enfermos de neumopleuresía crónica (su especialidad durante aquel año).

En su gabinete, al salir de la revisación quincenal para preparar

el diagnóstico definitivo, me presentó a un caballero italiano, con sus mejillas cóncavas, como si estuviese chupando un mate eterno. Hablaba francés y estaba de viaje de negocios. Por lo bajo, Padilla me dijo, “éste sufre algo más que pleuroneumonía…”.

Settembrini me habla de un maravilloso sanatorio en Davos, en las montañas de Suiza, donde realmente obtienen resultados mágicos. Mentó a un profesor Behrens. “Un verdadero mago”.

—Es un lugar con un aire especial, purificado por la altura. A veces, en sólo un par de meses se obtienen resultados increíbles. Aire como acero leve, disuelto. Los pacientes se tienden al sol, cubiertos de mantas porque inclusive en verano el frío es intenso y respiran. ¿Sabe qué respiran?: pureza, altura, Espíritu… Usted, don Felipe, puede permitírselo. Yo, a mi vuelta, haré una nueva residencia… Lo tengo decidido… Muchos espíritus sensibles estamos enfermos de la bajeza de estos llanos. Nos faltan las alturas de Zaratustra y del Monte del Sermón, aunque no sea yo cristiano…

Comprendí que el demasiado elegante Settembrini no terminaría de hablar.

—Lo que hemos hecho del mundo (no digo aquí en este admirable país preservado y lejano) sino allá, en Europa, sólo se cura ya con pureza de montaña… Sin jactancia, señor Felipe, le diría lo que le dije al doctor Padilla: en muchos hombres sensibles, es la sociedad la que produce reacciones. ¡Esa tos persistente no es más que una muestra de incompatibilidad con el absurdo!

Padilla, asustado, nos arrimó a los dos al zaguán de su consultorio con la esperanza que yo cargase al italiano parlanchín. Hice un hábil paso lateral, fingí saludar a alguien en la calle y me precipité solo.

—Usted puede permitirse una estadía en Davos, no lo olvide. ¡Le dejaré al doctor Padilla mis señas! —alcanzó a gritarme mientras yo me iba levantando un brazo en intento de gentileza. No quería enfrentar ese tema.

Caminé mucho en el atardecer y allí fue cuando empecé a tomar la decisión de viajar a Buenos Aires. Sentí que me manejaba por impulsos. Pero intuí que debía seguirlos. Era como si alguien estuviese decidiendo pasos nuevos y poco claros que podrían cambiar mi vida.

Vi que Settembrini salía del café Colón, seguramente antes de su cena. Lo alcancé fingiendo casualidad. Una hora antes me había fugado, ahora lo buscaba.

—*Facciamo due passi* —dijo y elogió lo que llamaba la noche tropical. Desde la plaza nos detuvimos para ver el salón principal

del Club Social iluminado. Había una fiesta de cumpleaños.

—¡La noche tropical! —dijo Settembrini aspirando el aroma denso de los azahares—. ¡Muy *actualizado,* el doctor Padilla…! Increíble si se piensa lo lejos que estamos de Europa…

Luego me explicó su presencia, curiosa, en Tucumán:

—Mi enfermedad no es nada simple, querido amigo. El doctor Behrens decidió extirparme casi medio pulmón derecho. La operación pareció un éxito. Estuve casi dos meses sin moverme de mi cama, viendo las altas cumbres nevadas arriba de Davos, en el esplendor de los Alpes. Sentí que "volvería al llano", a la vida frívola y despreocupada del llano, con sus dolores, ansias y alegrías de pacotilla. Y me dije: nada de Londres o New York, como en mis otros viajes cuando creí derrotada la Enemiga. Pedí a Ingrid, la enfermera, el Atlas de la biblioteca del Sanatorio. Pensé en el África de los leones. En Malasia. Luego recordé un artículo de Edmundo D'Amicis y busqué la única palabra como mágica que recordaba: ¡Tu-cu-mán! Y aquí me tiene…

—En efecto, D'Amicis estuvo hace poco, dos o tres años, quiso conocer el ingenio La Reducción donde un niño desdichado que viene de los Apeninos a los Andes, finalmente encuentra a su madre.

—Exactamente. D'Amicis acaba de publicar su libro, con gran éxito. En una entrevista en *Il Messagero* habló de Tucumán como un oasis de selva, flores y aires perfumados después de terribles desiertos de sal que mintió haber atravesado a pie. Dijo que su personaje, el chico que busca a su madre, era real. Y que después de mil peligros y humillaciones la encuentra en ese ingenio ¿cómo dijo que se llamaba? Sí, *La Riduzione!*

Luego logré que me dijese algo de lo que me interesaba:

—Usted ya entendió cuál es mi enfermedad. —Mi enfermedad, mi guerra, mi vida… El profesor Behrens creyó haber descubierto las cavernas de las tropas de Koch. Creyó, creo que con honestidad, que las tenía cercadas. Había algunas "zonas húmedas", como peligrosos esteros, en otras partes del pulmón. Pero estaba convencido de que podría dar un golpe en el grueso del ejército. Así es como se decidió la operación. El profesor pensó que las cavernas entraban en necrosis, encapsuladas, secadas, esclerotizadas, por el aire metálico de Davos y mis defensas fortalecidas por el exceso (repulsivo) de carnes rojas y proteínas.

Indagué como pude algún detalle más preciso de la enfermedad.

—La temperatura cotidiana empezó a bajar de treinta y siete cuatro a treinta y siete. Era un triunfo. Nada nos quema más

lentamente que ese pequeño fuego imperceptible que lleva la sangre. Lo cierto es que me dije: ¡Esta vez no hay que perder un minuto en el llano! Y aquí me tiene, desilusionándome, como ocurre en todo viaje… El "llano" es insulso, insignificante, en comparación con aquellas angustiadas alturas… Incluso estos trópicos que ensalzan nuestra ilusión romántica. Usted sabe, los mejores años de la vida son aquellos en que nos olvidamos frívolamente de la muerte, vivimos como eternos, como muñecos de juguete.

Luego el señor Settembrini me habló del siglo que se aproximaba, de su fe en la ciencia y en el orden democrático.

—Más que nunca hay que librar una batalla decisiva contra la superstición, la ignorancia, el oscurantismo. ¡Más que nunca! ¡Entramos en el siglo de la justicia y de la paz! Ojalá Dios nos dé fuerza, está por nacer el hombre nuevo, el Ciudadano Universal, que hablará un solo idioma, el esperanto. ¡Ojalá Dios nos dé fuerzas para luchar en el alba del mundo!

Su insistencia en el plural me molestó.

Le dije que su apellido, Settembrini, alude al nacimiento de la primavera en el Hemisferio Sur. Un apellido floral, positivo…

Me miró perplejo sin advertir posibilidad alguna de ironía.

—Allá es el nacimiento del otoño. —Lo dijo como si sintiese que estábamos en el revés del mundo, en una parte infantil e insolente del mundo, antípodas de lo serio, de lo que debe ser. Un lugar equivocado, exótico, como la palabra Tucumán.

Yo había tratado de disimular mis curiosidades, pero era claro que había despertado ciertas sospechas en Settembrini:

—Y usted, don Felipe, ¿por qué se preocupa tanto por estas cosas? —me preguntó al despedirme—. En todo caso, le dejé al doctor Padilla la dirección postal del profesor Behrens en Davos… —Había un brillo de complicidad en sus ojos. —¿No me diga que usted es proclive a la Secta?

POR FIN ME CITÓ PADILLA. Había pasado una semana de inquietudes, agravadas por las palabras de Settembrini sobre "el llano y el país de las alturas", tan cerca del cielo. Fui a tomar un café al Colón y luego fingiéndome despreocupado me encaminé hacia el consultorio demorándome en el escaparate de la librería París con las pedestres novedades nacionales y un librito de observaciones europeas de Eduardo Wilde, el criptocuñado de nuestro pariente Roca.

Uno disimula ante los otros y ante uno mismo. Lo desagradable, lo negro, aunque real, nos parece de mal gusto, demasiado abrumador.

Se veía que el buen doctor Padilla había estado tan preocupado como yo mismo.

—¡Tengo buenas noticias, che! —No olvidaré su cara iluminada por la generosidad.

Mi enfermedad tenía un nombre preciso:

—Se trata de angina pseudomembranosa, del tipo llamado lardácea. Pienso que un esfuerzo para fortalecerte con unos kilos de más, nos llevan al triunfo definitivo.

—¿Estás seguro?

—Estudié, con mis ayudantes, todos los datos. No cabe duda. Se impone tu voluntad de robustecerte. Aquí encontrarás todas las indicaciones. En un mes tendremos una mejoría definitiva.

Cuando volví a casa y vi mi retrato, la foto artística y coloreada de Ángel Paganelli, que quedaría instalada en la sala, cerca del piano, comprendí hasta qué punto uno es el fabricante de sus desgracias. El miedo trae miedo, la muerte engendra muerte.

Santos llamó a las chicas. Matilde intentó la *Barcarola* al piano y hubo alegría en torno a la foto, ubicada cerca del óleo de mi padre, realizado por el famoso Bas.

—Con el tiempo tendrás que hacerte pintar uno igual. Me gustaría que fuese con el uniforme de comandante de la milicia del departamento de Los Aguirre… —Santos estaba exaltada.

—Con el tiempo… —dije—. Haremos el uniforme en el mismo sastre de Sevilla, el de los toreros, que usó Sarmiento…

En tanto, quedó establecida mi presencia, probablemente mi recuerdo, con la foto del maestro Paganelli, ampliada, peligrosamente coloreada. Mi mano izquierda sostenía la galera gris perla y el bastón de Malaca. Los colores agregados por Paganelli según la ultimísima técnica, hacían aparecer mis labios como pintados con rouge y las mejillas con colorete. Pero claro, era yo, con la mano derecha apoyada en un altísimo trípode de ébano que sostenía una maceta de bronce con begonias violetas, tan inciertas en su color como mis labios. Descubrí, sin comentarlo, que la caja oscura y la emulsión habían captado ese brillo de mis ojos que Settembrini, como al pasar, había sugerido que era “inquietante”.

Esa noche no le vi mucho sentido al retrato fotográfico.

Santos, amorosamente, se adueñó de las inextricables recetas escritas por Padilla y en un día consiguió los preparados de las mejores apotecas de Tucumán.

En un escrito se me ordenaba una dieta de “carnes rojas y grasosas”, chocolates, pastas a la italiana, pasteles de verdura,

tortas pascualinas, frutas densas: chirimoyas, mango, bananas. Sopas napolitanas —*minestrone*—, jugos de carne servidos tibios, tartaletas de caracú. Jugos de frutas, caramelos, nueces confitadas (en cantidad).

Todo aquello en manos de Santos era atroz. Llena de amor y decisión se veía con camino libre para ejercer sobre mí lo que llamaba "repostería fina" y "sana y sabrosa cocina familiar" (del libro *Cocinar sano en diez lecciones y con cincuenta platos,* libro con abundancia de ilustraciones "didácticas").

—En un mes serás otro —me dijo con autoridad, mientras los chicos berreaban la *Barcarola.*

Enflaquecer es difícil para las mujeres. Engordar no exige menos sacrificios, pero esto se imagina menos.

A la mañana, Santos me perseguía para darme tres cucharadas de jugo de carne ("¡recién exprimido y de cuadril!", según me anunciaba exultante). Y se sentaba durante el desayuno controlándome abiertamente o simulando la lectura de *El Orden.*

A las once me tocaba lo más repulsivo: el candeal de seis yemas batidas con azúcar y oporto. Un repulsivo brebaje amarillento y tibión que Santos me presentaba como mágica ambrosía.

La cucharada de aceite de hígado de bacalao era tan asquerosa que me la tragaba rápido, porque emplearía más tiempo buscar una maceta para escupirla.

Me inventé funciones y obligaciones políticas del Club Monteagudo, reinicié con Rita Kennedy nuestros arriesgados encuentros vespertinos. Soñaba con amenazas de lechones adobados, turrones, sancochados con panceta, viscosas cascadas de caracú.

Pero no podía ocultar mi banal alegría. Somos espiritualmente frágiles: sólo podemos vivir desde el olvido de toda sombra de muerte. Padilla con su autoridad me había aliviado.

Llegué a creerme mi mejoría, al punto que Santos me comentó que a la madrugada más de una vez la desperté con mi extraña tos cotidiana, pero sin despertarme yo, como solía ocurrir entre las cuatro y las seis, cuando los gallos anuncian el nuevo día.

Fue más o menos por entonces cuando realicé las consultas con el notario Sal y decidí reorganizar mi vida, empezando por mi ambigua situación familiar. La última reunión con el escribano la hicimos citando a mi hermano Alejandro, el poeta confeso, pues había llegado la hora de librar una batalla importante.

Convoqué a un gran almuerzo dominical a mi madre, hermanas, Alejandro, cuñada, y hasta Julio Víctor, que de algún modo era una

especie de secretario privado.

Me di cuenta de que oscilaba peligrosamente entre las estrategias del enfermo y las tácticas alegres e inmediatas del sano. Era un tiempo curioso e inestable de mi vida.

ME DIJO MI TÍO FELIPE: "Julio Víctor, me gustaría que vinieras al gran almuerzo del domingo".

Era uno de esos almuerzos trimestrales, que reunían a todo el clan familiar en un rito más de negocios e información que precisamente de afectos.

Llegué temprano en mi silla de ruedas a la casona de la plaza Independencia. Me ubicaron en el patio octogonal. El *impluvium* botánico inventado por Felipe padre, el Hermoso, el todopoderoso. Pasó la negra Trinidad con las flores para decorar la mesa y el loro verde le dijo una inconveniencia. Se trenzaron en una gritería descomunal hasta que el ave insolente se remontó hacia la inmunidad e impunidad del friso corintio de la arcada superior.

Felipe Segundo, mi tío y confidente, estaba preparando algo importante.

Se oyó el trote del tiro de las calesas y berlinas. Llegó Emidio, el primero, con su chaqué con solapas de seda y sus pocas palabras. Tiene agregada una cierta autoridad militar, desde los tiempos de la batalla de Pozo de Vargas, cuando frenaron para siempre a Felipe Varela y a sus montoneros de chilenos y bandidos. El prestigio militar (de combatiente) es superior al del político-empresario. Después llegó Wenceslao con su calvicie lustrada y su mirada penetrante, de dominador. Eran los príncipes del clan. Por el zaguán, como un viento de tormenta, el vozarrón de don Pepe entró antes que él. Le quedaba la voz como un ombú levantándose en medio de un pueblo en ruinas. Era el intelectual, el amigo que Sarmiento no había querido nombrar ministro de la Nación para que no se dijese que favorecía a sus amigos. Lo ayudaban, porque viniendo de la luz radiante del día, casi no veía. Al llegar al patio donde yo estaba (junto al jarrón japonés y cerca del macetón del limonero), lo orientaban y se agachó, apoyado en su bastón montañés, tanteando hacia abajo. Yo no le ayudé, me quedé en silencio, hasta que dio con mi cabeza y se agachó como para besarme la frente. Como soy paralítico es capaz de pensar que traigo suerte. Sus ojos eran famosamente azules, y decían que se iban destiñendo en ese celeste chirle de las banderas antiguas. Sus ojos ya no tenían brillo. Su corpachón claudicaba, le quedaba la voz de sus anécdotas y arengas.

—¡Julito! —exclamó. Y se sentó en un sillón del patio, distraído de todos y con una copa de vino fresco en la mano.

Los príncipes, en la sala, se reían de la última anécdota de don Pepe: al salir de la peluquería de Lorentz tropezó con una laja y cayó. Varios se precipitaron, pero el jurista Aldonza lo alzó del brazo con energía. "Gracias" le dijo don Pepe. "¿Quién es usted, ya sabe que no veo…" "Soy Aldonza". Y don Pepe: "Caramba, qué desgracia Dios mío, ser viejo, ciego, caerse en la calle y que venga cualquier sinvergüenza a levantarlo a uno! ".

Los hombres de mucho carácter, por importantes que fuesen, pasados los años se transforman en una anécdota divertida. Este destino reunía a esos dos grandes amigos, Sarmiento y don Pepe. Es injusto, pero la anécdota nos humaniza la grandeza y la solemnidad. La risa es la subversión modesta de los mediocres.

Los "barones del azúcar" se apartaron en una especie de aperitivo de negocios. Wenceslao había llegado de Buenos Aires, les describía la maravilla del trapiche a bomba y las centrifugadoras de melaza que estaba ofreciendo Hepriorth y Cía. Emidio y Ángel defendían la calidad de Buil y Cía, por la solidez. Sonaban los nombres de los ingenios: La Esperanza, La Reducción, San Felipe, San Juan. De vez en cuando Felipe Segundo se acercaba nervioso. Ante los viejos barones, su hermano Alejandro y él mismo eran poco convincentes en sus empeños industriales. Aunque era sabido que Alejandro había tenido fuertes ganancias con el San Felipe y el Industria Argentina, donde estaban asociados con Roque Pondal. Pero sus levitas y bucles a la Byron lo descolocaban. Su "haber" se transformaba en "debe" en ese mundo de implacables comerciantes.

Vi que el astuto Faget se acercaba con su chaleco de seda y leontina de plata peruana. Se ubicaba con discreta y hábil distancia en el diálogo de los sólidos viejos. No afirmaba, sugería. Con el apoyo de Misia Rafaela, la madre de Alejandro y Felipe Segundo, y una vez casado con Águeda, la hija de La Tirana, sabía que sería digerido y soportado, tarde o temprano.

No se olvida en la familia que fue el gran cómplice de Groussac. Eso no se le perdonará fácil. En realidad, este segundón, que por creerse francés se siente automáticamente culto, y hace muy poco logró ennoviarse con Águeda, consolidaría lo que su amigote Groussac había siempre ambicionado, según los delirios eróticos de su novela.

Desde mi rincón de invalidez mecanizada, vi una escena curiosísima. La invalidez, como la ceguera, multiplica otras cualidades, secretas habilidades de percepción. La fuerza de mis

repugnantes patitas o aletas muertas, se trasladó a mi vista y a mi poder de observar lo distinto, lo sugerido, lo que todavía nadie o muy pocos ven.

Cuando se escuchaba la llegada de la berlina de Benjamín, el último que faltaba, vi que en la obscurecida sala contigua, la sala del piano, donde después del almuerzo se abrirán las persianas para pasar a tomar el café, se producía algo fantasmal y si se quiere monstruoso. En la penumbra, el marco dorado del gran espejo que en la casa llaman "veneciano", se había transformado en el cuadro de una enorme figura de mujer, demasiado vestida con telas lujosas, como las madrinas de las bodas opulentas. Era un fantasmón que había transformado el rectángulo del espejo en un inesperado retrato al óleo. Agucé la mirada, atravesé la luz, me esmeré en la penumbra y vi que esa figura importante, obesa y serenamente autoritaria, era la de de Misia Rafaela, la verdadera tirana y dueña de aquel imperio decapitado. Esperaba la llegada del último comensal para ingresar con pompa y solemnidad. Estaba estacionada como una reina de Velázquez vigilando los movimientos que marca el protocolo del Imperio.

Matilde, la mayor de las hijas de Felipe Segundo, me trajo piadosamente el platito con tamal cortado en cuadraditos, para el aperitivo. La niña ya olía a mujer y nacía a la galería de seres que me torturarán toda la vida con sus presencias deliciosas pero inalcanzables para un baldado, nacido para fotos de medio cuerpo frente a un piano que nunca sabrá tocar.

Felipe Segundo iniciaba sus maniobras. Su mujer, Santos, estaba parada e indecisa del lado del patio hacia la cocina, vestida impecablemente de blanco. Como el traje traído de Francia venía con un parasol de la misma tela de organdí, ella apareció con el adminículo en la mano, como saliendo a un paseo por la alameda.

Felipe le dio el parasol a la chinita de Trinidad y pasó su brazo por el hombro de Santos como para animarla. Aquello era el primer movimiento de su secreta batalla. La pobre Santos por su lado sentiría vivir una pesadilla, parecía la más invitada de todos, siendo en realidad la subdueña de la casa.

Mi tío Felipe tenía determinación y dulzura y ella se fue animando mientras saludaba a todos, "barones", primos y moscardones de fortuna… A mí me dió un beso, como siempre y vi que apretaba un pañuelito en la mano traspirada, como niña en el baile de los quince.

Algo extremadamente importante se tiene que haber producido en Felipe Segundo desde la tarde del viernes en que me había

confesado su alegría de vivir, después del diagnóstico positivo de Padilla, cuando me aseguró su voluntad de afirmar definitivamente su realidad de hijo mayor y titular de dos mil hectáreas de caña y de los ingenios San Felipe e Industria Argentina.

Desde la penumbra del gran salón, imponente y casi sin sonreír, como una reina Victoria entrando en los Comunes, se vio venir a Misia Rafaela. Wenceslao a la cabeza, su hijo Ángel y depués Emidio, Benjamín, Juan, Faget —obviamente— las chicas, se arremolinaron para saludarla. Tenía el pelo tirante, aplastado sobre el cráneo, como un hombre. Sus labios finos, como dos espaditas que apenas se desabotonaban en una sonrisa que parecía siempre un poco mordida. Misia Rafaela es un hombre. Es una verdadera errata biológica. Un señor poderoso y antipático.

Hoy era el día que me había señalado mi tío, el día del *putsch* contra la Tirana —aunque no me había explicado detalles—. Se sentiría con fuerzas físicas y espirituales para resolverse a asumir el mayorazgo que le correspondía. Aprovechaba esa sesión plenaria de adustos varones del clan.

Trinidad y los dos cholos de chaqueta blanca entreabrían las persianas y las puertas de cristal que dan al comedor y encendían las velas. Matilde, con su delicioso aroma francés, se puso detrás de mi silla para ubicarme frente a Alejandro en la enorme mesa. Estaba previsto que el poeta y yo, el tullido, señalásemos el fin de la mitad masculina de la mesa, a partir de nosotros empezaba el universo amable, animado, pero de segunda, de lo femenino. Eramos seres de transición.

Debajo de la atroz escena de caza, con jabalí y ciervo sangrando entre manzanas y uvas (que Felipe padre habría comprado en Bruselas), estaba el sillón central, la presidencia de la casa. Vi cómo Felipe Segundo se deslizaba llevando de la mano a Santos hasta ubicarse en el centro, detrás del espaldar del curul cardenalicio que ocupara invariablemente su finado padre. El lugar, el trono, que desde aquella muerte grande usurpaba su madre. Vi también cómo sin dejar de decir algo amable a los invitados, Misia Rafaela recorría el mismo lado de la mesa, cuando llegó ante su hijo, se limitó a decir:

—¡Andás distraído, Felipe! —y le señaló el lugar de enfrente.

—¡Santitos, que bonita y elegante estás! — y le dio un beso a su no-nuera, a su media-nuera, y se sentó en el trono familiar como siempre, echándose hacia adelante para que Santos pasase, pero también empujándola un poco con su mano cariñosamente despedidora.

Yo no quería mirar frontalmente a Felipe. Vi que se deslizaba, siempre con Santos de la mano, por el lateral de la mesa, tomaba la curva extrema y avanzaba por el otro lado. Me pareció tremendamente pálido, con la frente brillante de un leve sudor, como a punto de un estallido de tos que venía conteniendo. Me sentí muy nervioso. Felipe Segundo es la única persona que aprecio. Me alivié mirando en torno, no me pareció que los grandes machos jefes hubieran advertido su fracaso.

Se habló de todo. El poder de la Argentina estaba en manos de Roca, el general afortunado. Wenceslao tenía directa relación con él en Buenos Aires. Había contribuido en su tiempo con caballadas tucumanas para la gran campaña —la guerra interior, no la exterior — y, además y lo más importante: desde nuestros ingenios habían salido trescientos mil litros de aguardiente de caña para sobornar y amansar a las tolderías.

Malón al malón, había dicho Julio A. Roca. Siempre había contado, desde los tiempos del 7º de Línea, con nuestro apoy°.

Benjamín, Emidio y Angel se lanzaron en voz baja en sus bromas sobre Groussac.

En realidad había cansado a Felipe padre cuando vivía, a Misia Rafaela y a todos con su arrogancia. Groussac descubrió en ese Tucumán en el que había desembarcado como Colón entre los indios, que la señoría es una *ecclesia* internacional y que los que no son señores no lo pueden disimular, ni aunque vengan de Francia con todos los tomos de la *Comédie Humaine* puestos encima. Un señor del café, de Matto Grosso está más cerca de un industrial del Jockey Club de París que de un intelectual pobre, vueltero y resentido como Groussac.

Había vivido, con su hoy disimulado cómplice Faget, en los departamentos de la casona que dan sobre la calle Las Heras. Yo había tenido mucho que ver con aquella historia porque fui el descubridor de las páginas de la novela masturbatoria que estaba escribiendo. (Típico del criptómano francés: se acostó en sus delirantes ensueños con Rita Kennedy, luego con las hermanas de Felipe Segundo: Águeda y Julia. En la novela, que dicen que está en prensa ¡posee a Águeda en una calesa que regresa del Bois de Boulogne! La novela se llama *Fruto vedado,* y los frutos que se roba del Edén subtropical son las hermanas de Felipe Segundo, esas primas o jóvenes tías que son mi propiedad, en mi propio harén metafísico. Yo leí y copié apresuradamente los pasajes más comprometedores mientras él, en la otra sala, concluía la lección de francés con otro alumno. En realidad mi gran ayuda fue el zambito

Eloy que con el tiempo terminará preso o periodista, por vivaracho e inescrupuloso. Como siempre anda consiguiendo libros en extraños manejos con el dependiente de la Librería París. Cuentero como es, se había enterado por su cómplice de que "el señor Groussac andaba preguntando datos de la familia para algo que estaba escribiendo y que era un privado…". Urdí lo del curso de francés y Eloy hacía de campana mientras yo copiaba la vergonzosa obra del francés).

—En Francia no es nadie. Aquí, en la indiada argentina pasa por gran humanista, un Michelangelo de los trópicos —dijo Benjamín.

A continuación relató el famoso "duelo" del francés con el periodista Gorostiaga. Fue con un solo revólver de mala vida que habían conseguido, ya que ni Groussac ni Gorostiaga podrían pagar los costosos pistolones de estilo. Uno tiraría primero. Para ello los galerudos padrinos revolearon una moneda. A Gorostiaga le tocó el primer disparo y lo hizo al aire. Luego Groussac tomó el arma y se lo dio a Gorostiaga en señal de paz. Por suerte los dos, que estaban blancos de terror, optaron por el *fairplay* de los caballeros, se perdonaron.

Todos reían. Contó Emidio:

—Un día Manuel Terán lo llevó a Tafí Viejo y Groussac se quejó de la dureza de la carne. Manuel, que era de pocas pulgas, llamó al mayordomo que dirigía el servicio de mesa y le dijo: "Preparen los caballos y llévense de vuelta a este gringo hasta que encuentre un restaurante francés".

Después hablaron nuevamente de Roca y de los peligros: Juárez Celman, el mediocre rencoroso, y del poder de los detestados Taboada en Santiago del Estero.

—Gauchos alzados, vestidos de levita —resonó por toda la mesa el vozarrón de don Pepe que había detectado el apellido odiado. Gaspar, el jefe de los Taboadas, el Chacho, los juaristas, algunos mitristas, eran los sucesivos o aunados enemigos de nuestro clan.

El tío Emidio se había hecho cargo de la hija secreta o inconfesada de Roca, Carmencita, fruto de su lejano amor cuando Sarmiento lo destinó para controlar Tucumán y Salta. Nada puede unir más que una secreta historia tan humana. En política se paga lo que se hace por conveniencia, pero más aún lo que se hace de corazón, como cuando el tío Emidio le dio aquella mano tan grande a ese Roca teniente coronel que había tenido un desliz.

Yo miraba el goteo de las velas sobre los platillos de cristal de los candelabros. Veía el brillo de las fuentes agobiadas por el calor que se filtraba por las persianas entornadas y por los fracs y levitas.

Para colmo se servían choricitos asados, entrada de pechuga de pavo en galantinas, una sopa *vichyssoise,* casi helada y luego carne de cordero al horno con salvaje acompañamiento de fabada asturiana con chorizo y porotos blancos. Tomábamos vino de San Juan, oloroso, alcohólico, renegrido como frasco de tinta alemana. Se anunciaba un postre de *crêpessuzettes,* pero con vainillas heladas.

A mi derecha estaba Santos, con sus ojos ovalados. Yo no soportaba su eterna sonrisa de comprensión y piedad hacia mí (el tullido). Me recordaba afectuosamente mi derrota, mis miserias, mi rabia. Me contuve para no decirle alguna sangrienta ironía. Ella me habló de dulces, del esmerilado defectuoso de los frascos y del rol de la chirimoya en la repostería del noroeste argentino. Olía indefectiblemente a madre. Pero su bondad era un hecho tan irritante como evidente. Ella hablaba de marmitas y agregados de clavo de olor. Yo pensaba en esos extraños seres, las mujeres. Concluiría otro siglo y ellas seguirían de trencitas. Débiles y omnipotentes. Demoníacamente llamativas y esquivas. Con perversidades y poderes que nunca podrán imitar los hombres. No la maltrato a Santos, me callo porque admiro a Felipe en quien sospecho un destino grande o trágico.

Enfrente, Misia Rafaela. La no-mujer que devora a sus hijos como el titán enloquecido de Goya. Come con poder y decisión.

Odiaba esa burguesía. La vela de sebo rodaría, se encenderían pronto los cortinados de seda y serían necesariamente barridos de la Historia, como lo saben los *communards* y el genial Marx del *Manifiesto Comunista* cuya nueva edición comentada acabo de recibir a través de la librería de París.

Comprendí que no podía fingir. Era la burguesía explotadora de Tucumán, de la Argentina, del mundo entero. Una especie detestable, muriendo en la noche de su siglo. Desapareciendo para siempre de la prehistoria.

Mi tío Felipe Segundo me había desilusionado.

ME FUE IMPOSIBLE DESPEJAR la desilusión de mi sobrino Julio Víctor. El ágape familiar transcurrió sin que se definiese mi “golpe de Estado”. Ahora todo sigue igual y más aún: al día siguiente convoqué a mi desagradable casi cuñado, Faget, y lo reuní con Santos, para que ella viera “los papeles”, se enterara de las propiedades y de nuestros socios permanentes y ocasionales. Faget y yo comprendimos que se trataba de un esfuerzo necesario pero un

tanto inútil para el caso de la querida Santos.

Faget con sobreactuada paciencia, sin embargo le mostró la escritura y la testamentaría del ingenio San Felipe y ella sufrió por fingir entender. Enseguida desistimos. Le dije:

—Santos, querida, todas estas cosas están por demás en claro. Tenemos una empresa que funciona bien y siempre, estoy seguro, Camilo nos puede aclarar las cosas con su enorme habilidad. A ti o a mí, cuando sea preciso. Todos estos documentos te aliviarán de tener que ocuparte, de tener que ocuparnos.

Coordiné para esa noche una visita a Argimiro el curandero. Me hice llevar en el tílburi hacia Los Aguirre y luego más allá de la estacioncita y el andén de juguete del San Felipe. Cruzamos un cañaveral tumbado y alcanzamos el rancho del extraño Argimiro.

Había buena luna. La familia del viejo y unas chiquitas del barrio, de barriga inflada, corrían y gritaban inquietando una tribu de patos. El viejo reflexionaba en un claro, cubierto de la fresca nocturnal con un poncho raído y tomando aguardiente.

Argimiro creyó que venía a comprarle algún menjunje. Olía a caña barata. El pelo blanco y rizado se unía con una barba de montonero retirado. Me saludó con respeto exagerado.

—¡Velay! ¡Su mercé por aquí, en qué puedo servirle, cómo me honra!

Apenas se podía mover. Me hizo sentar en una cuerna de vaca con asiento de tiento. En la penumbra brillaban sus ojos con una extraña ironía que desautorizaba las zalamerías de su saludo.

—Cortemos por lo sano, viejo. Quiero saber cómo estoy…

Argimiro me miraba en silencio. Me escrutaba desde el fondo de su mata de pelo gramíneo, como si su ser estuviese escondido detrás de su miseria y escrutase a través de la mezquina rendija de sus párpados.

—¿Sigue sintiéndose mal vuesamercé? ¿La tos sigue?

—Uno no se muere por la tos — murmuré.

Empecé a tener un sudor frío, extrañamente abundante. Me sequé con el pañuelo, me abrí el cuello de la camisa. Padilla, con su ciencia europea, no me intranquilizaba. Argimiro sí, desde los piélagos de la brujería.

—Don Felipe, ustedes siempre fueron fuertes y débiles. ¡Mire el hombrazo que fue su finado padre! Pero se debe pagar, hay que entregar lo que es exigido… — El viejo me miraba, hablaba como si estuviese muy caído dentro de sí mismo. Yo trataba de comprender sus ambigüedades. Y siguió después de beber caña de una lata de conserva recortada que usaba como vaso:

—Yo y Serapio Almaraz, lo vimos… Hace añares… Y creo que su Tata y don Wenceslao se le atrevieron. Si yo fuera joven como usted, le haría frente. Ya pasó mucho tiempo. ¡Total! El Mal existe en el mundo, y es una suerte tener un Familiar, hay que negociar con él. Siempre hay que negociar para seguir arriba, o para seguir viviendo. Pero hay que tener en cuenta que nadie puede con él. Hace más de diez años que lo vimos, cuando el Familiar dormía en el viejo depósito abandonado de La Esperanza, en una cueva de bolsas de azúcar abandonadas. Era un perrazo enorme, con cabeza de mastín, de pelaje negro brillante. Todavía arrastraba pedazos de cadena oxidada, colgajos de cuatro grilletes prendidos a sus patas, vaya uno a saber de qué épocas, del tiempo de Belgrano sería, o más atrás. Serapio decía que había escapado del infierno. Fue en la época en que el peón del trapiche del San Felipe apareció despedazado. El Mengue… El Supay…

Se hizo un largo silencio. Luego Argimiro, cada vez más borracho, habló como si yo no estuviera allí, sentado ridiculamente bajo la luna en una cuerna de vaca, vestido con mi mejor levita gris, buscando significaciones en la divagación de ese curandero loco.

—¡Yo creo que don Felipe, su tata, se le plantó en una lejana noche y aguantó firme la mirada de la bestia terrible que gruñía mostrándole los colmillos! Y también Wenceslao y don Emidio. ¡Hombres de fortuna! Si uno le sostiene la mirada a la bestia, se comprende lo que pide y lo que puede dar! Sólo le basta la mirada… Son dos ascuas rojas que brillan en la noche y hay que aguantar…

Volví en eltílburi. Miré a lo lejos el ingenio, a toda luz, recibiendo vagones y carretas de caña. Espléndido y poderoso. Imaginé las casonas abandonadas del depósito viejo y sus sótanos oscuros: la morada de la bestia que comanda el juego de toma y daca, de quita y pon, de vida y muerte.

Te cuento, Julio Víctor, que entré en la ciudad como un ladrón o como un fantasma. Nunca anduve llevado por tan extraño desapego. Estaba como recostado en la vida, echado desganadamente sobre bolsas de azúcar, al fresco de mi propio sótano. Sentía algo así. Y cuando emboqué por Belgrano hacia la casa de Rita Kennedy, sabiendo que estaba sola y que me esperaba, no tuve ninguna voluntad. Seguí la marcha y volví a casa. ¿Mala señal, no?

Julio Víctor: es difícil que no creas que fue sumisión o cobardía. Pero sabés que no te oculto la verdad, eres mi confidente… Pero es

el demonio quien comanda el juego. Ya había encargado al escribano Sal regularizar la situación en el Directorio del ingenio San Felipe; había hablado con Alejandro. El mismo Wenceslao sabía, por mi primo Ángel, que yo estaba dispuesto al sobresalto de asumir el comando; la misma Santos…

Pero fue en aquella madrugada, antes del banquete del "golpe de Estado", cuando me desperté tosiendo como tantas veces, pero esta vez con la cara mojada en mi propia sangre. Había tenido un vómito de sangre. Me levanté llevándome la almohada sigilosamente, como un asesino que pretende esconder el cuerpo del delito. Logré que Santos no me oyese. Aquello era imposible de lavar en el baño. Envolví la almohada en una toalla grande, salté por la ventana y arrojé el paquete en el aljibe abandonado cuando ya mis perros me ladraban asombrados. (Los perros son terriblemente conservadores.)

¿Me comprendés? Era ya tarde para cambiar las cosas durante aquel almuerzo lleno de protocolos y símbolos. Demasiado tarde, tal vez. Alguien me había traicionado antes del *putsch* que esperabas. El cuartelazo frustrado… Un enemigo de adentro desbarató mi estrategia.

Tampoco le dije nada a Padilla, que sigue con la ilusión de mi "angina pseudo membranosa".

Y decidí lo que hoy te comunico: mañana mismo viajo a Buenos Aires. Diré que hay un problema con las centrifugadoras que importamos de Londres y de Francia. No te tendré abandonado de noticias (mientras yo no me abandone a mí mismo).

LOGRÉ MI COMETIDO: mi partida de Tucumán se efectuó como una obligación comercial, para solucionar un problema de aduanas del material que importábamos. Evité así la despedida, que hubiera sido dolorosa con toda la familia: Santos dándome recomendaciones para evitar "la humedad fría de Buenos Aires", los chicos besándome, llorando, el administrador del ingenio, etcétera.

La tarde anterior, en la soledad del Club Monteagudo, tuve una larga charla con Julio Víctor. Lo necesitaba como factor esencial para ejecutar mi plan.

Le entregué un sobre con cartas y disposiciones que deberían irse actuando según como se presentara mi ambiguo futuro.

Julio Víctor, el intelectual resentido pero siempre traicionado por su recóndita sensibilidad, no me pudo contradecir y ofreció su incondicional apoyo.

Lo mío fue como una fuga de negocios. Disimulé como pude la

carga de mi ropa en dos baúles y dos valijas. (Otros bultos los hice despachar por Alurralde.)

Viví momentos de tensión hasta que la cúpula de la nueva estación se llenó de vapor blanco y se pusieron a girar las ruedas decisivas, las que me llevaban a mi incierta aventura. Miré por la ventanilla todavía abierta de mi camastro y tuve la visión final, Santos junto con el ingeniero Alurralde, plantada en el andén todavía cuando mi ventanilla desapareció en la primera curva. Con su vestido blanco y su gran sombrero saludándome como desde otra vida. Y yo, que no soy un emocional, sentí que prorrumpía desde mi pecho un convulsivo sollozo, tan prepotente como mi tos matinal. Un estallido emocional que hubiera sido vergonzoso de no estar aislado en ese camastro de los nuevos vagones, con espejos y tulipas biselados, con persianas de madera barnizada, con un lavabo rebatible de bronce y con estantes de biblioteca arriba de la cucheta — una verdadera cama— donde fui acomodando los libros sin querer ver por la ventanilla los suburbios de Tucumán y las chimeneas del ingenio San Felipe, hacia allá, del lado de Los Aguirre.

Sólo desde la enfermedad se nos presenta la conciencia de que debemos decidir sobre el tiempo y sentido de nuestra vida. En general seguimos de largo, instalados en la miseria, en el hedonismo, en la repetición cotidiana. Cuando le dije esto a mi sobrino Julio Víctor, protestó y le saltó el *communard*: afirmó que el hambre y la miseria también pueden llevarnos a querer nacer de otro modo, a otra vida, a querer usar el tiempo de la existencia para otro tipo de vida. Sí, sin duda. Pero no es mi tema ni el tema de mi angustia. Todo hombre que sabe que muere olvida los plurales.

En ese camarote, ya en camisa y ordenando mis cosas para la travesía, me sentí repentinamente feliz. Experimenté con toda su fuerza el sentimiento de la libertad. Mi ser descansaba de sus presiones sombrías, de sus cavernas y miedos. Y durante un instante habité el espacio y el tiempo como palacios en los que entraba sin miedo, con plena entrega.

Con esta inesperada e insolente felicidad, sin tensión alguna, me tendí en la cama del tren y me dejé hipnotizar por el ritmo parejo de las ruedas golpeando la juntura de los rieles.

Pasaron horas así. Evoqué el viaje, la misma ruta hacia Buenos Aires, que hice con mi padre siguiendo las carretas con carga de azúcar y barriles de caña. Yo tenía quince años.

Antes del ferrocarril, se salía de Tucumán con despedidas emotivas y dramáticas, porque la travesía significaba peligro y

aventura. Las carretas, hoy vencidas por el camino de fierro, eran una garantía de lentitud. En ellas uno podía tener su colchón de chala o hasta de lana. Era un pequeño camarote móvil y cuando venía la gana uno se recostaba para ver las nubes y respirar esa nada verde que llamábamos Patria. Alberdi en su autobiografía cuenta que se hacían excursiones a caballo para cazar o visitar postas, puestos o parajes pintorescos y al atardecer se volvía al galope a la caravana de carretas tiradas por bueyes. Era como volver a un pueblo móvil. A un pueblo que se moviese con la lentitud de los planetas en el orden cósmico. Yo, como Alberdi, viví esa maravillosa sensación de tiempo y de espacio abiertos.

Las carretas ahorraban al viajero la sensación de fugacidad del mero pasar. Se movían como debiera ser el ritmo del universo. Ritmo para la contemplación. Más para sentirse estar que para los devaneos humanos del hacer y del querer ser.

DESDE LOS BORDES DEL INFIERNO surgió el recuerdo de esos carromatos por el desierto polvoriento de La Banda. Los animales con la lengua afuera. Todos echados en las carreteras refrescándonos con toallas humedecidas. Bebiendo ansiosamente de las bamboleantes vasijas de barro colgadas de un tiento.

Luego, en la tarde insoportable, el anuncio benéfico de los aguaciles. Tonteando en el espacio y todos expectantes bajo los arcos de cuero de la carreta y por fin el chispeo de las primeras gotas y los gritos alborozados de la peonada.

Ese tamborileo cada vez más definido y denso. Se abrieron los cielos y era el fragor del agua y cortinas densas aplastando la polvareda caliente de meses, inundando bajíos y cuevas, vivificando la tierra ardida. La inusitada felicidad de estar protegidos en las carretas, y haciéndonos señas de alegría infantil. Una inesperada y breve risa de granizo blanqueando los charcos. Los peones bañándose semidesnudos y lavando los bueyes de cuyos lomos se levantaba un vapor benéfico. Se cebaba mate. Unas chinas de las carretas cargueras hacían tortillas de grasa en los braseros. Mi padre cerró los cueros delanteros para gozar la siesta fresca que le proponía la súbita interrupción. Y yo que me largaba apenas vestido con un calzón corto para sentir los pies descalzos hundidos en el barro y sumarme a la jocundia de la peonada riéndose de los chorros de agua, del tormentón de verano, inesperado como ángel portador de vida.

Mi padre se retrasaba o se adelantaba a la caravana. Por

ejemplo, visitaba amigos políticos de Catamarca o iba hasta Córdoba para entrevistar parientes o arreglar futuras ventas. Se instalaba en el Gran Córdoba hasta que las carretas se detuvie sen para abrevar los bueyes en el Río Primero. Entonces él nos alcanzaba a caballo, con su secretario y su escolta.

La carreta de mi viejo tenía el refinamiento de mùelles de cuero que aliviaban los sacudones. Nadie que no haya efectuado ese viaje de iniciación puede saber de qué hablo. Los olores de la tierra. El capataz hablando por lo bajo de alguna huella de puma a la altura de Cruz del Eje. Las delicias de las aguadas. Despertarse con el amanecer, levantar el cuero que fungía como ventanilla y ver los millares de becasinas y patos salvajes en las primeras humedades de Santa Fe, cuando ya cede la Argentina de polvo y piedra. Los gritos de los postillones con la primera luz, el escándalo de los teros tan exclusivistas y mi padre con sus abluciones de agua del Paraná, recién cargada, que trae Faustino desde la carreta aguatera. Y don Felipe el Hermoso, navaja de Eibar en mano, rasurándose ante el espejo enmarcado que yo le sostenía.

Noches de fogón y guitarra. Allí los valores se trastocaban por la magia del arte: el postillón tuerto que parecía hoscamente callado se revelaba como cantor de primera. El adusto capataz, que veíamos siempre talero en mano amenazando súbditos y bestias, se mostraba un buen narrador de historias de aparecidos, de salamancas y de soldados de San Martín que le habían contado las aventuras en el legendario Perú. Mostraba humanidad y hasta humorismo.

Argentina será para siempre la palabra que señala ese mundo de la tierra, hombres y animales, sobre el que cada mañana nacía como el primer día creado por Dios.

Evocaba todo esto echado en mi camarote de maderas, es decir, en mi camarote del tren, el Central Norte, el Central Argentino.

La única incomodidad mayor sigue siendo la de pasar por Santiago del Estero, tierra infausta asolada por Dios y el desgobierno. Tierra yerma donde el polvo vuela en polvaredas que, se dice, suelen levantar perros vagabundos y hasta algún mendigo descuidado.

La zona de las salinas es pura. Pero en La Banda conviene poner toallas mojadas a manera de burletes, en las rendijas de las ventanas del tren, así el polvo no se filtra (en mi caso es importante porque podría provocarme un fuerte ataque de tos).

El tren se desliza con la monotonía de las ruedas golpeando las junturas de los rieles. Deja un aroma de hulla quemada y de vapores blancos preñados de agua sana. Al mediodía parece abrir un túnel

en el resplandor de las arenas ardidas.

Es bueno ver la Argentina por la ventana con el escepticismo de todo viajero aburrido. Uno deja el ojo abandonado de toda voluntad, imparcial. El tren lo lleva por el infinito paisaje prehumano, la Patria hueca. La Patria que nos espera, un increíble instrumento de vida.

Como dije, es la Nada, pero verde. No se ven seres humanos. Todo está como abierto. Aquí la libertad será siempre cosa retórica, invento extranjero, palabra caída de un volumen *inoctavo* de esos que se venden en la librería París.

A veces un gaucho con tropilla. Ya cerca del Paraná, otros colores, otros pájaros. Arrieros con vacadas importantes, rodeados de perros y peones. Y luego el estallido verde de follajes y quintas. La riqueza del Litoral.

A las seis se sirve el primer turno de cena y uno se traslada al coche comedor. Hay una vida social de la primera clase que me gustaría rehuir.

Cruzamos Santa Fe, provincia ideal para los gringos que no se arriesgan mucho más al norte. Cuando el tren para se acerca una masa de vendedores de golosinas dudosas, pollos asados, bebidas azucaradas y frutas confitadas. Vocerío, gritos, discusiones. Una breve policía desarrapada no lograr organizar el andén transformado en un *suk*. Bajo la persiana y la cortina de lona. Es feo ver todo lo que le falta a la Argentina. ¿Quién podrá con semejante toro? Inmenso desierto paradójicamente fértil. Inmensidad sin gente. De cada vaca, se regalan los tres cuartos a los perros, a los menesterosos o a los vagos de corazón. Guitarra, caña, facón. Malicia sin hambre. Sexo sin amor. Todos parecen muertos o nonatos. Tiene razón Roca cuando dice que América no quiere ser. Tiene razón el ridículo pero genial Sarmiento de sacarnos a patadas del ciclo cósmico-vegetativo. Esa siesta eterna que invade la mañana y las noches sin desvelo…

LA TROPA DE CARRETAS ERA UN MUNDO autónomo. Incluso no seguía las rutas de las galeras y jinetes. Sin embargo nos aproximábamos a algunas pulperías para que los postillones y peones pudiesen dormir de vez en cuando en catre, y para que pudieran “aliviarse de abajo”, como decía mi padre.

Los pájaros y los ombúes señalaban desde lejos la institución de la posta, generalmente mandada por vascos o gallegos, capaces de hacer su vida, e imponer la imprescindible disciplina sin mezclarse

mucho con el gauchaje y la peonada. Tratábamos de arribar el domingo, día de baile, de payadores y de taba. Las chinas de la zona iban llegando desde temprano, con sus caras blanqueadas con polvo de arroz y oliendo a agua de azahar o de colonia.

Nuestras dos carretas o apartamentos rodantes, quedaban en la cercanía para que podiésemos dormir en ellas y así salvarnos de las ávidas pulgas y chinches, la mínima pero terrible fauna de todas las postas de la Argentina, cebadas en la ancestral sangre de Belgrano, de San Martín y del feroz Facundo. Mi padre, como todos, tenía una experiencia espantosa en esos establecimientos. Eran un verdadero tema nacional, con su agua verdosa en los jagüeles, con esa carne abombada en las "fiambreras" colgadas de los árboles, su vino carlón picado. El viajero Mantegazza, un señor europeo, contó que allí las chinches se hinchan de nuestra sangre hasta adquirir la medida de inmundas avellanas. Que los mosquitos tienen medida de langostas de mar. Que las pulgas anidan y saltan desde el suelo polvoriento. Esos relatos, verdaderos, dejan en el exterior una pésima imagen del país.

Pero para el criollaje es una fiesta. Mi padre fue aplaudido cuando saludó al vasco Anaya, el dueño, y donó para todos los presentes un barril de verdadera caña tucumana. Hasta las pulgas se mamaron y bailaron ranchera.

Yo nunca había visto, a mis catorce años, al pueblo del campo, a los que viven de y para el desierto. Peones aindiados, chinas de todo pelaje, algunas rameras disimuladas, descartadas de los tugurios y perigundines de Córdoba y Santa Fe. Y los cantores. El rencor amenazante y el erotismo rápido de la pareja que se aleja hacia la noche. Y el monólogo desafiante e inútil de los borrachos hablándole a la Luna, sin permiso de reingreso a la pulpería. ¡A dormir afuera!

Cuando atardecía y antes de retirarnos a nuestras carretas palaciegasd, mi padre quiso saludar a unos gauchos que se habían acercado a la fiesta. Habían acampado en un bosquecillo de paraísos, siempre solos, aunque fueran varios. Uno cepillaba con extremo cuidado y consideración la cola de su caballo. Le sacaba los abrojos. En la penumbra las cerdas del tobiano se escurrían como agua entre los dedos del amo. Pensé, quién sacaría los abrojos que él llevaba prendidos de su melena sostenida por un sudada vincha negra y excediendo abundantemente el aludo chambergo. Cuidaba su caballo más que a él mismo. Ya lo había abrevado. Lo dejó con un cabecero de tiento largo para que pudiese comer el buen pasto húmedo. Una faja sostenía el calzón de sarga negra y el chiripá

bordado tocando la caña alta de la bota de potro. Facón de empuñadura de plata peruana y un cigarro liado con esmero que sólo volvió a encender con su yesquero cuando terminó la amorosa y larga tarea de cepillar su pingo. Más allá, en la zona más penumbrosa había dos más, recostados como romanos en los bastos a manera de triclinio. Hablaban sosegadamente, fumaban y se pasaban el mate, disuadiendo la idea en quien los observase que podían estar esperando algo o estar próximos a emprender algo. Para ellos se debe haber inventado el verbo estar y la sabiduría oriental de dejarse estar.

Otro estaba llegando recién. Venía, se veía, de largas travesías. De la cincha del caballo pendía una marmita renegrida con humo de chañar o de algarrobo cimarrón. El basto enormemente ancho, más sillón para días y distancias a galope corto que útil montura para breves propósitos. Del arzón colgaban alforjas para lo esencial: galleta seca, tabaco, charqui, yesqueros y un par de porrones.

Nos íbamos acercando con mi padre a esos aristócratas que sentían, como nosotros, desprecio por la pulpería, donde sólo se presentarían para comprar algo o para chinitear en el baile del domingo.

Nosotros, los decentes, los puebleros, nos arrimamos como quien hace dos pasos antes de la cena. Mi padre de levita, con su fusta trenzada a manera de cetro de mando, breeches europeos y botas de caña corta compradas en Londres.

—¡Buenas noches, patrón! —Saludó uno con voz de mando, los otros movieron la cabeza con aquiescencia. Mi padre levantó el brazo.

—¡Aburridas las carretas, patrón! ¡Pero peor la pulpería! —Sonrieron desde sus caras pilosas. A esa hora crepuscular sólo se les veía los pómulos y las breves frentes. Barbas enmarañadas, seguramente con variada fauna aquerenciada, pues eran definidos enemigos del agua.

Saludaban a un patrón, a un “hombre decente de ciudad”, con total independencia, de igual a igual. Pertenecían a la aristocracia de la libertad total. Teman todo porque nada deseaban. Ajenos a la propiedad (de tierra, bienes, mujeres e hijos), su única riqueza era el cuchillo y el caballo que la pampa proveía al que sabía atraparlo cuando cimarrón.

—Estoy sabiendo que vienen bajando del Tucumán…

—Así es. Para Buenos Aires, llevando azúcar —respondió mi padre—. ¿Y usted?

—Siempre por estos pagos, a veces por Santa Fe, a veces hasta

Arroyo del Medio, según.

Allí el diálogo mostraba toda su naturaleza de pura amabilidad, porque hablaba un hombre del hacer con uno del estar. Ellos sólo querían la tierra, y que nadie alterase el universo de maravilla y peligro, donde Dios había puesto al hombre junto a los pájaros, peces y fieras. Donde había juntado el tigre con el venado, según leyes precisas. Ese universo que ellos veían en su infinitud de estrellas, cuando se echaban sobre el basto para fumar el último cigarro del día antes de dormirse en los brazos del Dios Grande, que no necesita iglesia ni confesiones.

Yo estaba a unos pasos y vi a mi padre como el representante del activismo. Un aristócrata del otro bando, de la otra Argentina, donde las palabras como "escuela, Sarmiento, progreso, empresa o Mitre", podían tener un sentido absolutamente diferente. Un idioma ajeno al del gauchaje. Pero yo comprendí en profundo las dos Argentinas en esa escena. Ambas eran antagónicas y ambas trágicamente verdaderas. Desde Caseros y el fin de Rosas, a un bando le había quedado el futuro, moderno y extranjerizante; a los otros el resentimiento, los últimos espacios, la lenta y cruel desaparición.

Al fin de cuentas, desde su punto de vista, mi padre tenía buena razón. Éstos eran los monstruos que se podían organizar en montoneras como las que moviera, depredando el Norte, el Felipe Varela y tantos otros contra los que mi familia luchó. De esta gente se nutrió el horror de Rosas. Eran los que condenaron a muerte a mi padre, en la tiranía tucumana del general Heredia, de la que se salvara por milagro. (La atroz muerte en el "cepo colombiano": dentro de un cuero de vaca fresco, cosido con tiento y abandonado luego al sol abrasador, el cuero se contrae y va deshaciendo el cuerpo del condenado que termina muerto por asfixia, depués de horas de agonía, con los huesos quebrados por la lenta presión).

En aquella ocasión fue la intervención de Alberdi —que a veces sirve para algo concreto en vez de siempre teorizar— que intercedió por los condenados aprovechando su ambigua relación con el tirano.

Mi padre, que se despedía del gauchaje levantando la delgada fusta del patrón, era señor de una Argentina con leyes, alambrados y ejército nacional. Ellos, los supremos anarquistas, eran señores por su libertad absoluta. Una libertad poética: vivir sin dar ni esperar piedad en el palacio del Creador. Aceptaban estar lanzados

en Lo Abierto, en lo descomunal cósmico, junto con los planetas, las plantas, los animales. Toleraban no poder inventarse una "razón válida para existir".

Ellos sí que pueden decir "libre nací y en libertad me fundo". ¿Cómo es posible exigirles que respeten a esos liberales, adueñados del poder y del hacer, que nunca tuvieron la experiencia extrema de la libertad y pretenden hacerlos vivir en la cárcel de instituciones que aprendieron de Rousseau? Ni Alberdi, Mitre o Marquito Avellaneda confesarían nunca que el verdadero hombre libre, el único que conocieron, era ese salvaje de chiripá que navega las pampas en solitario y que ellos declararon bárbaros enemigos de la civilización. (Sarmiento sí lo supo y los traicionó).

Hombres que se duermen todos los días del año con los ojos perdidos en el misterio del cielo estrellado, teman que tener necesariamente un sentido muy distinto de la religión, del bien y del mal, de la vida y de la muerte, del ser y de la nada, que los hombre domados, los comunes de la comunidad artificial que nos proponíamos crear. Los Tiempos Modernos. *Les temps modernes.*

(Un personaje que vive con esta ambigüedad es ese José Hernández Pueyrredón, que conspiró con el bárbaro criminal de López Jordán. Y cuando andaba prófugo y buscado, tuvo la inteligente ocurrencia de esconderse en un hotel a treinta metros del Fuerte, o la Casa Rosada, como se les ocurre llamarla ahora. Un rosista cambiado de clase. Un entusiasta enemigo de la educación, de la vacuna, del pizarrón escolar. Pero lo interesante de este sujeto es un poema gauchesco en el que demuestra con honestidad la relación entre el crimen y la libertad; entre la personalidad autónoma del gaucho y su cercanía al crimen. El personaje se llama Martín Fierro, una especie, dicen, de criminal poeta, sentimental macho, mal padre. Se vende como el pan. Basta salirse de Buenos Aires más allá del puente Márquez y ya en cualquier almacén aparece ese libreto editado en papel de diario. Lo leen como una Biblia. *A chacun sa Bible…).*

AHORA YO RECORRÍA LAS MISMAS DISTANCIAS. Pero era otro espacio. Ya no tenía la sensación de pertenencia a la patria —aunque vacía y bárbara— que había tenido en aquellos días inolvidables. La velocidad frivoliza la realidad, la torna insignificante.

Mientras me ponía la corbata pues me tocaba el turno de cena en el coche-comedor, miré por la ventana aquellos mismos campos cuando yo era un doncel de quince años y sentí la libertad de cabalgar con el viento tibio en la cara y bañarme con los postillones

y el capataz, chapoteando en la cañada de aguas frescas, ¡entre mojarras que podían tomarse con la mano, tan inocentes eran de la humana crueldad!

Tuve que esperar un buen rato por un inesperado golpe de tos. El doctor Padilla me había prevenido que el polvillo de la hulla podía afectarme.

Abriendo la ventanilla traté de aliviarme con el viento en la cara, el mismo de aquellas lejanas cabalgatas felices. El viento me despeinaba. Con los postillones hacíamos carreras alocadas entre las vizcacheras, riéndonos de las rodadas y aprendiendo el arte de caer parados. Y al anochecer, el asado preparado con la leña que habíamos juntado. Y el hambre maravilloso y la larga ronda de mate amargo. Después caer rendido sobre los bastos cubiertos y protegidos por el indispensable poncho.

El aire me removía el pelo demasiado. Cerré la ventana y tuve que volver a peinarme antes de pasar al coche-comedor.

¡Qué tenía ya que ver con aquél! ¿Quién era aquel mocoso feliz e insolente en la tierra del primer día del mundo?

En aquel otro viaje, con mi padre, el mayordomo Ávila, para evitarnos el "confort" de la pulpería, tendía una mesa con mantel junto a la gigantesca rueda de la carreta-apartamento de mi viejo. Los dos nos sentábamos esperando los churrascos, después de los tamales infaltables en su mesa. Mi padre me hizo gustar un vino Pomerol, pues viajaba con una mínima bodega. Para espantarnos los mosquitos un peón hacía humo con manojos de yuyos verdes arrojados sobre una palada de carbonilla encendida.

—Extraordinario gran vino —dije con osada seguridad. —Pomerol…

Esa noche tuvimos una fuerte discusión. Viendo que yo había hablado con simpatía acerca de los gauchos que encontráramos, se lanzó a sus conocidas diatribas, típicas de la gente decente:

—No tienen nada en la cabeza. Son sólo una apariencia. Los viajeros extranjeros les inventaron prestigios que no tienen.

—Desde tanta libertad, es imposible que puedan aceptar cualquier límite. O salvan esa libertad o pierden todo: no existen —se me ocurrió decir.

Mi padre empezó a comer con cierto malhumor que yo bien le conocía. Aquélla fue, en efecto, la primera vez que sentí que yo no podría ser el hijo que él y mi madre hubieren deseado desde su sentimiento de la vida.

Mi padre fue enumerando las desventajas del gaucho: roña, ocio, indiferencia, crueldad, inconsistencia de propósitos —fuese en

guerra o en paz—. Le molestaba el tono zumbón que empleaban, la resentida falta de íntimo respeto hacia lo constructivo: hacia la gente afincada y progresista.

—Lo más inaguantable son esas voces chillonas. Las risitas sobradoras, la mirada calculadora y vivaracha. ¡Cómo no iban a ser rosistas! —dijo mi padre—. En realidad, estos salvajes arrogantes llevan una vida tan aburrida que sólo se divierten con la muerte. Matan y se hacen matar de aburridos, como Rosas, que jugaba a rodar por las vizcacheras en las que se desnucó más de algún compinche suyo. ¿Qué más daba?

—Quieren que todo siga igual —arriesgué—. Tienen razones que no tienen nada que ver con el progreso humano. Viven y mueren en otra dimensión… —Mi padre gustó con evidente satisfacción el Pomerol. Pero yo conocía bien su mirada brillante. Un reflejo de peligroso poder cuando le falla la conquista de la unanimidad.

Mis referencias eran irritantes. Afirmé que era evidente que Rosas fue el único que había sido popular en las campañas y en los suburbios de Buenos Aires. Era historia pasada. Rosas había muerto exiliado en Inglaterra. Pero algo peligrosamente vivo quedaba de todo aquello. Mi padre seguramente me imaginaba ya proclive al partido del atraso y del antidesarrollo. Para él era la peor inclinación que podía sospechar en un hijo.

Terminó su copa de Pomerol vagamente herido por mis observaciones sobre la popularidad de Rosas, su posible asesino cuando el levantamiento de 1834. Tiempos de violencia. En la familia se recuerda cuando Facundo entró en Tucumán y hubo que esconder a las niñas en los sótanos de la iglesia Matriz. Borrachos de caña azucarada, sus bestiales subalternos se pusieron detrás de los mostradores y confiscaron y vendieron todo.

Mi moderado revisionismo histórico resultaba muy provocador.

MI PLAN SE IBA CUMPLIENDO CON RIGOR. Llegaba a Buenos Aires sin que mi viaje y mis movimientos hubiesen levantado sospechas. Me había alejado de Santos y de mis hijos en forma discreta, sin dramatismos, como por sorpresivo e indespensable viaje de negocios.

Buenos Aires ya tiene una estación digna de Londres, París o Petersburgo. En el largo andén estaba mi primo Ángel, según lo telegrafiado, con media docena de changadores italianos, polacos, gallegos, para hacerse con mi equipaje. Ángel, que me quiere y es siempre gentil, después del abrazo, arriesgó:

—Se te ve de muy buen color, y hasta diría, más grueso… —Era justamente lo contrario, sus ojos negaban sus palabras de compromiso. Hasta sentí que estaba más bien alarmado por mi palidez.

Mi primo Ángel es la alegría de vivir. Hombre sin sombras si es que los hay. Insistió para que me alojase en la gran casa que Wenceslao, su padre, hizo construir en la calle Esmeralda, casi en la esquina de Rivadavia. Me costó negarme. Bajaría en el hotel Florida, en la calle Florida 21, donde alguna vez nos alojamos con mi padre. Alegué imprecisas urgencias.

Desilusionado, Ángel toleró mi decisión. Yo no podía transigir, mi plan era preciso y necesitaba estar solo en el caso de que tuviera que optar por lo extremo.

Mi primo hizo cargar mi voluminoso equipaje en una chata y me llevó en la victoria en la que se movía por la ciudad. Un Buenos Aires lleno de gente exótica que llenaba el Retiro. Era un verdadero mercado de trabajo. Los aventureros de la inmigración, llegados sin nada, iniciaban en Retiro los primeros pasos hacia nuestro desierto. Pocos iban de entrada al interior, la mayoría pasaba del Hotel de Inmigrantes a los conventillos para emplearse como les resultaba posible. La inmensidad asusta.

Unos pocos, los más lúcidos, logran transformarse en explotadores de sus iguales y de los indolentes criollos. Es la ley de la sobrevivencia. La elegante victoria de Ángel se abrió camino entre esa multitud variopinta, esperanzada y harapienta. Comprendí que la esperanza —que es una dimensión espiritual, poética, surgida o impuesta por la ilusión humana— era más fuerte que la indigencia y la miseria. Los rostros eran confiados. Esa masa de italianos, centroeuropeos, lituanos, rusos, judíos, turcos, galeses, gallegos; en ningún caso producía la sensación de miseria o siquiera de tristeza. Al contrario, de la plaza de Retiro, frente a la entrada de la estación nueva, se alzaba un aura de cierta alegría. Comprendí en ese instante, mientras la victoria ya subía hacia la calle de la Mercé y cuando Ángel me hablaba del plan de divertidas actividades que me había preparado, que Buenos Aires tenía nomás un clima distinto y poderoso, ya definitivamente vinculado al mundo europeo. Un alma transatlántica, si esto puede decirse. O mejor: se

creaba un alma propia surgida de aquel caos de impulsos, deseos y ambiciones.

—¡No! ¡Ya no vas a reconocer Buenos Aires! En estos últimos dos años todo cambió.

Ángel me mostró las obras en construcción. El Fuerte y toda la Plaza de Mayo estaban en remodelación. Impresionaba. Los porteños se disponían a algo grande. Era evidente a simple vista: después de tan poco tiempo se notaba una mutación increíble. Sentí que Buenos Aires galopaba crines al viento y que las provincias trotaban como podían o se sumían en la segura siesta colonial. El país se desigualaba.

Bajaba ya al hotel Florida, donde esa calle apenas nace. El hotel tiene una espléndida escalera de mármol, flamantes teléfonos de la empresa Bell, adecuados mosquiteros y un servicio de baños inmejorable. Pero lo importante es que me daba cierta independencia de movimientos. Allí, a un paso de la Plaza de Mayo, estaba el centro vital de la ciudad.

Cuando Ángel se despidió, miré por las ventanas que, desde el primer piso de mi suite, dan al esplendor urbano. A la siempre transitada y sonora calle Florida. Sentí una súbita alegría. Ahora que los espacios de alegría aparecen como producidos por el olvido de la angustia. Es un resuello en una constante de amenaza. Durante las hipnóticas horas en el tren, pensé que mi angustia es la del perseguido. Hay un perseguidor. Un constante perseguidor al que tendré que afrontar.

Me largué por Florida en esa hora que podría ser deliciosa, cuando el bullicio del atardecer se va deslizando hacia la primera noche. Buenos Aires se estira rápidamente, como masa de harina bajo el rollo de amasar. En apenas dos años, desde mi último viaje, la misma calle Florida había cambiado y prácticamente mantenía un mismo ritmo intenso hasta los bordes de la plaza San Martín. Antes, desde Córdoba para allá, las casas mostraban jardines y hasta sembradíos y potreros vacíos. Ahora todo se vendía, todo se poblaba. Yo caminaba despacio, como flotando en el atardecer tibio. Alcancé las cinco esquinas y emboqué la calle Larga, que es como llaman a la avenida República. Es evidente que los poderosos y ricos se vinieron de Rivadavia para este lado. Ya hay terminados o en construcción algunos palacios en los que se ve la riqueza del material europeo y la habilidad de arquitectos que facturan por sus trabajos el triple que en París o en Bélgica. La plata no proviene más de los saladeros, sino de las carnes y del trigo que en mi infancia se importaban. Se me ocurrió pensar que pronto el azúcar

no será uno de los grandes negocios de este país.

Fui entrando hacia la parte canalla de la Recoleta con sus bares de tahúres, borrachos y putas. Las cuadras que bordean el muro del cementerio tienen la peor fama. Además es un barrial que los caballos aflojan y amasan. Hay un profundo hedor a bosta y a podredumbre de animal muerto. Los elogiados esfuerzos del intendente Torcuato de Alvear, tan famoso, se ve que no pasaron de Callao. La delincuencia es como un sosegado ritmo de mala vida establecida. Avanza sin sentido de culpa o de desgracia. Es como si el Mal no sorprendiese demasiado en Buenos Aires. El espíritu de los mazorqueros se renueva en malevos y cuchilleros de comité. Y en policías venales.

Pasé Centroamérica, que se parece a esos ríos anchos que sirven de límite entre las naciones y volví a encontrar a los inmigrantes recientes en sus repúblicas. Hay cuadras hasta con tres o cuatro conventillos que son como aldeas independientes, gobernados por tauras de las naciones dominantes, italianos, calabreses, gallegos, turcos, gitanos. De tanto en tanto conventillos de negros, en exclusividad, que son inconfundibles porque siempre le están dando a los bongos y tamboriles, como si Rosas y Manuelita estuviesen a punto de desembarcar de un larguísimo exilio. En estos andurriales, cuando alguien asesina de una puñalada a alguien, no se habla demasiado de la víctima sino más bien dicen que fulano “se disgració” al matarlo. Se despreocupan de la víctima y se ocupan más del asesino y de su aventura para eludir a los comisarios hasta poder huir al desierto de las provincias o encontrar la interesante protección del jefe de comité, al que habrá que pagar con crímenes políticos. Todos parecen estar cordialmente a favor del delincuente. Es en los conventillos, el único lugar donde los inmigrantes se sienten libres para alzar su voz sin inhibiciones. Si alguna vez habrá de haber democracia en la Argentina, tendrá mucho que ver con los conventillos… Nacerá, quizá, de estas jamerdanas intransitables.

Niños multicolores y polifonía de dialectos y lenguas. Y en los niños, la babel se aplana en un castellano barato, bastardo, con la vivacidad y síntesis del hambre, veloz como la miseria. La bastardía creará su lengua de trabajo, se puede estar seguro de eso. El conventillo tiene su orden interno y expulsa a los chicos hacia la calle. La juguetería de estos párvulos es sumaria: trompos de madera con pintura casera, bolitas, muñecas de trapo. Sus bocas tan sucias como las rodillas.

Interrumpen el paso. Gritan, se empujan, se amenazan. En los mayorcitos, debajo de las viseras de sus gorras de lana tosca o de

hule abrillantado, surgen miradas astutas, calculadoras y hasta amenazadoras. Se ve que a los diez o doce años ya pierden la infancia y que toda inocencia naufraga en cierta perversidad. La bondad no es valor; la crueldad, admirada. Los más grandes se agrupan en las esquinas y les gusta ser temidos por las mujeres o la gente decente que tiene que pasar. Es la patota, previa a la banda. Viven entre ellos estúpidos desafíos y trifulcas. Dicen que los punteros de comité reclutan a los más criminosos para "la política". Los más hacen changas o son lustrabotas en alguna esquina. Al atardecer se reúnen en grupos y se juegan lo ganado tratando de estafarse. Cada esquina es una escuela de tahúres. Y sin embargo todo eso da una innegable sensación de vida, de vitalidad irreprimible. La curiosa voluntad de vivir. Y hasta una rara sensación de vivificadora barbarie como precio a pagar para zafar de la siesta de la Nada. Buenos Aires debe de parecerse mucho al Nueva York actual, por lo que leí.

Consideré prudente disminuir mi apariencia: me saqué el corbatín, desprendí el botón del cuello y también las polainas, que ajusté con el cinturón. El bulto podía hacer creer que yo andaba debida e incivilmente armado, como se estila aquí.

Crucé Centroamérica que es —como dije— una verdadera frontera de la ciudad con sus suburbios más violentos, llamados la Batería y Tierra del Fuego.

Grandes depósitos de ultramarinos. Fábricas como inhóspitos galpones y cuadras de conventillos o corralones con sus entradas y patios de adoquines desparejos. Gatos asistemáticos que siempre van hacia alguna parte, pero siempre parecen estar huyendo. Invariablemente la mezcla de un sano olor a bosta con el aroma de los jazmines mejor abonados del mundo. Voces, protestas, guitarras. Algún último martillazo del herrero demorado suena como la campana del ángelus cerrando el día. Un relincho profundo responde.

Los purretes peligrosos se arremolinaban en silencio en la entrada de un conventillo. Algo grave pasaba porque se mantenían callados. Los trompos de madera yacían tumbados en la vereda de grandes losas desparejas como borrachos de tanto girar. Me deslicé por el zaguán. Había habitantes y visitantes de la cuadra. Un napolitano mostachudo preguntó como con miedo: *La signora Paterno é morta? Davvero?*

Percibí la pena de unos pocos y más bien cierta molestia o enojo en otros. La mínima aldea del inquilinato estaba convulsionada por

las contradicciones. Una familia de turcos endomingados, con grandes chambergos de fieltro casi blanco y ellas con pañuelos de colores vivos, contenían a sus niñas vestidas como novias precoces. Había indecisión en la gente. La muerte de la señora Paterno arruinaba una fiesta de cumpleaños ya montada en el tercer patio. Justamente en el segundo patio se velaba a la Paterno, en su propio cuarto, con la doble puerta abierta hacia la galería. Se veía un calentador, unas ollas, el camastro de su agonía y otro, seguramente de su hijo. La señora Paterno estaba expuesta sobre la mesa agrandada con el tablón de amasar, toda cubierta con una sábana almidonada. Sólo dos velas intentaban la retórica habitual de la muerte. Alguien murmuró que no era posible que no "la retirasen" las autoridades. Dos o tres mujeres apiñadas como en una escena del Goya negro a veces gemían o sacudían las cuentas de un rosario en un destartalado sillón. El chico hundía la cabeza en ellas, pero no lloraba, más bien parecía tener vergüenza. La Paterno había arruinado la fiesta del tercer patio al no aguantar en vida hasta el domingo por lo menos. Además, enseguida lo comprendí, su cuerpo allí exhibido infundía más que el reconocido respeto a la muerte, el temor y la amenaza de su enfermedad innominable. Oí que estaban por llegar las monjas del Asilo del Pilar, para intervenir según las ordenanzas. Me acerqué, ya que todos se mantenían en el patio. Las desganadas lloronas lanzaban algunos gemidos de intención piadosa pero poco honestos, como se sabe. El chico, seguramente hijo de la muerta, me observó con curiosidad. Me pareció que la muerte ya ejercía su cosmética de apaciguamiento en el rostro consumido: las ojeras azules, emblema de miseria y tisis y la piel excavada bajo los pómulos me pareció que se distendían. La *signora* Paterno se calmaba, y el drama iba disolviéndose en la nada de muerte. El chico me miró a los ojos. Yo y mi ropa desentonaban.

Un individuo muy tajeado hizo señas para llamar al niño, le dió unas monedas y lo mandó al almacén de la esquina para comprar un paquete de velas. Quería cumplir, pero terminar pronto el velorio. Nada podía quebrar la reserva y el disgusto que estaba causando en la mayoría la presencia de esa muerta. "Por lo menos hay que salvar al chico…", dijo una vecina de mantilla de lana. Y otra, más atrevida: "Hay que incinerar lo antes posible, lo manda la ley…". "Se podrían ir llevando las cosas al potrero de la esquina".

Se veía que un sector de las familias turcas del tercer patio querían seguir adelante con la fiesta abortada. Habían contratado un cantor nacional, de lengue, acompañado por dos guitarristas. Esos nuevos personajes que produce la ciudad. Con voz

violentamente varonil y decidida arrancó con una primera estrofa de la música de moda:

Soy hijo de Buenos Aires
Me llaman el porteñito
¡El criollo más compadrito
Que en esta tierra nació!

Pero el señor Paramidami, el mismo que había mandado a comprar las velas faltantes, intervino llamando autoritariamente a la cordura. Era evidente que los músicos ya estaban pagados, sin devolución, y se les pidió cambiar e intentar algún rasgueo de música sacra. Las familias turcas aceptaron finalmente de mala gana los prestigios y la majestad que impone la muerte. Los endomingados se fueron despidiendo y salían con las niñas tan tiesas y almidonadas como cuando entraron. Se comunicó que todo quedaba para el domingo de la otra semana. Por más que retirasen a la *signora* Paterno, la cosa se había arruinado y hasta podría traer desgracia la irreverencia de intentar la fiesta.

Me quedé cerca de la enorme parrilla, donde normalmente arde el permanente fuego de carbonilla en el que todos cocinan o hierven el agua del mate. Por fin llegaron desde el convento del Pilar tres monjas altas, que se me ocurrieron austríacas. Altas, rígidas y con las enormes tocas impolutas que emitían cierta fosforescencia en la penumbra. Se hizo un gran silencio en el patio. Con firmeza desalojaron a las tres lloronas y al niño. Iban a preparar a la finada. De algún modo imponían una indiscutible supremacía católica en la babel teológica del conventillo. Se diría que representaban un catolicismo general, como podría ser un catolicismo para argentinos. Un rito que no comprometía demasiado a nadie. Cerraron las dos hojas de las persianas que daban al patio. Pero yo ya no tenía ganas de esperar. Estaba excedido por aquella moribundia y me encontré súbitamente alterado y traspirando abundantemente por la frente. ¿Cómo se ingeniarían las monjas austríacas, digamos, para preparar a una muerta tan desdichada? ¿Qué hacer con tamañas ojeras y con la piel excavada bajo los pómulos? Tal vez, pensé, la pintarían con el colorete y el carmín que la pobre habrá visto de lejos en vida, como un lujo. Pero yo ya tenía urgencia de irme. Cuando salía del zaguán, vi que llegaba el charré de dos caballos, techado, pintado de verde, que algún denunciante había solicitado en el asilo. Eran los siniestros carros habilitados en Buenos Aires cuando la atroz peste amarilla. ¿Por qué verdes?

La desdichada Paterno sería incinerada con toda su infección y con todos sus enseres. ¿Y el niño? ¿Y aquel sol de la canción napolitana?

El almacén tenía despacho de bebidas. Un cartel animaba desde el frasco de caña de durazno: “Sin moscos”.

Me la sirvieron en un vaso con forma de florerito y la tomé de un golpe. Por lo mala, parecía de los Nougués. Si había moscas no se veían en la mezquina luz de los candiles sobre el mostrador de estaño. Tenía que controlar la malsana nerviosidad y sudoración que evidenciaba el retorno de mis fiebres del atardecer.

Me estaba sumergiendo en un Buenos Aires que yo desconocía por completo. Me pregunté si Alberdi sabría de semejante podredumbre humana y de tanto dolor nacido de sus mejores intenciones poblacionistas. ¿Imaginará o sabrá lo que pasa en estos conventillos mientras ejecuta su Liszt o su amado Chopin en la granja de su amante en las afueras de París?

Buenos Aires es una peligrosa laguna de miserias humanas. Desde el barrio Sur, diezmado por la peste amarilla, hasta esta criminosa Tierra del Fuego que se jacta de incluir el cementerio, la cárcel y el hospital como símbolos de un secreto gusto por el melodrama, la violencia, la muerte. Basta pisar el patio de dos o tres conventillos para que uno pueda comprender que probablemente estemos desbarrancándonos en una locura racial y humana sin precedentes. Algo que no pudieron imaginar nuestros intelectuales con sus *argirópolis* y bases. He visto un croata largo y rubión del brazo de una mataca salteña, gorda, con una impresionante trenza como de crin brillante. Un napolitano de bigotes en manubrio con una húngara pecosa, consumida por los disgustos. El catalán importante con una gallega bajita y pizpireta. El señor Paramidami, el taita, con una porteña de pelo lacio, negro y piernas largas provocadoras. Los turcos enrulados, color de guanche, con su fila de turquitas con pañuelos celestes en la cabeza. Ellos siempre custodiándolas con los hijos y hermanos, como una mandria peligrosa. El alemán que llamaban Arlt, con pelo pajizo y pómulos salientes y duros, de mongol, el que increpó a las monjas para que “se llevasen a la *signora* Paterno lo antes posible” mientras él salía con una valija en mano, furioso, como para hacer noche afuera y no infectarse de la terrible muerte de la vecina desconsiderada, que se le había ocurrido morir de tisis. Y el judío centroeuropeo con sus faldones, las patillas con trenzas rojizas y un sombrerazo de fieltro como los que usan los gauchos del Litoral, junto a su correligionaria del norte de Africa, con ojos profundos

como los de las sirias, también cubierta de pies a cabeza, como si todo estupro, adulterio o incesto, naciese de la mirada… Y los criollos de piel cetrina, picados de viruela, con invariables bigotes lacios y crenchas engrasadas. Esta gente se reproduce con entusiasmo. Constituye lo que algún irresponsable elogia con la metáfora de "un crisol de razas".

Miles de seres que van perdiendo la ilusión y se degradan como toda agua de vida estancada. Encerrados en la ciénaga tibia de Buenos Aires, del fracaso o de la indecisión propias, sin saber definir la aventura que emprendieron. Los que buscaban paz se encuentran con la violencia cuchillera de los malevos y rufianes. Los que vinieron por hambre, una vez saciados de la carne que se regala y de las frutas que se venden por cobres en las quintas, quedan enfrentados a la nada, a la nostalgia de lo que dejaron. Por eso tanta morriña y *canzonetta*, o sea música burdelera y canalla, eso que están llamando tango.

Pocos pasan la pampa húmeda. Algunos hasta llegan a Tucumán. La mayoría intenta suerte y retorna a la ciénaga tibia, a Buenos Aires. Nada resulta tan claro como lo imaginan los políticos desde sus ilusiones o desde la firmeza cuartelera, ejecutiva, de un Roca. Por algo no hay pared larga o muro de corralón que no lleve escrito torpemente y con tiza el apellido del turco Alem, al que el tío Juan apoya, pese a la oposición mayoritaria de los barones de la familia. ¿Qué les puede importar a estos desvalidos los desprestigios mazorqueros con que los ricos descalifican al turco en el Círculo de Armas o en *La Tribuna*?

Termino la atroz caña de los Nougués, pago y sigo remontando el suburbio sin Virgilio alguno que me indique los caminos del infierno de tantas ilusiones perdidas.

La noche de luna purifica. Es como la nieve. La realidad se sintetiza en proyecciones y sombras geométricas. Los perros de los corralones me ladran. Veo que me fui demasiado lejos por la calle que se disuelve en barro y cardales. De vez en cuando el olor inmundo, por ráfagas, de algún caballo o perro muerto que nadie quema o cubre con tierra. Relinchos desde lo profundo de los corralones y la bendición del jazmín con sus aromas orientales derramándose desde sus macetas y latas de aceite pintadas de colorado. Las cuidan mujeres de España o Italia con dulzura de quien en la soledad espera que el hombre, que su hombre, regrese de la violencia de los sueños, de la feroz lucha para sobrevivir. La inmensa y callada aldea de los que fracasaron, de los vencidos. Ellos

están produciendo algo que no podemos todavía comprender, pero será el verdadero espíritu de esta babel.

Como estaba mal, amenazado gravemente, me identifiqué con esa gente. El dolor revela. De otro modo, como en otros viajes, estaría en el Círculo de Armas tomando una copa antes de la cena en el Pedemonte o en el España, sin considerar esa realidad sumergida.

Comprendí que regresar a las once de la noche, era tan peligroso como seguir. Por suerte di con un corralón con los portones abiertos de par en par. Un italiano de chaleco y con una media calvicie que brillaba a la luz de la luna, luchaba por sostener la pata de un caballo para acomodarle la herradura floja. Dió un par de certeros martillazos y me miró sin desconfianza, se ve que en la noche hago todavía menos bulto que durante el día.

—¿Desea algo el señor?

—Quisiera volver para el centro…

—Como ve, ya desenganché.

—¿No le queda algún peón que pueda llevarme? Pagaré bien.

—Habrá que esperar. El señor puede sentarse, si quiere. — Hablaba un español cómodamente italianizado.

—Conozco Italia. ¿De dónde proviene usted?

—Seguro que no va a conocer: De las *Cinque Terre*, de Lévanto, entre La Spezia y Génova. ¿Conoce Génova?

—No, desgraciadamente. Estuve hace unos años en Venecia y Roma, claro…

Se estableció un largo silencio mientras el hombre acomodaba arreos en el exterior de los maltrechos boxes. Ibamos hacia la medianoche y sería una locura tener que atravesar la Batería a pie. Se puede desafiar al diablo, pero una sola vez. Como si hubiese estado leyendo mis temores me dijo:

—Aquí la policía no hace nada. Más bien están acomodados con los canfinfleros y levantadores de juego. La vida no vale… El crimen paga, y bien.

Para mi sorpresa vi que con estrépito ingresaba por los desparejos adoquines un carro verde, cerrado. Tuve la repentina y desagradable ocurrencia de que se trataba del carro verde de los muertos. Vi a la pobre *signora* Paterno absolutamente rígida sobre la pila de otros muertos. Los muertos por causa de enfermedad innominable, ominosa, que no merecían otra cosa que la inmediata purificación por el fuego municipal.

Me había equivocado: era un carro de yelero que seguramente se

guardaba en el corralón, perdía agua y era tirado por un melancólico percherón que no esperaba otra cosa que el inmediato sueño. Pero había bastado ese segundo de fúnebre visión para que otra vez traspirase abundantemente mi frente y las manos, al tiempo que se encendían en calor mis mejillas. Era evidente lo que decía Padilla: esos trasudores son producto de mi sistema nervioso delicado. Aunque tuve que reconocer que el calor de mis muñecas denunciaba esa misteriosa fiebre de casi treinta y siete, cinco.

El italiano comprendió mi preocupación al ver que el conductor de ese carro no era el peón esperado. Gritó hacia un lugar de los altos del corralón:

—¡Antonietta! Salgo para llevar un cliente, después vuelvo.

Se me presentó. Dijo llamarse Piacentini. Se ve que era el modesto empresario del lugar, ese corralón destartalado donde regenteaba tres o cuatro carruajes. Murmuró algo quejándose de la irresponsabilidad del peón. Aparejó el caballo que había herrado a una berlina cerrada, de esas que se usan para ciertos paseos galantes por el Rosedal, se puso la chaqueta y el sombrero bombín y nos largamos a los tumbos hasta alcanzar la avenida del parque inventado por Sarmiento, no lejos de las ruinas del palacio donde Rosas urdió todas sus barbaries para impedir esta modernización que hoy estamos viendo…

Me abandoné en los dudosos almohadones de la berlina, con su no desagradable relente de perfumes baratos. Por la ventanilla entraba el viento fresco de la noche, que siempre parece más puro. Me hacía bien, como si calmase mi excitación. Me remonté a Tucumán, pensé en Santos. La ví presidiendo la cena en el comedor diario rodeada por nuestra feliz y sonora cría. Y ella diciéndoles que ya vuelvo, que pronto vuelvo. Y las protestas de la negra Trinidad porque José y Felipe, los chiquitines, se tiran la comida. Veo a Matilde, la lúcida, la que comprende en silencio las debilidades de amor y de carácter de su madre, sentada frente a ella, conteniendo el vocerío. Veo claro, casi estoy allí. La nostalgia es imaginativa, creadora. Sentí, con dolor, el peso, la materia del amor de Santos. Ante esa exudación súbita ella habría, como alguna vez, corrido con la toalla con flecos de hilo. Me habría secado la frente. “¡Usted es muy sensible, hijo mío, demasiado sensible para este mundo!” Y después, sus manos secas, pequeñas, diligentes, que de algún modo no ocultaban la preocupación que quería disimular. Y el aroma y la frescura del agua de Colonia 4711 en la frente y en las muñecas calientes. “Usted, querido Tata, no tiene nada. Lo que quiere es

asustarnos, que una lo mime. Se pone usted nervioso por cualquier pavada y zás, hay que correr a secarlo como a un chico".

Angustia, culpa, en el mordiscón de nostalgia. La terrible zona de sombra de sospecharse equivocado… Pero ya Piacentini me hablaba desde el pescante:

—…Son todos delincuentes… —Miré por la ventanilla. No se veía más que el tráfico de la noche. Estábamos avanzando siguiendo las vías y nos acercábamos a Retiro. Desde una calesa alguien insultaba en dirección a la vereda y arrojaban una botella vacía.

—Todos delincuentes… —murmuraba Piacentini con cierta rabia de hombre estafado, defraudado, común en tantos inmigrantes.

No sabía qué responder a sus comentarios protestones. Yo lo veía con simpatía: había dado una lección de probidad profesional al aparejar su zaino, cuando ya su Antonietta estaba seguramente sacando el estofado de la olla. Pero más que nada le agradecía que al hablar me hubiese rescatado de una nostalgia que invariablemente vira hacia la culpa o el dolor. La casona lejana y ellos… El Ingenio en la noche lanzando volutas de caramelo. Y yo en la más grande confusión de sentimientos y de decisiones que pueda vivir un hombre.

Dicen que los felinos, por pudor instintivo, se apartan cuando creen morir.

POR FIN ESA MAÑANA, LA ESPERADA. Me vestí buscando la serenidad, como queriendo olvidar la experiencia que me aguardaba. Al mirar desde el balcón el movimiento de la calle Florida, intenté decirme que era un día como los otros.

Releí la carta que le había pedido a Padilla para presentarme al doctor Bosch. Desplegué el recorte del diario *La Prensa*. "Primeros análisis de profesionales argentinos según las técnicas del doctor Koch". Se elogiaba la capacidad de nuestros investigadores, algunos de ellos regresados de Heidelberg. Se publicaba la entrevista de un notable médico, Adolfo Posada.

Traté de ir como un paseante. Eran unas pocas cuadras. Me detuve como si tuviese alguna curiosidad a escuchar los extraños cilindros de cera en la vereda de un negocio que difunde esa mágica novedad, reteniendo y repitiendo las voces de los grandes cantantes de Milán y Nápoles.

¿Por qué quería salir de la duda a la evidencia? ¿Qué demonio nos empuja a privilegiar la verdad, cuando es la verdad lo que

inexorablemente e irrefutablemente podría destruirnos y arrojarnos en el infierno?

Nos anima el espíritu peligroso del jugador. Pasé una vez frente al edificio de la Asistencia Pública, donde Padilla me había dicho que funcionaba el laboratorio experimental. Pero no entré. Sentía una extraña nerviosidad, más bien la que correspondería a un prohibido encuentro galante.

Estaba en la calle Esmeralda, en una mañana radiante y temía que pasase la calesa de mi primo que vive en la gran casa que se construyó mi tío Wenceslao aquí.

Me metí en la confitería Del Gas. Pedí un té. Sequé mis manos con el pañuelo.

Cuando me resolví, crucé el largo zaguán de la Asistencia y el patio de palmeras. Se olía un relente de cloroformo, de desinfectante. Deben de ser los olores de los portales del Paraíso.

Sin preguntar nada, esquivando al personal de guardapolvo blanco, fui buscando el pabellón de los laboratorios.

Había un largo mostrador. En el piso de baldosas la manía de desinfección había dejado unos charcos como de leche derramada: la acaroína, según la llamaban.

Le pregunté al del mostrador por el profesor Bosch.

—Tengo una carta de presentación para él.

—El doctor Bosch no está.

—¿Vendrá más tarde?

—No. Está de viaje invitado por la academia de Río de Janeiro… —Mi plan fallaba y sin embargo la alegría me llegó como la brisa fresca en una tarde de agobiante humedad.

—Oh, ¡no me diga! Qué bien establecida está la Asistencia. Nunca la había visitado, gracias a Dios, en cierto sentido…

El hombre, un joven rubión de calvicie incipiente me miraba detrás del mostrador con ojos desapasionados, ni siquiera curiosos.

—Hay otros doctores. Bosch, usted sabe… —y agregó un gesto irónico—. Es un gran profesor.

No le podía decir mi intención real.

—Me gustaría hablar con él. Se trata de las nuevas técnicas… Leí el artículo de *La Prensa* y tengo un amigo muy interesado… Me gustaría apuntar su nombre. ¿Cuándo regresará el doctor Bosch?

—En una semana, lo máximo diez días si se toma el fin de la otra semana para preparar su nueva conferencia, en el Club del Progreso…

—Parece que es muy eficaz ese nuevo análisis. ¿Compraron un microscopio de la Casa Zeiss, verdad? La ciencia termina

venciendo… —Y sonreí buscando aflojar al escéptico personaje de guardapolvo blanco. —Le pregunté su nombre para confirmar en algún momento que pase…

—Cervetto —dijo melancólicamente. Saqué mi agenda y lo anoté. —Lo está escribiendo mal. Es Cervetto con ce y no Servetto.

—Disculpe. Si se escribe como me está diciendo, entonces debo decir Chervetto, ya que es un apellido italiano.

—No. Cervetto. Como se lee en castellano, no en italiano. —Corregí la anotación.

Para intentar un puente simpático le dije señalando el dramático grabado a tinta enmarcado en la pared, justamente titulado *El Triunfo de la Ciencia.* Una mujer pálida y consumida, con una túnica griega que podría ser un proyecto de mortaja, se abrazaba a un profesor de barba, con levita elegante que extendía su brazo rechazando una calavera con guadaña que imperiosamente reclamaba a la mujer consumida.

—A la larga nunca triunfa la vida. Sólo se alarga el plazo.

—Verdad. Verdad… —le dije con urgencia.

Me estaba sintiendo mal. A punto de mis exudaciones nerviosas. La mirada de Cervetto por momentos era policial.

—No obstante lo que usted dice, vivimos empujando los anticipos indebidos. —Cervetto me miró perplejo. Yo había vencido de algún modo su gusto por lo absoluto. Agregué:

—Koch, Bosch y tantos otros, tal vez usted mismo, luchan diariamente por ayudar a aclarar o prorrogar los "anticipos indebidos". —Creo que había pegado esta vez: Cervetto se alegró quizá por verse nombrado con las eminencias.

—No creo, en fin. En realidad yo no soy más que un ayudante de primera. Estoy en la carrera auxiliar, pero estudio… Justamente me ocupo en descifrar el funcionamiento de ese increíble microscopio que nos mandaron los alemanes. Hay sólo seis en el mundo. Koch mandó una carta a Leipzig recomendándolo a Bosch… Bosch, Koch, deben entenderse entre ellos —y sonrió.

Tuve una ocurrencia. Pero no podía arruinarme la súbita alegría que iluminaba hasta la mañana de sol y cielo azul perfecto. Saludé gentilmente a Cervetto y salí con paso ágil, como el jugador que logra irse indemne, con el capital intacto, después de las peligrosas alternativas del Casino. Pego vueltas ante la luz quemante como un hipnotizado insecto nocturno. Luz blanca. O luz negra.

Hacía tiempo que no me sentía tan feliz. Caminé por ese Buenos Aires que me pareció lleno de vida. Nacía una ciudad extraña, heterogénea, que no quería ser como el resto de la Argentina, o

como la Argentina misma. En la mañana caminé llevado por una brisa fresca que subía desde el río y me empujaba a lo largo de la calle de la Plata, después por Victoria hasta alcanzar Garantía y la frontera que es Callao, donde empiezan las casas con cercas de cinacina, los lodazales y los jinetes.

Así como desde el anochecer se establece un relente de criminalidad, lujuria triste y sórdido predominio de borrachos y tahúres, la mañana exhibe la otra apuesta, la del parral enloquecido que busca la miel de nuestros patacones que valen más que tantas otras monedas. Albañiles manejados por un capataz serbio o alemán, levantando un edificio con trabajo diurno y nocturno. Negocios de ferretería, bazares de hojalatería sonora y brillante. Trenzadores de junco y mimbre traído del Tigre. Talabarteros improvisados. Un relojero húngaro en Libertad llegando a la calle del Parque. Todo se vende. Alguien entra con una enorme chata de carga con toda una mudanza.

Pasan turcos con valijones de chafalonías, sirvientas que gritan ante la provocación de los patoteros de esquina. Chicos que venden refrescos. Un judío con una bolsa de pistachos y lupines. En las lecherías de Casares, que ya son una cadena por todos los barrios, las vendedoras están de blanco, como los azulejos de las paredes, como las enfermeras diplomadas en Suiza. Hay una campaña nacional a favor de la leche. Todos se gritan, protestan, se llaman. Creen que hablan el mismo idioma. Por la avenida que da al Fuerte pasa un regimiento de coraceros de la policía, con banda y gonfalones. Buenos Aires de día es plena actividad, triunfo de astutos y vivillos; de noche predominio de perversos y delincuentes. Pero es un mundo en movimiento.

La mayoría de los inmigrantes van con esas gorras grandes, de palafreneros o de mafiosos. Los criollos, de bigotazo y chambergos ladeados. Hay una solapada violencia hasta en el saludo de los amigos. Hoy, en *La Tribuna*, se publica que los extranjeros que empezaron a llegar con Avellaneda, ya son la mitad de la población nacional. El articulista, un resentido, apunta que es más fácil ser aceptado en el Hotel de Inmigrantes viniendo de Varsovia que desde La Paz, Valparaíso o Río Grande do Sul…

Y me siento estupendamente contento de que el doctor Bosch esté invitado por la academia del Brasil: me da tregua en la confrontación que temo.

Por la noche me encuentro con Ángel, mi primo. Saludamos a su padre, Wenceslao, en su estudio ubicado en Esmeralda N° 2. Su despacho tiene una extensa biblioteca de caoba, con escalera, y un

nutrido regimiento de libros de lomos demasiado perfectos (como los uniformes de esos militares de oficina o de banda que uno sabe que no combatirán nunca).

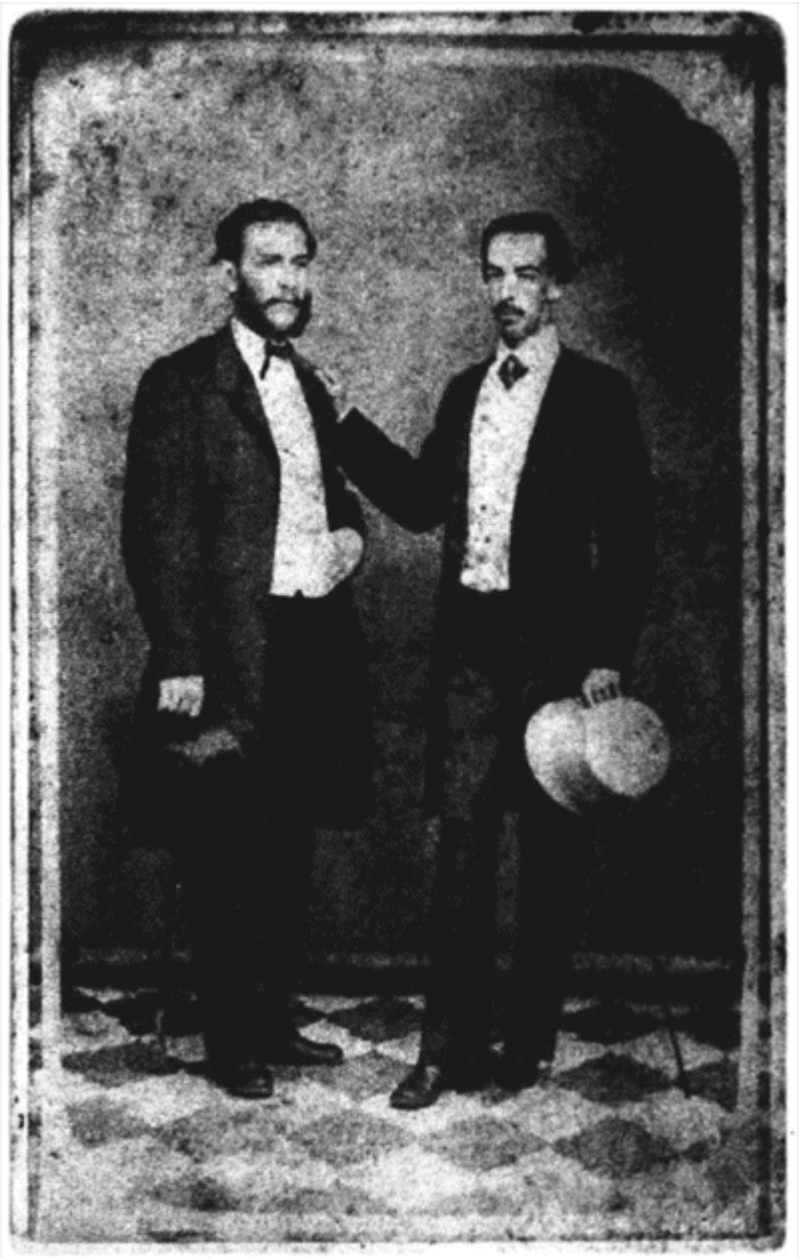
Wenceslao no puede dejar de señalar que me encuentra muy flaco.

—He sido siempre así.

Ángel tiene todo un programa disparatado para mis intenciones. El padre lo mira con aprobación callada. Ángel parece el producto dilecto de la economía rabiosa de Pellegrini: carruajes, mujeres, juego, noche larga en los peringundines del Palermo. Y durante el día un trabajo concentrado en las reuniones de los productores de azúcar, en la administración de La Bella Eulalia, la estancia cerca de Lobería, con sus diez mil cabezas de ganado y su gran producción cerealera. Todo lo hace con alegría y desenvoltura. Mi primo no conoció ni la enfermedad ni el sufrimiento. Carece de esa silenciosa gravedad de su padre que lo mira actuar con beneplácito y, yo diría, con una extraña curiosidad. Ángel rinde culto a los dos dioses del Buenos Aires de hoy: el de la despiadada actividad para enriquecerse, y el dionisíaco, el de la juerga de los ricos.

Esas noches de Ángel pasan por cenas de gran vuelo con las espléndidas señoras y sus elegantes amigos del Buenos Aires poderoso. Después son sus travesuras con sus amigotes en el Tambito o en el Hansen, en las casas de gran tono como la que regentea (y "por encargo") Madame Fontanel; o mismo en lo de Laura o María la Vasca, donde siempre aparece un terceto de músicos para animar los bailes con corte. (El sexo parece más bien un pretexto o un rápido alivio, para después uno divertirse sin depender de esa eterna complicación que es la mujer). Su noche dejaría molido al más pintado. Es una aventura por boliches de todo jaez y de mil anécdotas con amigos y enemigos ocasionales. Cruza desde Paseo de Julio a las casitas de la calle Junín. Desde aquí a la Boca, al Barbera, en la esquina de Suárez y Necochea.

A medianoche libera a su cochero y sigue en algún lando de alquiler, lo que él llama "mi nochero". Más que las señoras, le gustan las mujeres de cuchillo en la liga. Incluso ya las "niñas educadas" que consigue a pedido con la Fontanel (la casa más fina, en Talcahuano y la calle del Temple) no le interesan tanto. Más que el sexo le interesa el entorno de peligros y sorpresas donde lo busca. Y si algo excepcional se le cruza, me parece que es más bien para contarlo a los amigotes en los mediodías de puchero criollo en el Círculo de Armas.



Mi primo sería un modelo de lo que hoy llaman un liberal, un librepensador. Procede sin culpa, abierto a una generosidad natural que no requiere dogmas ni ritos.

LA FIESTA ERA EN LA CASA DE LOS PADULA. Inauguraban palacio, no casa. A la entrada nomás, había una media docena de sirvientes de levita bordada en azul y oro, medias blancas y zapatos de charol

con hebillas. Atendían los carruajes y acompañaban a los visitantes por la breve escalera imperial. Todo era más bien digno del casamiento de algún Dux equivocado que hubiese llegado a la deriva desde el Canal Grande de Venecia hasta varar en las embarradas toscas del Plata.

Pero más allá de la espectacular recepción de los lacayos trasplantados, todo lo demás me pareció agradable y natural. Prevalecía un tono alegre y amical. Las risas femeninas como lluvia de cristales. Afecto verdadero en los abrazos de saludo. Todo el mundo de frac, mujeres espléndidas como si hubiesen salido de l'Opéra de París y después de caminar una cuadra entrasen en la flamante mansión Padula. Mientras aceptábamos con Ángel la primera copa de champagne, me di cuenta de que el desorden argentino por suerte prevalecía sobre la voluntad de pompa y fasto. (Siempre nos salvará eso).

Allí estaba todo Buenos Aires. El otro Buenos Aires, digamos, el opuesto al de la *signora* Paterno… Los Padula, siempre primeros, habían logrado el alarde de la iluminación eléctrica en todos los salones, con centenares de bombillas incandescentes (o de Edison como las llaman) sostenidas de las arañas con un enredo de cables verdes con hojas naturales de yedra adosadas. Nadie podía evitar una referencia o exclamación ante semejante muestra de gracia y poderío. A las nueve de la noche la casa resplandecía como a media mañana.

Ángel me presentaba. Todos fingían conocerme. Era agradable, y era como si la amistad fuese un don connatural y obligatorio, casi. Copa en mano cruzamos los primeros grupos en el amplio vestíbulo de mosaicos con cuadros espectaculares de la escuela de David y de Delacroix. Hasta había algún gran óleo de autor nacional con una tremenda escena de malón raptando gringas de pelo dorado y con el reloj de péndulo robado de la estancia que se veía arder en el fondo del cuadro. En un extremo, entre cuatro elegantes columnas de mármol y sobre un estrado recubierto de terciopelo rojo, la orquesta —de rigurosa etiqueta— ejecutaba aires cortesanos de Lulli o de Fremdenberg antes del comienzo del baile y como acompañando a los invitados a deslizarse con paso de ballet hacia los salones interiores.

Ángel es querido. Es un animador, un vitalista. Eso no tiene precio cuando la gente se pone seria y solemne (más por la circunstancia y por la ropa de etiqueta, que por lo que siente).

Alfombras. Jarrones chinos enormes. Biombos con serenos paisajes taoístas, con incrustaciones de marfil. Floreros imponentes

de Limoges y macetones de cerámica de Talavera con maravillosas palmeras enanas. Sucesión de alfombras orientales cambiando su color en relación con el estucado de cada sala. El piano de las niñas. El arpa, enorme y dorada. Aquello era simplemente admirable: un salón que parecía ser del Grand Hotel de París mientras que la salita del escritorio del viejo Padula, recordaba un apartado recargado y cálido con dorados de La Fenice de Venecia.

Ángel me presentó a Miguel Anchorena con el que están haciendo negocios de ganadería. Es bienvenido en todos los grupos. (Con maldad mi madre comentó una vez: "a Ángel lo quieren todos, al padre se lo respeta".)

Los mucamos de chaqueta blanca y corbatón pasaban diligentes con sus canapés de salmón, bocaditos de jamón de York y renovadas copas de champagne. Me tomé una segunda como para levantarme y poder girar y navegar entre tanta gente feliz y sana. Gente que ve de lejos la enfermedad y que cree que las miserias humanas no están más que de paso, en un indudable camino de éxito.

Descubrimos, con estupor, un enorme cisne de hielo que llevaba una increíble carga de caviar en el lomo. ¿De dónde el caviar?

Ángel me presentaba como el presidente del Círculo Monteagudo (que nadie conocía) a los intelectuales de la fiesta: los Wilde, Cambacères, una señora que según Ángel escribía en secreto y firmaba César Duayén, como una especie de acriollada George Sand, seguramente no tan mala persona como la francesa. Maravillosas mujeres se acercaban y desaparecían como cometas en la misteriosa noche estelar. Se reían. Hablaban de libros. Comentaban a Cambacères, el provocador *Silbidos de un Vago* y de *Sin Rumbo*. Las mujeres adoran a estos angustiados de pacotilla. Ácratas de salón. Como Cambacères que hablaba patéticamente de "la búsqueda de sí mismo", se cuenta que Ingenieros comentó a la salida de un salón literario: "Por fin se encontró, pero ya era tarde, se cayó al vacío…".

Hablan de Alberdi y de los escritores nacionales que detestan. (Ellos se llaman en la prensa que controlan "los nuevos" o "los revolucionarios").

Me metí a decir:

—Algún día, estoy seguro, se dirá que Sarmiento es un gran estilista, un caso único… —Me miraban como a un lelo, hasta advertí algún gesto de benévola piedad.

Cambacères dijo que Facundo no se entiende si es un libro de

antropología, una novela frustrada, una biografía chambona o un *pastiche*…

Ni Sarmiento ni Hernández Pueyrredón, el "gaucho" Hernández, son tenidos en cuenta. Apenas toleran a Echeverría como un Espronceda de tambos y carnicerías.

Todos ellos estaban tratando de escribir según los códigos literarios franceses, en todo caso extranjeros. Pero no llegan a nada: un falso Zola, un falso Dickens. Hacen literatura culta de Buenos Aires. Tienen nostalgia de verdadero sufrimiento. El gaucho Hernández y el loco Sarmiento, que nunca se tomaron como escritores serios, parecen dos gigantes de otra era entre petimetres que no pueden perdonarse el disgusto de haber nacido del lado errado del mundo.

Entra Rocha y el viejo Saturnino. Con todos sus entorchados, Levalle, Campos, Teodoro García; seguramente saben que Roca prometió pasar a saludar en algún momento. Es tiempo de ascensos y puestos de mando.

Ángel me lleva a un grupo de parientes. Está allí Filemón, que yo sólo saludé de chico. Es un jurista intelectual que está preparando la famosa "ley secreta" que piensa lanzar Roca, sobre el matrimonio civil y la familia. Es un secreto a voces, pero será, de producirse, una conmoción nacional incalculable. Estamos en un país donde los masones hablan todo el día de cristianismo. Estos masones argentinos con la casa llena de Cristos y virgencitas de sus mujeres beatas, parecen más bien una Compañía de Jesús al revés fundada por liberales *bon vivants*. Y en este sentido nada más hipócrita que el discurso de Sarmiento ante los masones, cuando asumía la presidencia, mostrándose como un cristiano empedernido.

Filemón es ya hombre de Buenos Aires, como Ángel. Es urbano, profesional. El paisaje de Lules, de Tafí Viejo o de Monteros le deben de parecer un telón de fondo barroco y colorido por donde corre aquella infancia que se perdió para siempre. Buenos Aires nos roba a la gente. ¿Qué queda de Tucumán en Roca, en Alberdi o en el mismo Avellaneda?

Filemón fue constituyente. Su objetivo es implantar un esquema coherente de leyes de "país serio". Todos sabemos que por uno de esos errores de intelectual apoya a Juárez Celman, que se la tiene jurada a nuestra familia y a todo ese Tucumán que lo detesta. Juárez Celman cuando habla de los tucumanos dice para menoscabarlos: "Son los porteños del norte, porteños pero sin puerto y sin agua…".

Las maravillosas, las diosas, se precipitan sobre los escritores. Por fin conozco a la mentada Guillermina de Wilde que me presenta a su hermana. Las diosas tienen la espalda desnuda en V. Son espaldas tostadas, porque ya desde septiembre se suben a las terrazas y se tienden al sol. En otros años la moda impone que no se debe ser morena sino blanquísima, tez de leche. Esto las obliga a gastar en teóricas cremas blanqueadoras y a andar de sombrilla hasta para sólo cruzar un zaguán. Guillermina me presenta a su amiga Mercedes. Sus ojos profundos. Y Ángel que va entre ellas como abejorro en jardín conocido. Todas están casadas, pero el arte es disimularlo. Las más jóvenes dominarán cuando empiece el baile. Se agregan a las bromas sobre Alberdi:

—Ahora descubrió que Rosas es un caballero. Lo compara con los lores ingleses. Escribe: Son esa gente que sabe ver el mundo desde arriba… Increíble…

—Desde arriba del caballo —dice Mercedes.

—Yo lo vi hace poco; está bien.

—Pero tan viejo, pobre Alberdi.

—No, no está tan viejo. Está flaco y conserva ese pelo largo, un poco caído de costado a lo lord con *spleen*.

—Pero el libro es increíble —sigue Wilde. Y Cambacères:

—No tan increíble. Siempre fue rosista. Por un lado lo de la civilización, por el otro que no puede haber un progreso artificial que no fuera producido desde la esencia de cada pueblo. No se lo entiende bien.

—Barro y bosta. —Todos ríen con la salida de Ángel. Y sigue Wilde, que parece ser el único que lo leyó:

—Nunca se define. Habla y despotrica hasta que le ofrecen algún ministerio. Entonces pega la espantá. Se raja a Francia, a los burdeles o hacia la amante que tiene, esa almacenera ilustrada y se le instala meses en lo que él llama *la ferme*.

—Canfinflero. Lo hace para ahorrar. Oculta la plata.

—¿O canflinflero? No importa…

—Le hizo comprar a la pobre gorda un piano Petroff…

—¿Cómo sabés que es gorda? —pregunta, burlona, Guillermina.

—Lo sé, mi reina, lo sé. Cuando va al burdel de Madame Blanche, elige gordas; todo el mundo sabe, porque se jacta…, se cree siempre un conquistador, incluso en las facilidades del lenocinio… Tiene un yo tan grande como la misma Argentina.

Cambacères hace reír a todos. Y Wilde:

—No me dejan ni empezar ni terminar. Nuestro máximo pensador es insoportable, casi tiene razón Sarmiento, con eso digo

todo. En el libro de meditaciones finales y cursis dice ahora que eso de “gobernar es poblar”, es relativo.

—Con tal de embromar a Roca…

—Dice que gobernar es poblar pero no donde ya hay gente.

—Claro, ahí ves, para embromar a Roca y lo que está pasando en Buenos Aires.

—El otro día un desarrapado centroeuropeo me paró por la calle y me dijo: ¿Sabe usted húngaro? ¡Habrá de verse!

—Sigo: poblar pero en los vacíos. Y algo interesante de sus reflexiones de madurez: no nos podremos salvar de los indios. Descubrió que los inmigrantes no son los europeos que ves en Berlín, Roma, Londres o París, sino que son la indiada de Europa…

—¡Qué tipo terrible! —dice Guillermina.

—Pero de lejos el más inteligente en este país de convencionales —dijo el chico García Merou que había estado escuchando en silencio.

—¡Qué cómico! ¡No nos podremos salvar de la indiada! ¡Qué te parece!

Y Wilde cuenta la visita que le hizo en París. Le cayó de sorpresa en la casa de la amante donde él se instala para sus meditaciones y ejercicios de piano. Es una modesta granjita en Normandía.

—Estaba repantigado en un largo sillón de mimbre, en el jardín trasero, escuchando cilindros de grandes pianistas. Lo pesqué *in flagranti:* ella le había lavado sus largos y ralos pelos grisáceos con agua de lluvia, los había secado. Desde la galería vi como la gorda amorosamente cepillaba esas ilustres y largas canas que se perdían entre sus dedos de matrona. ¡Alisaba, cepillaba, como si fuera la cola del caballo blanco de San Martín!

Los camareros almidonados sirven más champagne. Ellas toman y hablan. La copa de champagne bien manejada es como el detalle de terminación que necesitan las diosas.

En ellas, en las diosas, se ve la enorme diferencia de Buenos Aires con las provincias. Leen, discuten de política, saben de Léon Daudet y de Paul Bourget. Y Hugo ya les parece un abuelo regresado al Olimpo. Algunas recitan a Laforgue y admiten la música de esos autores rusos que nadie entiende. Lo hacen por esnobismo, que es la pasión que más se afirma en la ciudad, pero el esnobismo es sólo una puerta, la semilla muchas veces prende y lo superficial del principio se vuelve serio y creativo.

Se seguían riendo de Alberdi. Wilde lo llamaba “Luz del Día”.

—Modestamente…

Y la orquesta empezaba a perder la solemnidad versallesca. Se

oían aires de mazurca y marchas eslavas.

Ángel me confiesa que tarde en la noche tiene una partida de cartas en el Círculo. El juego es su demonio. Todos lo disimulan en la familia.

Me preparo una tartina de caviar. Gusto el sabor marino profundo y agrego el torrente fresco y burbujeante del champagne helado. Me digo: ¿Por qué no entregarse? Súbitamente descanso de mí mismo. Soy un resorte siempre tenso. Como dice Santos: Usted no tiene perdón, anda siempre como soldado en la trinchera que va a ser atacada. ¿Qué haría Santos allí? ¿Hablaría de sus dulces, de las anécdotas de Trinidad, del carácter firme de su hija Matilde?

Mercedes Miró nos toma de la mano a Ángel y a mí. Nos va llevando al otro salón. Las diosas son irresistibles. A mí me hubiese gustado conocer al joven Cané que escribió una buena novela sobre el Colegio de Buenos Aires o hablar con Gálvez, el incipiente novelista. Él y Cambacères son tenidos como la guardia nueva y fuerte, la escuela de Zola en el Plata…

El gran salón luce dorados recientes. Es una Europa joven, renacida. Tal vez una Europa artificial. Pero todo aquello era extraordinario y comprendí que ya hay dos países. Ángel, como su nombre lo indica, es el puente entre ambos mundos. Buenos Aires no tiene dudas ante la “vida moderna”.

Don Miguel, Rocha, Wenceslao, don Saturnino. Diputados, senadores, los Paz. En suma, los que mandan. Viejos que no pueden ocultar la intemperie de sus rostros trabajados en la pampa, o en el ejército. Parecería que bajo el chaleco del frac llevan todavía la rastra criolla de monedas de plata. Fuman, hablan con sosiego sentados ante sus copas, trenzando las decisiones políticas requeridas en un momento en que, mal o bien, todo se torna grave e importante. Es un país en movimiento. Alegre de descubrir que existe. Al punto de creer que todo dolor, inquietud o crimen, es un incidente necesario en la gran marcha.

Y esas preciosas nietas, las que se arremolinan en el salón con los muros preparados con los esbozos de los frescos que pintará, según dijo el dueño de casa, ese gran maestro catalán cuyo nombre no alcancé a retener.

Ángel, el lujurioso, me hace escuchar el inquietante frufrú de polleras y enaguas superpuestas. Es un rumor terrible, como el llamado del mar o el estremecimiento previo a un terremoto. Paula, Mercedes, Encarnación, Guillermina, Dolores, producen ese rumor

al girar, saludarse, reír. Rumor de seda íntima. Delicioso susurro apenas audible mientras el bullicio disminuía y la orquesta preparaba morosamente el instrumental para su arranque.

Súbitamente todo se fue silenciando y se oyó el ruido de los sillones empujados. Todos se fueron poniendo de pie y el maestro Cavalotti, solemne con su larga batuta, señaló los primeros acordes triunfales del Himno Nacional. Las fiestas importantes empiezan con el Himno, es la moda. Además ya Roca había llegado.

Desafinamos en el Himno, pero estamos de algún modo reunidos. Lo cantaban con sorprendente energía. Sobre todo ellas, las espléndidas. Merceditas Miró lloraba y muchos tenían los ojos húmedos. …Y juremos con gloria morir. Y juremos con gloria morir. Y que sean eternos los laureles que supimos conseguir… Y Cavalotti en el paroxismo de cobres, violines y los marciales tambores de combate. No era el Himno susurrado como un trámite en los países gastados, cansados. Era una fresca vibración cargada de fuerza.

Lo cierto es que miré hacia la enorme araña con sus docenas de lamparitas de Edison adosadas y vi o creí ver que los caireles oscilaban.

Era como si hubiesen descubierto que la Argentina era una increíble dádiva de Dios. Un juguete supremo. Una propiedad sagrada y feraz. El campo de todas las carreras personales. Un descubrimiento fascinante e inesperado.

Y ya, enseguida después del rito, Cavalotti entrega el primer vals vienés de la noche que inauguran los Padula ante la mirada de don Celedonio, el viejo pionero de la familia, que no se mueve del sillón que le acercaron. Seguramente preferiría estar por Luro o por los campos de Bahía Blanca, arando en la madrugada helada después del formidable desayuno de chorizos picantes con huevos, papas asadas con ajo, y el vaso grande de ginebra Llave.

Ángel me empuja y ya estoy abrazado a Mercedes, girando en el vals, aturdido por el maravilloso champagne y me aflojo. Logro distenderme y dejo los músculos, las piernas y los brazos que floten suaves, como si estuviera entregado al mar. La felicidad, intuyo, debe de ser poder olvidarse de uno mismo. Giro y giro. Río y saludo. Sonrío y me sonríen. Las parejas planean en las avenidas de Waldteufel y de Strauss. Y luego Offenbach, tan de moda. Y Mercedes que es como si me estuviese enseñando a volar, con los ojos entrecerrados y sonriéndole dulcemente a la música y a ese espacio donde flotan sus cabellos, los bucles de oro que debió llevarle toda una tarde de tijeras calientes templar.

¡Por fin me abandonado como un pelele desarticulado, en lo feliz, en lo agradable sin culpa o miramientos!

Me pareció que las parejas se iban arrancando del suelo en un instante colectivo e insensato de vuelo. El coronel Racedo, robusto y sólido como un gladiador romano, giraba tomado de una matrona cuya agilidad y entusiasmo bien hubiesen merecido menos peso. Y giraba Wilde, el elegantón, en brazos de Guillermina. Y se agregaba una extensa joven guardia de muchachos y de niñas, zambulléndose en el espacio en movimiento bajo los reflejos de los caireles.

Y yo con mi mano en la cintura de Mercedes. Delicada y cimbreante, frágil como un felino joven. Su inolvidable cintura de aquella noche en que comprendí que la felicidad no es más que un instante de olvido. La delicia de poder olvidarnos, al menos durante el espacio de una noche de gracia.

Luego gavotas, mazurcas, una divertidísima contradanza. Pero ya no contaban conmigo y Mercedes giraba en brazos de un joven teniente de la Marina. Los bailarines no cejaban, pero la mayoría de los invitados convergía poco a poco hacia las largas mesas que habían estado ocultadas por la barrera de biombos orientales, cada una de ellas comandada por un cocinero de espectacular toca almidonada, rodeado de camareros de guante blanco. Allí estaban todas las cocinas que componen nuestra cocina, con sensata prevalencia de la sólida sobre la sofisticada: fuentes de ensaladas multicolores con militares agrupamientos de rabanitos y alcauciles. Salpicones cremosos con esencias de pescado o de ave. Sardinas a la española y fiambres toscos y sabrosos con predominio del embutido ibérico. Fuentones de dudosos mariscos de aguas endulzadas por el Plata. Platos decorados con caligrafías marginales de zanahorias y de espárragos, en cuyo centro comandaba el escabeche de pejerrey aceitoso, condimentado con perdigonadas de pimienta negra y recortes de iracundo ají peruano. Itálicas verduras en peperonatas demasiado cocidas, al gusto nacional, y rodajas de berenjenas con marfilíneo granizado de ajo. Un fuerte del gusto local: tomates muy maduros rellenos de atún y mayonesa, culminados por una aceituna negra. Regimientos de anchoas curvadas prolijamente, en torno a la ensalada de papas a la mostaza. Lengua de vaca en rodajas bajo un cristal de gelatina como un anatómico preparado de laboratorio. En cada una de las seis mesas había una presidencia: o el lechón entero adobado, impúdicamente perniabierto y con el costillar bañado en oloroso condimento; o pavos completos, con la cabeza emplumada agregada después de la ejecución y las torturas de la cocción, con los ojos resignadamente entrecerrados, como sometidos a la

parodia. Pavos increíbles, innecesariamente grandes, como domos romanos desde una visión panorámica.

Los señores de más edad no dudaban: se agrupaban en torno a una punta de mesa donde una especie de gaucho como para la Exposición de Bruselas, todo de negro, con calzón tomado con la rastra y chiripá con bordados dignos de puta romana, manejaba con espectacular precisión su labrado cuchillo de plata, cortando tajadas de asado con cuero, de una pieza recostada sobre un lecho de carbonilla en un fuentón de cobre. (Era el mayordomo de campo de don Celedonio.) Y tortas pascualinas, causa peruana, empanadas (que los porteños arruinan espolvoreándolas con azúcar). Frutas abrillantadas, uvas elegidas. Multitud de postres en exposición y jarras de vino mendocino, tinto o espumante, atendidos por falsos *sommeliers* improvisados con flamantes delantales de cuero, a la francesa (como en la Argentina no existían, la inclinación era tomarlos por herreros equivocados de fiesta). Tenían una retaguardia invencible de Pouilly, Maçon, Côte-du-Rhône, y ordenadas filas de botellas de champagne de las grandes marcas.

Aquella solidez de banquete de Lúculo era una respuesta de eficacia culinaria después del comienzo con el versallesco cisne de caviar que ya se iba derritiendo en nuestro clima, nada polar ni vienés.

Ángel protestó que sólo me sirviese una pechuga de pollo del entorno de la escolta del pavo. Le dije que la cantidad, como la desnudez súbita, desanima.

Ya los bailarines acalorados iban bajando del ensueño de la música tomados de la mano de sus acompañantes. La orquesta, el magnífico e incesante Orfeón del maestro Cavalotti, tomaba su resuello: les llevaban platos y fuentes de refresco y vino. Comían al lado de sus instrumentos como guerreros en su trinchera durante la breve hora de rancho.

Ángel me pidió que los siguiera a su padre y a él para saludar a Roca, que desde el salón donde recomenzaba el baile, tal vez temiendo que pretendan hacerle comenzar las cuadrillas, se escabullía, siempre saludando, como si más bien se acercara al centro de la fiesta, cuando en realidad buscaba apartarse en la biblioteca, como lo hizo. Cuando nos tocó el turno nos abrazó siempre sonriente, pero casi imperceptiblemente distante.

—¡Estos tucumanos de fierro! ¿Qué hacemos en esta Babilonia? —estaba acompañado por don Celedonio, el barón De Marchi, Madero, Elizalde, Marcelito Alvear, el infaltable Gramajo y esos secretarios jóvenes que siempre revolotean alrededor de los

políticos.

Le agradeció a Wenceslao "esa fuerte mano de pariente y amigo". Se refería al apoyo de años, con las caballadas del norte para su campaña, cuando el gobierno sólo podía darle matungos viejos y recomendarle esa claudicante estrategia alsinista de quedarse a la defensiva. "Nunca hay que obedecer al mal gobierno, hay que corregirlo con insolencia constructiva", solía decir y preguntaba: "¿Acaso qué hizo San Martín cuando después de Chacabuco y Maipú los flojos de Buenos Aires le ordenaron que volviese a pasar la cordillera para defenderlos en sus ambiciones politiqueras?".

Después se volvió hacia mí y hacia Ángel y nos dijo:

—Métanse en política. Los necesitamos en el Norte. ¡Vienen malos tiempos para todo el Tucumán, créanme! —Guiñó el ojo e inclinando la cabeza hacia Wenceslao, nos dijo: —Ya los viejos hicieron lo suyo. ¡Pero ahora son ustedes! ¡Métanse, pocas veces se puede hacer verdadera política, de la grande!

Todos nos fuimos acomodando para tomar café en la nueva biblioteca. En lo alto había un corredor estrecho con barandas de bronce para los libros que alcanzaban el techo. Todo perfectamente encuadernado. Las monjitas de la clausura de la calle Salta —famosas en ese trabajo— tendrían ya fondos para diez años de rezos y meditaciones. Hasta el *Caras y Caretas, El Mosquito* y el diario *La Tribuna* con su papel indecorosamente amarillento y esponjoso, merecían lomos con laureles y letras dorados.

Sillones Voltaire, Chippendale, lámparas *papillon* (ya de fibra incandescente), mesas de mármol estilo Imperio con revistas europeas. Pensé que allí sólo se podían leer códigos o grandes gestas, latas tipo *Chanson de Roland* o el *Amadís de Gaula.*

Roca había dicho que quería hablar con los jóvenes, pero como siempre, la guardia de viejos poderosos lo rodeaba. Después del estrechamiento de la puerta con marco de mármol, ese grupo de no más de treinta personas (sin mujeres) se fue ubicando. Roca como movido por una fuerza superior ineludible, siempre saludando y repartiendo frases amables, se encontró de repente detrás del pupitre principal, junto al quinqué electrificado y el teléfono Bell flamante, sobre el sillón capitonné, que no daba muestra alguna de la fatiga de sobrellevar la poderosa humanidad de don Celedonio.

Roca se sentó en silencio, discretamente, como en una mesa de café, aunque muy ampliada. Susurró:

—¿No sería conveniente cerrar la puerta un rato? —Y Gramajo, su escudero y cómplice de zorrerías, se precipitó a hacerlo, mientras

otros entreabrieron las ventanas por las que entró la reconfortante brisa mansa del río. Los mozos pasaban con el tintineo de las tazas de café y servían licores y hasta ofrecieron hielo granizado para acompañarlos.

—Justamente cuando entrábamos, no sé qué les decía a Felipe Segundo y a Ángel acerca de San Martín… Quería contarles algo… ¡ya me acordaré! Uno no habla nunca. Los discursos oficiales no son la palabra de uno. Pero ustedes, los más jóvenes, tienen que estar bien preparados porque se nos viene un cimbronazo fuerte… — Hablaba tranquilamente, con voz sosegada y firme, pero como en una meditación en voz alta, entre cómplices, parientes o muy amigos. Ésa era su fuerza, una serena sensatez seductora. Estaban Alvear, Gálvez, Wilde, del Carril, Cané. Salvo el señor Godet, fabricante de chocolates que había entrado por error, nada le impedía a Roca emitir su mensaje político.

—Ahora estamos embarcados y no hay que aflojar. No quisimos ser un paisete del montón, un conglomerado de indios, blancos exiliados y negros con nostalgias tropicales… Lo estamos logrando. Hay que tener firmes la riendas y no hocicar en las vizcacheras ineludibles. Tampoco hay que preocuparse por las ranas que se cansan de gritar en el barro de la laguna, como dice Virgilio. Las ranas son ineludibles. Las ranas son la democracia. Algo imprescindible mientras se mantenga firme el timón. ¿En qué rumbo? En los cuatro o cinco puntos esenciales para consolidar una verdadera nación. Los grandes objetivos: producción agrícola lanzada al mundo, ferrocarriles, flota mercante, organización provincial, fuerza militar, códigos, escuelas.

”Teníamos que fabricarnos un pueblo de raza digna y lo logramos: nos critican porque ya la mitad de la población es de sangre europea. ¡Qué lujo! ¿Para qué queremos la independencia y la libertad si nos quedásemos con un país de cholos tristes y de negros? ¿Para qué ser independiente en Ecuador? Ahora sufren y dependen más de su chatura y de su ignorancia que de la mansa dominación de España. Nosotros no queremos esto. Estamos jugando una gran apuesta y la mantendremos, hasta el fin. A muchos de ustedes, más jóvenes, les tocará manejarse cuando las aguas sociales se encrespen. Eso ya se ve: la inmigración apoyó a Alem. ¿Cómo era la frase de Mitre? Sí: “Cuando todos se equivocan, ha nacido una nueva verdad y hay que obedecerla…”. La democracia que se viene no será otra cosa que la barbarie de la cantidad, aunque sin mazorca ni montoneros. Los conductores necesitarán mucha habilidad para manejar la fuerza bruta de las

nuevas masas. La “democracia” vendrá. Será un mundo peligroso en que la verdad no será más que alguna ocurrencia consagrada por la cantidad bruta…

”Insisto: para construir este país poderoso tenemos que dejar a un lado el atraso y la decadencia de España. La Iglesia ha sido el atraso de España en América. Casi su instrumento. No queremos saber nada de esta Iglesia con curas culo de cebolla, meteretes, aterrorizando a los chicos con el Infierno y creyendo que el Mal no está en la cabeza de los hombres sino en sus genitales. Que el pobre Estrada intente comprender que no se trata de ateísmo o de impiedad… Dentro de poco organizaremos el Estado y la familia saltando por encima del catecismo español. ¡Aquí los curas de provincia forman parte del malón y muchos de ellos viven en la Capital!

Y sigue Roca:

—¡Miren los brasileños que recién están suprimiendo la esclavitud! Ellos nos envidian el coraje que tuvimos nosotros y que no tuvieron ellos en el justo momento. Campos Salles y el barón de Río Branco comprenden que arrancan mal… Nosotros haremos en treinta años el camino que hizo Europa en siglo y medio. Con educación obligatoria, proteínas, vacuna y policía federal, lo lograremos. No queremos ser parte de ese pintoresquismo que los franceses llaman Latinoamérica, queremos ser una gran nación. Sólo desde el Estado, con determinación, armonizaremos el juego de todas las libertades convergentes hacia ese objetivo supremo que es la Patria…

Mientras Roca hablaba se me ocurrió recordar una frase de Voltaire: “El primero que fue rey fue un soldado afortunado”. Roca representaba la curiosa rareza cuando en el aburrimiento de un pueblo los menos tontos de la tribu ocupan el poder. Roca era todo lo contrario de San Martín, ese curioso espécimen que desconfiaba de la fortuna de la espada. Y sin embargo lo recordó:

—¡Éste es el tema! Lo que quería acordarme de San Martín para contarles. Yo leí un documento increíble que mi padre, Segundo Roca, conservó en copia. Ustedes saben que mi padre fue coronel de la Campaña del Perú. San Martín confió ese documento al coronel Manuel Rojas que lo acompañó a la entrevista de Guayaquil. San Martín no creía ni quería un mundo independiente de segunda. Bolívar creía en la historia exterior, en ser un Napoleón sudamericano. San Martín creía en la historia profunda, no en el gesto ni los símbolos, sino en la esencia cultural. Se adelantó a todos. Comprendió que eliminando a España eliminábamos a

Europa y dejábamos huérfana nuestra cultura. Cuando llegó a Lima ya no tenía fe en la acción. Había galopado medio continente y sabía que el mero triunfo, a la Bolívar, era inaugurar la etapa que sucedió: medio siglo de anarquía, de crímenes en nombre de la sacrosanta independencia… Mitre supo todo esto, pero lo disimuló muy bien en su historia. El "Sumario" que llevó el coronel Manuel Rojas es exactamente esto: A San Martín no le importaban las repúblicas ni las monarquías, había superado esa falsa disyuntiva. Lo que no quería era una república para la nada… Yo leí ese documento. La carta de Lafond, que conoció Mitre, no es tan clara. Cuando se encontraron en Guayaquil, San Martín sintió que Bolívar era apenas una mezcla de brillante ambición y del terrible error o ceguera de no poder comprender que en realidad estaba arando en el mar, como él diría durante su espantosa agonía, traicionado por esos héroes de la anarquía, sus mismos oficiales. Rufino Guido, el general, también sabía que a San Martín ya no le interesaba luchar por una falsa independencia, por un gesto vacío que aprovecharían los ávidos anglosajones…

Muchos de los que estaban allí comprendieron que el astuto Roca sacaba un tema que necesitaba. Él sería el emperador Octavio, el Augusto, el sucesor directo del fundador, Julio César. Evocaba el escepticismo de San Martín, cuando descubrió a mitad de su gesta que en realidad estábamos yendo hacia un abismo de anarquía y de exclusión del mundo de las naciones centrales. Su política se justificaba como algo que se originaba en el mismo San Martín… Roca dijo como al pasar: "La historia de la Argentina tendrá que ser una insolencia, no la historia de timoratos que piden permiso para entrar en el mundo".

Santillán no pudo dejar de preguntarle por un tema que para él era crucial:

—Querido General, ¿qué pasará en adelante con Chile?

—Lo fundamental se hizo. Aquí, entre amigos, debo decirles que el peligro era muy grande y los chilenos se quedaron con las ganas, por suerte para nosotros. Ustedes bien saben que ellos tienen el drama de aquellos pueblos que creen merecer más país. Chile es como un alambre retorcido que va de norte a sur y se quiebra en islotes de piedras batidas por el mar. —Roca con el índice y el pulgar apenas separados recorrió el espacio de arriba abajo, como señalando la geografía de Chile. —Esta generación tuvo las ideas claras y se largaron hacia el norte cercando Bolivia y Perú. Si entrábamos en guerra corríamos el riesgo de que cumpliesen su sueño de salir con parte de la Patagonia hacia el Atlántico y de que

fagocitasen todo Cuyo (ustedes vieron que los mendocinos son muy amigos de ellos y hasta hablan con ese tono amariconado, modosito…). Esta era la situación. El arbitraje nos vino muy bien pese a las críticas de los leguleyos. Ellos, lo sé por mis informantes, tuvieron la tentación de largarse aunque existiese esa línea de altas cumbres y divisorias de aguas que para mí era fundamental. Aunque no soy de rezar, recé para que se durmieran la siesta indigestados con las tajadas de Bolivia y de Perú que se tragaron. Confieso que no fuimos muy leales con nuestros hermanos de la gesta sanmartiniana… Pero no había otra opción. Y los chilenos están ahora para siempre condenados a vivir colgados del alambre y deseando que el Aconcagua no estalle y los mande de culo al mar. Perdieron el momento. Ahora ya es tarde para ellos: estamos a punto de ser la sexta flota militar más grande. Ellos lo saben. Sólo los idiotas se arman cuando la guerra ya estalló. Y nosotros no somos tontos. Los chilenos, a regañadientes, están obligados a ser nuestros amigos. El símbolo de eso sería el chisme que andan contando: que el Errázuriz anda noviando con una Alvear nuestra…

Wilde, siempre un poco irónico, preguntó acerca de los norteamericanos y su gran Congreso continental al que irían como representantes Sáenz Peña y Quintana.

—Los norteamericanos son admirables. Tienen la continuidad de los protestantes. Saben una cosa que nosotros, más provincianos, no comprendemos ni sabemos aplicar: saben ser romanos. Han sido dominados por un imperio y a partir del mismo George Washington saben que sólo se puede vencer un imperio fundando otro. La política del mundo es una historia de imperios, no de países. Los argentinos somos chicos de teta en esto y si no nos destetamos pronto… Sáenz Peña irá al Congreso en Washington para oponerse a que nos metan en la bolsa que están fabricando. Ser o no ser. La batalla de la independencia es eterna (como la de la personalidad en los hombres).

Casi con estrépito se abrió la puerta doble de la biblioteca y riendo se precipitaron hacia nosotros las diosas capitaneadas por Guillermina Wilde, Mercedes, Elenita Frías y todo el bochinchero grupo de las que no son ni tan niñas ni tan matronas. Detrás de ellas se veía que el maestro Cavalotti había arrancado con su *pièce de résistence,* el *Vals del Emperador.*

Disolvieron en un santiamén el cónclave sombrío de los machos. Nos tomaron de la mano, nos arrearon. Ángel protestó. Guillermina, con ese desparpajo que puede llegar a la temeridad, pero siempre

va sublimado por la gracia, se atrevió a tomar de la mano a Wilde y tironear con la otra a Roca, que parecía resistirse a dejar su cátedra.

—Vamos, venga de una vez, que es el *Vals del Emperador* —decía Guillermina y reía.

Vi al zorro con la cola entre las patas. Seguramente culpable de que se develase algo que era un secreto a voces en la Ciudad.

Me pareció que unas gotitas de sudor aparecían en el borde de su media calvicie. Sonrió, se levantó, pero después de arrancar, astutamente se desvió en cuanto Guillermina se descuidó y se sentó junto a la señora de Rojas, en el grupo de señoras de oficiales.

Después de la tanda de valses se pidió silencio y se invitó a la concurrencia a acercarse a los balcones y ventanales.

Desde el jardín del palacio subió una bengala. Se veía que era la señal convenida. Entonces, desde la barranca de Cerrito, desde las mismas toscas que usan las lavanderas y los pescadores de bagres y sábalos, empezó a levantarse un inusitado sistema de fuegos de artificio. En la noche azul y tibia las caligrafías de delicados trazos de fuego que, cuando se los creía ya extinguidos, se abrían en espectaculares rosetas de colores, un caleidoscopio de admirables simetrías en efímero triunfo sobre el terciopelo suave de la noche porteña. Se oían vivas y aplausos porque aquello nunca se había visto con tamaña perfección. (Se supo que el mayor de los Padula había contratado una famosa firma italiana.) Estrellas que se abren en sistemas solares. Cometas solitarios que mueren en una lluvia de destellos azules, amarillos, blancos. Efímeras construcciones que se extinguen inmediatamente con la alegría que entregan. Estampidos atenuados por la campana del cielo. Y en respuesta, los ladridos de los perros vagabundos que resbalan asustados entre las toscas del río.

El final de la gran noche era español: el catalán Godet dirigió las cuatro ollas de cobre donde ardía el más refinado chocolate cuzqueño. Los invitados sumergían las tazas en la reconfortante poción y elegían los churros hechos en el momento (la mayoría) o las melancólicas *madeleines sablées* a la francesa.

LA ALEGRÍA —EL OLVIDO— DURABA. Dos días después de la inauguración del palacio, según lo convenido, Ángel me pasó a buscar a las siete de la noche por el Hotel Florida. Viene con su coche nochero. Habla feliz, generosamente exaltado de mostrarme el Buenos Aires divertidamente infame que frecuenta. Piensa que nomás en unos años, al pisar el nuevo siglo, seremos la admiración del mundo. Cree, lo que Roca repite: en 1930, gracias a nuestra

inmigración europea masiva, tendremos esos cincuenta millones de habitantes. El mínimo para ser un gran país y ocupar adecuadamente el territorio.

—¡Verás! ¡Que se reproduzcan! ¡Como conejos! —Se ríe. Da indicaciones al cochero. Habla de sus trabajos divididos entre la administración de los campos bonaerenses y el ingenio La Esperanza, el mayor, el más moderno. Su alegría es fascinante, pero uno desconfía. Es como la alegría del que está en el borde de la desesperación, sin saberlo. Pero éstas son ocurrencias mías, porque Ángel no transmite sensación alguna de avecinarse a lo trágico.

Él tiene la extraña ansiedad del hombre que se impone la obligación de divertirse y hasta de creer que el hedonismo exclusivizado puede aproximarlo a la felicidad.

Los porteños poseen una vida de placeres organizados: el hipódromo Argentino, que es una copia del de París, almuerzos en Pedemonte, con sus mostradores de madera y bar a la inglesa. Domingos de primavera en Palermo, con desfile de los más refinados carruajes: volantas, victorias, tílburis, charrés, con los caballos preparados durante horas.

Proliferan los restaurantes con cocinas de todo el planeta. Por las noches, cena en el Tambito o en el Hotel España. Mucho teatro Colón (que no da abasto y se proyecta contruir otro en el futuro). Una ciudad que prefiere la noche, con numerosos cafés abiertos y una vida prostibularia ya famosa que Ángel se propone hacerme conocer.

La victoria avanza por los callejones iluminados con luz de gas. Las líneas de tranvías a caballo funcionan hasta el borde de la madrugada.

La voluntad de vivir de los señores y de los inmigrantes, los aúna. El delito se integra al placer. Proliferan los garitos clandestinos. Las “casitas” se alquilan por una noche. Las madamas proveen el ganado sexual según el nivel de los consumidores.

Ángel va como pez en el agua.

Me habla de María la Vasca, de la Fontanel, de Madame Blanche, en la calle Montevideo y Córdoba.

Los mismos caballeros que uno puede encontrar entre las rosas del Rosedal de Palermo, los domingos antes de misa de once, uno los “reencuentra” entre el puterío de Laura o de Hansen después de la medianoche.

—Hay que venir en grupo. Hay noches que son peligrosas —dice Ángel—. Pero aunque uno vaya solo, siempre hay alguna patota bien. Además, la policía sabe distinguir.

La victoria conducida por el hábil nochero de Ángel emboca la calle Paraguay, bastante descalabrada a medida que nos acercamos hacia Centroamérica.

—Las calles por donde pasan chatas y carretas siempre están muy mal. Cuando llueve son imposibles.

Lo de Laura es una de esas casas largas que contruyen los italianos. Tiene una puerta cancel cerrada y dos balcones con persianas a la calle, púdicamente entornadas.

Hay muchos coches esperando el retorno de sus aliviados dueños.

Ángel sacude el llamador de bronce con decisión de habitué y se entreabre el cristal de la puerta. Ángel dice algo y entramos.

En la penumbra del largo zaguán aparece una mujer de ojos brillantes. Huele a perfumes densos. Fuma en boquilla y su cara está cubierta de cremas y afeites de moda. Parece una muñeca de cerámica anormalmente crecida. Es Laura Monserrat.

—¡Caballeros! —dice. Ángel la saluda. —¡Qué placer tenerlos aquí! ¿El señor es la primera vez?

Hay lámparas de intención chinesca en un patio interior rodeado de cuartos con altísimas persianas cerradas y banderolas. Vamos pasando. Laura va adelante como una amazona cazadora que retomase con dos magníficas piezas. Por una escalera se sube hacia los altos. Una chola se mueve con toallas. Otra pasa por el corredor con una palangana. Como la orquesta no ha recomenzado, hay más bien un silencio de hospital. En un ángulo del patio, un bar atendido por un mulato mirón y callado. Alrededor del embaldosado, sentados en sillones de madera, están los clientes en una discreta penumbra, bebiendo. Esperando su turno.

Ángel se ríe. La Monserrat lo distingue. Algo se susurran. Murmura sobre “la bella Helena”.

—Es una noche movida —dice Laura—. Se lo advierto, porque puede caer la policía en cualquier momento… Ya me hicieron saber. Otra vez ese Ernesto… Parece que lo acusan de haberle metido una puñalada al señor Arredondo en la trifulca que se armó el sábado en lo de Hansen. ¡El pibe Ernesto…! Para colmo hizo varias temporadas para mí. Es un gran músico. Pena de muchacho.

Laura le dice algo a Ángel sobre la tal Helena. Prefiero, por discreción, tratar de no escuchar.

Pasan dos figuras femeninas, muy estilizadas. Muy de corsé y de cintura ajustada, a la moda. Oigo a Ángel reclamar en un susurro excitado:

—¿Hasta qué hora? ¿Souto? ¿Qué Souto?

—Vamos, ¿no me va a decir que no conoce a Souto, que hoy maneja todo el tráfico de frutas del Tigre en el Mercado de Abasto?

Ángel está malhumurado. Vamos hacia el bar. Hay murmullo de velorio. Es un día fatalmente aburrido. En un ángulo, casi como emboscado en la oscuridad, con un enorme chambergo y un codo apoyado en el final del mostrador, veo una cara trabajada por violencias memorables. Es el mismo importante sujeto que vi la noche del velorio interrumpido de la *signora* Paterno. Es Paramidami, cuya mirada parece vencer las rendijas de sus párpados. Mira por encima y a lo lejos, como los gallegos de pulpería cuando cobran. La Monserrat nos hace servir dos *suissés* con granizado de hielo y luego le dice algo, en voz muy baja, al malevo lujoso, con mentas de haber sido de la guardia de Pellegrini. Ángel me cuenta:

—Es mentira. Cuando se lo llevaron al Gringo para contratarlo de guardaespaldas, el presentador señaló esos terribles costurones del ojo a la barbilla y de la ceja a la sien opuesta. "A éste no lo quiero. Tráiganme al que lo puso así", dijo Pellegrini. Y ése fue el gran fracaso en la carrera de Paramidami… Ahora es un canfinflero más, sin proyecciones políticas, como debe de haber soñado.

Paramidami, taura de conventillo, era uno de esos malevos que llevan más que el currículum vitae, el currículum mortis en la cara. Esos costurones jactanciosos como condecoraciones al revés, conmemorando orgullosas derrotas.

Alcahuetes, tahúres. Rufianes idolizados que plancharon cuidadosamente la raya del pantalón con un porrón de ginebra lleno de agua caliente.

—En invierno se corre el toldo y el patio es calentado por seis grandes braseros de bronce. ¿Verdad señor Ángel? —dice la Monserrat.

Aquello demuestra asiduidad. Ángel, incómodo, apenas hace un gesto.

—El pibe Ernesto es una peste. Cuando se emborracha le salta un tigre incontenible. Deja el violín y asalta a los clientes. Incluso asaltó con una pistola a la gente de Paramidami que estaba en la timba de los del Mercado del Plata… Ese muchacho va a terminar mal y siempre dicen que son culpas ajenas…

Dos hombres endomingados bajaban avergonzados las escaleras. Un rumor metálico de palanganas y bacinillas llegó desde los altos.

—¿Quién es? —preguntó Laura.

—Ya se levantó la siete.

—¡Qué lento va todo hoy! —protestó la Monserrat ante la

mirada invariable de Paramidami, ya más hombre de intimidación que de acción.

Retornaba la orquesta. Rechinaron sobre las baldosas las ruedas metálicas de un piano surgido de un zaguán lateral, arrastrado por el cuarteto de la orquesta.

—Es el negro Rosendo —dijo Laura con orgullo.

Todo se empezó a animar. La orquesta se ubicó en torno al piano. Rosendo inclinó la cabeza ante el desmayado aplauso. Lo acompañaban un flautista y el cieguito Azpiazu, como llamaban al guitarrista cuya disminución le alcanzaba algunos aplausos suplementarios.

Yo nunca había visto ejecutar esa música pegadiza y sucia que se oye hoy por todos lados.

Laura se aproxima y me dice al oído:

—El señor me irá dando ideas de sus gustos…

—Gracias. Iremos viendo mientras avance la noche y las niñas vayan pasando… Gracias.

Del mismo zaguán misterioso que había aparecido el mastodonte del piano, surgió una pareja de bailarines. Se empezaron a deslizar llevados por la música, girando, caminando con pasos largos por el patio. Ella no ya con las polleras de calle sino con una falda apretada, abierta con un tajo lateral que subía hasta la mitad del muslo. Los dos bailaban con extrema seriedad. Aquello tenía algo de rito canalla y sensual. Era como si hubiesen rodado desde la cama húmeda de algún cuarto de los altos y ahora estuviesen allí, vestidos, moviéndose con lentitud postcoito. A veces Mendizábal, seguido por el cieguito y el taño, se disparaban en ráfagas de enérgica alegría, entonces los bailarines respondían con insolentes cortes no menos enérgicos. Después otra vez un calmón de melancolía y caminaban nuevamente, con una cadencia compadre. Era muy extraño, de algún modo fascinaba como un misterioso rito iniciático.

Pasaron rápidamente, ofreciéndose, cuatro pupilas vestidas con enaguas y riéndose, y dijeron que iban en busca de sus vestidos.

En eso se oyó un ruido de chatarra militar y un largo relincho. Sonó la aldaba con el peso de mano autoritaria. La Monserrat, que estaba preparada, avanzó hacia la puerta cancel. Las chicas en enaguas corrieron hacia los altos. Mendizábal y los bailarines continuaron. Entró un grupo de clientes comandados por el figurín de Benito Villanueva y detrás de ellos, de levita y corbata plastrón el comisario Alsogaray, con el inspector Jorge y dos milicos con casco a la Bismarck, rematado en punta de lanza, como unicornio.

—No permitiré ningún atropello… ¡Mi clientela es seleccionada! —gritó la Monserrat, pero el comisario avanzó hasta el patio ninguneando a su amiga.

—Tengo orden del juez. No se puede proteger a un asesino. ¡Vos, Rosendo, seguro que no lo viste a tu compadre! (Sabiendo que eran compinches.)

—Para nada, señor. Hace tiempo que trabajo en otros boliches…

—Un día de estos me vas a encontrar, Rosendo, y vas a salir más negro de lo que sos.

El comisario se acercó al bar. Hizo un saludo breve hacia Ángel y hacia mí y embistió al solemne y tajeado Paramidami.

—¿Vos acá? ¿Cuándo no? ¿Le tirás el carro a la Cívica, crées que no sabemos? ¿Vos lo viste a Ernesto por estos lados?

—Para nada, señor.

—Mirá Paramidami: la próxima vez te vamos a llevar y te va a quedar el lomo morado a planazos. Te plancharemos.

La Monserrat quería impedir que los milicos de uniforme subiesen la escalera para revisar las habitaciones. Gritaba. Improvisaba con desparpajo garantías y derechos constitucionales.

—¡Por favor! ¡Es un atropello. ¡Hay gente empeñada, señores…!

El negro Rosendo, debidamente autorizado, arrancó con su orquesta con el tema de moda de Ángel Villoldo que empezó a cantar un personaje de chambergo:

Soy hijo de Buenos Aires
Me llaman el Porteñito
El criollo más compadrito
Que en esta tierra nació
Cuando el vento ya escasea
Le formo un cuento a mi china
Que es lapaica más ladina
Que pisó el barrio del Sur
Y como caído del cielo
Entra el níquel al bolsillo
Y al compás de un organillo
¡Bailo el tango a su salú!

Era evidente que la Ciudad, esa nueva ciudad bastarda, invadida por todos los desechos del mundo, confluía, se encontraba con la nueva música como algo natural.

Pero los “empeñados” habían oído el ruido de las hojalatas policiales y ya bajaban, acomodándose las chaquetas y abrochándose por el apurón. Uno de ellos sería Souto. Y un alemán

o húngaro de cara roja, que no entendía y creía haber sido expulsado intempestivamente del lecho, pedía aclaraciones a la Monserrat y como había pagado, quería que interviniese el subcomisario Jorge.

—¡Que devuelvan la plata! —gritó enardecido.

Ángel había desaparecido. Discretamente, desentendiéndome de la trifulca centrada en la escalera, escruté los corredores de los altos y vi a Ángel discutiendo con una mujer rubia de trenzas aflojadas. Se ve que, aunque conteniéndose, discutían airadamente. Enseguida Ángel se separó y bajó la escalera de tres en tres mientras los gendarmes buscaban al pibe Ernesto acusado de haber muerto de una mala puñalada al señor Arredondo, conocido juerguista del grupo de Llavallol. Como decían, el pibe Ernesto se había "disgraciao sin volunta" (curiosa figura penal de la lenidad criolla).

Como si nada hubiese visto le comenté a Ángel las alternativas de la gestión policial. El comisario se retiraba seguido de la Monserrat, que insistía en la decencia de su institución.

Sin ningún humorismo Ángel me dijo:

—¡Vamos que aquí hay demasiado quilombo!

Tratamos de deslizamos por el zaguán. Pero Laura interrumpió su griterío de protesta profesional y nos insisto:

—Quédense, caballeros, que viene lo mejor. Va a tocar Saborido…

Ángel había tomado mucho y proponía ir a cenar al restaurante de Callao que queda abierto toda la noche. Mi primo en el fondo disimulaba sus problemas. Se sentía que por algo evidente, pero cuya esencia yo desconocía, se había caído de la fiesta nocturna. Eran las dos, mejor irse a dormir.

El eufórico Ángel afectado en el talón de Aquiles de su orgullo. Mañana pasearía nuevamente por Corrientes y Florida. Me gustaría decirle que yo, como muchos, sabíamos que vivía penando un querer (Elisa Alvear), y que quería hallar olvido cambiando tanta mujer.

Y mañana Ángel tendría que ocuparse del envío a remate del ganado engordado en la Bella Eulalia. Almorzaría en el Círculo con Julito Roca. Dirigiría la reunión del Centro Azucarero Argentino. Tendría que conspirar como diputado para evitar que los juaristas barran con la gente de Padilla en el Gobierno de Tucumán. ¡Y para colmo la Belle Héléne, las inconstancias de una puta francesa, el botín más buscado en la casita de Laura que lo ponía en innoble confrontación con Souto, el taita de los tráficos del Abasto!

POR FIN LLEGÓ EL JUEVES 22. Se repitió la secuencia de la vez pasada. Controlé mi nerviosidad en la Confitería del Gas y cuando me sentí aplomado y sin amenaza de trasudores, me encaminé hacia la Asistencia Pública. Era una clara mañana inolvidable, como las que puede dar Buenos Aires cuando la habita el viento seco.

Los ordenanzas y las enfermeras estaban en el patio. Como eran las ocho procedían a izar la bandera. El doctor Bosch no debería de estar porque Cervetto, de almidonado guardapolvo blanco, procedía a alzar con lentitud de entendido la enseña nacional en el mástil. Los enfermos que estaban en los bancos de los canteros se habían parado y alguno se inclinaba apoyándose en el brazal. Las enfermeras seguían con la mirada fija la bandera hasta que quedó en lo alto, flameando en la brisa fresca de la mañana.

Me dirigí al mostrador de la mesa de entradas.

Cervetto me recordó:

—¡Ah, doctor, el doctor Bosch todavía no regresó! ¡Telefoneó desde San Pablo! Vendrá por Asunción y eso le llevará al menos otra semana.

No podía ocultar mi desilusión. La alegría de la otra vez, la alegría de escapar, no fue la misma.

—¡Caramba! Es grave para mí. Debo viajar… ¿Recuerda que tengo una carta para él del doctor Padilla? —Cervetto asintió. Me miraba con curiosidad.

—¿Es un problema urgente? ¿De enfermedad…?

Entonces se me ocurrió concretar la estratagema.

—No. No es nada personal. Es un problema grave de un amigo.

Entraba una clase de escolares, comandados por la Señorita, con el fin de cumplimentar la ordenanza sobre vacunación escolar.

—Pasen al fondo. ¡En silencio! —gritó Cervetto aunque los chicos, aterrorizados, ni piaban.

—Me decía, doctor, que no era personal.

—No. La carta es una recomendación para revisar a un amigo. Don Tiburcio, el doctor Padilla, estima que es urgente que el doctor Bosch lo revise, para un análisis.

—¿Y él? ¿Por qué no viene?

—No puede. Le han recrudecido los ataques. Es un amigo y pariente…

Vi que el escéptico Cervetto se amansaba. No había yo deslizado el nombre de Tiburcio Padilla en vano, en el cambio de gobierno podría ser fácilmente director del Departamento Nacional de Higiene. Advertí en los ojos de Cervetto un súbito destello.

—El doctor Padilla estima que mi amigo puede tener una angina

pseudomembranosa, creo que digo bien. Pero por precaución de que no se trate de algo grave, sugirió la idea de un análisis de esos que se empezaron a hacer aquí, con el doctor Bosch y ordenó reposo absoluto. Mi amigo lo cumple en una casa de Belgrano.

Cervetto me miraba con sus ojos firmes, más bien desconfiados. Me dijo:

—En realidad yo me ocupo de la parte práctica de los análisis, con dos enfermeros a mis órdenes.

—Yo le agradecería. Tengo que viajar a Tucumán y me gustaría, si fuera posible, superar la ausencia del doctor Bosch.

—Podemos intentar. En realidad deberíamos esperar la llegada del profesor. Yo puedo hacer el análisis, pero sin firmar ni efectuar el recuento técnico. Le pediría la mayor discreción.

Cervetto me hizo pasar del otro lado del mostrador. Entramos por un corredor hasta la sala del laboratorio donde ardían dos mecheros Bunsen y las enfermeras clasificaban tubos, extracciones, muestras. Cervetto me señaló el microscopio cubierto con una gran estructura de chapa negra con la marca Zeiss y los números correspondientes. Luego me explicó cómo debía efectuarse la toma de la muestra de una expectoración y cómo debía ubicarse en un recipiente de cristal. De allí lo pasarían a unos cristales especiales, con un líquido para efectuar la observación microscópica.

—Tendría que traer esto dentro de nuestros horarios y con la mayor celeridad posible, en esta caja térmica, para evitar cambios de temperatura…

Me empecé a sentir mal. El lugar olía a formol, a los desinfectantes de limpieza y me parecieron siniestras las ventanas azules que mutaban la claridad de la mañana en una penumbra aséptica, amenazadora.

—¿Mañana podría ser?

—Sí, no después de las once. Y bien entendido: será algo informal, una mera indicación para que usted pueda viajar y el doctor Padilla ordene o no un análisis en forma de su amigo.

Pasé una mala tarde y peor noche. Me estaba poniendo en el camino de los tontos que tienen la pasión por la verdad, por descubrir evidencias. Como si desde la evidencia tuviésemos la fuerza para actuar adecuadamente. Si la verdad es negra, es mejor desconocerla. Es mejor no afrontarla, andar por los alrededores.

Tuve sueños angustiados. Se sucedían amenazas de desgracias. Extrañísimas combinaciones de situaciones sombrías. Aparecía Santos, sin reír. Quedaban involucrados los chicos (creo que entre trasudores los vi acurrucados en un vagón sombrío como entrando

en una umbrosa boca de mina de carbón). Me despertaba con las piernas empapadas en un sudor frío y enroscadas en las sábanas. Afuera, en la calle Florida, la discusión ininteligible de algunos borrachos y los ladridos de unos perros vagabundos que se perdieron hacia Paseo Colón.

La mala noche al menos propició una buena expectoración matinal. Utilicé el material según las indicaciones de Cervetto.

La luz radiante de la mañana. La alegría de la calle era como una alegría burlona. Los trenzadores de cestos en la calle de la Piedad. La tienda inglesa Bristol donde compro la corbata de seda gris perla para Cervetto. El paquete cuadrado de la "caja térmica", que mantengo derecho como quien va de visita y lleva huevos quimbos. Y luego Esmeralda hasta el Departamento Nacional de Higiene. Aquí se vacuna (dice el cartel enlozado de fondo azul). No fume. Mate la vinchuca. No salivar.

Creo que me detuve un instante. Estuve a punto de correr y volverme precipitadamente para tomar el Central Argentino, aunque fuese en la tercera… rumbo al edén tucumano.

—Esto le manda mi amigo, el ingeniero Martínez.

—Caramba, le hubiese dicho a su amigo de no molestarse.

—Me dijo que ni bien pueda pasará a saludarlo.

—¡Ojalá sea pronto! Es justo el color que yo suelo usar —dijo Cervetto observando la lujosa corbata totalmente alejada de su estilo y presupuesto.

Le entregué la caja. Yo sobreactuaba mi displicencia.

Me hizo, con toda corrección, una factura para que yo abonase por caja. Como esos análisis microscópicos eran todavía experimentales, puso "análisis de orina" y anotó "Sr. Martínez".

—Páguele, doctor. Haré el trabajo a las doce. Si quiere, puede venir a verme en el turno de la tarde, a partir de las tres.

Me fui con la boleta en la mano. Vagué por Artes hacia Córdoba y Santa Fe. Si hubiese tenido la fe de Santos me habría metido de rodillas en La Merced. Es bueno tener un dios para implorar. El dios de los desvalidos, los desgraciados, los enfermos, las mujeres y los perdedores.

Pensé en la suerte que tendría Martínez. Porque en realidad el de la tos, el de los chuchos de fríos, el enclenque es ese imaginario Martínez. Como muchos optimistas creo ser mejor que mi físico. Creo estar más sano que mi cuerpo. Y creo que mi espíritu es más fuerte y más sano que mi cuerpo. Mi cuerpo es Martínez, el enfermo imaginario (tal vez el condenado imaginario).

Como las feas, creía que no merecía mi cuerpo. Que es un error o una injusticia de Dios.

Llegué a Cerrito por la calle de las Artes. Subí hasta ver, resplandeciente, el palacio de los Padula. Y cerré los ojos bajo la luz y me vi girando tomado de la cintura de gata de la maravillosa Merceditas Miró.

Me senté en los bancos que dan al Retiro. Ahora había cruzado el Rubicon. Me faltaban tres horas para saber si mi vida cambiaría completamente, según el plan que me había trazado o si me abrazaría a la noche con Ángel y le pediría nomás hacer el encuentro con Roca y largarnos a Tucumán como pioneros de una Liga del Norte y caer en la maravillosa tarea de enriquecernos y de sumirnos en la fiesta de la ambición, de los triunfos sociales. Hasta me imaginé con Ángel hablando hasta por los codos y entrando en el restaurante España. Como el náufrago rescatado.

Todas las apuestas de Ángel en el tapete verde del Círculo de Armas eran cosa de nada ante mi apuesta callada, de jugador furtivo que no dice nada y pone toda su fortuna a un solo número. (El número del recibito de Martínez era el 00982.) Miré la papeleta. Bastaba enrollarla y tirarla allí, donde los gorriones les robaban las últimas migas a las lentas palomas, para entrar de nuevo en la tibieza irracional del azar, en la duda, en el mundo mágico del curandero del San Felipe, el viejo Argimiro. Bastaba echarse a volar en el aire fresco, sobre Buenos Aires y desaparecer feliz más allá del Departamento Nacional de Higiene. ¡Coraje de gorrión que uno no tiene!

SE ME DOBLAN LAS PIERNAS y tuve que apoyarme en el mostrador de la mesa de entradas. Eché un poco el cuerpo para adelante fingiendo que quería observar el espantoso grabado a tinta: el médico de levita sosteniendo a la mujer etérea —ya casi amortajada con un vaporoso camisón de sanatorio caro— y la Muerte que manotea sosteniendo la clásica, inexorable guadaña en la otra mano.

De entrada nomás, al verme, Cervetto que había venido con paso rápido desde el corredor del laboratorio me dijo:

—Dígame, doctor, ¿el ingeniero Martínez tiene familia?

—No, es un solterón bastante mujeriego. —Comprendí todo e inventé la observación del grabado—: ¿Por qué me pregunta?

—Malas noticias, doctor. No tengo mucha experiencia, pero parecería increíble que su amigo esté en vida.

—No se equivocará…

—No. La observación parece tan nítida como las fotos que están en el tratado de Koch. Es una danza de bacilos… Más, creo que ni siquiera haría falta el recuento y las estimaciones matemáticas que corresponderían a un perfeccionado análisis. Podría no haber aparecido nada en la expectoración usada para muestra, podría. Pero no es el caso, tenemos la prueba concluyente. Antes de este increíble progreso de la ciencia, el paciente podía seguir creyéndose víctima de una neumonía o de una pleuresía, hasta que el mal estallaba, como hemos visto tantas veces. Ahora no. Cuando la muestra es nítida, como en este caso… ¿Quiere ver? Vamos, que los ayudantes están de recorrida.

Cervetto me explica. Me habla de tisis como infección primaria y de la etapa que, sin optimismo ni milagrismo alguno, llama tuberculosis pulmonar "crónica y final". Caminando por el corredor me explica acerca de la larga incubación y sus síntomas: debilidad, pérdida de peso, falta de apetito, sudoraciones, alteraciones de temperatura corporal. Generaliza como en el examen que debió de haberle tomado el mismo Bosch-Koch.

Siento dos enormes goterones de sudor que se deslizan por el cuello. Aprovecho que voy detrás de Cervetto para secarme con esos pañuelos grandes y de tela nada fina que yo llamo ingleses y Santos, burlonamente, manteles. (Saliendo del consultorio de Tiburcio Padilla, recuerdo a Settembrini y su mirada irónica cuando despliego uno de esos pañuelos para sonarme y me dice: "¿Hace mucho que empezó a usar pañuelos tan grandes?".)

Allí está la máquina. No hay nadie en el laboratorio. Cervetto, en cabal representación de Hipócrates, toma un bozal o mascarilla de gasa y se lo ata dejando la boca cubierta. Me pide que yo haga lo mismo. Con orgullo de profesional o de iniciado se calza unos espantosos y entalcados guantes de goma y se aplica al microscopio de la casa Zeiss para contemplar la expectoración de Martínez. Mientras enfoca, comenta:

—Es increíble adonde se ha llegado. ¡Usted no puede imaginar lo que es posible ver en una simple gota de agua! De agua.

Monstruos devorándose entre ellos. Increíbles monstruitos esféricos con puntas, corazas, cuernos. De las formas más disparatadas. Fornicando, devorándose. En una sola gota, una orgía de amor y muerte…

—Y sin embargo es el agua que tomamos. Sin morirnos envenenados, generalmente. —Digo, como oyéndome, como si fuera otro, el disimulador.

—Eso es porque tenemos nuestros propios monstruos para la

defensa. Sin ello nos matarían en un rato. ¡Ya lo tengo! Aquí está el preparado de su amigo, el ingeniero… Si no se viese tan claro habría que hacer otro tipo de análisis, propiciando que el cultivo de bacilos progrese a cierta temperatura y se evidencie… Ahora va a ver usted mismo. Son los alargados, con una mota, que se agrupan en una punta del preparado y luego se desplazan hacia el centro. Algunos se están como dividiendo, pero se recuperan, en general, y crecen, multiplicándose. Le diría que es una prueba ejemplar, como para una clase del profesor Bosch. Pero vea usted mismo. Así… Yo ajusto este tornillo micrométrico… El micrométrico.

—Así. Allí está en el punto perfecto —dije. En efecto, todo era tal como decía Cervetto: un baile grotesco de figuritas monstruosas en un carnaval obsceno. Una danza macabra. La danse *macabre*. Bastones en desorden se movían y se reproducían.

Respiro. Alzo la cabeza. Trato de no pensar ni contener la sudoración para que no se evidencie.

—Hace calor aquí —me oigo decir. Me quito la mascarilla de gasa antes que Cervetto me ayude, para que no vea mi nuca empapada.

—Doctor, este hombre no tiene ni para seis meses. Si le muestro el libro me creería, si le muestro…

—No tengo dudas. Hablaré con Padilla y luego mi amigo solicitará al profesor Bosch en consulta.

Cervetto me acompaña. Le doy la boletita de caja que él archiva en el pinche del mostrador. Agradezco efusivamente. Pero Cervetto me retiene. Toma la corbata de regalo con su lecho de papel de seda y me la entrega.

—¿Por qué? Mi amigo me pidió expresamente… —Cervetto hace un gesto y me dice:

—Doctor, usted entiende, nunca la usaría. Me gusta mucho, pero nunca la usaría. Mejor la tenga para usted mismo.

No había mejor certificación que ésa del análisis efectuado por el señor Cervetto.

AHORA SÍ. AHORA ERA INDISPENSABLE atenerse al programa y al mecanismo que fui imaginando en estos últimos meses. Había arriesgado la evidencia y se había confirmado lo peor. Se habían acabado las dudas, ensoñaciones, ilusiones. Consultada imprudentemente, la Ciencia confirmaba lo peor. La muerte o la posibilidad cierta de la muerte, esa realidad que siempre parece lejana o inventada o para uso exclusivo de los otros.

Ahora yo era el administrador único sin poder compartir con

nadie mi secreto. ¿Cómo se hace para administrar la propia muerte? ¿Quién está preparado?

Pasaron más de dos horas. Estuve frente a la taza de té que ni se me ocurrió tocar, en la Confitería del Gas, con la mirada abandonada en la vereda. Estaba allí, en esa hora sin público. Inexplicablemente quieto ante el quieto círculo del té, pero recorrido por tremendos sacudones interiores. Un espectáculo de tormentas incontrolable. Me produjeron terror los sentimientos, que por suerte parecían dejarme en paz por el momento. Tuve una curiosa sensación similar a la vergüenza, como si una desgracia tan grande fuese como largarse desnudo por Florida. Algo indecoroso que hay que ocultar. Algo impúdico para uno mismo.

Preferí ceder a la tentación de la evidencia. Y ahora que la certeza sólo podría ser destituida por el milagro, tengo que evitar abandonarme y cumplir estrictamente los pasos de mi plan. Hasta ahora todo fue impecable: el traslado a Buenos Aires con anuncio de un eventual y breve viaje de trabajo a Europa; mi sobria despedida de los chicos, las resoluciones ante el notario. Incluso mi "traición" a la pobre Santos aparece una decisión tan necesaria como la de no haber enfrentado a mi madre en aquel banquete familiar. Si pasa lo peor (como se suele decir en los corredores de los hospitales) Santos, que es tan indefensa, quedará como una hermana mayor de sus hijos, sometida como ellos a la invariablemente constructiva dictadura de mi madre. Estuvieron bien mis instrucciones comerciales a Alurralde y el largo diálogo secreto con mi hermano Alejandro, que no puede asumir funciones (no poéticas) mayores. Y, tal vez lo más importante, fue el encuentro con Julio Víctor. (Julio Víctor: serás el lector de esta larga relación que tal vez te sirva algún día para escribir esa novela que crees que podrás escribir). Julio Víctor, si el proceso sigue su mal curso, cumplirá los pasos progresivos que le dejé por escrito.

Yo, que soy ateo, debo aceptarlo: me queda una sola carta que es el milagro. Y el milagro no es otra cosa que la piedad de Dios.

El maítre se acerca con una palmeta. Es buena hora para una masacre de moscas, antes del té de la tarde. Sólo hay dos mesas ocupadas, la mía, como una isla a la deriva y la de una anciana que come golosamente una torta de crema, en esa especie de retorno a la infancia que suelen tener los viejos. El maitre pega golpes secos, sin aplastar y las moscas caen netamente muertas al mosaico. Esmera su habilidad en las ventanas. Omite la mía. Sigue después de una sonrisa y tres o cuatro moscas atolondradas de espanto se asilan contra el cristal. Deberían estar agradecidas.

Miro hacia la calle. Es el mundo y veo cómo se aleja. Curiosa sensación. Se me ocurre pensar que la muerte nos hace gauchos. Uno aprenderá seguramente a andar sin tanto alero ni protección. Uno se hace a la intemperie y a la soledad. La muerte lo saca a uno de la ciudad y lo mete en el desierto. Sin referencias. A pura luz de estrella.

De tantas cosas decididas hay algo que queda bien claro: no tendré la muerte de los médicos, en ese abuso de blanco que es la muerte clínica, hospitalaria. La cama blanca como una barca de Caronte entre muros de cerámica blanca, como esas lecherías que Casares esta poniendo por todas partes.

Desde este viernes 24, viernes privadamente famoso, tendré que aprender a andar solo por el desierto, hasta el fin.

Floto por la ciudad. Aturdido. Voy por Charcas hasta el barrio de las clínicas. Hay una tienda de espantosos objetos de cirugía con grabados de cuerpos desollados. Al lado, una librería especializada donde me compro el "Manual de Infecciosos" publicado por el Departamento Nacional de Higiene.

(Anoto, Julio Víctor —si es que aguantaste hasta aquí— algunas frases que te ayudarán a comprender que tu tío no enloqueció, que las cosas deben ser como son, y que tienen un fundamento nada excéntrico.)

"Aislamiento. El enfermo pulmonar deberá permanecer en el más riguroso aislamiento desde que el profesional haya comprobado la evidencia de la etapa infecciosa de la enfermedad. El médico particular o las autoridades sanitarias deberán informar por escrito a la oficina correspondiente del Departamento Nacional de Higiene".

"El enfermo con la calificación de tuberculosis pulmonar crónica o sus variantes que impliquen posibilidad de contagio, deberá permanecer rigurosamente aislado de su familia. Se recomienda, en un cuarto cerrado con cristales a esos efectos, de evitar la aproximación de los niños. Es conveniente que una sola persona, provista de guantes y mascarilla y cumpliendo con las condiciones de asepsia rigurosa, atienda al enfermo. Los elementos de cocina, platos, cubiertos, vasos, etcétera, deberán hervirse al menos durante diez minutos… Las sábanas usadas deberán incinerarse".

"…En caso de fallecimiento se deberá proceder a la incineración de las ropas, lechos y pertenencias del enfermo, dándose parte a la

autoridad en un plazo inmediato".

"…Instrucciones para infecciones tuberculosas primarias".

El carro verde. La *signora* Paterno.

Sin voluntad de humillar, la sociedad defiende a sus cuerpos sanos. En el Hospital de Hombres, sección infecciosos, hay varios anuncios de empresas de *Aislamientos sanitarios. Alquiler y venta de camillas, camas articuladas, vajilla hospitalaria, chatas, papagayos, bacinillas, jofainas.*

Los veo con sus ñatas contra el vidrio: la pequeña Santina, José y Fernando haciéndome morisquetas, Segundo con su cara de muchachito perplejo, Matilde, la consciente, controlando los ojos humedecidos y Santos, manteniendo el orden, señalándome a Felipe y Santina que se distraen y se alejan de la vidriera, aburridos.

¿Qué tendría que hacer desde mi cama impoluta, blanca? ¿De vez en cuando un gesto con la mano, como en una despedida en el muelle cuando el barco se retrasa?

(Julio Víctor: ¿Y no era entonces lo mejor dejar la imagen de la foto de Paganelli que dio tanto que hablar? ¿No es mejor esa galera y bastón de Malaca a lo Mansilla y esa sonrisa fugaz y laboriosa que el truhán de Paganelli logró arrancarme cuando pretendió decirme algo en serio?)

CREO QUE VI LLEGAR EL ATARDECER sobre la costa de toscas detrás de la Casa Rosada. Después fui caminando lentamente por el bajo viendo la tarea de los sabaleras y pescadores de bagres. Más bien flotaba con desgano. Realmente no sé cómo fue, se ve que inconcientemente fui repitiendo el itinerario de la otra noche. Creí no haberme confundido y haber pasado por el conventillo de la *signora* Paterno; crucé —estoy seguro— Centroamérica y me vi de repente ante los portones abiertos de par en par de la cochera de Piacentini.

Sospeché que no yo, pero sí mi cuerpo, instintivamente había repetido el camino de aquella noche cuando todavía estaba en el *otro universo*, el de la salud, el de la posibilidad.

Era intentar rehacer una curva del tiempo, burlarla. Digamos el tiempo del gorrión que toma vuelo y esta vez sobrevuela feliz el edificio del Departamento Nacional de Higiene, se salva de Cervetto con su forzada gentileza y sobre todo de la tentación de creer que el poderoso Zeiss-Leipzig puede ser capaz de sentenciar nuestro

destino…

Piacentini levantó la cabeza y me descubrió parado entre los malvones del cantero como un cajetilla equivocado, caído del séptimo cielo. No demostró mayor sorpresa de reconocerme. Algo le dije y me invitó a sentarme mientras siguió trabajando con los aperos y atelajes.

El día cesaba. Me estiré en el gran banco destartalado y me sentí cómodo como si aquello tuviese algo de normal. Olí el sudor de los caballos recién regresados de su largo trotar por Buenos Aires. Comían su pienso de cebada y avena.

Piacentini me hablaba de su trabajo. No esperaba mis respuestas. Iba y venía acomodando el material. Murmuró una protesta por alguien que parecía estar atrasado. Entró un chico con una bolsa de lona azul, de escolar.

—Saluda al señor.

Era su hijo, Ernesto. Me explicó que iba al colegio San Agustín en las Cinco Esquinas. Él chico tenía una mirada rápida, de argentino.

—¿Anduvo bien el libro?

Piacentini contó que había recorrido media ciudad para conseguir el método de inglés que le habían pedido a su hijo. El chico asentía sin hacer muchas concesiones y tal vez temiendo la efusión o la exageración del padre que evidentemente estaba orgulloso de él. El chico me estudió de reojo y seguramente me clasificó como un excéntrico pacífico. Piacentini lo quiso abrazar sonriendo pero se esquivó y corrió hacia los altos por la escalera de madera con macetas con malvones en cada escalón.

—Éste sí que es inteligente —murmuró el padre hacia mí intentando la mayor objetividad posible.

Me estiré nuevamente. Piacentini comprendió que quería estar allí y que seguramente más tarde le pediría retornar al centro y que cobraría el viaje tan suculentamente como la vez anterior. Éntrecerré los ojos. El atardecer bajaba hacia la noche tibia. Floté, increíblemente distendido en un aroma de bosta y jazmín del país. El gallo se aventuró como si yo ya fuese de la casa y me picoteó el botín brillante, de charol.

Nada que hiciera me podía parecer ilógico o absurdo.

Entró una berlina conducida por un peón aindiado. El aro de acero de la rueda produjo estrépito y alguna chispa sobre el empedrado de granito.

Piacentini gritó duramente. Estaba furioso y sus gritos le salían

en italiano. El cochero aindiado, me pareció que era correntino, estaba tomado. Piacentini lo amenazaba. Estaba enrojecido de ira. El peón se escurrió como pudo, escondiéndose detrás de la cabeza del alazán que desenganchaba. Entendí que Piacentini le daba la última oportunidad.

Chirrió la roldana y cayó el balde en el fondo del pozo de agua fresca. El peón lo levantó varias veces llenando el bebedero de zinc. El alazán, con espuma de sudor en los ijares se acercó y bebió con la plenitud maravillosa con que beben los caballos. Con el cogote estirado y los belfos hundidos en el agua fresca y cristalina. Me levanté y me puse junto a él. Tendí la mano y recorrí las cerdas cortas de su cuello hasta sentir en mi mano el latido de su laringe en la felicidad de beber, de incorporar pura vida, o vida en su esencia más pura. No hay mayor imagen de poderosa salud que la sed de un caballo.

Después el mismo Piacentini cargó un balde del aljibe y se fue para sus abluciones.

Me sentí realmente muy bien allí (tal vez intentando torcer la rueda del tiempo y recomenzar por otro lado). Tenía la tranquilidad inesperada de quien puede hacer cualquier cosa sin que le parezca raro o absurdo. Se me ocurrió decirme que tenía la libertad un poco tontona de los espíritus o de esos aparecidos que suele convocar el grupo espiritista de Rita Kennedy.

Reapareció Piacentini con una camisa flamante y un chaleco abierto. Llamó sonoramente a Antonietta que se asomó a la baranda de arriba con Ernesto. Era una mujer rubia, de ojos muy azules, que se había preparado para saludar al visitante desconocido.

—¡Antonietta! Vamos a tomar un aperitivo con el doctor. —No me opuse.

Ya estaba todo preparado porque bajó Ernesto con una fuente con salame y queso cortado y unas aceitunas grandes. Detrás venía Antonietta con un vestido rosado y un par de botellas.

Piacentini sirvió el vermú con Fernet. Antonietta ordenó a Ernesto que subiese a terminar sus deberes.

Piacentini me contó interminablemente detalles de su vida en la Argentina. Había llegado en 1878 y de entrada nomás, con un pariente de Génova, había trabajado en los lanchones de transporte de fruta y de leña por el Paraná.

—El río es peligroso, pero más peligrosas eran las trifulcas entre correntinos y paraguayos mamados. Entre ellos seguía la Guerra Grande… Vi a algunos matarse a machetazos… ¿Usted ya va a

volver al centro?

—No tengo mucho apuro ni mucho rumbo —respondí.

—Si es así, doctor, y si a usted le parece bien, ¿por qué no se queda un rato más y comemos unos tallarines como los hace Antonietta? Le aseguro que tendría que ir hasta Italia para encontrar algo parecido…

Acepté sin dudarlo y vi la alegría de Piacentini. Había una simpatía, tal vez curiosidad hacia mí y también la oportunidad para no tener que comer comida recalentada.

Caía ya la noche tibia y yo estaba en la playa del corralón. Ellos preparaban las luces de los candiles y un quinqué grande.

En la galería de arriba instalaron la mesa que se veía que, salvo cuando había algún invitado, tenía la principal función, con el quinqué grande, de servir como pupitre para los deberes de Ernesto.

Cuando subí para ubicarme a la mesa observé que en sus tablas estaba toda la cultura noble del Mediterráneo. Eran esas mesas que se lavan con cepillo de alambre y lejía al menos una vez por semana, hasta quedar en madera viva, con una pelusilla como de piel de durazno. La madera de pino renace como en las cubiertas de los veleros. La madera respira como para echar brotes.

Antonietta había puesto el quinqué mejor en el centro y cuatro servilletas azules como manteles individuales. Ernesto la ayudaba con los cubiertos y había dejado sobre la baranda, para que yo lo viese, el método Toil & Chat de idioma inglés. Allí, en ese pequeño espacio de la mesa en la galería chueca de corralón, resplandecía como en un *mandala* toda la fuerza de Europa. El átomo de la familia Piacentini brillaba en la noche del barrio con inusitado poder, como afirmación de vida constructiva.

Piacentini sirvió el mejor vino, en un frasco, a la forma de las *trattorias* y elogió los tallarines de Antonietta, con papa y enormes porotos blancos, como dijo que se estilaban en Voghera. Voghera es la capital de las moreras y de los gusanos de seda que dicen que Marco Polo robó de la China.

Yo conté muchas cosas de Tucumán. Dije que era administrador del ingenio San Felipe y los invité en caso que viajaran.

Era delicioso abandonarse allí frente al vaso de vino tinto, en la frescura de la noche. De vez en cuando un relincho o la patada de algún caballo contra la puerta de la cuadra.

Piacentini tenía ya la nariz colorada y reinició una tanda de elogios de su Ernesto. Tomó un cuaderno de la silla cercana y lo abrió. Había una bandera azul y blanca dibujada con el escudo cuidadosamente en amarillo. Corrió algunas páginas y dijo:

—Contale al doctor la campaña de Belgrano. Eso de Vilcapugio, Ayohuma, Suipacha… ¿Cómo es? Lo que me contaste la otra tarde… —Pero Ernesto permanecía en silencio, como ofuscado. —¡Y cómo sabe en detalle lo de San Martín, lo de Cabral y el negro Falucho! Pero no quiere hablar, tendrá que disculparlo doctor, a veces se pone antipático…

Yo pesqué, en la penumbra, la mirada viva y rápida de Ernesto como pidiendo disculpas por aquella efusión, significando además que era verdad lo que decía su padre pero que…

Volvimos como la otra noche, pero esta vez Ernesto nos acompañó.

Yo retorné a la idea anterior: había repetido la escena. Ahora el tiempo se encarrilaría por otro curso, mágicamente algo pasaría, pero ya no quedaría mi destino inexorablemente pegado a la sentencia atroz del Zeiss-Leipzig.

MUCHO SECRETO PARA UN SOLO HOMBRE, se me ocurrió decirme mientras me recortaba el bigote ante la mañana espléndida que se veía desde la ventana del hotel. Mucho secreto, y demasiado grave, para tanta soledad…

Curiosamente había dormido estupendamente bien con el vino de los Piacentini. Ahora, para mí, la pesadilla era el despertar, cuando después del primer parpadeo veía inmediatamente los bastoncillos de los bacilos en el círculo iluminado del microscopio; moviéndose con pequeños saltos y sacudones. Combatiendo, devorándose, partiéndose para reproducirse.

Ahora la pesadilla no era la amenaza. La pesadilla era la evidencia.

Era una nube negrísima que teñía de oscuro la luz de la mañana. Era el despertar del condenado (y sin embargo, en el día, el alivio del olvido, la distracción del dolor por cualquier nimiedad).

Caminé hacia el puerto que ya llaman viejo, porque el puerto nuevo será el que construirá Madero.

Estibadores. Chatas cargadas de bolsas de cereal o de cueros salados de repugnante olor que mandan desde Barracas. Changadores de todo pelo e idioma parados en las esquinas con sus correas de cuero y cuerdas para ganarse el pan de cada día. Fulleros con sus dados, adivinadores, vendedores de diarios subversivos, anarquistas. Marineros borrachos dormidos en la Recova o en los canteros de la alameda. Grupos familiares preguntando por alguna oficina o por el Hotel de Inmigrantes.

Merodeo con tiempo entre las vidrieras de las agencias navieras. Aunque siempre usamos la misma, me aventuro por otras.

La Batavier-Line, Rotterdam, Londres. Y dos caballeros de bastón frente a un mundo que va desde Europa hasta las lejanías de Asia.

¿Por qué no ir a ver ese camello que abreva en un charco ante la pagoda de Pekín en el afiche enorme? *Visitez l'Extrême-Orient. Messageries Maritimes.*

El *steamer* de cuatro chimeneas de la Cunard Line. Deliciosas, especializadas barcas de Caronte.

Me quedo como fascinado ante el afiche que cubre toda la puerta de la agencia del Rotterdamsche Lloyd.

Hay una resplandeciente duna, blanquísima. Un nativo con fez que mira hacia un mar azul donde flota un vapor enorme de la compañía, el *Straat Malaca.* Egipto. Ceylán. Sumatra, Singapore, Java.

¿Por qué no?

Y me asaltan los versos de Moreau, o del tal Rimbaud, como sea: La barbarie, los cuerpos echados al sol, la sensualidad, la violencia como una deuda ancestral. “Seré ocioso y brutal.”

Comprendo que podría perderme por muchas puertas en la aventura del mundo. Es como una apuesta para burlar el triunfo de los bacilos de Koch en su melancólica pero incesante danza. Todas esas puertas se abrirán con una sola firma en mi chequera.

Pero al final voy a la agencia de siempre y donde Alurralde hizo una reserva según mis instrucciones.

El empleado me confirma la salida. Es una suite en el *Duca d’ Aosta* que parte el jueves 6.

—¿Ida y vuelta? —me pregunta el empleado.

YO RECIBÍ EN TUCUMÁN el envío expreso de Ángel. Lo abrí a la siesta, cuando mi madre y mi hermana dormían, en esa frescura de las persianas entornadas en lo que yo llamo mi despacho. Era un sobre voluminoso con letras en tinta negra: “Para mi sobrino Julio Víctor, personal, en mano”. Lo abrí con extrema curiosidad y comprendí que era una especie de diario de sus días en Buenos Aires. En broma agregaba: “Algún día te va a servir para alguna novela, por ahora dejá cerrado el paquete”.

Su carta era terminante: se habían confirmado sus temores y me encargaba entregar las cartas y cumplir las disposiciones que me había encomendado antes de partir, en especial lo de su familia, y presentar como lo más natural el viaje a Europa, con fines de visitar

la casa Buil, por el equívoco sobre las calderas y el trapiche hidráulico para el Ingenio San Felipe.

No había nada sentimental ni autocomplaciente en sus líneas. Mi tío era un tipo determinado y duro. Aunque no lo escribiese en su carta, estaba seguro de que él no aceptaba tenerse por perdido y que tenía un as en la manga.

Me dijo que debíamos atenernos a una clave y que se mantendría en comunicación conmigo. Me recomendaba no dejar jamás ninguno de estos papeles al alcance de alguien y me reiteraba que el sobre lacrado sólo lo abriese en "el caso extremo".

Luego leí la carta de Ángel. Una carta larga pero escrita a los apurones para acompañar el paquete de Felipe Segundo.

Me decía:

"Te aseguro que este Felipe Segundo no tiene desperdicio. ¡Y yo que siempre lo había tenido por un timorato medio poeta y blandengue!

"Aunque se queja, está perfectamente de salud, a pesar de flaquísimo, como siempre. Estuvimos juntos los últimos días ya que tuvo que improvisar el viaje a Francia por causa de las malditas calderas de la casa Buil. Vos conocés bien el tema. Y tiene razón: hay mucha plata de por medio y es mejor enfrentarlos en su madriguera. Mi padre le aconsejó pasarse a Fawcett and Preston, que tan bien cumplieron en La Esperanza. Tuvo razón en largarse con tanta urgencia.

"Pero, Julio Víctor, te debo decir que Felipe Segundo es un tipo especial. No lleva la vida que corresponde. Tenemos que meterlo de cabeza en la política, en una especie de Liga del Norte o algo así, porque lo que se nos viene con Juárez Celman es más grave de lo pensado. Estuvimos con Felipe viendo al zorro de Roca que le dijo lo mismo: que no pierda tiempo, que se meta en política. Los viejos ya se eclipsan. Fueron los fundadores. Ahora nos toca a nosotros. Hay que apostar en grande.

"¿Sabés por qué pienso que sirve para la política? Porque no tiembla ante el riesgo. Yo no lo conocía en el tapete de juego.

"Hice que me acompañara al Círculo de Armas. Yo tenía una partida muy fuerte. Perdí de tal modo que tuve que firmar un papel sobre las acciones del ingenio La Esperanza para poder seguir. Felipe Segundo me apoyaba en la locura. Y entré a ganar. En un momento decisivo ligué un full de ases con damas y Mendieta, que jugaba bancado por varios, me apuró con una parada de "varias calderas". Consulté con Felipe Segundo y te aseguro que no puedo imaginar alguien más frío que él. Ni moqueó. Dijo: hay que seguir.

Y gané. Pero gané por él, por su pasmosa serenidad, como si nada tuviese importancia. Pagué champagne para todos y salimos muy alegres con Felipe que embarcaba al día siguiente. Tenía tal alegría que al pasar por el negocio de tabacos que hay junto al bar Suizo, en la calle Corrientes, deslicé un sobre con un fajo de billetes bajo la puerta, para el armenio Asmoudian, amigo mío, que había perdido durante la tarde lo que para él era muchísimo.

"No podía menos que acompañar a Felipe al puerto. Él, completamente impasible, en aquella tumultuosa alegría del muelle. (Parecería que la partida de un barco es ya como la alegría de llegar a Italia, París o Londres.)

La banda del Regimiento 1 atronaba el espacio con marchas militares, canzonettas y arias de ópera y marsellesas.

Me sentí feliz. Había estado en una encrucijada muy brava y fue Felipe Segundo el que tuvo el coraje de aceptar la parada como si estuviésemos jugando chauchas. ¡Sin que se le moviera un pelo! ¡Como si fuera de otro mundo!

"Cuando lo abracé lo sentí tan frágil y delicado como el cuerpo de una mujer. Pero está perfectamente bien y no puede con sus enigmas y charadas. Ya cuando sonaba la última campanilla de *partenza,* me abrazó y me dijo:

—Me pongo una moneda en la boca y subo al *Duca d' Aosta*…

Tu tío Ángel".

SEGUNDA PARTE

La Otra Orilla

MAR, SIEMPRE RECOMENZADO. Siempre agonizante. Comienzo y fin en sí mismo. Muere en cada ola, renace en la siguiente que corre y corre levantándose, encrespándose, como lomos de bisontes en estampida. Hasta el horizonte con su metal gris salado, puro, frío.

Su implacable y fascinante movimiento. Hipnotizas como el fuego y eres la imagen más a mano que uno pueda tener de la eternidad.

Animal infatigable, irrevocable, caído sobre la Tierra inexplicablemente. Sublime, intratable en tu cósmica constancia.

Espejo donde el cielo se corresponde. ¿Por qué hipnotizas? Nadie puede conocer el secreto de tu atracción. Eres el animal más poderoso de este mundo. Lugar de todas las renovaciones.

Ahora, en el *Duca d' Aosta,* sobre tu lomo de toro siempre a la carrera. El *steamer* orgulloso es apenas una hoja caída en tus manos de gigante.

Te espío, busco tu comprensión en la noche, emboscado en una reposera de mimbre y arrebujado en el quillango de vicuña de todos mis viajes.

Ahora el barco duerme. Sólo luces mortecinas en el puente y la linterna temblorosa de la guardia que recorre los puentes. Espero que la larga noche vaya cayendo en el nuevo día. De vez en cuando la proa parte alguna ola con demasiada violencia y llega hasta mi rostro un vapor de espuma salada. Recorro con la lengua mis labios. Frescura y sal.

No toso ni tengo los temidos trasudores nocturnos. Respiro con prudencia ese aire fuerte, purificado. Estoy emboscado, Mar, tratando de plegarme al secreto de tu fascinación. Y creo empezar a comprender algo. (Se me ocurre que la tos y mi enfermedad son un error en tu partitura. Una nota fugada.)

Desde que estoy a bordo soy el primero que se retira del comedor. (Como en una buena mesa, nada central y no quise que me ubiquen con nadie, ni siquiera con los Villanueva, que son conocidos, cultos y aceptables, en suma.)

Me deslizo cuando reparten el postre. Voy a buscar el quillango para apostarme ante el universo. Cuando paso por la cubierta exterior, veo a través de los ventanales ese grupo de gente lujosa que con sus trajes de etiqueta y sus vestidos despampanantes se dirigen hacia el Salón *Risorgimento* (ahora súbitamente republicano pero sin ocultar sus dorados imperiales). Los camareros con sus uniformes dieciochescos —medias blancas y zapatos de charol con hebillas— reciben los racimos familiares con el jefe de frac, corsé y bigotes fuertes seguido por la diosa jefa y los hijos serios en sus trajes nuevos saliéndole al mundo en toda su delicia. Los camareros con paso agitado llevan los baldes de plata traspirada del champagne. El vals, con que abre la noche la orquesta, llega en ráfagas deshechas por ese viento del mar que me revuelve el cabello y hace flamear el borde de la manta.

La imaginación lo puede todo: me vi perfectamente a mí mismo en el espejo de la fantasía. Estoy muy delgado (de frente se hace bien evidente), me puse no el chaleco de piqué blanco que llevo, sino ese rosado con botones grandes, redondos de carey donde oscila una misteriosa veta dorada (nueve botones: Santos y mis ocho hijos). Me recibe el maitre con sus alamares dorados. Santos tras de mí, apuntalando un gesto serio, para ocultar su inseguridad de siempre y capitaneando solamente a los mayores: Segundo, larguirucho, desorientado, con su blusa bordada que le da vergüenza; Matilde y Josefa, bellísimas, altas, con los vestidos de organdí, seguras como flores perfectas atrayendo todas las miradas. Me veo. Nos veo, sin nostalgia, con objetividad. No cuesta nada agregar detalles: supongamos que hemos traído a la mulata Trinidad que tenía tanto miedo al mar. Se quedó con los menores, jugando en el camarote de ellos con los cubos de madera. Y más aún: Trinidad, en su ignorancia, contrabandeó un cesto de nueces confitadas, frascos de ambrosía y tamales “para el viaje”.

Contengo la imaginación viciosa e infinita y camino hacia la cómoda reposera de mimbre, en la penumbra donde sólo se oye el fervor del mar y las ráfagas del viento nocturno.

Nunca viajé con Santos a Europa.

El segundo viaje, dos años antes de la muerte de mi padre, fue en el vapor *Congo* de las Messageries Maritimes. Santos estaba esperando nuestro cuarto hijo y estuvimos tres meses hasta cerrar el contrato por las centrifugadoras y los dos trapiches hidráulicos de la firma Buil y Cia.

Después de la cena nosotros pasábamos también hacia la sala de juego y el salón de baile y mi padre estuvo muy orgulloso de mí (tal

vez por primera y única vez) por la aventura —o el incidente— con Madame Pichón.

Aquello fue cuando yo también sentía que el lomo móvil del mar era un desierto que servía como camino hacia todos los oasis. El oasis de Europa y sus delicias civilizadas. O costas exóticas de misterio y de renovación. Playas donde el agua se pone verde y cálida para abrazar los cuerpos desnudos. Camino hacia las incógnitas de Oriente (Batavia, Java, China, Ceilán). Delicias para extravagantes y vagamundanos. El Mar, abierto a la vida, más allá de sus símbolos de eternidad y muerte.

Acomodo el quillango como un soldado de guardia. Ahora no puedo distraerme. Necesito iniciarme como un discípulo silencioso en los otros caminos del Mar.

No mido el tiempo. Me entrego sin resistir. De vez en cuando un entresueño con peripecias que no recuerdo. Poco a poco la llegada del alba, en puntas de pie, con "sus dedos de rosa". Y el lomo gris oscuro del mar se iba encendiendo como una lámpara, muy lentamente. Y tal vez en algún entresueño se posaban las manos secas, pequeñas y tibias, de Santos que subían el poncho hasta cubrirme el mentón. O abría las ventanas, harto del griterío de los chicos y aparecía la plaza Independencia en la gloria de la mañana, con la plenitud de sus naranjas silvestres dorando el verde dominante del follaje subtropical.

El *Duca d'Aosta* parece navegar hacia el futuro. Ahora todo está lleno de futuro, es molesto. Estados Unidos y la Argentina son el futuro. Todos los hambreados de Italia, de las Españas, del centro de Europa, lo saben.

El *Duca d' Aosta* está ebrio de futuro. Es el espíritu general de una época. Se dominará la naturaleza: ¡electricidad, teléfono, motores a explosión, guirnaldas de lámparas de colores!

El *Duca d' Aosta* en la noche es símbolo, es casi como la Argentina triunfante visitando y gozando de Europa. Los Villanueva, los Madero, el barón De Marchi, los Rezénde. Sus hijas allí, entre valses y halagos, como diosas nubiles. El pomposo senador Pompeu que se dispone a desembarcar en Río, después de negociar las exportaciones de café a la Argentina. (Eso es nuevo: los inmigrantes toman café al levantarse y no mate. Los gauchos toman mate mientras se hace la mañana, pero los nuevos patrones, gallegos o italianos, los puesteros, comen huevos con chorizo, toman vino y después una humeante taza de café.)

Cómo será de rica esta Argentina que está naciendo que los inmigrantes derrotados no vuelven en Tercera sino en la Segunda. Y

hasta algunos en Primera. Me asomo por la barandilla desde la cubierta de Primera. Van serios, sentados en las butacas de caña. No hablan. Miran hacia el mar (también ellos). Por cierto no cantan. En el viaje que baja hacia la Cruz del Sur, no hay noche que no vibren en la brisa del trópico un patético *Sole M* o una jota rabiosamente pegada a la ría de la Galicia abandonada.

Tienen el malhumor del estafado. Es mejor no decirles nada. Es el peor malhumor: el del aprovechador que ha sido burlado por delincuentes peores. Se los ve en silencio, pero ya no con esas atroces gorras de hule o de fieltro, ni los zapatones de labriego que llevaban cuando se pasaban los brazos por el hombro y cantaban como para tapar la orquesta de la Primera.

Se nota que han cruzado desiertos. Alguno debe de haber llegado a Tucumán reclamando, con la "escritura" en la mano, la mina de oro que le vendieron en un cafetín de Dársena Norte. Alguno se casó y tuvo hijos y ahora huye creyendo que es posible burlar la conciencia. Algún otro, con rabia de despechado, jura volver con el capital necesario para vengarse de quienes lo estafaron. Miran hacia el mar, en silencio, y esperan la hora del almuerzo con el trigo, el azúcar y la carne abundante de la Argentina que no pudieron seducir.

Argentina, una de las palabras más sonoras y bellas, ya no les suena como aquel tintineo de campanillas de plata en las nieblas del primer viaje.

En la Primera vuelven aquellos a quienes Argentina les suena con redoble de campana de oro. Los argentinos, los Villanueva, los De Marchi, se ríen de aquellos que dan sus primeros y atolondrados pasos en el lujo. El oro les costó más que oro. Pero las hijas, bellísimas por causa de las disparatadas mezclas raciales, se casarán con algunos de esos chicos, jóvenes elegantes, de saco de hilo blanco, corbata voladora y rancho con cinta de colores que juegan a los tejos con ellas en la cubierta superior.

EVIDENTEMENTE EL MAR DE MIS NOCHES ES OTRO. Aquí, en Río de Janeiro, el mar es una esfera azul radiante bajo el sol. Se quiebra en las sonrisas de las playas: Copacabana, Flamengo, Ipanema. Bordeando las playas están todas estas casonas con sus parques de una o dos hectáreas, con la alegría de las palmeras con sus melenas apenas agitadas por la brisa suave.

El *Duca d' Aosta* va entrando entre las islas y hay gritos de admiración en las sucesivas cubiertas. Hasta los inmigrantes fracasados miran el esplendor de tanta insolente belleza. Los morros

verdes con los pies en el mar. La marejada crea una elegancia final y casi íntima con su lencería de encaje de espuma.

Fue entrando en Río (claro que hace años y en el vapor Congo) que se inició la historia con Mme. Pichón.

Río de Janeiro es una mano abierta en el mar. Hasta los niños miran sin moverse. Las señoras se protegen del terrible sol con sus sombrillas de *broderie*.

El calor sólo aguantable por la brisa que busca la proa. Está claro que no bajaré a tierra. Dormiré bajo los ventiladores de mi suite. Leeré. Gozaré de la alegría de palacio vacío cuando todos partan en las excursiones.

A mi tío-primo le tocó un día igual. Nos lo contó en el bar del Club Social (para él el calor de Tucumán era todavía peor). El barón de Río Branco le había enviado la falúa del Emperador en protocolo de recibimiento, con los remos en alto y la marinería en uniforme imperial. Julio Argentino intentó ponerse frac, pero los brasileños le informaron que debía ser en uniforme de gran gala con condecoraciones. Se resignó a las pesadas charreteras, al paño naval azul bordado en oro. Mientras abordaba la falúa se sintió como un cruzado en su armadura, perdido en el Sahara. Después de los saludos de llegada, cuando pasaban al comedor, sintió que moría. Curiosamente le corría por la frente un sudor frío. No vaciló. Le hizo una seña a Gramajo, tomó una jarra de limonada helada y se precipitó al baño. Gramajo le desabrochó el cuello. Julio Argentino le exigió que fuese volcando el contenido de la jarra, lentamente, por debajo de la nuca dentro del uniforme. El paño se embebía agradablemente. “Van a creer que se ha orinado, mi General. Mejor parar…”. “Seguí, Gramajo. ¿A quién se le va a ocurrir, sino a vos, que alguien que se mea encima se moja la espalda?”.

La avenida de los naranjos, el Palacio Catete. Cuando el *Duca, d’ Aosta* amarra, los estibadores negros, apenas con un taparrabos, se transforman en actores de *variété* para divertir a los ricos. Se zambullen para pescar monedas. Otros, en el muelle, fingen la danza de la *capoeira* con navajas en los pies. Simulan algún tajo. Las señoras gritan desde la toldilla. El tajeado se echa al mar. Llueven monedas argentinas y europeas. Saravia, el cónsul uruguayo, arrojó un vintén oriental, pero los astutos zambos ni se movieron.

Desde mi camarote refrescado por el giro suave de las aspas del ventilador de techo, escucho a los negros que cantan en el muelle, echados sobre las pilas de bolsas de café. Esperan su ansiada libertad. Pronto estarán libres para esclavizarse como jornaleros. Trabajarán dieciocho horas por día, de sol a sol, cargando el café, la

riqueza de los señores de San Pablo. Pero se dirán libres. Bailarán en sus favelas y en los morros. Invocarán a Xangó, a Yemenyá, a esos dioses exiliados que, como ellos, cruzaron el mar, para seguirlos también en la esclavitud, al pie del Cristo portugués con esas heridas de las que caen gotas oscuras. El terrible dios de los blancos que todavía no logró promover el anunciado decreto de la abolición de la esclavitud.

Un gran crimen puede parar un país para siempre. Escuchando las melopeas de los estibadores del muelle comprendí que hay que despegarse de esa América sumergida. Esa América amasada con el fango de las razas vencidas, quebradas.

Roca, el zorro, tiene razón.

Mme. Pichon me miró. Yo sonreía y ella hizo un mohín. Esto fue en la toldilla del puente de mando del *Congo*. Nos había invitado el Capitán para el número principal del viaje: la entrada en Río. Mi padre estaba a mi lado, con un espectacular chambergo de paja de Panamá y no dudó de que la mirada y el mohín de Mme. Pichn le estaban destinados. Se alisó la patilla con la mano derecha, de arriba hacia abajo. Gesto que le conozco. Requintó el ala de su vistoso chambergo.

La segunda mirada de Mme Pichón era, digamos, aclaratoria: se vio que no estaba destinada a mi padre. Durante un agradable instante se hundió en mis ojos.

A mi padre le gustó el incidente de Mme Pichon porque demostró, en su criterio, que su hijo era capaz de una trasgresión escandalosa. No sólo mi madre, sino también él, soportaban la carga de tener dos hijos que no correspondían a la expectativa de fuerza, de empeño empresarial, que desearía un pionero fundador como mi padre, como Vicente, Emidio, Wenceslao, mis tíos. No lo dirían, pero para mis padres resultaríamos más bien dos mequetrefes entre cuatro niñas de la cría familiar, de la camada.

Sobre todo Alejandro, mi hermano menor, el poeta declarado, que se fue seis meses a Buenos Aires para ingresar en el grupo patriótico-romántico de Olegario Andrade, el autor de *Nido de Cóndores*. La poesía de Alejandro, verdaderamente, puede ser desesperante para cualquier padre que haya fundado una empresa concreta: es una mezcla sentimental de un Laforgue trasnochado y de un Espronceda expulsado por no pagar la pensión…

A un día de Río se suele producir esa ceremonia que algunas líneas navieras conceden a los viajeros argentinos (el país rico, poderoso). Al amanecer el barco para las máquinas en el lugar

donde se supone que haya sido entregado al mar el cuerpo de Mariano Moreno. El capitán con el capellán de a bordo y alguna personalidad argentina, arrojan una corona de flores a las olas oscuras. Luego los connacionales cantan el himno a capella, con su renovado entusiasmo de chicos con juguete nuevo y exitoso, la Patria. Se sirve un reconfortante chocolate en la misma cubierta de proa.

Le tocó a mi padre secundar al Capitán en la ceremonia. Apenas se definía el día en las nieblas claras del amanecer marino, yo me escurrí por la cubierta lateral y tropecé con Mme. Pichón que me miraba con ojos turbios de mucho champagne. Estaba mal y pensé que se caería. "Mal de mar. Terrible", murmuró. Le tomé las manos, le acomodé el chal que se le caía de los hombros desnudos y caminamos hacia el corredor de los camarotes de Primera. Era como si la hubiesen excluido o echado de una fiesta. En esa época todavía yo no entendía cuando me hablaban en el veloz francés de los oriundos. Yo asentía y respondía con monosílabos tímidos, pensados. Nos incomunicamos, pero yo creí haber comprendido algo concreto: que ella me esperaba exactamente a las doce, ni un minuto antes ni uno después, en el dormitorio 16 ante cuya puerta habíamos llegado: *A midi pile!*

Con exaltación inaudita, de provinciano galardonado por el destino, porque yo ya iba por el tercer hijo y el cuarto estaba en viaje por entonces, me precipité con nerviosidad hacia mi suite. Fue inútil intentar dormirme. Los minutos eran infinitos: los contaba de a cinco en el reloj de bronce del camarote.

Esa maravillosa mujer por la que el capitán redoblaba el cuidado de sus bigotes, me había elegido para una inolvidable aventura que me haría famoso entre mis amigos. La Francia de calzón de seda y glorias de *boudoir* me concedía su bienvenida a través de esa extraña *demi-mondaine* sobre quien los Villanueva y los De Marchi tejían mil habladurías otorgándole desde un disparatado amorío con Juárez Celman hasta el involucramiento en el fascinante tráfico de armas y el intento de crear una red de prostíbulos en el país de los inmigrantes solitarios y nostálgicos. (Tal vez sea ésta la versión más aproximada de la realidad de esa espectacular Mme. Pichon que Capdebosc, el insoportable ingeniero que nos dejó de clavo en el ingenio a Groussac y que vuelve a "la Francia digna y democrática" de la Tercera República, asegura que es la amante y concubina de Leblanc, el jefe de la mafia de Marsella). *Ella* me estaba esperando en el camarote.

Me deslicé por el corredor espiando que desapareciese el

camarero de turno. Golpeé tímidamente en la puerta del 16. No hubo respuesta. Pero el pomo de bronce giró y entreabrí la puerta, todavía con prudencia de invitado. Eran las doce, el mediodía universal exacto.

Nadie respondió a mi *bonjour madame*. Entré. Había esa espesa penumbra que sabe crear de día la gente que vive de noche. Esquivé la mesa central, igual a la de mi suite, en la que había una silueta de botella de La Veuve Clicquot naufragada en el agua deshelada del balde de plata.

Con una tremenda y explicable excitación me aproximé al lecho donde, hacia el mamparo opuesto, bajo la manta se dibujaba la suave serranía del cuerpo de la durmiente. Sin teorizar, reconocí que los europeos saben crear algo radicalmente diferente de lo rutinario, cuando se lo proponen. Comprendí que debía desvestirme y jugar con ella la farsa del sueño y del silencio. Me fui deslizando dentro del lecho. Estaba casi desnuda, de espalda como apoyada en el mamparo. Me cubrí y sentí a lo largo de mi pierna la suavidad tibia de esa mujer altísima que olía a sublime perfume francés, a etílicos relentes de mucho champagne y a camarín de bataclana. Duró apenas un instante. Mme. Pichon irrumpió con alaridos pero los amortigüé girándola boca abajo, no sin esfuerzo y hundiéndola entre las almohadas.

Creo que fue tan intenso como la primera vez con Rita Kennedy en la berlina de su marido. Creí comprender que los gritos desaforados y sus ráfagas de protestas angustiadas formaban parte de esa sabiduría erótica, arte lúdico-sexual, que los iberoamericanos no sabemos manejar en la realidad. Más bien imaginamos que realizamos nuestras fantasías.

En esos segundos apreté a la mejor Mme. Pichon, la inmediata, maja desnuda, y la que veía entrar en el salón de baile, espléndida con su cabellera roja, con una majestad de princesa exiliada y yo, al mismo tiempo, estaba en su cuerpo desnudo, seco, tibio y la sostenía férreamente hasta la culminación mientras se sacudía y empezaba a sollozar remedando el eterno juego de la eterna violación. Pronto esa etapa cesaría. El grito se iría transformando en jadeo y ella se apoderaría de mí girando y cabalgándome en ese camino conjunto de delicias que van subiendo a la máxima lujuria.

Pero no. Mme. Pichon cesó sus alaridos y siguió estremeciéndose en sollozos. Nada había sido como yo pensé.

Lo que sigue es muy confuso y me cuesta escribirlo. Creo que al mismo tiempo que ella comprendió mi bárbaro error, también comprendió mi inocencia. Yo sentí como si quisiera devolverle el

placer robado. Me veo vistiéndome rápido y en silencio. Sólo la duda podía haber desencadenado el más ominoso escándalo. Pero no hubo lugar. No había duda alguna. Mi poco francés de entonces y su mucho alcoholismo habían creado aquel encuentro, una verdadera, inesperada aventura dentro de los lugares comunes de la "aventura galante".

En la mayor confusión, oscilando entre la culpa y la perplejidad por aquel hecho *abnorme*, como dicen los italianos, comprendí su gesto cuando señalaba al camarero de guardia que desaparecía por el corredor y me pedía la gentileza de alcanzarlo para que la despertase a las doce en el camarote 16…

En realidad no éramos más que víctimas del castigo por la torre de Babel, la confusión de lenguas.

La Pichon era una mujer seguramente acostumbrada al vejamen o a la pasión. Mi acción la desconcertaba, la inmovilizaba en la más pura complejidad.

Le mandé un *billet* escrito con mi mejor caligrafía, y no pude hacérselo llegar con una fresca orquídea carioca porque la boutique del florista abría a partir de las seis de la tarde.

Ella respondió a mi invitación y a las cinco de la tarde apareció en el salón verde armonizado por la tenue música de un pianista de salón de té.

Comprendía toda mi nerviosidad y la imposibilidad de encontrar palabras que pudieran aproximarse a esa extraña relación que ni nos unía ni podía impedir que nos saludásemos, al menos para conocernos de nombre y saber un par de cosas de nosotros. Elegantemente extendió su liviano chal de seda por la espalda. Se sentó con una mirada neutra en la que no se reflejaba ni reproche ni la sonrisa de quienes acaban de conocerse. Estábamos en pleno absurdo. Cualquier palabra podía desbarrancarnos. Habíamos tenido la máxima intimidad (y en mi caso, por lo menos, la máxima delicia) y teníamos que manejarnos como dos extraños. Era de las mujeres que fumaban, según la moda de las sufragistas inglesas. Aunque supuse que en el caso de Mme. Pichon se trataba de un elemento más de su arte para destacar su persona en público y entre las ricas señoras sudamericanas, tan limitadamente amatronadas e ibéricas. Era un cigarro marrón, egipcio, largo y fino que engarzó en una espectacular boquilla de marfil. Su mirada permanecía neutra mientras le contaba el itinerario de nuestro viaje de negocios. Ella, por su parte, deslizó algunos comentarios negativos sobre la Argentina. Pero no venía al caso entrar en detalles. Ambos estábamos en la tarea formal de emparejar el insólito estropicio del

malentendido.

Habíamos empezado por el revés: habíamos llegado antes de partir…

El ventilador del camarote gira con un lento ritmo eficaz. Los negros cantan desde la pila de café que nunca les pertenecerá. Me sonrío, me veo años atrás. Ahora estoy en la misma ruta pero en otra dimensión, en otro barco y desde un planeta triste, siempre amenazado. En aquellos días todo tenía futuro. Ahora todo es despedida.

No resisto la tentación, se ve, de saltar al otro barco, al *Congo* de las Messageries Maritimes, desde este *Duca d' Aosta* real. Andamos más o menos por las mismas singladuras geográficas, pero siete u ocho años después. Me propuse que el viaje en barco, este lento viaje por carreta, fuese la oportunidad para una reflexión sobre mi situación, los desenlaces, la necesaria organización de la larga estela de vida que dejo atrás de mi obligada fuga. Sin embargo me distraigo y salto, como impulsado por las aspas de los ventiladores del barco de la muerte, al barco de la vida, al tropical *Congo*. Dejo mi danza de bacilos asesinos (Cervetto *dixit)* y vuelvo a Mme. Pichon.

Sí, habló negativamente de su experiencia argentina. Pudo haber sido estafada por rufianes, pudo haber sido desplazada por María la Vasca o Laura, duchas en el arte quilombero criollo, pudo haber sido abandonada por los canfinfleros de Marsella. O intentó algún negocio de moda y bonetería, especialidad de la cultura francesa, y fue estafada por las altas costureras locales. La invité a tomar una copa. Ella dijo un *absinthe*. Acomodó con lenta gracia el chal de seda y encendió el cigarro egipcio que alargaba la boquilla de marfil, quizá, ya demasiado amarillenta en los intersticios. Tenía el *allure* de la moda tipo Berti o de una Otero, pero le faltaba triunfo. Su cara estaba más demacrada por la reciente derrota en el barrial humano de Buenos Aires que por los años que ya la asediaban.

La historia siguió, claro. Desde aquel té, a algún diálogo en la cubierta junto al juego de tejos o al de las carreras de caballitos de madera, nuestros encuentros fueron cuidadosamente vigilados por el chismerío argentino. Donde viajen o vivan varias familias argentinas se verá el merodeo de esas niñas gorditas, achaparradas, con trenzas y una mirada implacable, impúdica, buscadora, sobona. Las nenas gordas eran una verdadera *Okrana* zarista. Las matronas tejieron la sustancia de un amorío y se juraron que verían el desenlace a la altura de Oporto o cuanto más, en el Golfo de

Vizcaya, pero ciertamente antes de nuestro destino que era Le Havre. Las nenas gordas me espiaban detrás de los mamparos, en mis caminatas por cubiertas y salones. Por todas partes esos ojos redondos, a la vez inexpresivos y atentos a todos los detalles, inexorablemente perversos y mal pensados.

Lo cierto es que vi algunas miradas de orgullo y satisfacción en mi padre. Por fin yo mostraba la fibra familiar y demostraba ser capaz de una buena infracción. Estábamos almorzando en nuestra mesa para dos, enfrentada a las de las grandes familias. Se atusó la patilla, según era su tic de cierta nerviosidad. Dudaba, después dijo:

—¿Y la Pichon? Madame Pichon…

—¿Qué hay con la Pichon, con Madame Pichon? —dije con cierta agresividad. —Hablé un par de veces con ella, ¿qué hay?

—Me comentó Villanueva… vos sabés, las mujeres en un barco no hacen más que pispiar y chusmear… —Comprendí que las nenas de trenza habían intoxicado a sus madres y mandantes con mala información. También ellas entraban en el absurdo que se había creado: ideaban con su espionaje una historia que había empezado y culminado, al mismo tiempo. Mi padre seguía vacilando:

—¿Hay algo? ¡No me digas que te la vas a tirar, che!

—Ya me la tiré —dije lacónicamente. Mi padre, el todopoderoso Felipe (el primero, apodado El Hermoso, como el Rey) quiso fingir un gesto entre reproche y desagrado, pero todo su rostro lo traicionaba con una creciente, inundante expresión de satisfacción que sepultaba sus palabras:

—¡Qué disparate! ¡Exponerse por una aventura a los comentarios de la gente!

Mi trasgresión de hijo macho lo aliviaba. Al fin de cuentas Mme. Pichon era la gran hembra del viaje (siempre, en cada crucero, surge la hembra dominante). Y yo me la había “tirado”, como él decía en la jerga que se le había pegado en Chile durante su exilio por antirrosista.

Y era la hembra que le hubiera gustado a él.

EL HUMO DE LAS CALDERAS inunda el espacio azul del cielo. Ecuador. Cambio de hemisferio. Por la noche se apostan en la proa para descubrir la Osa Mayor, la estrella polar. El *Duca d’ Aosta* sometido a las vulgaridades de la tradicional fiesta carnavalesca. Baldazos, zambullidas forzadas en la piscina. Un Neptuno con su tridente juega y condena a todos los que atrapan sus esbirros. Embadurnan con engrudo a la víctima y la arrojan a la piscina. Las nenas gordas, enloquecidas, corren y gritan. Me deslizo prudentemente de los

centros de festiva idiotez. Lo que me faltaría sería un baldazo de agua de mar… El Capitán, que parece más bien un Zeus, reparte los diplomas de los bautizados.

La fiesta desordena al *Duca d' Aosta* y las bromas empiezan a no respetar los salones. Hay a veces puntas de agresividad, venganzas disimuladas con sonrisas (persiguieron y empaparon a una antipática institutriz inglesa, Miss Bemberg). Como en el jolgorio de todo carnaval, se produce un momento de democracia (siempre de mayor a menor), las clases se mezclan: el pueblo de la Primera invade las cubiertas aburridas de la Segunda, el medio pelo, y por último se mezclan en la jarana fuerte de la Tercera. Yo tenía ganas de ver a los derrotados y me agregué. Las chicas Terrero se habían disfrazado con esas medias gruesas con borlas y esos bonetes típicos de los gallegos y bailaban sus jotas de academia. Corría un vino fuerte de San Juan, tortillas, chorizo colorado. Predominaba España con su poder de pandereta y matraca. Los italianos lograron deslizar sus canzonettas. Mucho acordeón con sus bastardos sonidos metálicos.

Y fue allí donde tropecé con los ojos almendrados, quietos, más allá de toda tristeza, del hijo de la *signora* Paterno. Se veía el descuido indumentario del huérfano y descubrí su mirada bajo una espantosa gorra de cuero con la visera grasienta. Claro que no me reconoció. Hablaba en argentino (o porteño, mejor) con una voz apagada y casi ronca. Tendría once años. Le dije que lo conocía. No me creyó.

—Vos te llamás Paterno. ¿Ves que te conozco?

—No me llamo Paterno. Me llamo Coretta, Antonio Coretta. Paterno era el nombre de mi mamá.

—¿Era?

—Mi madre murió. Tuvo la enfermedad de la tos y murió.

—¿La enfermedad de la tos? —pregunté. El chico miró hacia un lado, incómodo. Se negaba a nombrar la repulsiva enfermedad. Esa enfermedad innombrable.

—Te guía desde el cielo, Antonio. Ahora en Italia reencontrarás otros chicos amigos, tus tíos. Y cuando seas más grande podrás volver a la Argentina.

—No volveré —dijo.

Veo el atroz carro verde de la Asistencia Pública. Tisis. Hemotisis. Antonio lo verá toda su vida, subiendo hacia la Chacarita en aquel atardecer interminable, seguido por las rigurosas monjas austríacas con sus tocas almidonadas, como gaviotas de cerámica. Y los vecinos cubriéndose la cara para no respirar,

amontonando para incinerar en algún potrero la ropa, los pocos libros, las cartas, las mantillas, el traje con cinta celeste de los domingos, el misal y hasta el infecto rosario de la *signora* Paterno. Tal vez hasta quemaron el trompo de Antonio.

El barítono improvisado termina el estruendoso *Marechiare* y Antonio y yo aplaudimos.

Y como siguiendo un ritmo cósmico, a los tres días de la fiesta del Ecuador, la tremenda e inesperada tormenta. El *Duca d' Aosta* pierde la compostura. La descompostura se generaliza. Un viento enfurecido lanza alaridos entre las jarcias. El mar se alza, rompe su quietud de plesiosaurio dormido en la laguna.

Como ordenadas por un emperador enfurecido, las olas se suceden en ondas organizadas y levantan el *Duca d'Aosta* como un pelele. El altivo palacio humano está al borde del papelón. El segundo oficial, con empapado traje de agua y con sus bigotes rojizos naufragados, caídos como espárragos sin agua, pasa dando órdenes y me grita que "es fuerte pero no grave. Es fuerza seis". Yo asiento como si conociese esa escala de valores y me agarro de los pasamanos del corredor para tratar de alcanzar el salón. Vómitos, jarras que se hacen añicos. Camareros atareados que avanzan como pueden. A la mañana llevaron las prolijas fuentes de plata con el desayuno, los zumos y las tibias teteras. Ahora corren con estropajos y baldes. El aroma dulzón y ácido de los vómitos se estaciona en el corredor de los camarotes. Las beatas se apiñan en la capilla. El capellán reza el oficio de tormentas. Por suerte el Cristo bien clavado está; si se descolgase sería para el horror general. Observo las matronas que tanto en bonanza como en tempestad, se ve, son capitaneadas por la señora Villanueva. Las nenas gordas con sus moños en las trenzas, lloran. En el banco largo, las señoras sentadas en los extremos sacan un pie afuera porque la fila las desplazaría en los rolidos más externos. Todas se agarran de los rosarios como si fuesen andariveles atados en ambos extremos.

La proa del *Duca d' Aosta* lucha. Se levanta como respirando y valientemente se vuelve a hundir en el regimiento del oleaje infatigable, en las legiones de agua gris helada y plúmbea. Hay choques frontales que parecen quebrar la estructura del barco, se levantan chorros de espuma y vapor de agua destruida. Pero la proa emerge una y otra vez laboriosamente. Solo se vuela alguna lona, el barco está a son de mar, a son de temporal.

En la Tercera, la oficialidad lucha para que la gente se quede en los salones. Muchos se arriesgan hasta la borda, vomitan y respiran con la cara levantada, bañada por los chorros de espuma. Las

madres meten la cría bajo sus anchas polleras, como campesinas. Seguramente un ancestral recuerdo de galeotes, cuando estaban encerrados y encadenados, les hace temer la sentina y la furia del mar. Ante el mar, pase lo que pueda pasar, uno quiere estar con las manos libres.

¿Siento miedo en ese fragor donde lo humano se minusculiza más de lo normal? Ningún miedo. Tal vez mis triunfantes bacilos puedan tener miedo. No yo.

Pero el caos en la nave y la condición humana en su pequeñez sin disimulo, me hacen desear estar con Mme. Pichon a bordo del *Congo,* que había pasado por esa misma singladura sin la menor alteración climática. Claro, años atrás.

AL *CONGO,* EL TEMPORAL LO ALCANZÓ en el golfo de León, como si un Dios cursi amase las simetrías al punto de no dejar de repartir la cuota de horror y de alegría, casi por obligación.

Desde el incidente al zarpar de Río, mi padre no podía ocultar su alegría. Me tenía ahora un respeto que no había logrado con mis mejores conferencias sobre política o literatura en el Club Social.

Para sobrevivir hay que ser capaz de la mugre, de la canallada, en un mundo que más bien promueve esos ingredientes. Y el "incidente" se transformaría en un escándalo que devolvería a mi viejo las mejores esperanzas sobre el futuro de ese hijo amenazado de poesía y metafísica.

Hasta ese momento del viaje, es necesario aclararlo, nos habíamos evitado cuidadosamente con Mme. Pichon. Sabíamos que las palabras sólo podrían enturbiar más la curiosa y lamentable situación creada. Pero la verdad es que nada en la naturaleza ni en los humanos tiende a permanecer eternamente en su equilibrio inestable. Toda circunstancia o sistema tiende a resolverse como el agua que busca los bajos.

Habíamos coincidido una vez en la barra del bar de proa y la convidé a su Pastis. Habló objetiva y desinteresadamente de los paisajes de Niza y la Provence.

A la luz del día se descubrían las arrugas de sus zapatos, su mala América. Conservaba un anillo de diamante, que apenas lograban encender desde el anular los mortecinos brillos de los tres vidrios irredimibles y golpeados de los otros anillos falsos.

Capdebosc y el numeroso grupo de franceses del *Congo* organizaron, dos días después de las tristezas de Vigo, la gran fiesta de despedida del mar y de la proximidad de su ansiada Francia. Fue una descomunal parranda que los transformó en dueños del barco.

Pasaban de las marciales marsellesas a las más soeces canciones de cabaret. Incesantemente caían vencidas las botellas de champagne y se renovaban sus huestes a lomo de camareros trayendo los últimos cajones de la gambuza. En la cubierta de proa bailaban la java de los delincuentes de París. Obscenamente, ellos con las manos puestas casi en las nalgas de las compañeras. Escandalizaban. Por eso tienen la fama que tienen. Son proclives a las canciones y bailes con relente a quilombo y delincuencia (como el caso de la java). Ni bien las descubran los franceses, las infamias del tango van a hacer mucha carrera. En Francia lo deberían estar esperando.

Antes de medianoche, cuando hacía mi caminata después de la cena de gala (los franceses se habían adueñado en exclusividad de la sala de juegos de naipes, whist y rummy), fue cuando me acerqué a los ventanales empapados. Mme. Pichon se sonreía con demasiada permanencia. Oscilaba ante un bailarín que más bien miraba hacia la orquesta, distraído de ella, haciendo las zalamecas del borracho que alcanzó el punto del simio. Ella puso la mano como visera y se fue aproximando a los cristales. Me había descubierto; el farol de la cubierta exterior me había denunciado. Vi sus ojos, inexpresivos contra el vidrio. Parecían no fijarse en los míos ni en mí, sin embargo ella alcanzó a concretar un tremendo guiño que movilizó los músculos de la mitad de su cara. Un guiño como si quisiera incitar desde su apostadero en el Bois de Boulogne o en la rue Blanche a un marinero griego que pasase a cuarenta metros. Me pareció que estaba estupenda con su traje negro de lentejuelas y su chal blanco de seda de siempre. Me precipité por el corredor buscando la entrada del salón. Pensé que más allá de nuestra voluntad y razón, los cuerpos tienen su memoria, su propia historia, su autoridad. Ahora mi cuerpo corre hacia ella, cuyo cuerpo me había guiñado con tanta intención.

La borrachera era general. Intentaban formar cuadrillas como un ballet grotesco. Mme. Pichón estaba del lado de los ventanales y oscilaba en el espacio como una ahogada cuyos brazos mueve la corriente. La tomé decididamente por la cintura y cruzamos el salón para librarnos de todo aquello. La Pichon no se tenía en pie. En la cubierta, con la brisa fresca se fue adormeciendo. Yo la apretaba contra el lateral del corredor pero se me desmoronaba, se me escurría como una medusa. Varias veces la besé. Abusé de sus labios perfectos, abultados, pero no había respuesta emocional alguna, más bien era como un vaso vacío de champagne. Su vestido, pegado a su estupenda silueta, se estrechaba en los tobillos, de modo que era imposible alcanzarla en sus deliciosos centros. La cabeza se le

ladeó definitivamente y comprendí que se había desmayado o muerto. Por suerte sólo se había dormido con los ojos abiertos, como la Ofelia sobreactuada de un teatro del *faubourg*. Yo con mi frac, forcejeando para sostenerla contra la mampara, parecía un enterrador desdichado. Nada más difícil para manipular que un cadáver.

Me tenía que resolver rápido, para incluso no desaprovechar mi violento deseo. Entonces la cargué sobre los hombros, confiando en la supuesta quietud de la medianoche. Sabía que aquello era descomunal. Trabajosamente emboqué un corredor llevando esa larga mujer pelirroja, con los ojos abiertos y los brazos lánguidos oscilando como los cogotes de dos cisnes ejecutados. Era imposible bajar así hasta el corredor de los dormitorios donde estaba apostado el guardián de noche. Tenía que alcanzar las duchas de la piscina o el gimnasio si estuviese abierto.

Estaba a mitad de camino cuando vi que por la punta del corredor avanzaba la señora de Moyano con una nenita en brazos y la otra prendida a los faldones de su bata. Algo les había pasado, después me enteraría de que buscaban la enfermería porque la nena mirona padecía cólicos. Era tan estrecho el corredor, que pude ver todo el horror en el rostro de la matrona que trataba de evitar con la falda la mirada implacable de la mayorcita. Con mi frac, a la chica le debí parecer un coleóptero perverso llevando a su madriguera una atolondrada libélula. Nada tenía arreglo. Sudado, hice todavía un gesto de saludo a la espantada mujer.

—Mme. Pichon se descompuso —murmuré.

—Nosotros vamos a la enfermería, pero está para el otro lado —dijo la Moyano secamente—. Y agregó un buenas noches que me sonó más bien como un disparo.

Lógicamente la sala de duchas estaba vacía a esa hora pero tuve suerte, no estaba con llave. Logré pasar la puerta sin que Mme. Pichon se golpease y la deposité en el piso de mosaicos. Cerré las puertas que daban a ambos corredores laterales aplicando el sólido seguro. De un tirón me abrí la camisa y me quité la vampiresca chaqueta del frac. Estaba bañado en sudor en ese ámbito de duchas plateadas y de paredes con la aséptica blancura de los sanitarios y de los azulejos. Eso era exactamente una morgue. Desde lo alto caía una luz implacable, una helada ducha de luz. Después del forcejeo de la cubierta, mi deseo estaba en el punto más bajo. Me cercioré de que la Pichon respirase normalmente. Por suerte en algún momento del trayecto había cerrado sus ojos, sólo quedaba un resquicio por el que yo intuía una mirada irónica. Junté las toallas calientes del

armario de metal blanco enlozado. Como bien dice mi padre, las toallas son lo mejor de los buques y hoteles de primera. Son toallas siempre tibias, velludas y gordas que huelen a jabón sano. Hundí mi cara en ellas y luego procedí a armar un lecho usando no menos de una docena, paralelo al cuerpo inerte de Mme. Pichon. Sentí ineluctablemente que nos volvía a unir el demonio del absurdo. Logré desplazarla hacia el lecho de toallas, laboriosamente. Lanzó unos suaves resoplidos como de impaciencia, pero ni aun así abrió los ojos. Por un instante, como la otra vez en su camarote, estuve a punto de ceder a la tentación de creer que estaba sometiéndome a un juego perverso con el fin de crear algo inédito y excitante. Recorrí su magnífico perfil de Diana cazadora con mis dedos. Era una piel suavísima. Entreabrí sus labios: aproximé los míos, pero los retiré sin terminar el simple trámite del beso. Con impaciencia de jesuita urgido fui desabotonando la infinita botonera. El vestido se deslizaba hacia el lecho de toallas y aparecía la tersa y poderosa espalda de Mme Pichon. La inmovilidad absoluta de ella me transformaba en un asesino. Estaba a la espera de una escandalosa explosión. Dos o tres veces pasó alguien por los corredores laterales, pero lógicamente nadie intentó probar la sala de las duchas. En todo caso el miedo irracional me impedía la sana y brutal lujuria del violador. La inquietud dominaba ampliamente el deseo, incluso cuando le quité morosamente sus calzones de seda italiana con delicados lazos rojos. Cuando estuvo completamente desnuda acomodé su cabellera pelirroja, porque su belleza no admitía el desorden. Era una pena, pero ese gesto tuvo una resonancia macabra. Besé su vientre y me demoré en el vello suave de su monte de Venus y fue cuando tuve que declararme el fracaso total. Para decirlo con palabras de Santo Tomás, mi carne no se había movido. Había que salir de todo eso. La vestí como pude y compuse mi corbata y me calcé el frac. Intenté despertarla mojándole la cara con una toalla; durante apenas unos segundos se sonrió, entreabrió un ojo y volteó la cabeza en el sueño profundo. Espié por el pasillo y cuando estuve seguro de que el sereno custodiaba por otra parte (los custodios nunca están en los lugares del crimen), volví a cargarla y alcancé, según mi plan de urgencia, una banqueta larga, cerca de la escalera que da a los camarotes de lujo, y ahí la deposité.

Me escurrí con una rabiosa sensación de fracaso. Aquello hubiera sido un gran momento de lujuria. Uno de esos increíbles momentos que se cuentan entre los íntimos del Club Social.

El único resultado positivo de todo eso fue el orgullo de mi

padre, que ayudó a escabullirme cuando a la llegada a Le Havre nos saludamos todos al pie de la pasarela de pie de la pasarela de desembarco y yo era el centro de todas las miradas irónicas de la colonia argentina del *Congo*.

Mme. Pichon no supo nada del segundo incidente, porque al darme la mano me dijo con mucha distancia: "Fue una pena que no haya estado con nosotros en la fiesta que organizó el ingeniero Capdebosc".

Me río. Seguiría escribiendo cuartillas para visitar los menores detalles de aquella escena que nunca habría imaginado, ni siquiera en aquellas barrocas masturbaciones claustrales en la siesta tucumana. El *Duca d' Aosta* repite tristemente, como una sombra, las singladuras de aquel *Congo* tropical que ancló en Le Havre en una espléndida mañana de mayo.

También llega a puerto esta navegación de fuga. Me había propuesto una serena y minuciosa reflexión sobre mi realidad, pero pasaron los días casi en blanco. Más bien me distraje cuando quise obligarme al tema. Mi cuerpo no dramatizó. Mis miedos solo me dieron algunas puntadas. Me llevaré un recuerdo agradable (iba a anotar "para la vida") de las horas cobijadas en mi quillango y de ese entresueño mecido por las olas, con el *Duca d' Aosta* llevado por las firmes manos nocturnas del mar. Y de vez en cuando el gusto del yodo y de la sal dejado por alguna ola quebrada por la proa.

Pero no pude concentrarme seriamente, como era debido. Me distraje de mi propia muerte.

Si la carta es de muerte, yo elegí la dignidad del felino. No me arrepiento. Nada de piedad ni de autoconmiseración. Una gran desgracia, como mi enfermedad, es como un crimen, más bien tenemos pudor de todo comentario. Si Dios me apuntó (esta vez la mala carta, Le Pendu, me salió a mí, no a los otros) habrá que aguantar callado sin correr para golpear las puertas de las farmacias o de las iglesias.

No. No había duda sobre la buena decisión de mi partida. Me repetí una vez más el folleto del Departamento Nacional de Higiene para "pulmonares": "Sobre todo los niños y adolescentes deben ser mantenidos rigurosamente apartados del paciente sin contacto alguno y sin que pueda hacerse la menor concesión por mal entendidas razones afectivas. En caso de no respetarse el aislamiento del lugar o el uso de la mampara de vidrio recomendada en el punto 4º) de este capítulo, el médico, vecinos o personal de servicio podrán requerir la inmediata presencia de la

fuerza pública y la internación obligatoria del enfermo en el "cuadro de infecciones" del hospital regional más cercano".

El viaje se cerró con consideraciones sombrías. Me había olvidado de la enfermedad y creí haber pasado una etapa sana, pero ayer, ordenando el equipaje decidí tomarme la temperatura: treinta siete seis. Una desagradable sorpresa. Lo veo al doctor Padilla moviendo la cabeza diciéndome: "treinta y siete seis ya es fiebre. Quiere decir que la caldera del cuerpo consume demasiada leña… Más leña de lo que puede haber en un depósito normal. La fiebre es fuego. Fuego lento. Pero fuego".

Aguantar callado y ver si se da la milagrosa carta del milagro. (El milagro y la voluntad, ¿no?)

LLEGADO A PARÍS ME INSTALÉ EN EL HOTEL MEURICE, muy caro para los europeos y con la ventaja de no tener encima a la colonia de argentinos que suelen ir al Continental donde predominan, e imponen, el agua para el mate a toda hora y postres con dulce de leche o de arroz con leche con orujo de uva, que el refinado cocinero prepara todos los días para los hijos de los rastacueros. Así nos llaman, rastacueros. Que vendrá del trabajo de preparar los cueros de vacas en los saladeros. Los franceses inventaron esa extraña palabra, *rastaquoéres,* ¿los que raspaban cueros para exportar a Europa? Los saladeros de Barracas o de Rosario, ¿los primeros ricos internacionales?

A la tarde llegó el equipaje, mis grandes baúles azules con los ángulos reforzados con bronce. El gerente me saludó y en mi habitación encontré una botella de champagne y frutas descomunales, de todos los trópicos.

—¿Cuánto tiempo estará usted acá? —me preguntó con inocencia el gerente.

—El tiempo que Dios quiera —contesto; y para calmar su preocupación:

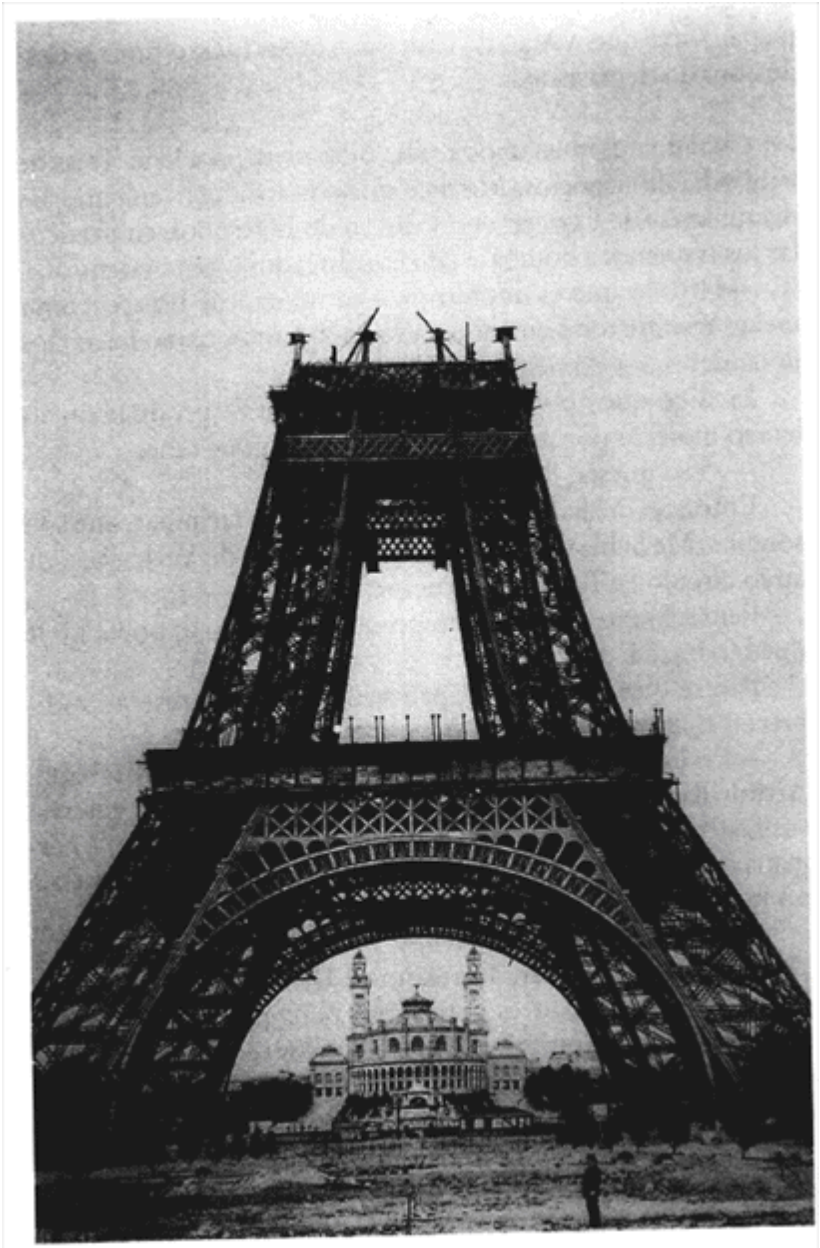
—En todo caso le avisaré con la debida antelación, si es que la tengo.

Arreglamos el precio. Luego miro desde mis ventanas mi nuevo horizonte, el Jardín de las Tullerías y más allá esa enorme torre de hierro verdoso que están construyendo. El sueño de todo francés politécnico: un falo metálico.

La mesa está llena de folletos y ofertas: *Visitez Versailles,* conozca las cloacas de París. Museo Cluny, Castillos y Catedrales de Francia. Visita a la casa de Victor Hugo y eventual saludo al poeta. Reservas

para la *Comédie Française,* cena incluida en el bar del foyer. El *Cid de Corneille.* El espectacular espectáculo de Mme. Sarah Bernhardt.

Mi debilidad y falta de entusiasmo son enormes. Me tiendo en la cama hasta que llegan Eric Roperti, agente de compras para la industria azucarera —poeta frustrado por sus dulces sentimientos— y el señor Junel, gerente de la industria que nos provee, la casa Cail. Junel es orgullosamente francés, ceremonioso, pero se tiene que rendir ante el dinero de los rastacueros y se muestra sobreactuado e insinceramente diplomático y contemporizador. Hasta zalamero. Verdaderamente interesado por la estabilidad de esa Argentina que apenas sabría ubicar en el mapa. Cree que vengo de compras. Me esfuerzo por no desilusionarlo demasiado.



Cuando nos quedamos a solas pido un té para Eric. Trata de hablarme de negocios. Me dice que son más convenientes las maquinarias de Fawcett and Preston de Liverpool, en particular los trapiches a bomba y las centrifugadoras para clarificar.

—Hoy lo que el mundo pide es un azúcar blanco como nieve. Y sobre todo empaquetado con primor, como hacen los holandeses… —comenta Roperti.

Le digo que no vengo a comprar nada. Se produce un silencio molesto porque no queda en claro a qué vine.

—¿Y la poesía, Roperti?

Entonces me habla del libro que está por terminar, que son sonetos. Me habla de Heredia, de los nuevos, de Verhaeren, de cuyo círculo en Bruselas participa.

Pensé: Si este hombre comprendiese que no es poeta no le quedaría nada.

Parece que Verhaeren le prometió asistir si presenta su libro en el Círculo de Escritores.

—En lo que no hubo progresos es en el asunto Rimbaud. Arthur Rimbaud, ¿se acuerda? Como le escribí, se perdieron sus rastros. Ni Izambard, su profesor del secundario, ni la hermana saben mucho. Viven entre Charleville y Roche. Verhaeren no lo tiene bien considerado… No lo tienen por poeta.

—¿Qué sería?

—Una especie de ensayista, no sé. Uno de esos que buscan fugar del verso. Todo es como más personal, insolente, que poético… Lo más importante fue haber conseguido de casualidad, en el sótano del impresor al que no pagó, ese ejemplar que le mandé de *Estadía en el Infierno*, ¿no?

—*Une Saison en Enfer* —dije. Y afirmó Roperti:

—Creo que aquí en París deben de saber de él más que su familia. Tal vez Iturri. Este Rimbaud era amigo de Verlaine. Fue escandaloso. Verlaine le pegó un tiro a él y lo metieron en la cárcel. Verlaine es un pingajo humano desde que lo conoció. Dicen que quiso matar a su mujer y a su hijita. Se pasa el día borracho en un cafetín de esos de *bois-charbon* de la Place de Contraescape. Ubiqué a dos geógrafos que lo vieron por el desierto de África, Borelli y un explorador que da conferencias, un tal de Beaucé. Todo está anotado en mi informe…

—¿Me trajo lo que le pedí?

Y Roperti me presenta la orden de giro sobre el Monte dei Paschi de Siena de dos mil libras a favor de Anibale Coretta, “para el fondo de estudios del joven Antonio Coretta Paternó”.

—Averigüe, es demasiada plata, si me permite decírselo. Con eso podría haber estudiado con los jesuitas de Roma… Con quinientos los salesianos lo hubieran tomado.

—Que se quede con los salesianos, son más tolerantes y comprensivos, son pobres.

Y firmé la orden que aseguraba los estudios del hijo de la *signora* Paterno.

Luego arreglé las expectativas de Roperti y le confirmé los gastos para seguir indagando sobre el misterioso Rimbaud. Hasta sugerí hacerme cargo de sus sonetos, los elogiados por Verhaeren.

—¿Cómo se llamaría su libro?

—*Sonetos de la vida y de la muerte* —dijo Roperti con irresponsabilidad de poeta ambicioso y moderadamente feliz.

LA DEBILIDAD PRESAGIABA LA CATÁSTROFE. Por la noche, pese a mis piernas de plomo, me vestí y fui a cenar al gran comedor iluminado con una admirable araña de cristal de Bohemia. Elegí una mesa del ángulo donde podía leer y divertirme mirando el gran teatro de la mundanidad. Había enormes jarrones con palmeras domesticadas y plantas tropicales.

El señor Meurice le pidió al arquitecto que copiase las salas más rutilantes de Versailles. "Así, ni usted, ni ningún otro arquitecto podrían fallar…". En los muros, grandes gobelinos con escenas mitológicas. Se decía que el señor Meurice había ganado su dinero en el África Ecuatorial y se veía que lo quería transformar en barroquismo civilizado, en el más lujoso hotel de Europa, como decía sin modestia su gerente.

Mientras comía mi lenguado sentí que la debilidad se hacía intolerable. Abandoné la mesa y me desvestí en mi cuarto dejando la ropa por el suelo. Me hundí en la cama como para morir, entregado. Presentí que el perro negro se había alzado, que el Mal atacaba con armas novedosas.

Permanecí inmóvil como esperando la catástrofe o la bendición del sueño. Respiraba en forma corta y sibilante. Tenía una recóndita esperanza de superar esa situación casi extrema (cuando nos creemos en lo peor, recién estamos a mitad del camino). Agradecí no desmayarme. La exudación no pasaba lo desagradablemente conocido.

¿Me moriría en un cuarto de hotel? Me pareció indecoroso. Pero era también insensato que se me ocurriesen temas de estilo y forma. Tenía una percepción concreta de mi fiebre. El fuego imperceptible.

Temía dormirme. Como pude, acomodé las almohadas para mantener alzada la cabeza. Tenía que reconocer que estaba en un punto en que dormirme podría perfectamente significar no despertar.

Me elogié por mi falta de pánico. Creo que era la debilidad la que me impidió desbarrancarme en las facilidades del pánico. Podría haber alcanzado la botonera, hacer venir al gerente y pedirle que llamara al doctor Mann, el médico del Meurice con la mayor

urgencia. Entonces me aniñaría, me entregaría como un bulto a los médicos, a la ambulancia. Perdería toda la gestión de mi guerra. Informarían a Balcarce, a mis parientes, a Santos. Y yo en el paquete blanco de la cama de hospital, despersonalizado, manejado, objetivado. La cuna blanca del enfermo entregado, y el materialismo insolente de las enfermeras de turno y el paternalismo académico del *grand patron* de la sala.

Vi todo eso y me mantuve. No me dormía. Sentí pasar las horas calculando la disminución del paso de los tranvías a caballo y del trotar de las jacas de fiacre.

Intuía una feroz guerra. Un Austerlitz, un Ayacucho en mi pecho. Y yo apenas un testigo que quiere mantener su lucidez.

Ya no se oía la orquesta de la gran sala. Serían las doce de la noche y las fuerzas iban hacia una definición. Yo comprendí que estaba por desmayarme. Salí de la cama apoyándome en los bordes. No alcanzaba la vertical. Llegué al baño como el náufrago que en su último esfuerzo se dobla sobre la arena de la playa. Encendí las luces que rebotaron y se multiplicaron en tantos espejos y me apoyé en el lavatorio. Me aferré a sus bordes.

Me acordé de Argimiro y su Supay. “Si yo fuera joven como usted, le haría frente. Es una suerte poder enfrentar al Familiar, hay que negociar con él. Negociar para seguir. El Mengue… el perrazo negro…”. Y la luna llena sobre el azul profundo de la noche y el ingenio iluminado y luego los maravillosos calzones de satén de Rita Kennedy.

Ahí sentí que me moría. Me miré en el espejo. Creo que pude sonreír de mí mismo: era un pobre chino con los bigotes lavados y tumbados por el sudor, las crenchas mojadas como un Cristo que busca la última costa. Las venas del cuello y de la frente muy marcadas. La boca de un torturado que se ahoga. O la de los pobres bagres que pescábamos en el río de Concepción y que agonizaban sobre el polvo con sus ojos inmóviles, resignados, desesperados.

Me dije: ésta es la última bocanada de aire que pasa. Ya te caes.

Abrí mi boca, mis ojos se veían vidriosos en el espejo. Y ocurrió algo que era lo contrario de lo que esperaba: sentí unos sacudones en el pecho y el adviento de un vómito. Mi boca se llenó de una sustancia verdosa con algunos hilos rojos. Una espuma repulsiva, el magma de una guerra interior feroz, subterránea.

Pensé que equivaldría al pus de las infecciones pero no era de naturaleza tan repulsiva. Me pareció que no tenía olor ni hedor ni sabor. Abrí el agua abundante de ambas canillas y vi cómo la sustancia era deshecha y llevada por la alegría noble del agua

corriente.

No entendía nada. Los brazos seguían firmes y por suerte no me desmayaba. El pecho me quedó dolorido, como el vientre de una parturienta.

Bendije el poco aire que lograba absorber. Mi pecho se aquietaba de las convulsiones.

Me reí. Recordé a Santos:

—Amigo usted no tiene nada. Lo que le pasa es que es un hipercrónico. (Por hipocondríaco.)

Me fui componiendo. Nò me desvanecí. Con la mano derecha empecé a levantar el agua fría de lo que me parecía la fuente de Castalia, la verdad primigenia. Me mojé el pelo, me enjuagué muchas veces los labios y la boca y luego me sequé con la toalla tibia. Me alisé el pelo como pude. Mi mente no iba hacia el desmayo. Laboriosamente abrí el frasco de colonia y me mojé las sienes sin dejar de aferrarme con la mano izquierda.

Domar el Mal, como la gaviota enfrenta la ola enfurecida del mar.

Entonces empecé el recorrido hacia la cama y me hundí en ella un poco más confiado hasta caer en un entresueño febril, en un dislate onírico muy confuso donde seguramente apareció, en el espacio, la mano de Santos (como esas manos de fray Angélico en la parroquia *degli Scrovegni*) y seguramente ella corrió hasta arriba la frazada y acomodó el borde de la sábana.

No, no había cedido. Y el perrazo se escurría entre los yuyales, como aquella noche, cuando escuchó el griterío de los chicos.

HORAS INMÓVILES, LA ESPERA DENSA de la trinchera ante el nuevo ataque. ¿Cuándo, a qué hora?

Cuando viene la cuadrilla de limpieza pido que no corran las cortinas. Finjo no haber dormido. Les pido que me traigan tres veces en el día caldo y tostadas. Me deben de creer borracho porque estoy en camisa de piqué y la corbata blanca del frac.

Pasé así tres días. Logro tomar confianza con el sueño. Ya empiezo a estar más seguro: no se desbarranca en la eternidad. Pero estoy atento.

Controlo el aire. Me parece que respiro con una mayor hondura. Por la noche el rumor de la sangre. Los latidos que suenan desfasados de los del segundero del reloj Cyma que fue de mi padre. Es algo que resulta peligroso y en algún momento, antes del amanecer, deslicé el reloj dentro del cajón de la mesa de noche. Es una realidad: el único tiempo tiene que ser el de los latidos de mi

corazón.

Llega la tarde. Cambian los rumores del hotel. Se atenúa la agitación de las tuberías de los baños.

El nuevo ataque no llega y tengo más fuerzas: tomo algunas cucharadas de caldo y puedo abrir *Le Figaro* con los chismes y noticias de lo que mal llamamos vida pública. Hace diez años se hablaría con igual empeño de cosas que ya hemos olvidado. La caída del Segundo Imperio. La amenaza germana. El político, la democracia, la farmacopea, las muertes de seres inolvidables e insustituibles. Por suerte me adormezco y *Le Figaro* se cae al piso con escándalo de pajarraco cazado al vuelo.

Hemos caído inesperadamente en el inquietante día de la vida. En el tiempo, en el espacio. ¿Cómo es posible que pueda parecemos injusto volver al Palacio primordial? Desde el tiempo se vuelve al Gran Tiempo. Sólo Dios puede conocer estos curiosos manejos de la existencia. Nosotros, los olvidadizos, tenemos la capacidad de recordar estos misterios sobre todo cuando estamos en peligro. No cabe ningún dramatismo. La frivolidad tiene también su rostro serio. Como también es frívolo el sentimiento demasiado dramático de la vida.

La muerte, la vida, siempre fueron inseparables. Vida, muerte. En cada generación hay una visión de superficie sobre esa realidad permanente. En cada generación una arrogancia acerca de cómo vivir y una esperanza médica para gambetear lo ineluctable.

A pesar de mi grave enfermedad, hay en esta mañana de soledad de hotel la sana tranquilidad de *creer* comprender.

Y la serenidad ante el lamentable coraje que tuve que tener para asegurar el futuro de Santos y de nuestra cría plegándome ante la dictadura de mi madre.

Entra la cuadrilla de limpieza, y me refugio en el baño. Me finjo normal. La mentira me ayuda y termino por no marearme. Un portugués de cejas renegridas que se unen casi con el cabello saltando los dos dedos de frente, friega la bañadera mientras me afeito. Se me ocurre preguntarle:

—¿Alguna vez se murió algún cliente del hotel?

—Varios, señor. Lo más común, de apoplejía, por tanto comer.

—¿Y cómo hacen?

—Quien lo encuentra o se entera debe decirlo discretamente al gerente de turno. Aunque se lo haya encontrado al muerto por la mañana, está reglamentado en los hoteles que se lo remueva por la noche tarde, cuando ya se retiró la orquesta. Tarde. No hay que molestar a los señores que viajan por divertirse y no para ver tales

disgustos.

—¿Pero cómo hacen?

—Entre cuatro, con una sábana o una lona. Se lo alza sosteniendo las puntas y se lo lleva hasta el montacargas de manivela, el de la limpieza. Los muertos pesan más que los vivos. Son intratables. Del montacargas a la ambulancia y *Allez-hop!,* a la morgue.

Y el portugués siguió fregando la bañadera con sus dedos velludos.

POR FIN, DESPUÉS DE VARIOS DÍAS recibo al inquieto Roperti. Lo tranquilizo: se trataba de una pleuresía que venía tratándome desde Buenos Aires. Mi crisis va pasando. Roperti se conforma.

Ha tenido buen éxito en la negociación por las maquinarias para el ingenio Industria Argentina. Le pido que envíe todo por correo a Tucumán.

Habló con Iturri sobre mi búsqueda de Rimbaud, me solicita autorización para hacerlo pasar. Le agradezco la iniciativa.

Iturri, que esperaba en la salita del vestidor, se anunciaba con un penetrante aroma de perfume dulce, hondamente femenino, que avanzó por la suite hasta mi cama como su carta de presentación.

El buen Iturri era bastante ridículo a primera impresión. Blando, gordezuelo, tibio. En algún momento fue un efebo. Ahora era un gay cursi. Esto de gay es una palabra que están usando los ingleses, seguramente después del escándalo de Oscar Wilde, que vino a refugiarse en París. Se usa para designar lo que podríamos traducir como puto alegre, marica alegre, o algo así. Frivoliza a todo el género, pero no tiene la violencia con que los idiomas nombraron a los invertidos en tiempos (o lugares) de mayor intolerancia. El caso de puto, que es español, pero más bien del Cid o del Archipreste.

Iturri me saludó respetuosamente. Sabía que su fama era conocida negativamente por los tucumanos desde un artículo lleno de odio que escribió Groussac en *El Orden.*

—Ya sé que conoció a mi tío, a don Pepe, ya sé —le dije para evitar explicaciones—. El amigo Eric debe de haberle dicho cuánto quería conocerle por el tema de Rimbaud, de Arthur Rimbaud.

—Le dije a Eric que haré todo lo posible. Pero si me permite don Felipe…

—Vamos Iturri, Felipe no más, no me envejezca con ese don…

—Como le comenté a Eric, Rimbaud tiene aquí poca o ninguna fama literaria. Tuvo una historia muy desagradable con Verlaine, ya le contaré con tiempo. Tampoco se lo aprecia literariamente.

Iturri, que entre los argentinos andaba rebajado, como pidiendo permiso, en el gran París era una figura importante como secretario del conde de Montesquiou Fézensac. Era un gran aliado del conde en arreglar las querellas que ocasionaba aquél con sus desplantes, conflictos y reyertas entre la *haute* de maricas.

Falla al exagerar lo tan vistoso del atuendo. Abundaba de corbata y de colores, pero sin llegar al extremo, como un dandy indeciso, de medio pelo. Se veía que se plegaba al dandysmo de su amo, pero traducido a la versión plebeya. La chaqueta ribeteada en la misma seda de las solapas le quedaba coquetamente cortona, como destacando las caderas visiblemente gruesas, como almohadilladas. Un poco demasiado pintado, y sobre todo ese lunar retocado con lápiz de cejas, que había sido tan importante para evitarle ese destino infamemente provinciano que Groussac le recomendaba en su artículo surgido de la pura envidia: "…el miserable (Iturri) sollozó recordando su vergüenza y el Tucumán, pensando en la feliz existencia de trabajo honrado que pudiera haber disfrutado en su tierra, siendo hombre de bien", (sic).

Fue el lunar el que desencadenó en él la ávida hembra que le ardía desde la infancia. Mi tío José, rector del Colegio Nacional, había preparado para la fiesta de fin de año una representación de los alumnos de una pieza de Bretón de los Herreros, uno de esos coñazos prestigiosos de la decadencia española, una gallegada. Como las niñas no podían comprometerse en el riesgo teatral, para el rol femenino de Marcela había que elegir un varón travestible. El viejo miró y entre los del tercer año dio con los ojos almendrados de Iturri, el chico de Yerba Buena. Lo señaló enérgicamente: "Marcela es éste, ¡ya está! ¡El chico del lunar!". Esa fue la noche que salvó a Iturri del tedio y del aburrimiento provinciano. Como escribió Groussac, con su despecho de hugonote exiliado: "La saya de Marcela quedóle, como túnica de Neso, adherida a la carne…".

Nadie sabía bien cómo vino a parar a París. Desde Buenos Aires viajó con su benefactor, el pastor Vaughan, preocupadísimo por la educación del muchacho. Roperti me comentó que viajaron en el vapor *Senegal.* Hubo una estadía de estudios en Lisboa y luego fue a París. El pastor desaparece. Dicen, pero no hay que repetirlo, que fue él quien vendió al cholito Iturri al barón Doasan. Este Doasan era una especie de vikingo arruinado por un demencial enamoramiento de un violinista polaco. Iturri trabajaba en la corbatería Carnaval de Venise, que está en la Madeleine. Después que el barón comprara una quinta corbata en sus visitas a la tienda, el pastor Vaughan intervino. Fue una trifulca de bujarrones. Dicen

que Doasan, para quedarse con Iturri, se desprendió del último anillo de "los tiempos carolingios" de la familia, un gran diamante. Cerraron trato. Afirman que Doasan dijo:

—Siendo usted pastor se explica su práctica en esto del intercambio de anillos…

Iturri conoce a todo el mundo literario. Cuenta anécdotas de los Goncourt, de Léon Daudet, de las locuras de Jean Lorrain. Mezcla chismes con cosas importantes. Me hace reír, y me parece increíble reír después de mi "ataque de pleuresía". De buena fe cuenta, para divertirnos, anécdotas de su amigo el conde.

Groussac atacó a Iturri con bajeza incalificable porque el francés andaba visitando, con su novelón bajo el brazo, a todos los ilustres de Francia y no podía aceptar que "el insignificante" Iturri entrara por todas las puertas que a él le cerraban.

—En esa novela, *Fruto vedado,* logra amablemente acostarse con mis dos hermanas: la mayor y la menor. El francés fue verdaderamente la rata en el granero. En la novela las pone como Andrea y Rosita a Juana y a Julia. Y de apellido, Miranda… Mi padre le había alquilado un departamento sobre la calle Las Heras cuando llegó a Tucumán, ¡para favorecerlo! En la imaginación de ese Onán de las Galias se acuesta con ambas durante un viaje de toda la familia a París. A Andrea se la monta en el fondo de una berlina volviendo de una comida en el restaurante Madrid, del Bois de Boulogne. En ese drama genital, el francés inventa como esposo de la supuesta Andrea (que en realidad podrían ser Julia o Águeda) a un tal Fermín Correa, que aparece como ciego, además de cornudo. Este rebajado personaje se inspiraría en Camilo Faget, que se casó en la realidad con Águeda. Faget fue mucho más astuto.

—¿Ésa es la famosa novela? —preguntó Iturri.

—Es un melodrama napolitano donde concentra toda la venganza hacia mi padre, hacia su compinche Faget, hacia todos. Sabe que todo el mundo entenderá quién es quién. Pero me alegra que no se lo editen aquí. El querría volver triunfal, como un mito francés. Terminará publicando esta basura en Buenos Aires, pagada por él…

Con Roperti comprobamos la gentileza de Iturri: tomó nota de mis quejas sobre la comida que me traen y se fue a ver al maestresala para darle indicaciones precisas.

Coordinamos con Eric lograr que viaje el profesor Izambard desde Bélgica, para poder avanzar con la investigación sobre

Rimbaud cuyo paradero nadie conoce en París. Tal vez sólo Verlaine pueda ayudarnos.

Aquella charla me saca de la moribundia en la que me debato. Me olvido de si respiro o no. Si entra aire o no. Si hay un jadeo sibilante o si me quedo sin poder respirar al terminar la frase.

Vuelve Iturri. Dice que arregló mi menú de náufrago.

—Pero don Felipe, yo tengo la solución… el arma secreta. Un arma que usted no puede imaginar. ¡Se va a reponer enseguida! Se olvidará de la pleuresía. El próximo lunes, si le parece bien, traigo ese prodigio —dice Iturri. —¿Les parece bien? Tendría que ser a las once del mediodía… Nosotros tres.

Me fui recuperando. El día señalado llegan Iturri y Roperti. No sabíamos cuál era el arma secreta. Iturri hizo preparar la mesa porque se encargaría del almuerzo. Mi contribución sería pedir un gran vino tinto. Mientras el dandy de Yerba Buena trabajaba en el menú especialísimo, pedí un Chateau Margaux 1876.

Cuando entraron los mucamos seguidos por Iturri con el manjar secreto, se difundió un aroma agreste, penetrante que salía debajo de las campanas de plata. Aunque pareciera absurdo, eran tamales. Iturri conocía a una cocinera tucumana que había trabajado en una casa argentina y que vivía en Orleans. Él había viajado para encargarle los tamales.

Comprendí que aquella era la gran droga que Iturri había anunciado con tanto secreto. Era el mayor refinamiento de la corta cocina tucumana. Pero algo tan especialísimo que lo distingue de todos los tamales del espinazo andino de América, incluidos los mexicanos. Sentí una enorme alegría. Era no sólo volver sino estar en Tucumán. Los había en dos fuentes: hervidos y horneados, éstos con chala entre dorada y renegrida, sahumando profundamente la suite del Meurice.

—Ya es tiempo de choclos. Como soy ciclista, me robé varios aquí nomás, por Montrouge. La señora Gómez los prepara con todo el rigor de una tamalera del Mercado o de la calle Congreso. Usa carne de rabo de buey, desfibrilada después de cocerla, orejas de chancho, huevo duro, pimentón y pasas. Lo más difícil de conseguir es el molido de la harina de maíz, que debe ser más bien gruesita…

Los tres sabíamos manejarnos perfectamente ante esa exótica delicia que debíamos a Iturri. Me puse mi bata abrigada de terciopelo, me armé de unas pequeñas tijeras y corrimos la mesa redonda ante el gran ventanal que da a los plátanos de las Tullerías, ya completamente verdes.

Corté el piolín de los tamales y los abrimos con un rumor de

pergaminos removidos.

—Son los pergaminos que revuelve Groussac —dijo Iturri.

Eran tamales perfectos: los hervidos o los horneados, siempre más secos. Tenían sus vetas dulzonas, su presencia de pimentón picante y la carne salada del charque y suave del cerdo. Eran perfectos.

Cumplíamos un rito que nos llevaba a tres mil leguas de París.

Brindé por la gentileza y la felicísima ocurrencia de Iturri, que se había tomado el trabajo de hacerse el viaje hasta Orleans. Pero lo cierto es que comí dos tamales y medio, casi como para dar terminada mi convalecencia.

—La señora me dijo que basta pedirle por correo y los enviará. Dejé cuatro para que el conde Robert pueda gozar de esta especialidad única del Toukumán, como me escribió la condesa de Clermont-Tonnerre. Le diré que es una comida de los indios. Ellos creen que somos indios disfrazados de levita. El conde se llevará una sorpresa…

Iturri evoca los días en el Colegio Nacional de Tucumán. El vino nos ayuda a volar hasta el antiguo claustro y al jardín con el enorme árbol, en torno al cual se ponían las sillas para los festejos teatrales. Trata de fingir afecto por mi tío Pepe, el iracundo, que debe de haber tenido poca paciencia para con su mariconería. Nombra compañeros de fama local o de ilustres apellidos nórdicos (del noroeste, digamos).

Mientras terminamos el vino, Iturri nos habla de doña Genoveva, su madre, y de la casa de Yerba Buena y de su tío Zurita, el presbítero, y de sus parientes, los Vera. Muestra una carta reciente de doña Genoveva en la que le pide: “Manténgase grueso, por Dios, no vaya a ser cosa que se enferme. Usted es el orgullo de la familia y yo soy su mamá, estoy segura de que usted será uno de los hombres más famosos de Tucumán”.

Iturri tiene los ojos llenos de lágrimas. Roperti le da un palmotazo fraternal y los mucamos, atónitos, retiran esos restos nunca vistos, de chalas abiertas y olorosas, que habían contrabandeado bajo las campanas de plata más solemnes del gran Hotel Meurice.

En la inesperada orgía faltó un toque final del misterioso queso de Tafí, pero eso era un imposible absoluto.

LOS TAMALES HABÍAN SIDO UNA PRUEBA DE FUEGO. Me dije: si aguanté los tamales habrá que seguir apostando. Las legiones de bacilos no

habían podido. Tres días después del almuerzo folclórico, hice preparar la berlina. Con mi bastón fuerte y un abrigo bajé sin marearme. Me hice llevar al Hotel Dieu, al hospital más antiguo de París, al lado de Notre-Dame. Había allí un famoso reparto para enfermedades pulmonares.

Tengo que tener la prudencia de un espía. Puede ser gravísimo caer en manos de los médicos. Transforman la salud en obligación y la medicina en dictadura. En el caso de sospechar mi enfermedad eso podría valerme la expulsión inmediata de Francia (está previsto por Ley) o que me metan para curarme en la "pecera", en esos calabozos de cristal que inventaron en nombre de la higiene y la asistencia pública.

(He leído mucho sobre la *enfermedad.* En un determinado momento de su madurez, el paciente queda sometido a una especie de juego de gato y ratón con la muerte. Los ataques son de una extrema violencia, pero pasada la crisis se producen situaciones de estabilidad que originan en el enfermo fáciles esperanzas.

Escribió Behrens, el gran especialista, que observó casos de pacientes que preparaban una fiesta o se disponían a irse del sanatorio por sentirse curados, sin comprender que estaban en el estertor final: "Este juego puede durar varios meses, hasta un año".)

Mi indumentaria y mi bastón fino, mi galera y mi chal de seda me abren infinidad de puertas entre estos apasionados de la *liberté-fraternité-égalité.* Nadie me frena ante el mostrador de presentación obligatoria, el gendarme y los bedeles me toman por cuñado de algún eminente cirujano. Me asomo a los canteros del inmenso patio interior. Lo rodean los pabellones con las distintas especialidades de muerte o de enfermedad. Oncología. Sistema cardiovascular. Venéreas. Oftalmología. Enfermedades tropicales. Es como Le Printemps o la enorme tienda de cuatro pisos del Bon Marché. Uno tiene para elegir.

Me deslizo con cuidado. Cuando se acercan los bedeles o enfermeros, llevando alguna chirriante camilla con la víctima de la muerte médica, acelero mi paso. De lo único que no se sospecha es de la acción, de la determinación. Pasado el peligro me demoro con tranquilidad entre esos terribles espacios.

Abro varias puertas rebatibles y me deslizo en "Cirugía Toráxica", la provincia fatal que más o menos me podría corresponder. Había un gran vestíbulo mal iluminado y mal ventilado. Mi atuendo, en la penumbra, no me diferencia mucho. Aquello olía a desdicha humana, éter y desinfectante. Unas enfermeras malhumoradas iban y venían llevando pacientes hacia

los boxes o dispensarios de los médicos. Mis ojos se acostumbraron a la penumbra. En un largo banco dos *concierges* gordas charlaban con tono alto, impúdico, con esa cierta maldad sobradora que se deposita en los ojos de las porteras. Había obreros, algún estudiante, un militar de uniforme con la cabeza completamente vendada, como una bola blanca solamente abierta en los ojos y en la boca. Algunos, sentados en el banco se ve que contenían el dolor, a veces gesticulaban o movían una extremidad para evitar el quejido o el grito. Un hombre gordo, apopléjico, colorado, se mantenía con la cabeza baja, hacia el piso, y con bastante regularidad y sin mucho acierto escupía en la salivadera enlozada.

De repente un chico se puso a sollozar, como si hubiese despertado repentinamente al dolor. A su lado había una mujercita que no se inmutó con el llanto del niño, como si en ese lugar el grito y el dolor fuesen obvios. La mujer tenía un sombrerito negro, muy fatigado, con una florcita. Era el espejo de la melancolía. Predominaba la gente con heridas vendadas. Se ve que una parte funcionaba como sala de guardia. La mayoría no se observaba entre sí. Estaban ensimismados, con la mirada perdida en el espacio triste, como hermanados en lo mismo, en la desgracia.

Sólo otro miraba como yo, como si estuviese dudando para zambullirse en la Casa de la Enfermedad (basta un paso hacia el mostrador de “Entradas” y uno se convierte en socio pleno de la categoría desdichados). Yo caminaba despacio en el largo vestíbulo. Un par de veces estuvimos cerca, era un nórdico flaco, angustiado, de pelo rubio, que medía un metro noventa.

El vestíbulo seguía después de un ángulo. Enseguida comprendí que allí estaba la definida elite de los “pulmonares”. En la penumbra que se agudizaba allí, se oían toses rebeldes y algunos rostros muy pálidos se destacaban como ésas máscaras chinas de yeso.

El otro “observador” no tardó en llegar. Como seguramente los dos disimulábamos, intercambiamos algunos comentarios. Fue hasta la ventana y la entreabrió, que era lo que todos deseábamos en un día con temperatura de primavera. Apareció una enfermera, de las tantas con pasión policial, y preguntó:

—¿Quién abrió la ventana?

—Yo fui. El aire está muy pesado aquí…

—No se puede —dijo secamente la mujer y de un golpe fuerte trabó el cerrojo.

—¿Por qué no se puede? —preguntó el nórdico.

—Porque no. Es el Reglamento…

Frustrado, se me presentó:

—Me llamo Malte Brigge, soy danés.

Le respondí con mi nombre y agregué para empatar la información: “soy argentino”.

Todavía somos muy nuevos y desconocidos por el mundo. Malte me miró un poco perplejo. Se ve que probablemente tomaba eso de argentino como una profesión, una enfermedad o un título correspondiente a una especialización desconocida.

Pasamos a la otra sala porque un obrero muy delgado se doblaba en una tos incesante. Como si tuviese atascado en la laringe un bolo de sonido que no se define. Por momentos gemía al inclinarse y se llenaba de lágrimas. Todos miraban para otro lado, con complicidad, con com-padecimiento. La enfermera, alarmada, lo empezó a guiar hacia uno de los boxes de los médicos.

Ese curioso Malte Brigge no parecía ser de este mundo. Como yo, miraba ese espectáculo desolador de los pulmonares. Había un joven de largo cabello, vestido completamente de negro, seguramente un artista, alguien de la noche. Más allá un empleado que aferraba un pañuelo como si sus manos sudasen de continuo. Y una mujer del París de Clichy, una prostituta seguramente, que a pesar de la increíble pintura, rouge y el negro para los ojos —a más del colorete— se le traslucía la palidez inexorable que mandaba la enfermedad en su fase terminal.

El danés me comentó:

—Ni ellos, ni nadie, ni uno, debería aceptar este camino de muerte anónima general ¿no le parece? Aunque se trate de la pequeña muerte que puede corresponder a una pequeña vida, pero que sea la muerte de uno.

Asentí. Ese curioso personaje que debía ser pintor o poeta o vagabundo de buena familia, expresaba lo mismo que yo venía sintiendo desde que esbocé mi plan y mi viaje. Brigge siguió, seguramente animado por mi atenta sorpresa:

—Aunque se tenga la vida más pequeña y pueda correspondemos la muerte más anónima, sin fasto alguno, debemos aceptarlas, saber que nos corresponden y tratarlas con dignidad. ¡No! Nunca esta muerte general. Por cierto algunos pueden permitirse una muerte grande, una muerte anunciada por la pompa y el fasto. Esas muertes que son llevadas por un tronco de seis caballos normandos con penachos negros y en una carroza con todo el barroco mortuorio de los napolitanos, como le tocaría a un Victor Hugo o a un Jaurés. Muerte con banda y discursos. Pero los de la pequeña muerte… Es posible tener una muerte con dignidad, que

no sea el punto final de un fracaso médico ¿no?

Me parecía increíble escuchar mis propias intuiciones definidas con la claridad de quien vivía desde adentro esas angustias.

—La muerte propia. Sería la única muerte válida, la mía. Como quien hablara de tener una vida propia y no dada por otros o por las circunstancias, ¿no? Nos parecería absolutamente legítimo, ¿verdad? ¿Cómo no se rebela toda esta gente? ¿Por qué prefieren apostar tan miserable y entregadamente a la muerte de los médicos? Esta muerte general, indigna, es nada más que la antesala del osario común, créame.

En eso, la misma enfermera antipática se acercó hasta nosotros y le pidió a Brigge que la acompañase. El danés apenas tuvo tiempo de hacerme un gesto de despedida y la siguió mansamente.

Pensé que mi resistencia era absolutamente irracional, poco seria. Debía entregarme a la medicina. Pero bastaron unos minutos más y sentí el impulso sano y salvaje de huir.

ME ESCURRÍ A LO LARGO DEL VESTÍBULO PRINCIPAL. Esa masa doliente y maloliente estaba indignamente atada por la esperanza, por el amor, por la necesidad. Al fin de cuentas, eso de la muerte propia, pensé, es un aristocratismo vedado a los condenados sin remisión, esos que no pueden permitirse enfermarse o morir sin arrastrar a los que aman y su cadena afectiva de espera y esperanza. No es uno solo que padece y muere. En la vida más triste y miserable hay un secreto hilo de plata, de placer inimaginable, a veces de respiro en el dolor, y esa impostora de siempre: el toque de esperanza. Es por esas joyas de mínimo placer, escondidas entre los harapos, que nos transformamos en indignos sobrevivientes y nos arrastramos entre apotecas y sacristías. Mi “plan”, ejecutado con decisión, me salvaba de la moribundia organizada.

Abrí la puerta y salí al corredor como escapando de *Madame Lamort*, la costurera infatigable, tejiendo los baratos sombreros del destino.

A la izquierda, por el corredor, di con una puerta tentadora y cedí. Entré en el vacío “Gabinete de Cirugía Toráxica”. Había una larga mesa con publicaciones especializadas y un hemiciclo para escuchar conferencias magistrales. En las paredes, estantes con frascos etiquetados, con pulmones sumergidos en formol, en los que se señalaban cavernas abiertas, zonas blandas, aperturas hacia alvéolos cauterizados. Los nervios como hilos blancos. Blancas, pero como de goma, las arterias. Calcificaciones, invasiones y demoliciones. Cortes lobulares. Extirpaciones.

Más arriba en los muros, grandes dibujos a pluma. Un pecho abierto y tironeado por pinzas llamadas "de secuestro", un dilatador a tornillo como para parturienta generosa. Pinzas de arteria y de sutura y arriba, dominador, el bisturí de hoja larga. Todo este instrumental flotaba, sin manos visibles, como manejado por fantasmas alrededor del pecho abierto. En cada pancarta una instrucción. En la vitrina debajo: bandejas enlozadas, mecheros de gas, tenazas sugestivas y una fascinante sierra de hoja larga y delicada con dientes cortos, de cocodrilo joven que pretendiese sonreír. Me quedé mirando ese instrumento de inimaginable y atroz uso, pero de tan fina factura que podría pensarse que perteneció al sofisticado carnicero de algún emperador de la dinastía Ming.

Me senté entre los pupitres altos y estiré mis cansadísimas piernas en aquel lúgubre ámbito.

Pese a la mala luz pude leer un curioso cartel con una frase del doctor Koch, casi como insignia de la cátedra: *La enfermedad es una forma perversa de la vida.*

Pensé que se podría corregir la enfermedad desde y en la vida. La vida es la fuerza que puede llevar por el camino de la muerte. Es el motor del barco. Un desafío para el timonel para mantener o regresar al buen rumbo.

Abrió la puerta un bedel, para vigilar, pero no me pudo ver.

Fue allí donde tomé la resolución de no anotarme en la apuesta médica, en la muerte general. Y menos en la torpe política de los cirujanos que creen posible arreglar el ser a los sablazos (de bisturí).

Era un fuerte sentimiento liberador. Bajé con inesperada velocidad los escalones del gabinete y me precipité por el patio de los canteros hacia la salida.

A LAS DIEZ DE LA NOCHE ESTOY SENTADO en una buena mesa del Café Weber, con vista a la *rue* Royale. Me vestí bien. Resistí la tentación de la cama y me dispuse a una cena con champagne. Solo, acompañado del librito de Rimbaud que rescató hábilmente Roperti del depósito húmedo de Poot et Cie. Mujeres estupendas que salen de los grandes teatros de los bulevares. Personalidades de la política, periodistas informales y un poco gritones. Se dice que viene Jean Jaurès. Pieles, joyas, sonrisas. Miradas, platos invitantes. *Sommeliers* atareados con botellas como desenterradas, con sus etiquetas marchitadas en la depensa más reservada. Leo a Rimbaud. Soy, pienso, una especie de gaucho feliz de salir del encierro y la amenaza de la ciudad. Yo también me anoté en la barbarie. Soy un rosista de plastrón y chaqué en el Café Weber. Y leo a un gran

bárbaro, alguien que se hartó, a los diecisiete años, de la moribundia judía y cristiana y se transformó en un galo troglodita, en un indio pampa, en un vikingo que vuelve a cabalgar desnudo por el bosque (soy un escandinavo, dice este Rimbaud inubicable, fugado al África de los desiertos, según dicen).

Pasan fiacres, tranvías a caballo hacia la Madeleine. De repente, en el cuadro de mi ventana apareció la asombrosa belleza de una mujer que alguien sostenía de la mano, como el secundario que lleva a la primera estrella por el escenario.

En su paso oscilaba con gracia la larga falda y la amplia orla del vestido. Ágil, noble, con movimiento de Diana cazadora. Yo bebía mi copa y nos miramos en el breve siglo de su cruce por el marco de la ventana. Su mirada fugaz: cielo lívido que presagia el huracán; dulzura fascinante y placer fatal. Y enseguida la oscuridad y el reflejo de los caballos del siguiente tranvía. Me sentí como renacido. Como si alguien cansado de mi estúpido *spleen* me hubiese dado un empujón lanzándome a la playa de la vida. ¿No te veré nunca más? ¿En la estúpida eternidad? No sabes adonde voy ni sé adonde ibas. ¡Te habría amado y tú, en ese apenas, lo supiste!

Tomo mi copa. Como las tartinas de caviar. Respiro lo más hondo que puedo, con el prudente sigilo del ejército sin fuerzas pero que no quiere darse por vencido y vuelvo a Rimbaud:

Los blancos desembarcan. ¡El cañón!: hay que padecer el bautismo, vestirse, trabajar, durar.

He recibido en el corazón, el golpe de la gracia cristiana…

Sí. Mis ojos están cerrados a la luz de ustedes. Soy un animal. Un negro. Jamás fui de este pueblo, jamás fui cristiano. Soy de la raza que cantaba en el suplicio. No entiendo las leyes. No tengo sentido moral. Soy un bruto: ustedes están equivocados…

Izambard, el profesor del secundario de Rimbaud, es un hombrecito prudente, constructivo. Profesor de latín y literatura. Pero sin pizca posible de mal. No puede entender que un señor, Roperti, lo esperase en la Gare du Nord con una berlina con el fin de llevarlo al Hotel Meurice para hablar de su alumno perdido como la oveja o el hijo pródigo. Me habla como asustado. Me da detalles como en un sumario policial, no del todo seguro de no estar misteriosamente implicado. Preguntado por Roperti, sostiene:

—Fue una fiebre a partir de abril de 1870, cuando la manía por leer se le tornó devoradora, si puedo decirlo. Empezó a ser agresivo, pero siempre en el plano estético. Se burló de mí, por escribir y

recomendar una poesía para el “establo universitario”. Me dijo: Usted terminará como un satisfecho de no haber hecho nada, de no haber intentado nada.

Izambard nos mira con los ojos redondos, perplejos. Luego prosigue:

—A fines de ese año se vuelve incontrolable. Está como poseído por un demonio. Escribe incalificables blasfemias en el muro del colegio, durante la noche.

—¿Qué escribe? —le pregunta Iturri que tomó una copa de más y se ríe del profesor.

—A la mierda con Dios —responde Izambard y se sonroja—. Se agarra a trompadas con sus compañeros. Se va separando de todo un orden. A Paul Demeny le grita: ¡Si el cobre se despierta clarín, no es su culpa! Pero era más que un problema de gustos literarios, de provocaciones juveniles. Era como una fuerza. Se lo diré así, señores: le estaba naciendo un bárbaro bajo la piel. Un pagano bestial. Un galo del fondo de los bosques precristianos. —Y otra vez Izambard con sus ojos como asustados por lo que ha dicho e Iturri que se ríe conteniéndose como puede.

Café Weber en el apogeo mundano de su noche. Pido otra copa de champagne. Es ya un desafío, es pisar el terreno del toro, como dicen en España. Respiro razonablemente. Brindo por Rimbaud ante sus páginas que aún huelen a humedad (quinientos ejemplares que fueron destruidos, jamás puestos en venta):

“De los galos, desolladores de animales, tengo la idolatría y el amor por el sacrilegio. Todos los vicios: cólera, lujuria, —magnífica la lujuria— y sobre todo la mentira y la pereza. Me horrorizan todos los oficios. Patrones y obreros. Todos campesinos e innobles”.

> ¡Oh el moscardón embriagado en el
> meadero de hotel y disuelto por un rayo!
> Que venga. Que venga el tiempo
> de estar encendido.
> ¡Esclavos, no maldigamos la vida!
> Libro negro. Libro pagano.
> No. No estamos en la vida.
> Se trata de llegar al misterio mediante el
> desarreglo de todos los sentidos.

Izambard me agradeció, ya que Roperti le entregó un sobre que le permitirá su añorado viaje a Italia. Sostiene:

—El incidente de Bélgica, el balazo que llevó al señor Verlaine a

la cárcel de Mons fue la consecuencia de esas provocaciones. Verlaine no pudo más y le hizo dos disparos, le quebró el pulgar. Rimbaud se vendó con un pañuelo y serenamente fue al puesto policial para acusar formalmente a Verlaine de intento de asesinato…

—¿Sabe algo del paradero de Rimbaud? El señor Felipe tiene gran interés por encontrarlo —dijo Roperti.

—¿Dónde anda el Shakespeare niño? Como lo llamó Victor Hugo —terció Iturri.

—Sabemos en Charleville que está en África. La madre recibe cartas, pero no habla con nadie. Corren feos rumores. Vende armas, esclavos, mercaderías. (Él, Arthur, ¡que fue tan pro *communard!*) Dicen que fue el primer europeo que llegó a Harar, una ciudad donde se da la más alta temperatura del mundo. Queda en los desiertos africanos, más allá de Egipto y del Mar Rojo. Pero no se sabe. Dicen que es una ciudad amurallada que se cierra todas las noches, para que no entren los leones del desierto. Se dice que él viaja desde Harar hasta Adén *y* luego a Alejandría, centro de sus ventas. Pero no se sabe nada a ciencia cierta…

—Sus contactos están en El Cairo —confirmó Roperti.

Café Weber. Es ya la hora del Gran Teatro del Mundo. De la Opéra nueva. Llegan para el *souper* el público del abono de gala. Frac y uniforme con condecoraciones. Ellas con vestidos de gran vuelo, se deslizan sus chales de plumas, sus capas de seda, aparecen sus terribles espaldas desnudas y se acomodan a la mesa. Están más allá de toda preocupación por Guesde, por Laforgue, por la convocatoria de la II Internacional y el terrorismo anarquista. Esta gente está con Boulanger, pero lo disimula y organiza el poder bajo el prestigioso título del "liberalismo". Hombres como el italiano Giolitti son los nuevos ídolos. Se ríen de las anécdotas populacheras de Clemenceau.

Es el concentrado de los más deliciosos pecados: el demonio, el mundo, la maravillosa carne bajo los caireles de cristal de Bohemia que iluminan las espaldas más caras de Europa.

Y siempre el increíble Rimbaud. Para mi guerra secreta —que nadie allí, en el esplendor del Café Weber— podría sospechar, Rimbaud adquiere la fuerza de un profeta, la violencia del máximo tónico espiritual:

Temo el invierno porque es la estación de la comodidad.
Mi ventaja es poder reírme de los amores mentirosos.
De las parejas estafadoras. Vi el infierno de las

mujeres allá abajo.

¿Por qué tener nostalgia de un sol eterno?
Hoy me sublevo contra la muerte. Mi traición
al mundo será un suplicio muy breve.
¡Los pantanos occidentales!

Yo me evado. Me evado. Vuelvo a Oriente
y a su sabiduría nueva y eterna.

Volveré con los miembros de hierro, la piel oscura,
la mirada fuerte: bajo mi máscara se me
considerará de raza fuerte.
Tendré oro: seré ocioso y brutal.
Las mujeres cuidan a esos feroces enfermos
que vuelven de países cálidos.
Me mezclaré en los asuntos políticos. Salvado.

"El aire marino quemará mis pulmones…".

ME DESPIERTO TEMPRANO CON UN SONIDO que me recuerda las fuertes campanas de la iglesia Matriz. Bastaría que tenga fuerzas para salir de la cama, correr los cortinados y encontrar el dorado de las naranjas silvestres del jardín de las Hespérides tucumano. Pero son los martillazos de los obreros que al amanecer ya trabajan para ensamblar los hierros de la torre más alta del mundo, que construye el ingeniero Eiffel del otro lado del Sena y que será el símbolo de la Exposición Universal y, diría, de los nuevos tiempos del mundo del siglo que se avecina. El agua del Sena trae los sonidos con increíble nitidez.

Son las nuevas campanas, las de la modernidad creativa. Las que anuncian al hombre como vencedor de la naturaleza. Nace el siglo de la solidaridad social, del libre albedrío y de la libertad de pensamiento. El siglo de la paz, del estudio, de la ciencia. Después de Sedán y con la nueva República francesa, la paz en el respeto internacional será la base de todo progreso (como bien lo vio Alberdi en nuestra modesta pero promisoria experiencia argentina que ya se afirma). Será el siglo del fin de las supersticiones y de la tiranía vaticana. No. Por suerte no eran las campanas de la iglesia Matriz, gratas a mi nostalgia pero no a la razón. Son los martillazos del nuevo mundo que nace y que enmudecen el murmullo abyecto de las campanas de Roma. Es el himno laico de los martillos que

consolidan el siglo de la paz mundial.

Fue en el otro viaje, (el de Mme. Pichon), con mi padre, cuando lo acompañé en su visita a Alberdi. Meses antes de su muerte insospechada. (Había fallecido en Neully, en una clínica privada. Se había aislado, tal vez sin pensar que moriría).

Ser contradictorio, no había querido aceptar la embajada en Chile que le ofreció Roca y se conformó con el cargo de Inspector General para la Inmigración con tal de quedarse en París. Y en París encontraría la muerte, no la vida.

Es sabido que su cuerpo estaba aún tibio cuando ya chusmeaban los rastacueros del Continental y hacían correr la versión que había muerto en la más degradante miseria. (Tengo para mí, que creo conocer el tema, que prefirió la muerte en solitario, la muerte digna del felino, lejos de sus amigos, de Lamarca, de Matilde, de del Carril, de Ledesma y de esa curiosa familia campesina e intermitente que se había formado en la granja de Saint-André con la dulce y primitiva no-esposa Angelina Daugé. Aquélla de la que se reía Wilde, que lavaba los cabellos lacios y grises de Alberdi con agua de lluvia y jabón de coco colonial.)

El estupor de la colonia argentina fue general. Había muerto el más inteligente de la tribu, el distinto, el distinguido. Había muerto el aristócrata de la infancia pobre, de desvalida orfandad. El que había llegado más lejos y más profundamente en transformar la voluntad informe de Independencia, en orden civilizado.

Había sido el *gran fino* sin dinero. El emperador que rehuyó el poder para poder escuchar a Liszt y seguirlo en el teclado de su piano. Viendo la mascarilla mortuoria que le tomó Lamarca, comprendí que bien podría ser la de Vigny o la de Musset: las líneas delicadas de hombres que expiraron como si estuviesen escuchando a Chopin.

En el viaje con mi padre pude conocer a Alberdi, como gourmet y reconocido putañero. Mi padre quería testimoniarle que no había olvidado lo que pasó casi cincuenta años atrás en Tucumán. Cuando mi padre y los coroneles Helguera y Murga se habían alzado en aquel complot juvenil. Fue una locura. Los detuvieron y enceparon en la cárcel de Lules en un calabozo poblado de alimañas. Los condenaron a muerte. (La peor muerte, el “cepo colombiano” que ya conté en qué consistía.) Publicaron bandos y mi padre aparecía calificado como “atroz gallego”. Para los rosistas eran repudiables gallegos los que mantenían fortuna y casa con estilo desde la Colonia. Alberdi, que había terminado sus estudios en Buenos Aires,

llegó a Tucumán por entonces. Ya era intelectual, afrancesado, rebuscado y medio poeta en aquel tiempo, con sus veinticuatro años. Tocaba delicados minués al piano, le largaba al general Heredia, que era culto, *boutades* en francés y les trajo un perfume a las hijas que parecían más bien dos tímidas monjitas vestidas como para la comunión. Alberdi revoloteaba por el Palacio mientras mi padre balbuceaba por una gota de agua ante la indiferencia de los mazorqueros que una noche, fingiendo un trato preferencial, le habían servido un plato de mojarras del río Salí, fritas con salmuera. Heredia, tucumano de acompañar a Belgrano en la campaña del Alto Perú, nunca habría puesto a muerte a mi padre, nacido de la sangre libertaria de Agueda Tejerina. Pero tampoco podía liberar a dos coroneles desleales, alzados en armas. La ley de honor en la cual se basaba el Ejército, complicaba la situación, así que Heredia consideraba que fusilarlos era indispensable.

Llegó el 9 de Julio. En el gran festejo en casa de Zavalía sirvieron un vino de honor y Heredia, para salvarse de hablar, le ofreció a Alberdi la palabra. Con gracia descarada, con su chaqué de sarga gris claro que hacía juego con sus ojos, con su melena lacia y abundante, habló de la libertad, de la barbarie de la muerte política, de la indulgencia del verdadero gobernante. Dijo (mintiendo): "Nuestro supremo Restaurador ha dispuesto festejar el día patrio con la libertad de tres decenas de salvajes unitarios. Yo, como tucumano y conociendo la exquisita sensibilidad del gobernador Heredia, interpretando a tantas personas reunidas en esta sala histórica donde nació la Patria, me permito pedirle al Gobernador que se conmute la pena de los equivocados rebeldes de Lules, para que esos jóvenes extraviados tengan otra oportunidad…".

Estalló una ovación. Del fondo de la sala de la Independencia alguien vivó a Heredia, hecho insólito.

El General sudaba. No le importaba matar diez más o diez menos, el problema era la furia seca y fría de Rosas que tenía espías en toda la Confederación. El vocerío aumentaba. Heredia habló con sus oficiales y a los cinco minutos un vocero informó al público alborozado que las penas de muerte se habían conmutado por las de destierro. Se habían creído lo de la indulgencia de Rosas. Alberdi era así. Capaz de estas cosas.

(La escena tiene que haber sido más o menos así…).

Entonces, mi padre y yo fuimos al restaurante Véfour con Alberdi. Habíamos pedido un Borgoña, un Cote de Nuit que el *sommelier* abrió con gran ceremonia y presentó recostado en una

canastilla. Mi padre no olió el extremo húmedo del corcho. Tenía poca paciencia para esas exquisiteces y no entendía, además. Alberdi llamó al servidor y olió el corcho como lo más natural. Luego asintió.

—Creo que aquí son maravillosos los ravioles de *foie gras* —recomendó Alberdi—. Esas cristalerías portentosas eran las del viejo Café de Chartres. Aquí ronda el espíritu de Robespierre y de los degollados de ambos bandos. Cuando se habla de historia en Europa, más bien se habla de ríos de sangre, de muertos. Ojalá sepamos hacer otro camino…

Era el Alberdi famoso. El huerfanito que despertaba a toda la cuadra de la plaza Independencia con su patín de madera. Era el insolente que hubo que suspender en el Colegio de Buenos Aires por su permanente rebeldía. El travieso-jefe de las diabluras en los veraneos escolares en la Chacrita de los Colegiales. Era el que no tenía padre que lo viniese a buscar los domingos y los pasaba leyendo los libros que le prestaba Amadeo Jacques, el director del Colegio.

Mi padre pidió queso para agregar a los ravioles, Alberdi recomendó:

—No le pongas queso, Felipe. Para los franceses la pasta no cuenta. Lo que manda es ese *foie gras* exquisito y no va para nada con queso… —Hablaba con una objetividad cartesiana, de profesor de latín en Francia. De vez en cuando me destinaba una rápida mirada de costado, con algún reflejo irónico.

—¿Pero no era que te querías quedar en la Argentina ahora que asumió Roca? —le preguntó mi padre.

—Vos sabés, Felipe, que siempre les tuve miedo a los argentinos. Hay que tomarlos en pequeñas dosis. Temo terminar destruido por el aparato que inventé. Como el doctor Guillotin.

—Pero ya dejamos atrás la Argentina mazorquera.

—Puede haber quedado el germen dando vueltas. Hay algo recónditamente canalla en los argentinos que no puedo detectar.

—La nación hoy tiene una inusitada fuerza —dijo mi padre—. Estamos logrando, como país, presencia mundial.

—Más que un país, nos hemos inventado un pueblo, una raza local. Creo que esto es lo novedoso. Estamos poblando, aunque por ahora, muertos de miedo, los gringos se nos estén acumulando sólo en la Capital. De a poco irán entrando en el desierto…

—Además no sé si las cosas van tan bien. ¿Es nuestro mundo el que estamos creando? ¿No habrá sido el tirano Rosas un genio incomprendido? Yo digo algo que allá no me entienden: No se

puede alcanzar una nacionalidad sino partiendo de una filosofía.

—Fue duro —dijo mi padre. —La campaña de Roca fue el golpe decisivo, sobre todo hacia el Sur.

—No hay que tener remordimiento. Eran los indios más brutos del Continente. Por suerte. Si no, nos hubiera pasado como en Bolivia, Perú o México, que se tienen que aguantar esa raza quebrada. Nuestros indios pasaron de brindar con sangre de yegua degollada a las damajuanas de caña que les regala Roca —cerró intencionadamente.

—Con tal que no bajen…

—Hay que tener una política migratoria estricta. El país se ocupa empezando por los bordes exteriores, por las fronteras. Y como estamos afirmando un país de creatividad y trabajo, es difícil que los cholos andinos o los de Brasil quieran venir a hacer lo que detestan: lavarse y trabajar.

Dijo no creer que volvería a la Argentina. Se sentía enfermo (cosa que repitió toda la vida como dejándose la puerta abierta ante las obligaciones que no le gustaban). Urquiza lo reconoció como el gran arquitecto constitucional y republicano. Alberdi rehuyó comprometerse con el poder que le ofreció en bandeja.

Recomendó no cortar los ravioles con el tenedor para que el pedazo de trufa no se desprenda del *foie gras*.

Estos refinamientos provocaron en Sarmiento o en Urquiza el deseo de partirle la fina nariz aguileña en una buena tunda. Creo que mi padre sintió lo mismo. Antes de beber, olía con justa brevedad y evidente conocimiento el aroma profundo del Borgoña (llamó al *sommelier* para preguntarle el año).

Es difícil imaginar que esa especie de músico vienes pudiera compartir con Urquiza un gobierno (ese gaucho constitucional).

Alberdi podría fundar y poner las Bases de la Argentina pero le horrorizaba la idea de tener que soportarla.

Mitre tampoco lo aguantaba. Alberdi sabía que Mitre era más culto que él pero no era un pensador abstracto. Se odiaban. A tal punto que unos meses antes de esa cena en el Véfour, Mitre había permitido publicar en *La Nación* un artículo bajuno diciendo que no podría ser embajador de Argentina alguien que en un sólo artículo deslizare tres errores de ortografía (y los citaba). Pasaba que Alberdi, ante el comienzo presidencial de Roca, sabía que sería requerido y huía una vez más a su refugio hedonista de París: a su granjera-amante, a las maravillosas *cocottes* que por lo menos cada dos semanas se podía pagar, y a la paz refinada con sus amigos Lamarca, Aramayo, del Carril y el grupo de amigas. Le pidió a Roca

ser embajador en Francia donde estaba el excelente Mariano Balcarce. Roca, con sus astucias de siempre, le prometió que desplazaría a éste a Alemania, pero en realidad pensaba para Alberdi algo muy importante: ofrecerle la jefatura de la misión en Chile. Roca ya encaraba un tratado o la guerra como la solución definitiva de la presencia de Chile en Cuyo y la Patagonia. Era el episodio internacional más urgente y difícil de la Nación. Y Alberdi, el teórico del poder, el que escribiera cómo debería ser nuestra diplomacia, rehuyó una vez más el poder. Tomó el barco y, en París, García le trajo el decreto de Roca nombrándolo ministro plenipotenciario en Chile. Fingió ofenderse por la "ingratitud nacional". Era, nomás, como aquel Celestino V, de Dante, *che fece per viltà il gran rifiuto.*

Después del café en el Véfour y mientras mi padre pagaba la cuenta, me invitó a "correr la noche fresca". Dejamos a mi padre en el hotel y él dio la dirección de la que consideraba la casa más seria y confiable de París, el famoso burdel Coeur, en el N° 4 de la *rue* Villejust. El fiacre embocó la flamante Avenida Kléber y ya cerca de la mole imperial del Arco de Triunfo, doblamos por una callecita de adoquines de granito húmedos por la llovizna.

Mientras esperábamos que abrieran, Alberdi me dijo:

—Usted verá que pese a ese mamarracho sonoro de Zola, la costumbre romántica prevalece: esta casa se llama Coeur en vez de *Cul*…

Alberdi tenía oficio de quilombo. Se movía con sobria autoridad, sin la rigidez del burgués culpable ni el descaro del juerguista. La encargada, que lo conocía bien, nos condujo por un corredor hasta un pequeño bar de la primera planta. Uno se servía su cognac o su champagne y podía hablar en un *séparé* que evitaba encuentros desagradables entre los clientes. En el salón principal sonaba un piano y por momentos se establecía un clima de fiesta. Allí se oía alguna palabra de más, el desbarajuste de algún borracho nórdico (los más peligrosos). Cuando la cosa se desmadraba aparecían disuasivos rufianes de custodia. Pero en una casa de ese nivel, era excepcional verlos. Penumbra. La dulzura del piano romántico y las chicas tan bellas como caras que pasaban como para saludar, disfrazadas de aldeanas, de bailarinas clásicas, de oficial de húsares, de novias con su ramito de muérdago y hasta alguna incitante novicia con su enorme toca como si se le hubiese posado un pelícano. Las pupilas dejaban como al descuido una tarjeta con su nombre en la mesita donde se apoyaban las copas y los cigarros.

El lugar era lujoso. Una de las salas de "espera y reflexión",

como las designó Alberdi, estaba decorada con muebles chinos con incrustaciones de marfil, floreros de Cantón, diseños de paisajes sugestivos con nieblas, colinas y perfiles de pagodas. Otra sala, la Oriental, estaba llena de almohadones, tapices y bronces de la India. Olía a sándalo. Alberdi elogió la casa.

—Nos evitan perder un precioso tiempo adicional en la estupidez congénita de la mujer. Mujeres fáciles para hombres difíciles —dijo.

Alberdi ponía simétricamente las tarjetitas en la mesa. Me atreví, un poco inhibido por estar con ese atípico argentino en ese lugar, a hablarle de su cierta admiración por Rosas, por el general Heredia, por Reinafé y por Facundo Quiroga. (El gran constitucionalista de nuestro país había medrado siempre con los tiranos esos, el opuesto de sus devaneos a lo Jefferson. Quiroga le había conseguido una beca para Estados Unidos que Alberdi finalmente creyó conveniente no usar).

Movía la cabeza en la penumbra sonriéndose. No se explayó en ese tema. Después recitó una cuarteta:

> "La tarde que lo mataron
> Facundo andaba de suerte
> De los seis tiros de Reinafé
> Uno sólo era de muerte".

En eso apareció la encargada en la penumbra y dijo:

—Monsieur de Rézende, Lulú está preparada.

Con toda naturalidad Alberdi concluyó su coñac, se puso de pie y me dio la mano.

—Bueno, ya nos despedimos aquí. No sé si debo decírselo, pero su padre, todos los tucumanos y el mismo Roca esperan tanto de usted en este momento de la Patria…

Yo no sabía qué decirle. Cuando tomaba su abrigo para seguir a la encargada por el corredor de espejos me guiñó el ojo y me dijo:

—Cuando se tiene vida pública y tantos enemigos como es mi caso, siempre hay un cónsul de Brasil, un "de Resende" a mano…

Alberdi murió. Prefiero —me parece mejor y hasta le gustaría— recordarlo como en aquella noche, con su insolencia irónica en la mirada, perdiéndose por el corredor que olía a sándalo hacia el cuarto de Lulú.

DÍAS Y DÍAS DE ESCASA ACTIVIDAD. Un esfuerzo por tratar de soportar

las comidas “sustanciosas” que Iturri recomendó al maestresala y al cocinero. Caminatas muy sosegadas por las Tullerías que son en realidad ejercicios de respiración, como si yo pretendiese reconstituir subrepticiamente mis pulmones.

Y siempre, a toda hora, las tentaciones que tiene todo estratega para cambiar la táctica. En mi caso, entregarme —por ejemplo— a los médicos del Hospital Cochin.

Fue una sugerencia de Roperti —seguramente complotado con Iturri. Me trajo folletos del reparto modelo en Europa para enfermedades toráxicas y pulmonares. Había una foto de pálidos, sonrientes, agonizantes en unas atroces camas blancas alineadas en un solarium. Había también la foto de un catafalco o ataúd que llamaban pulmotórax. La cabeza del todavía vivo quedaba afuera como si fuese un féretro cortón. El homúnculo también sonreía.

Ya mis amigos hablan con el convencionalismo de referirse a mi “neumopleuresía lardácea”, tan rebelde.

Le tentación de acercarme al hospital Cochin, que está del lado de Port Royal, es grande. Sobre todo porque allí es conocido nuestro gran cirujano Adolfo Posadas. Roperti dice que para mí no habría problema alguno para una consulta. (En realidad tomo lo esencial de la oferta: él e Iturri no ven ninguna mejoría en estas semanas).

Pero el estratega soy yo. Apenas ceder y ya me atraparía la muerte blanca, la aséptica muerte médica. Ellos definirían en mí, peligrosamente, la idea de enfermedad y la magnitud y grado de enfermedad.

Saber, puede ser el fin de la voluntad, la quiebra del instinto.

Saber, es ya perder la partida.

Camino lentamente por las Tullerías hasta el portal del Jeu de Paume, donde los revolucionarios de 1789 lanzaron la muerte revolucionaria, regeneradora y fundadora de los Derechos Humanos. Allí hay un banco de madera, un kiosco de bebidas y palomas que alimento con granos de maíz y de maní. Después retomo el camino respirando un poco más arriesgadamente hasta el triste lugar del cadalso, donde alzaron la espantosa cuchilla sesgada de la guillotina que empezó con reyes y duques explotadores y terminó con los propios verdugos. Cuando el hombre entra a matar, no termina más. Aunque no soy cristiano (soy un librepensador) debo reconocer que el mayor invento de la Historia ha sido el perdón. Que me disculpe Rimbaud, por esta traición de un sobreviviente melancólico.

Me río. Me veo en el pulmotórax, con mi cabecita delgada, obligado a sonreír por invitación del fotógrafo. O, tal vez, guiño un

ojo a la cámara.

POR LA TARDE CARTA DE SANTOS. Tardó sólo tres meses. Me la acerca el repartidor del Consulado.

Es una relación de treinta y seis hojas con la letra menuda y deliciosa de Matilde, a quien Santos le dictó.

Primero el estado de salud. Santos enumera, entre abundantes gracias a Dios y a la Virgen, el estirón y los granitos que le salieron a Segundo, el primogénito. Las cortaduras y rasguñones de Santina y Felipín. El susto por la caída de Ángel. Los largos resfríos de Pepa y Segundo.

Me escribe alborozada por haber recibido mi carta desde París (que en realidad se la había dejado a Julio Víctor al partir, según el plan).

Santos se esfuerza por informarme de los negocios. Habló con mi madre y con Alurralde. Parece que el balance dio dos mil seiscientas toneladas de azúcar blanca como la nieve. Están muy contentos con la nueva centrifugadora.

Luego la ceguera de tío Pepe, agravada. Los manejos contrarios a la familia de los "lacayos de Juárez Celman" (eso lo tiene que haber oído en algún cumpleaños de la familia).

"El tiempo es dulce", dice. "Pero sin usted, mi querido amigo, todo esto se vuelve amargo.

"Debo decirle una vez más, ante sus hijos que le adoran, que no se le ocurra salir en esa ciudad famosa por lo fría, sin su abrigo con solapa de piel y con guantes y bufanda, no vaya usted a tener una de sus recaídas tan frecuentes.

"Alejandro, su hermano, escribió un verso de amor que salió en *La Prensa,* se llama Acuérdate de mí' y yo hago propio el título, usted me entiende".

La maratón postal seguía comentando un casamiento en el Club Social. "También le digo que murió don Argimiro, que tenía el rancho al lado de la parada del tren, en el San Felipe. Dicen que durante dos semanas, después de su muerte, los caballos se encabritaban al pasar por el lugar y se paraban de manos. La tumba de ladrillos se ve de lejos; le llevan flores y paquetitos de azúcar refinado".

"Usted es nuestro único pensamiento en esta tribu que le espera en cada hora. Usted está siempre en la cabecera de todos los almuerzos y de cada cena. Usted está en el cariño mío, de sus hermanas y de todos los que firmamos con firma o garabato, incluido Felipín, que debemos guiarle la mano, como usted ve".

Me encuentro doblado en el sillón. Mis lágrimas me mojan el rostro indecorosamente, como lluvia de verano.

Entra la camarera encargada de abrir la cama y debo disimular murmurando algo de mi resfrío. Me refugio en el baño y hundo la cabeza en las toallas acogedoras.

Es evidente que tengo una grave incontinencia de secreciones y mucosas…

SE ACERCABA EL 9 DE JULIO y ya me sentía restablecido del gran ataque, de la batalla de legiones microbianas del 12 de abril. Había desaparecido. Durante casi un mes el mundo para mí se había reducido a los plátanos de las Tullerías que vi vestirse de verde desde mi suite. Lentamente se reorganizaron mis fuerzas, la fiebre se mantuvo en el borde de los treinta y siete grados. Ir al gran festejo era evitar que se hiciesen peligrosas suposiciones sobre mi salud o sobre mi conducta. La red de las nenas mironas con moño en las trencitas amenaza a todo argentino en todas partes. ¡Son una ineludible fatalidad!

Era una mañana radiante del mejor mes de París. Una brisa fresca removía los follajes en su plenitud. La Legación estaba embanderada. Teníamos por delante un largo programa y sentí que tenía fuerzas para afrontarlo.

El embajador Balcarce saludaba a la entrada. Elegante pero ya enfermo. Se lo respetaba como el fiel yerno de San Martín.

Una orquesta criolla tocaba chacareras y valses criollos. Servían empanadas calientes y vino de Mendoza. En el espacioso jardín los grupos variados. Todos con grandes escarapelas.

Mi propósito era hacerme ver y deslizarme. Grupos de estudiantes, militares con traje de gala, profesores universitarios. Por suerte ya había llegado Roperti y me acompañaba. En el jardín: los Aldao, los Aguirre. Con horror vi a los Moyano que seguramente se habían decidido, más de un lustro atrás, a no denunciar mi asesinato de Mme. Pichon.

Saqué alguna fuerza de mi invencible flaqueza y saludé al grupo. Las manos de los Moyano eran tan heladas como las miradas. Aldao me contó de su viaje, en junio, en el Transiberiano. Todos hablaban de política. Alberdi había tenido un triunfo postumo con la Ley Universitaria que había firmado Eduardo Wilde y con la solución inteligente de haber separado la Capital Federal de la Provincia de Buenos Aires.

—Se evitó una guerra civil —dijo Martín Aldao—. Hubiésemos vuelto al punto cero.

Anunciaron al joven Williams que iba a tocar una pieza "evocativa del paisaje argentino". Por el vestíbulo y pasando las puertas del jardín corrían ruidosas bandadas de párvulos vestidos de marinero o a la italiana, con sombreros de paja y cintas de colores. Gritaban. Williams levantó varias veces la cabeza, los estudiantes seguían hablando y discutiendo en voz alta.

El siguiente número era una pieza de Godefroid para piano y arpa ejecutada por las niñas Atucha y Aguirre. Era una lata interminable pero se entremezclaba con pasajes del Himno Nacional y la gente aplaudió a rabiar, cuando terminó.

Una de las señoras Atucha dijo que vendría D'Annunzio, que estaba invitado especialmente.

Me parecía sorprendente que estuviera toda esa gente allí. ¿Qué hacían? Hay momentos de indiscreción íntima en que lo absurdo se ve en su desnudez.

Cuatro granaderos entraron llevando la bandera y fue un delirio. Los ojos de las señoras se llenaron de lágrimas. Un destacamento de banda de la Guardia Republicana francesa arrancó con gloriosas marchas napoleónicas (estaban escalonados en las gradas del jardín de invierno). Había llegado el embajador francés en la Argentina, el señor Rouvier.

El general Mansilla, que hacía lo posible por hacerse nombrar en el lugar de Balcarce, ingresó con su espectacular chaqué celeste, con florcitas azules y blancas en el ojal y con su galera en la mano. Sin duda era la gran figura. El dandy indiscutible.

Los rastacueros entraban, ofreciendo el brazo a sus mujeres vestidas de la forma más disparatada, víctimas de la alta moda que les vendían como le *dernier cari* indispensable. Muchas de ellas como abrumadas, inseguras de lo que llevaban. Otras, inconscientes, miraban desafiante mente desde lo alto antes de bajar al jardín donde estaba el estrado.

Ellas se distinguen por cierta prepotencia sonora, que cubre la señalada inseguridad. Los porteños tienen, en general, una voz impúdica, desnuda, asertiva. No nos omiten la algarabía de sus chicos. Ellos, solemnes, con esa solemnidad que parece subirles de los bolsillos.

Antes los argentinos no se conocían. Ningún francés o europeo del común podía entender si se les decía que uno era argentino. Es como una calidad, no una nacionalidad. Hemos nacido ahora, recién, después del gobierno de Mitre. Y son los rastacueros que dan una imagen externa, no muy favorable. De la Argentina, una persona normal de Europa, sólo conoce dos palabras con prestigio

mítico: gaucho y Patagonia. Para ellos, el gaucho es una especie de bárbaro errante, un macho melancólico que surca desiertos infinitos y suele llegar a los bordes de la civilización precaria de los confines de Occidente, con un atroz pasaporte de daga, ginebra bebida de a litro y juego desmedido. Resultan algo así como restos de un ejército de Gen gis Khan en la dispara. Patagonia, desde el viaje de Darwin, es la clave de lo exótico pero desértico y vacío. Ahora se agrega un tercer término: rastacueros.

Argentina, Provincias Unidas del Río de la Plata o Confederación Argentina, son aquí expresiones carentes de todo sentido. No están relacionadas con la historia de los hombres (y tal vez haya que aceptar que esto es cierto). Los argentinos precedemos a nuestro posible origen. Partimos del cero y nos damos ancestros y leyenda histórica (para eso tenemos a don Vicente Fidel López).

Pero ahora tienen a "los argentinos", como una raza de extrañas criaturas cripta-europeas, forrados de libras esterlinas que cambian raudamente en los Bancos de Champs-Élysées. Son los rastacueros. Todo les parece comprable. Todo les parece barato. Son generalmente blancos, aunque de periferias. Reniegan de España, no quieren ser confundidos pese a sus apellidos ibéricos. Aprenden con facilidad y cierto desparpajo los idiomas; con rapidez de judío o de rumano buscavidas. Son liberales: nunca parecen amenazados por límites religiosos o éticos.

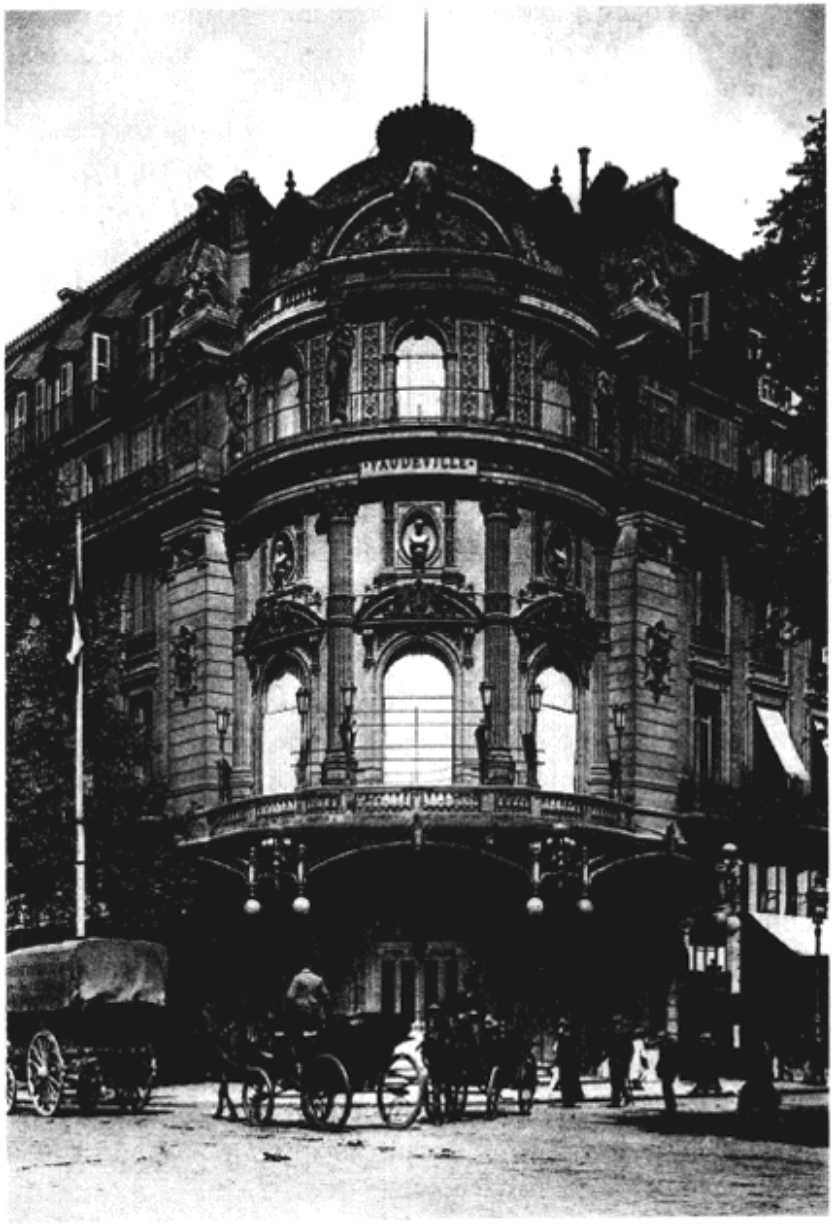
No son proclives al crimen, como los gitanos o los emigrados rusos. Aunque se dan casos de robos en las tiendas, es más bien como una travesura de infantes adultos. Originan frecuentemente trifulcas en cabarets y burdeles. Pero no por odio, para divertirse, casi como residuo del salvajismo de pulpería del gaucho. Sus mujeres se anotan en cursos en la Sorbona o en el Collège de France. Más para contarlo que para ejercer. Se ve que pronunciar los nombres y temas de la cultura europea ya es muy valorado en Buenos Aires; da prestigio.

Aquí los aceptan por sus gastos y los observan con curiosidad de entomólogo.

Estaba un poco mareado por la debilidad y la copa de vino y me senté en un ángulo de la escalera, disimulando con un gesto de juvenilidad mi casi invencible fatiga.

Se me ocurrió preguntarme si tenía algún sentimiento de envidia de la vida (porque en su Palacio están los que entran, los entregados a la danza y los que ya buscan el corredor de salida. No. Honestamente no sentía envidia. Sólo el cariño retiene, sólo el amor prevalece).

Tener que irse y envidiar a los que se quedan es falta de imaginación. Desprendí el gemelo del puño y me palpé el pulso: la agitación pasaba. Si me hubiese quedado en el hotel en ese ra diante 9 de julio, hubiese sido ceder. Le habría mostrado a la legión microbiana que arriaba la bandera.



Y allí las banderas puestas en las ventanas altas que daban al gran jardín, flameaban poderosas en el inigualable mediodía de

verano.

Había llegado D'Annunzio esperado por todos los pitucos argentinos que en su explicable esnobismo de extramuros andan desesperadamente a la caza de condes y notabilidades mundiales. D'Annunzio, amigo de Balcarce, era un ser tan esmirriado como yo pero desdichadamente petiso para su verdadera e indiscutible grandeza (a Wagner le pasaba algo parecido, es difícil atribuir grandeza a gente de menos de uno sesenta).

Después de un rato de apretones de manos, porque todos dicen conocer al famoso, se abrió camino en el jardín directamente hacia mí subiendo la escalinata de mármol. No era para mí, claro, era por Iturri que estaba conmigo y me lo presentó. D'Annunzio olía a colonia de lavanda aplicada con exageración. Su erotismo había tomado estado público e inundaba páginas. En esos días, un diario de la tarde arriesgaba que ya era amante de Sarah Bernhardt y había una foto de la diva con la mirada volcada sublimemente hacia lo alto, como en una revelación mística. D'Annunzio susurró algo a Iturri, un mensaje para alguien y se alejó saludando gentilmente a los amigos de Iturri. De Gabriel d'Yturrí, como lo había rebautizado Montesquiou.

En eso irrumpió el gran tónico. La banda de la Guardia Republicana avanzó junto a la argentina y los granaderos presentaron, con escenografía sublime, las dos banderas. Fue un delirio de aplausos. Sonó nuestro himno y se levantaron las voces argentinas entre lágrimas y notas fugadas —pero fugadas por la puerta del corazón.

Pensé que es el himno que necesitamos. Nos une en la propuesta altísima de eternizar los laureles que supimos conseguir. La música de Parera no tiene nada que ver con la queja de la vidala, con los lamentos mustios de nuestras guitarras. Si bien hay más Verdi que Wagner, es un himno que evoca la acción, el heroísmo.

Luego, a continuación, fue la Marsellesa con sus glorias de santa furia proletaria saqueando la Bastille y degollando con una nueva razón justiciera, mientras toda la gente bien de nuestra colonia renovó sus lágrimas. Los Atucha, los Anchorena, Pereda, Padilla, Aldao, los Villanueva, los Moyano. Los grandes ricos. Y hasta los rastacueros se animaban en la parte sencilla del *Marchons! Marchons!*

Son ricos de Marsellesa fácil.

Había una pequeña mesa de cristal junto a un cantero y tras de un laurel recortado. Nos ubicamos con nuestras copas ante un

formidable plato de quesos y embutidos regionales. Los chicos rodaban por el césped perdida ya toda inhibición, para emporcar sus trajes de marineros. Esperábamos a Iturri que había ido en busca de Lola Mora. Lola Mora no aguantaba las miradas desconfiadas y ambiguas de las matronas reconocidas y recomendables. Era una larga guerra secreta contra la estupidez de las mujeres (o de las "señoras") que pese al feminismo de algunas británicas y norteamericanas, feas y resentidas, más bien se disponían a entrar en el nuevo siglo de trencitas, estudiando piano y francés y aferradas al sólido escroto empresarial de sus maridos. Bastaba buscar a Lola Mora para encontrarla invariablemente en algún círculo de caballeros, diplomáticos, artistas o militares. Allí era el centro. Invirtiendo los términos del dicho, era une *femme a hommes*. Los manejaba bien, sabía qué había que decirles. Les conocía todos los resortes, los superiores y los inferiores. Como ya tenía la peor fama posible entre la gente convencional y la envidia tucumana, estaba tranquila de cotilleos y calumnias, como quien ya dobló el cabo de lo peor. Levantaba todo tipo de habladurías y el inefable Iturri nos había prometido contarnos algo sensacional que se estaba produciendo en esos días y que explicaba la presencia de Lola en París.

La guiaba Iturri y cruzaban el jardín como dos seres distintos, sabiéndose muy mirados. Iturri, imitando a su conde Robert, lucía una orquídea en el ojal y un chaqué con solapas de seda gris que destacaba el impecable pantalón celeste. Ella tenía un paso cimbreante. Era un cuerpo perfecto y casi provocadoramente sensual. Una inteligente mirada con brillo de ironía. El cabello en bucles castaños, rebeldes. Una cintura estrecha desde donde mandaba los quiebres que la hacían tremendamente atractiva. Como dicen ahora los ingleses, era sexy.

—¡Por fin la patria! —dijo al saludarnos y propuso inmediatamente un brindis con el Beaujolais. Me abrazó y su efusión me olió un poco a demagogia. Lola está acostumbra a pelear a brazo partido para hacerse pagar su lujoso tren de vida en Roma, para sus viajes y para seguir creando. Como los hombres mandan, ve en todo hombre una posibilidad de apoyo, presente o futura. Todo saludo es una inversión amable. Nos contó con mucha gracia sus peleas con las autoridades, sus ambiciones artísticas. Wilde o García Merou escribirían que es "una mujer apetitosa o pimpante". Su piel vagamente cobriza, la mirada renegrida, el cabello que mueve a su gana. Esa sensualidad propia es el secreto de su arte: pareciera que se abraza con sus héroes, con sus nereidas, con sus

caballos. Ablanda el mármol en ese ritmo sensual. Yo sentí esa atracción y estoy seguro que también Roperti. Manos largas, ligeramente húmedas, de chica tucumana vagamente palúdica que pasa de los trasudores de la cama a montarse en los caballos de mármol de sus héroes y de sus delirios. Y el cobre de la piel como un tributo a lo criollo, a Trancas, y a una infancia mordiendo caña de azúcar y poniendo tramperas para jilgueritos y tijeretas.

No habrían pasado diez minutos cuando Iturri vio que, con verdadera osadía, D'Annunzio iniciaba el cruce del jardín hacia nosotros. Advirtió a Lola y ésta se despidió con toda urgencia esfumándose hacia la salida pasando por detrás del tablado de los músicos. D'Annunzio se detuvo como el cazador desilusionado que ve huir a la cierva lejos de toda posibilidad de alcanzarla, sin animarse al ridículo de echarse a correr, aunque sólo estuviese en la Embajada Argentina. D'Annunzio era un seductor activo, un trabajador del sexo. Aunque su talento literario era indiscutido, su fama y hasta la venta de sus libros, dependían de la publicidad de sus conquistas. Bernhardt, Duse, Duncan, Berti, la Bertani, la Bertoni, la estigmatizada de Treviso, la Bella Otero y su cuñada, la hija de Falguière, las esposas de los capitanes en uso de licencia de la guarnición de Trieste, las Eugenias (la de Montijo y la otra), las poetisas melancólicas del Circolo Letterario, innumerables campesinas sorprendidas entre las parvas de la cosecha a la hora de la siesta. D'Annunzio no fallaba. Embestía envuelto en aromas de colonia, se le inyectaba en sangre la vena frontal y alargaba la mano con mirada pesadamente sostenida y lánguida. Ya en Roma había conocido a Lola Mora como discípula de Michetti y del grupo de artistas de Chieti, la provincia d'annunziana. Nada más excitante para el fauno cazador que intentarlo con esta mujer exótica, altiva, independiente, que vivía en un lujoso caserón a cuatro pasos del Palacio Real, en la baja de *via* Veneto.

Nos contó Iturri, que es el confidente de las intimidades más íntimas de Ambos Mundos, que el vate intentó filtrarse en lo de Lola después de sonar la campanilla, a la una de la mañana. Ella, incitantemente tibia de cama y con ese aroma caliente de las mujeres que emergen del lecho, enardeció al de Pescara que para evitar el portazo en las narices puso su pie delicado entre la puerta y el marco sin calcular que los brazos de la escultora están entrenados para levantar piedras de granito de hasta treinta kilos. D'Annunzio se alejó después de un grito agudo como el de los perros que en la noche fueron golpeados por algún borracho. Iturri alcanza el máximo de la gracia que lo hizo famoso. Gesticula. Con

una morisqueta hace la caricatura de D'Annunzio disimulando su renguera, reponiéndose del dolor, respirando su pañuelo inundado de Guerlain.

—Desde entonces el acoso fue cotidiano. Centenares de rosas rojas terminaron blancas por el polvillo de mármol del estudio de Lola. El poeta mandó emisarios como solemnes padrinos que buscaban el ajuste de un duelo pendiente. ¿Saben quién trajo tranquilidad y zanjó la cuestión salomónicamente, esto es en descarado beneficio propio? ¡Pues nuestro coterráneo el ex-Presidente Julio Argentino Roca, que como ustedes sabrán está en Europa! —exclamó Iturri gozando nuestras sorpresas ante sus chismes.

Entonces Iturri nos contó la relación de estrechísima amistad de la Nereida con el General. Cuando el zorro tucumano se enteró durante su visita a Roma, del asedio de aquel poeta wagneriano que había declarado que prefería vivir "un solo día de león a cien años de oveja", (un enemigo evidentemente considerable, famoso, temible), el zorro aseguró la base con una estratagema digna de su astucia: lo citó al poeta y conociendo su avidez económica le prometió una gira artística por la Argentina y Brasil. Quedaba claramente sobrentendida la condición y la renuncia que debía acompañar ese ansiado beneficio. Por otra parte, le aseguró a la no menos ávida Lola, las gestiones necesarias para impulsar la aprobación del gobierno de Tucumán de una posible estatua al recientemente fallecido Juan Bautista Alberdi. Como en todos los días y en todos los pasos de su política, el General había jugado con los intereses para conseguir el unicato del poder.

En la berlina de la Embajada que había puesto a su disposición el embajador Moreno, el tucumano zorro bajó al atardecer por la deliciosa *via* Veneto hasta los portones entreabiertos de la *palazzina* de Lola, seguramente ya vestida con los tules de la Nereida esperando a su Neptuno.

El intento de D'Annunzio hasta quedarse fracasado e inmóvil entre los canteros del jardín, había sido un último arranque, fuera de lo contratado, fuera de la razón economicista del poeta. Un impulso final.

El incontrolable esnobismo de los argentinos en plena acción. Un par de condesas que las señoras Atucha y Balcarce van presentando al grupo selecto, conmueve a toda la asistencia.

Se suceden músicas francesas de corte y van sirviendo el espectacular menú *campagnard,* con salmón, butifarras, chorizos,

jamones de Bretaña, quesos en infinitas variedades, huevos de codorniz, vinos de varias regiones, todo acompañado de crocantes panes de campo con su miga tierna, aérea, y aún tibia. Pasan nuevas fuentes de empanadas que fríen en dos enormes pailas comandadas por una mataca salteña, seguramente la cocinera criolla de Balcarce.

El río de la fiesta se había bifurcado, por un lado el tinto de Cuyo, las risas, las anécdotas juveniles, las miradas fuertes de los tenientes hacia las niñas, los profesores de barba discutiendo contra Maurras o por Jaurés o Alem. Del otro lado del jardín y ya subiendo la escalera más íntima que da a la biblioteca, iba la otra corriente, la de champagne, hacia la mesa puesta en la vasta biblioteca con canapés de caviar, *foie gras,* langostinos y presidido por una decoración laboriosa de faisanes en vuelo sobre las baterías trasudadas de los plateados baldes de champagne. Revolotea D'Annunzio, que planifica la disparatada gira por Brasil y la Argentina, cuyo presupuesto exagerado debieran solventar los Estados. ¿Sabría que Eduardo Wilde, el ministro, tiene el mayor desprecio por su arribismo? Mansilla, solemne en su narcisismo, da el brazo como si entrase para una cena de gala, a la bella condesa de Castellane. Coco de Madrazo en torno a la duquesa de Rochefoucauld, famosa porque hablando de los condes de Luynes, con quienes mantiene una añosa enemistad de salón, dijo: “Gente que no era nadie en Francia en el año mil”. (La casa de la Rochefoucauld es tenida por la más antigua de Francia.)

Los esnobismos se buscan. La Embajada argentina siempre logró acercar algunos aristócratas. También algunos artistas, el caso de Bourdelle que terminó el formidable monumento a Alvear. La Gandara, retratista de moda de la alta sociedad. Y entre ellos, Lola Mora y el músico Williams. Estaba yo muy mal, demasiado débil para flotar en la mundanidad.

Fui a saludar a Mansilla como se puede saludar a un maniquí monumental. Era cómico e interesante su esfuerzo por explicarles a la Castellane y a la duquesa que la palabra cancán no es francesa sino araucana. Las señoras reían y creían que era una *boutade.*

—Verdad. En el idioma de los indios pampas cancán quiere decir … ustedes me entienden señoras, eso que se hace pero que es tan molesto nombrar.

—*Baiser? Ficher?* —dijo la Castellane desenfadada. Y Mansilla:

—Y cancanear es deslizarse de noche por la toldería y filtrarse en una tienda para una relación secreta… En el norte a eso lo llaman “gatear”. —Las señoras reían. La Castellane, que cree que

sabe castellano, preguntó:

—Aparte de la frivolidad de Offenbach del cancán ¿cómo ve la cuestión india en su país?

Antes que Mansilla pudiese responder con su frivolidad, se acercó el despistado de Aldao con cara de preocupación.

—Veo que están hablando de lo mismo. ¡Por suerte tengo noticias frescas y un poco más tranquilizadoras! Los capitanejos de Namuncurá nunca aceptaron el arreglo con el coronel Beliste y, en efecto, se preparaban a largar un ataque en la zona de Bahía Blanca, ¡más de mil lanzas estaban preparadas!

Ni la Castellane ni la duquesa entendían bien adónde había derivado la pregunta. El viejo Mansilla estaba incómodo de que se hablase del tema y lo miraba fijo a Aldao, como para parar la imprudencia de estar hablando de malones delante de la aristocracia de Francia y del regimiento de invitadoras botellas de la Veuve Clicquot.

Cuando salía, librado de ese universo que me parecía absurdo, busqué a Roperti. Del lado del vino y de las butifarras se había improvisado una orquesta con el clarinete de la Guardia Republicana, un guitarrista de crencha engrasada y nada menos que el mamarracho de Jean Lorrain al piano, tocando la misma música de moda en Buenos Aires, que yo escuchara en lo de Laura, ejecutada por ese tal Rosendo (o el Negro Rosendo).

Era un mundo absurdo. Maravillosamente absurdo pero ese día no podía aguantarlo. Ya me parecía muy lejano, casi perdido. Y yo no me podía tener en pie.

FUE DURANTE UNA DE MIS CAMINATAS RESPIRATORIAS que me encontré en una librería de temas ocultistas, en el bulevar de Saint-Germain la portada de la revista *El Velo de Isis,* al que estaba suscripta Rita Kennedy y su grupo espiritista. En la vidriera había amuletos y libros que vigilaba un gato tan inmóvil como la esfinge de Gizah. Entré. Era un ambiente penumbroso que olía a palillos de sándalo encendido y a un profundo pis de gato. En el extremo de un mostrador había la cabeza de una mujer que atendía el local. Estaba sostenida, armada o incrustada en un sillón alto. Se intuía su pecho blando cubierto por un sacón de terciopelo negro con dijes y collares fatuos. Los pelos renegridos de la mujer rodeaban una cara fofa, muy pintada y profundamente aburrida. Al aproximarme, otro gato avanzó por el mostrador y se desperezó estirándose y bostezando descaradamente..

Traté de ser simpático. Le dije lo de Rita Kennedy y el grupo La Corona de Osiris. Con total escepticismo sus pequeñas manos pálidas y desganadas recorrieron un fichero y encontraron la ficha.

—Kennedy. Calle Las Heras 39. Tucumán. Argentina. ¿Dónde queda Tucumán? Suena por África, ¿no? Tucumán…

—No. Es en la Argentina, Sudamérica.

La mujer me miró sin salir de su perplejidad. Pero me consideró cuidadosamente, casi arriesgando levantar su cabeza para ver la calidad de mis zapatos detrás del mostrador.

—Hoy no vendrá nadie por aquí. Están reunidos todos los grandes en la *Société,* apenas doblando la esquina, en la *rué* Saint-Benoît. Vale la pena que vaya. Empezaron a las cinco, pero están todos los grandes: el doctor Encausse que llegó de Moscú, Chacornat, nuestro director, el marqués d'Alveydre, la señora Besant. Todos. Aproveche. —Y sin dudar mucho cortó un número del talonario y me lo extendió. —Son cuarenta francos. Los seis meses y el suplemento de colaboradores con la *Société*…

Era una cifra inusualmente alta. Pero no resistí a la extraña tentación. Había entrado en una gruta maloliente que desembocaba en el bulevar. Pagué y la mujer y los gatos volvieron a su sopor.

La *Société* estaba en un segundo piso maltrecho. Comprendí que era una continuación de la gruta. Nadie me pidió el billete tan caro. Pasé por un sórdido corredor y se oía la voz de un conferencista. Había un grupo de unas treinta personas de extraña apariencia. Me ubiqué en la última fila.

El orador tenía una cabeza maciza, de luchador. Completamente calvo y con una nuca con pliegues densos de bebedor de cerveza. Un cartel indicaba su nombre: Dr. Schuler. Estaba diciendo:

—…de manera que los muertos son los vivos. Los vivos creen vivir en esa ilusión que llaman realidad, fuente de goces y de atroces desengaños. La realidad esa, y lo que llaman vida, crea un fuerte hábito entre los ingenuos, de modo que lo que llaman muerte les causa tremendos disgustos. Se comprende: deseducados por la sociedad de la realidad, no pueden aceptar que la extinción es el retorno a la Casa, el nacimiento fuera del universo ilusorio, eso que los sabios hindúes llaman Maya, ilusión de realidad.

Schuler, Alfred Schuler, se refirió a sus vidas anteriores que calificó como de desdibujadas, insignificantes, imprecisas. Afirmó que sólo recordaba con claridad, nitidez y hasta con cierta alegría su reencarnación entre los años 23 y 81 de nuestra era, el siglo I, cuando había nacido en las colinas de Ostia, cerca de la capital del mundo, en una granja de pájaros, asnos y viñedos junto al mar

Tirreno. Fue un tiempo poético, extraordinariamente feliz junto a sus padres labriegos, los Scola, hasta que a los once años debió enrolarse en las legiones donde alcanzó el modesto rango de centurión, "más por mis problemas de carácter que por una buena capacidad militar que mis jefes siempre me reconocieron". Schuler participó en el arrasamiento de Jerusalem y en la destrucción del templo, bajo el mando de Tito y luego en la segunda división de Florus. Elogia el paisaje de Cesarea y describe el sufrimiento del calor, la agresividad de los leones y la sed en la agreste meseta de Judea. "Son leones de pequeño tamaño, más bien rabones, pero verdaderos engendros del demonio". Habían pasado dieciocho siglos, no obstante Schuler tuvo una palabra de nostálgico recuerdo para los decuriones a sus órdenes y por aquellas noches con sus amigos en los lupanares de Jaffo, el pequeño puerto donde se había embarcado San Pedro "para su fatal conspiración contra los dioses de la paganidad".

El secretario de la *Société,* el señor Chacornat, comunicó que habría diez minutos para una taza de café (que ya servía la misma cajera de la librería). Chacornat dijo:

—¡Quiero anunciar a nuestra distinguida audiencia que está entre nosotros el representante del Velo de Isis en la república de Tukoumán, en Sudamérica! —Me señaló y todos aplaudieron discretamente. Aquellos rostros parecieron surgidos de diferentes cavernas y reencarnaciones desdichadas. Ropas estrafalarias, como la señora Besant con su largo vestido como de pitonisa, chalecos gastados de intención señorial, y el marqués d' Alveydre, un verdadero dandy del más allá. Pero en general prevalecía el mal olor de la pobreza de suscripciones impagas. Les había ido a casi todos más bien muy mal en esta reencarnación.

La segunda parte de la intervención de Schuler estuvo dedicada a los etruscos, como el pueblo que había superado el error: las casas de piedra, las lujosas pinturas, la arquitectura de columnas refinadas y de catafalcos en mármol labrado, correspondían a lo que hoy los desdichados arqueólogos llaman "tumbas etruscas" cuando son en realidad los palacios donde los supuestos muertos gozan su paz cósmica, la vida abierta. Schuler arriesgó que "creerse en vida ha sido la eterna estupidez del hombre occidental".

Schuler contó su expedición a Cerveteri y las "tumbas" que le había mostrado el conservador del sitio, el comendador Cervetto, "un hombre víctima del error racional-positivista de estos tiempos de decadencia, de Kali-Yuga".

Cuando bajábamos la cariada escalera, me vi cómodamente

mezclado con aquella verdadera corte de milagros. Ni se me ocurrió separarme. Un hombrecillo en muletas con aliento a vino tinto me dio su tarjeta. Estaba dispuesto a dar un ciclo de conferencias en la república de Tucumán, su especialidad era "la revelación esotérica de Osiris".

Me invitaron cordialmente a participar de la comida mensual de la *Société* en una fonda o *bistrot* a unos pasos, por la rue Saint-Benoît.

Nos fuimos acomodando alrededor de una mesa de tablones con varias jarras de vino tinto, agua y paneras repletas. El secretario Chacornat me ubicó al lado del marqués y frente a él y la señora Besant, que me enviaba rápidas y escépticas miradas de estudio.

Felicité al doctor Schuler, hombre que sobrellevaba con perfecta naturalidad y convencimiento sus visiones o revelaciones interiores. Aproveché para preguntarle si en aquel tiempo, hace mil ochocientos años, se conocía en la zona de Ostia el vino de Orvieto (del que yo tenía un muy buen recuerdo). Schuler me contestó:

—No con esa denominación. Pero era muy prestigioso el vino de esa región. Era un vino fresco, popular, que llamábamos "de las colinas romanas". Un vinito modesto. Por entonces no tomábamos el vino solo, lo cargábamos con especias: clavo de olor, canela, menta y lo hacíamos más denso con una cucharada de miel.

Ya sentados a la mesa, Annie Besant nos informó que la señora Blavatsky habría querido participar en la reunión. Se estaba reponiendo de su viaje al Perú y a la ciudad solar de Cuzco, desde la que trajo increíbles revelaciones que coincidían asombrosamente con las revelaciones que los lamas del Himalaya le habían confiado, al permitirle copiar el libro primordial de la humanidad, el *Libro de Zhiang*.

Observé que no había ninguna relación de afecto. Se escuchaban atentamente entre ellos como en una reunión de académicos de lo irracional. Chacornat iba otorgando la palabra por turno y de vez en cuando lanzaba una mirada de reprimenda a alguno de los secundones que intentare intervenir.

Sin dudas la personalidad "de prestigio mundial" era el doctor Encausse (*Papus*, en el mundo de la magia) cuyo libro había sido traducido en varios idiomas. Justamente retornaba de Rusia. Para *Papus* no estaba al alcance del hombre de nuestra época descorrer el velo de Isis. Fue lo único que dijo en un tono calmo y desinteresado de hombre que navega por regiones etéreas. Pero sus palabras llevaban una clara alusión crítica a la señora Blavatsky cuyo libro de éxito mundial se titulaba inmodestamente, *Isis Develada*.

Percibí que entre aquella gente corrían sórdidos rencores y que estaban muy lejos de la armonía en el Todo primordial. Supe después que la Blavatsky y la Besant eran temidas como sátrapas asirias, capaces de la más implacable tiranía en un mundo donde prevalecían tanto las palabras espíritu y sabiduría.

Vi que en la punta pobre de la mesa, la mujer de los gatos con sus párpados azules y sus dijes mágicos mantenía una sórdida discusión susurrada con el hombrecillo de las muletas. Comprendí que era por el cobro proporcional de la cena. La mujer de los gatos daba un tiquet a medida que cobraba. Le pasé una nota al secretario Chacornat solicitándole que me permitiese, como representante de Sudamérica, hacerme cargo de la cena. Chacornat lo comunicó y hubo un intento de aplauso. Me limité a un movimiento con la cabeza.

En ese mundo disparatado, donde se privilegiaba el misterio, lo irracional; yo iba encontrando secretas verdades residuales que no encontraría por cierto en ningún curso académico de los filósofos oficiales del Collège de France.

Me habían ubicado al lado de un hombre de lujoso atuendo que me presentaron como el marqués d'Alveydre, muy considerado entre ellos por sus investigaciones sobre los Superiores Desconocidos o Maestros de Agartha.

Con la voz calma de un hombre experimentado en chocar contra las torpezas del escepticismo y de la razón lógica occidental, el marqués Saint-Yves d'Alveydre me explica que los conocimientos fundamentales para potenciar la actual mediocridad humana, se atesoran en Agartha, ciudad subterránea y secreta, en los desiertos del Gobi.

El marqués me hizo un gran elogio del “hombre que reabrió la posibilidad del conocimiento tradicional en medio de la noche racional de la modernidad”.

No intenté explicar una vez más que yo era un neófito carente de toda autoridad en esas materias. Todas mis disculpas eran tomadas como modestia y prudencia de un hombre en realidad bastante avanzado en el universo ocultista. La inocultable comodidad de dinero me creaba un aura de simpatía y aceptación.

El señor Chacornat nos llamó la atención ya que, como estaba anunciado en el cartel de la librería en el bulevar, era el orador de ese mes. El tema era: “Las fuerzas de Osiris”.

Era una larguísima evocación de la oposición o guerra entre Osiris y Seth. Como sabíamos, el mundo en que vivimos ha sido creado por el Demiurgo, un dios chapucero, de segunda. Al punto

que en el Antiguo Egipto, Seth, la deidad de la noche, de la malignidad, de la enfermedad, era el hijo legítimo, mientras que el bello y poderoso Osiris, el Ordenador, era el bastardo, el ilegítimo. ¿Qué nos puede esperar? ¿Podemos imaginar o esperar coherencia o justicia después de este absurdo comienzo en el que lo legítimo es el desierto y la noche (ámbito de Seth) y lo excepcional y marginal el día solar, el agua vivificadora del Nilo? (ámbito de Osiris).

Chacornat era implacablemente prolijo, pero sus reflexiones tenían una carga de sabiduría. Decía:

—La enfermedad y la salud son hermanas como Seth y Osiris. Un mismo camino cósmico las une. La voluntad puede transformar la fuerza de la enfermedad en vida. Éste es el secreto de los verdaderos terapeutas, lo opuesto de la pantomima occidental y de los llamados médicos. El iniciado puede controlar las fuerzas que llevan de la guerra a la paz, de la inquietud al sosiego, de la enfermedad a la cura. Brunton, nuestro amigo, me escribió desde Heliópolis, donde los avances son notables. Si Osiris es la fuerza solar vivificadora de las aguas del Nilo ¿cómo puede ocurrírsenos otra cura que la de la helioterapia del amigo Brunton? La medicina occidental, con su arrogancia de farmacéuticos y de cuchilleros titulados, es simplemente el engaño del demonio Seth para facilitarse el trabajo… ¿Cómo podemos buscar salud fuera de Râ, el Dador de Vida?

Chacornat terminó su brillante exposición invitándonos a suscribirnos al *Velo de Isis,* donde había detalles, bibliografía y artículos referidos al interesante tema.

Todos me despidieron como a un iniciado exótico. Expliqué la ubicación de la Argentina en el globo terráqueo. El hombrecito de las muletas me volvió a dar su dirección.

Annie Besant, con su expresión distante de pitonisa en funciones, me tomó las manos al despedirme y me invitó a la reunión espiritista en la semana siguiente.

—Viene especialmente desde Roma, la Rossi, será inolvidable, no falte querido amigo…

PASÉ AQUELLA SEMANA REFLEXIONANDO, prácticamente sin abandonar mi cuarto en el Meurice. Recordé algo que me dijo un joven apellidado Guenon, la semana anterior al despedirnos en la *rue* Saint-Benoît. Dijo que teníamos el privilegio de vivir el renacimiento de la revuelta contra la tiranía de la “razón occidental”, rescatando la palabra sepultada. Aquellos personajes de

las más diversas y hasta disparatadas tendencias, de algún modo dejaban un residuo de sabiduría que envidiarían los resecos filósofos de la decadencia académica y universitaria.

Por absurdo que parecieren, me di cuenta de que mis pasos respondían no sólo al azar. En Tucumán me hubiese dado vergüenza acceder a las supersticiones de Rita Kennedy y asistir a sus sesiones. En mi soledad de jugador sin resto, aquellos extraños seres de la "espiritualidad esotérica" me daban el confort de estar con gente que entraba y salía de la muerte como lo más natural. Gente que bajaba desde la muerte para saludar a sus hijos y a sus viudas. Seres que sentían que la muerte es un estado casi para preferir. Eran luchadores exóticos y bastante interesantes y divertidos de una de las sectas que, desde los orígenes del dolor humano, tratan de creer que el mal de la muerte es remisible. El más allá católico, el nirvana o "extinción búdica", el islamismo con su destino, etcétera. Y yo, que nunca habría entrado en una iglesia, entre ellos me había sentido bien. Lo confieso.

La reunión espiritista fue el martes, en Passy, el elegante barrio donde también tenían su casa los Atucha. Como había dicho la Besant al invitarme, la "reunión sería en casa de la condesa Marly". Pero se veía que el título no coincidía con el esplendor económico. Subimos por una escalera muy arruinada hasta el sexto piso. El doctor Encausse sufría su peso. Lo superé en el ascenso mientras él recuperaba aliento en el tercer descanso.

Era una noche muy especial. Con apoyo de la Sociedad Teosófica habían traído desde Roma, alojándola en el lujo del Grand Hotel, nada menos que a Marietta Rossi, la médium de más poderes en Europa (había comunicado al joven Giolitti los detalles de la batalla de Sédan, tres días antes que se librara).

La Besant recibía al lado de la condesa y facilitaba las presentaciones. Una joven sirvienta nubia y la infaltable mujer de los gatos invitaban a una copa de vino. A los concurrentes de la noche en el *bistrot* de la *rue* Saint-Benoît, se agregaban personalidades que no conocía. Uno de ellos, Édouard Schuré, era tratado con especial atención. Según me susurró d'Alveydre, era el autor de un libro decisivo, *Los Grandes Iniciados.* El doctor Encausse, con su gran personalidad, atraía a los que iban entrando. Retomó su diálogo con el marqués:

—…Pero tal vez quien salga a buscar el misterio de Agartha pretendiendo forzar sus puertas, se llevará un chasco. Usted no lo tomará a mal, pero nunca creí en ciertas aseveraciones de Csoma de Koros, especialmente cuando precisa las coordenadas geográficas de

la ciudad secreta. —Dijo *Papus* con su tono de inexorable seguridad.

—Estoy de acuerdo, estimado doctor. Ocurriría que quien salga por el camino *exclusivamente geográfico,* desafiando los desiertos del Asia Central, empezaría a ser reclamado por los insospechados paisajes y abismos internos. La topografía espiritual, como podría decirse.

—Por cierto, por cierto. No lo dudo —dijo *Papus.* El que solo vaya con botas y camellos deberá estar preparado para enfrentarse con la Puerta Interior, si es que los Superiores Desconocidos quieren…

—¡Ciertamente! Por supuesto —afirmó el marqués Saint-Yves d'Alveydre. —No podría escapar a su sabiduría, doctor. Son sólo ellos los que al fin de cuentas pueden permitirnos encontrar las Puertas de Agartha. Y seguramente durante varias generaciones no estaremos preparados para semejantes revelaciones.

—En efecto, el hombre está muy lejos de merecer el conocimiento supremo…

Una de las señoras del grupo permanente decía:

—Tenemos suerte, la Rossi está en un gran día. Yo pasé por el hotel y si bien no me recibió, porque ya estaba en concentración, la sobrina que siempre viaja con ella, me dijo que estaba inmejorable de poderes.

Hubo un revuelo en la escalera como cuando llega alguna estrella al foyer del teatro. La Rossi, nada delgada, había iniciado el ascenso por la larga escalera de la mano de sus fieles del más acá.

Era una mujer gruesa con un amplio escote descubierto y un vestido negro, con capa de lentejuelas negras. Tenía todo el aspecto de una cantante de ópera. No se le hacían preguntas. Ella tendía la mano lánguidamente, con la cabeza echada hacia atrás y los ojos entrecerrados como para evitar un contacto demasiado directo con la realidad y los afectos de la gente; hechos que le impedirían mantener el estado de concentración previa al que había llegado.

Con esa distancia respetada por todos hizo un gesto de consideración especial hacia *Papus* y Schuré. Chacornat y la duquesa la hicieron pasar llevándola de la mano como a una sublime inválida o como harían con alguien que pudiese inesperadamente volarse.

Estaba la tradicional mesa redonda, recomendada en todos los folletos de la Sociedad Espiritista y similar a la que Rita Kennedy preparaba para sus reuniones bimestrales a las que yo siempre me había negado a asistir. Había doce sillas alrededor de la mesa, y dieciocho acomodadas detrás del círculo. El resto de la gente podía

permanecer de pie en la penumbra de la sala iluminada por una lámpara colgante velada con seda azul. Gentilmente me ubicaron en el segundo círculo.

La mujer de los gatos trajo un vaso y una jarra de agua fresca que puso delante del sillón con almohadones de la Rossi.

El género establecía una penumbra intensa. Pasaban los minutos, largos, tensos. La Rossi por momentos movía los labios como balbuceando algún susurro. Su concentración era total.

Yo pensé que la Rossi era una representante de todos nosotros y que caminaba atentamente por una gran plaza, la plaza de los muertos, o tal vez por una populosa calle tan ancha como la avenida de los Campos Elíseos. Los rostros de los muertos son opacos, color ceniza (según parece que informaba la "peruana", la vidente del grupo de Rita Kennedy).

La Rossi debería estar avanzando entre decenas de muertos tan insignificantes como los vivos que estarían a esa hora caminando por Champs Élysées. Alguna vez Rita me explicó que la médium, ya en trance, se desliza más allá de toda noción "histórica" de espacio y tiempo y que, además, hay espíritus guías cuya acción es extremadamente misteriosa, que ayudan a la médium para situar los espíritus esquivos, que son la mayoría.

Pensé: ¿A quién podría evocar si tuviese coraje? ¿A Argimiro, a Facundo Quiroga, a Águeda Tejerina? ¿Cuál es el alcance geográfico de una médium?

La señora Besant, ubicada al lado de la Rossi, recibía anotaciones de nombres de difuntos que algún asistente desearía convocar. Eran como los pedidos que se hacen a un cantante. Vi la mano legionaria de Schuler con una anotación: Cayo Licimias, y pensé en algún compañero de armas de la antigua reencarnación de Schuler.

Pero no se producían resultados tangibles.

En un momento, Marietta Rossi balbuceó con ansiedad:

—¿Tú? ¿Tú? —Pero no se avanzó de allí.

La Besant le tomó la mano como para reforzarla con su propia batería metafísica. Repentinamente la Rossi habló como si hubiese dejado de flotar en el misterio y hubiera abierto la puerta del aquí con la celeridad, casi con el arrebato de quien trae una buena noticia.

—¡Doctor Schuré, doctor Schuré! ¿Está usted aquí?

—Sí, señora, aquí… —La Rossi lo miró como despertando.

—¡Margarita Albana! ¡Margarita Albana se reencarnó!

De los grupos concéntricos se levantó una exclamación de

alegría y de admiración. Schuré con los ojos llenos de lágrimas se abrazó con el marqués Saint-Yves, que estaba parado a su lado en la penumbra azul.

—¡Es un espíritu amigo, que muchos conocemos, el doctor Tevénet, varios de nosotros hemos sabido de él! ¡Él nos lo comunica!

—¡Dios mío! ¡Gracias, señor! —exclamó Schuré ante la inmensa alegría que producía aquella noticia. Mi vecino, Chacornat, me susurró que Margarita Albana Mignaty, el gran amor de Schuré, desaparecida dos años atrás, había sido el impulso para la escritura de *Los Grandes Iniciados,* su éxito mundial.

Schuré lloraba y amablemente, el marqués y otras personas, lo fueron acompañando hacia la escalera. Su compañera, su gran amor, estaba otra vez en el mundo de los humanos. En el mayor secreto y anonimato, en algún lugar de la tierra, ¡pero en vida!

Esta gente ducha en los tráficos del más allá, que solía sostener búdicamente la identidad de la vida y la muerte, se alegraba hasta la exclamación por la noticia de una reencarnación. Aquella expresión de alegría me pareció un tanto paradójica.

Cuando la sesión continuó, después del revuelo y los más insólitos comentarios, nos reubicamos en los mismos puestos. La mujer de los gatos había acercado una delicada toalla de hilo a la Rossi: tenía gotas de transpiración en el pecho y en el rostro. Bebió abundantemente agua. Como es sabido un médium en trance puede llegar a perder tres o cuatro litros de líquido.

Pasó no menos de media hora de concentración compartida, cuando empecé a sentir un incontenible ataque de sudor. No temí desmayarme porque eso se suele preanunciar en los oídos. Pese a la poca luz tenía la convicción de que empezarían a notar mi cabeza mojada. Me sequé tan discretamente como pude, pero era como la tos: cuando uno trata de contenerla, más se afirma.

Me levanté y me fui con toda la naturalidad posible, susurrando un empeño.

Ordené al cochero que se desviase por la calle Bellini. Las luces indicaban que la fiesta de los Atucha, a la que me habían invitado y que rechacé, estaba en su apogeo. Era el lado, la costa feliz de la vida con todos sus esplendores.

Volví al hotel como echado de la banalidad de los muertos, que nunca dicen nada sustancial cuando se aparecen (movidos por rencores terrenales o la nostalgia de amor). Y me había autoexcluido de la banalidad de los vivos en el fasto de las miradas sugestivas y las frases ingeniosas del gran mundo.

Era evidente que mi tiempo en París ya no tenía mucho sentido. ¿Pero dónde?

MI AMIGO ITURRI TUVO LA CAPACIDAD en esos días de total caída, de dedicarme su tiempo para levantarme el ánimo (o mejor: me hizo olvidar el desánimo paralizante) hablándome con sus ojos color café encendidos por la ironía y la admiración, del universo de ese París donde él ya era una indispensable institución. Unía los hilos más lejanos e inesperados con su duende, entre perverso y afectuoso. Adoraba ese mundo que lo había elevado del destino de sumisión provinciana y al mismo tiempo deslizaba su palabra de ironía, hasta de tristeza, ante la despiadada farsa del mismo. Iturri, d'Yturri, como lo rebautizara su famoso amigo, había sido el testigo de toda una Europa en calzoncillos, en el centro de su decadencia. Un mundo que se iba barrido por el progreso de la ciencia, de la paz, del socialismo y de la educación democrática del siglo que nace.

Pese a mi inconfesado dolor de pecho, me había hecho reír durante sus visitas al Meurice. Me trajo dos grandes informaciones: la nacional y la internacional, como él decía. Lo segundo fue la fiesta en lo de Atucha, a la que yo faltara por decidirme por el lado de los espíritus. Las carcajadas de Iturri se oían desde el comedor. Victoria había hecho viajar especialmente desde Buenos Aires al gaucho asador de su estancia, vestido con bombachas, facón, sombrero, rastra y botas con nazarenas aunque los caballos más cercanos fuesen los de la Guardia Republicana. En la más fastuosa mesa con cristalería de Murano y porcelana de Limoges, el menú escrito por calígrafo anunciaba la cena “franco-argentina”. El primer plato era un famoso pato con cerezas trufadas que preparó el viejo Senderens al que Victoria trajo de su puesto de chef en el Negresco de Niza.

El segundo plato principal anunciaba, en vez de asado, *cotes de veau* à *la mode des pampas*. El lujoso departamento de Passy, poco preparado para semejante trasgresión gastronómica, se había llenado de humo y por momentos los invitados tenían los ojos brillantes como si a alguien le hubiese ocurrido un hecho trágico. D'Annunzio la calificó como una espectacular “cena transatlántica”. Victoria pedía disculpas sin entender que lo raro y lo inesperado son la fuente del comentario del éxito. Montesquiou, cuando pasaban hacia el salón, besó la mano de Victoria y emitió su veredicto: “Todo adecuadamente blando y tibio pero un poco sanguinario”. Cuando saludó a los dos chefs, autores de ese puente gastronómico que unió los confines de Occidente con el centro,

Robert de Montesquiou, tal vez con su perversidad habitual dijo: “Es la primera vez que tengo el placer de saludar a un jenízaro, le agradezco su mano para la cocina”. Iturri me contagia las risotadas y me pone en riesgo, me duele el pecho.

Después de la cena, el conde le quiso devolver a Victoria las gentilezas e invitó a todos los concurrentes a tomar el café y los licores en su propia casa, a la vuelta, en la avenida Franklin. Iturri tuvo que agitarse y correr para preparar el servicio y especialmente el famoso dormitorio siberiano. Cuando el conde estaba con su séquito, Iturri tironeó el mecanismo que hacía caer copos de mica sobre la enorme cama en forma de trineo, sobre el gigantesco oso siberiano con sus colmillos amenazando las pantorrillas, al mismo tiempo que se oía una música de balalaica. “El señor Proust”, uno de los amigos del conde, que según Iturri es escritor tan flojo como Jean Lorrain, era el “único que estaba lo suficientemente abrigado para soportar el frío psicológico que difundía el dormitorio del conde, pues como es un asmático, siempre usa dos sobretodos y se deja uno puesto inclusive durante la cena, eso sí, con una gardenia en el ojal”.

Después me habló de las desdichas nacionales, nuestro indiscutible superhombre, Julio A. Roca.

Lola Mora fue ayudada por Iturri, según cuenta, para salvarse de la guardia militar de las hijas de Roca, que viajan con él. (Lola estaba felicísima con el apoyo del generalísimo para que le girasen el adelanto del monumento a Alberdi y le confirmasen su sueño de artista: la fuente de las nereidas). Todo iba bien hasta que Roca tuvo la ocurrencia de inventarse una fuga a Niza con su amiga, la melancólica rumana Elena, ese gran amor sereno con el que piensa pasar sus próximos años, pese a la intransigencia de las hijas. Y a todo eso, recibió la noticia del viaje inesperado de Guillermina, su apasionado amor prohibido pero no imposible ni irrealizado, que se precipitaba hacia Niza para verlo. Fue Iturri, divirtiéndose con su compinche, la escultora, que trazaron la estrategia para salvar a Roca de su primera y única derrota. Hablaron con otro cómplice de correrías, con el coronel Gramajo, y desviaron a la pobre Elena hacia Menton con la excusa de que el viaje del ex Presidente era oficial. Falsificaron con Lola un telegrama para que el general pudiera demostrar a sus iracundas hijas que el viaje a Niza era una celebración del Regimiento 14 de Coraceros de Marsella. Y todo terminó en el lujoso *wagon lit*, que llevó en una noche memorable al general y a la sensual escultora.

Ésas eran las últimas noticias del mundo occidental. Cuando Iturri salió de la habitación me sentí tremendamente solo. Comprendí que su bondad y disponibilidad correspondían a una noble calidad de espíritu.

Ese *tout Paris,* creído de ser el centro del mundo, dominado por chismes y travesuras de maricas y aventureros. El París de las maledicencias entre políticos, escritores y periodistas ávidos. El París donde un escritor como Alphonse Daudet puede ser considerado un genio de las letras mundiales y donde un académico con su uniforme verde renacuajo puede realmente creerse inmortal.

¿Podía haber algo más claro que la fuga de Rimbaud hacia los desiertos más desolados del mundo?

VAMOS AVER A VERLAINE, con Iturri. Levantamos a Roperti que nos esperaba del lado de Châtelet y subimos hacia el Panteón.

Iturri se acuerda todavía de la profesora Malbec. Le cuento que ella prepara una monografía sobre Verlaine y su reciente viraje al cristianismo (*Verlaine ¿un místico encubierto?)*.

—Es el lirismo más puro y delicado de Francia y tal vez de toda la literatura europea — arriesga Roperti.

Roperti recita e Iturri hace una especie de contracanto:

Yo no sé por qué
Mi espíritu amargo
Con el ala inquieta y loca
Vuela sobre el mar…

E Iturri, como respondiendo con voz de flauta bajo sedas:

Qué has hecho, tú, aquí
llorando sin consuelo
Di, qué has hecho, tú, aquí
De tu juventud perdida?

—*¿Sagesse?* —digo—. Ése es el libro en el que la Malbec cree descubrir una clara apertura cristiana, espiritual.

Iturri se ríe. Era como si supiese algo que pronto descubriríamos. Cambió de tema:

—Pero ¿por qué Rimbaud? Le aseguro, don Felipe, Felipe, que no entiendo bien el motivo. ¿Para qué quiere usted encontrarlo? Aquí en París se hizo fama de bruto intratable. Verlaine estuvo preso por él. No me diga que son habladurías… Estuvo sentenciado por causa de él, aunque a usted le cueste creerlo.

—Rimbaud está prófugo, me dijo alguien, por un tráfico de armas y de esclavos…

—¿Es posible? En este chismerío de París se dice cualquier cosa. ¡Hasta dónde prevalece la envidia literaria!

Cruzamos la isla Saint-Louis desde el puerto Des Gobelins, donde los carreros bajan al Sena para refrescar los animales y lavar las chatas embarradas. Subimos por la calle del Cardenal Lemoine hacia la montaña de Santa Genoveva y la mal afamada aldehuela o república subversiva de la Contrescarpe, criadero de los *communards.* Estaba llena de vagabundos y de herreros y carpinteros que trabajaron en las puertas de sus viviendas. Allí embocamos justamente la calle que homenajea al claro y racional Descartes, hasta la irracional morada del número 18. Golpeamos varias veces, nadie respondió. Había una puerta entreabierta hacia un espacio oscuro. Seguimos batiendo las manos. De lo alto se oían gritos de una discusión ruin de dos mujeres. No nos atrevíamos a entrar, Iturri trataba de asomarse. Senos aproximó un sujeto conlacara estucada, chaqueta con vivos, pantalón bombilla y galera gris perla ladeada. Tenía unos aparatosos bigotes engominados en forma de manubrio.

—¿Quieren ver al Maestro? Enseguida, caballeros. Son muchos los extranjeros que preguntan por él. No sé si les interesa comprar como recuerdo un cortaplumas que él usó por años y que me regaló. Cinco francos. — Y nos mostró una na-vajita de las que se usaban para despuntar las antiguas plumas. Iturri nos apartó. Era el rufián de la Krantz, la actual esposa del Maestro. Tiene el sobrenombre de Iturbide. La feroz gritería seguía. Iturbide desde la vereda del callejón lanzó un tremendo chiflido hacia los altos y a poco se oyeron unos zuecos de madera que golpeaban escandalosamente una escalera de madera retumbante. Y siempre los gritos terribles.

—*Mouton,* ¡termínalo ya! — ordenó Iturbide.

Después supimos que “Cordero” era el sobrenombre de la Krantz. La otra mujer, una ex prostituta cincuentona, también convivía allí y se llamaba Philomène Boudin, la Boudin.

La atroz Krantz, con los pelos rojizos enmarañados, pareció caer de la escalera a la calle, siempre insultando a la otra. Era una furia. Zamarreó a Iturbide y le dijo:

—¡Más de una vez te dije que sólo yo vendo los recuerdos del Maestro!

Recién entonces reconoció a Iturri, que era amigo de Verlaine y que varias veces había traído un sobre con ayuda.

—Oh, señor d'Yturrí, discúlpeme. El Maestro ya lo recibe.

Adelante, adelante, caballeros.

La puerta ahora abierta permitía ver. Era un ambiente casi vacío con un banco de plaza contra la pared y una destartalada mesa. Contra el muro sucio y descascarado estaba Verlaine, ante el tintero y unas cuartillas. A su derecha una jarra con vino y un vaso. Estaba en camiseta, con los hombros desnudos. Calvo, abotagado, macerado por los cuatro jinetes de su Apocalipsis buscada: sífilis, cirrosis alcohólica, diabetes e hipertrofia cardíaca. Sus ojos se habían alargado como los de un mongoloide oriental y tenían el insano brillo del ebrio pero su mirada carecía de precisión, sólo vería un plano general, indistinto.

A su derecha, como única decoración de ese ambiente con piso de ladrillos rotos, colgaba de la pared el retrato al óleo de su padre, el capitán Verlaine, con uniforme de gala con las charreteras cagadas por las moscas. Se notaban en la tela varias estocadas que le diera borracho, con la punta metálica del bastón, buscándole el corazón o los ojos, y con los dos disparos que revolucionaron una vez al barrio, según me susurra Iturri (allí, el señor *d'Yturrí)*.

Se ve que la Krantz le organizaba esas especies de shows culturales, porque hasta que no ubicó en su niebla a Iturri, Verlaine dispuso un par de cuartillas y tomó la pluma.

A todo esto recrudeció el griterío y los insultos en la escalera de madera entre Philomène y la Krantz. Verlaine abrazó a Iturri y tomó el sobre con los cien francos que éste le pasó en nombre de Robert de Montesquiou. Hasta buscó la mano enjoyada del tucumano como para besarla.

—¡Maestro! Por favor. El conde me solicitó que le diga que votó por usted para el título de Príncipe de los Poetas… —Luego Iturri le sirvió un poco de vino de la jarra y trató de hacerse oír hablándole al oído. Hasta ese momento Verlaine había sido una masa inerte, más que adiposa, inflada, en cuyo centro se sostenía esa cabeza un poco caída, desprovista de toda voluntad. Algo dijo Iturri que lo recorrería como esas corrientes eléctricas que experimentan en la Salpétriére con los locos. Se levantó como una mole enfurecida, estaba en camiseta y unos calzoncillos grises que le llegaban hasta la rodilla, empujó a Iturri que fue a dar contra la escalera, y gritaba:

—¡Rimbaud! ¡Maldito hijo de puta! Rimbaud, el traidor. ¡Maldito puto, borracho! ¡Pagué con años de cárcel su infame delación! ¡Provocarme así! ¿Dónde está esa carroña que viene a hablarme de semejante degenerado? Esa grosella mal parida…

Casi tumbó la mesa. Volcó el vino y se abalanzó hacia mí. Me levantó de las solapas y me apretó contra la pared. La Cordero, la

Krantz, apareció batiendo sus zuecos y saltó sobre Iturri gritando:

—¡Atacan al Maestro! ¡Socorro! ¡Iturbide! ¡Iturbide!

Creí que Verlaine estaba a punto de quebrar mi frágil costillar. No había palabra que se le pudiera decir. Los ojos almendrados del bruto se habían puesto rojos de ira. Iturri y Roperti trataban de tironearlo de la camiseta.

—¡Qué burla! ¡Qué provocación! Pedirme a mí que le indique dónde está ese maldito hijo de puta, esa carroña mundial. ¡Los perros son liberales! ¡Los perros son liberales! ¡Y usted, roñoso meteco!

Apareció Iturbide con una tremenda navaja sevillana. Pero se veía que tanto él como la Cordero se habían dado cuenta de que maltratar al amigo de Iturri —y del conde, seguramente— era tan suicida como pegarle un tiro a la gallina de los huevos de oro. De modo que cambiaron de objetivo y en medio de una gritería abominable empujaron a Verlaine, el Príncipe de los Poetas, hasta liberarme. (Me sentí francamente feliz de que a pesar de mi estado, hubiese podido resistir la presión de las manazas de ese Sileno que años atrás casi matara a golpes a su mujer, Matilde, y arrojara por la escalera a su propia criatura de dos años).

Verlaine sollozaba y lanzaba gritos femeninos, atiplados, evocando obscenidades dirigidas a Rimbaud.

—Yo, ¡la virgen loca! ¡La virgen loca! ¡Ah, cuánta maldad, cuánta infamia!

Nos deslizamos del antro como pudimos, la berlina nos esperaba en el extremo del callejón. Iturri estaba blanco. Roperti y yo nos reíamos, aquello era un grotesco triste, pero extremo.

Roperti llevaba en un sobre el libro del Maestro, *Sabiduría,* que debía haberle dedicado a nuestra solicitud a la profesora del Normal, la señorita Malbec, que veía en esa reciente obra la prueba irrefutable del viraje de Verlaine hacia la iluminación cristiana.

OCURRIÓ ENTONCES ALGO IMPENSABLE para quien empieza a creerse libre de su enemigo. Me sentía relativamente bien. Regresé de mi caminata respiratoria y había almorzado una simple tortilla en el bar inglés del hotel. Cuando llegué a mi corredor avanzando hacia mi habitación, la 216, simplemente me desmayé. Sentí un mareo súbito y que, con cierta curiosa suavidad, “me deslizaba hacia el suelo”. Al recordarme, pensé que tenía que haber sido como una levita con forro de seda que el mucamo lleva por el corredor y se desculga repentinamente de la percha.

Supe al volver en mí (por lo menos mi conciencia volvió hacia mí) que, en efecto, un mucamo que pasaba alcanzó a tomarme cuando ya tocaba el piso alfombrado con mi cabeza. Me alzó como se puede levantar un abrigo y me llevó al cuarto. Allí, con el administrador, me metieron en la cama.

Había sido una emboscada habilísima del enemigo. Cuando me sentía en franca mejoría, salió de sus cavernas y atacó con éxito.

Me había logrado demostrar que todas mis ilusiones eran falsas esperanzas. No se habían producido vómitos repulsivos como los del gran ataque del 12 de abril. Pero mi debilidad era total (tal vez con las fuerzas justas para entrar caminando con un mínimo de dignidad hasta una de las tumbas del cementerio de Montparnasse o el de Passy, más elegante y más cercano).

La tos no había sido más que la anormal de siempre. No tuve más fiebre que la habitual ni mayores trasudores. Desde hacía veinte días no había encontrado sangre en mi almohada.

Las legiones bacilares se habían organizado con otra táctica. El ataque, con la espectacular caída en el corredor, me ponía en evidencia ante la dirección del hotel. No era de extrañar que se apareciese el doctor Mann, y en su inflexibilidad prusiana, se decidiese por una internación obligatoria (puede recurrir a la fuerza policial cuando hay presunción cierta de contagio o cuando según los síntomas, se trata de *esa enfermedad)*.

Pasé veinticuatro horas temiendo los pasos delante de mi puerta. Me repuse comiendo a pesar de mi casi invencible desgano. Para ganar tiempo y disipar las sospechas del Director, pedí la berlina para el mediodía siguiente.

Me costó mucho vestirme sin marearme. Un solo día en la cama me postra y debilita como toda una semana antes. No tengo aliento. Respiro por secretas branquias que se me deben haber abierto en la laringe (nuestro ancestro el anfibio).

Me hice llevar al hospital Cochin del lado de Montparnasse.

Era la gran decisión. El cochero ubicó la berlina delante del portal del pabellón de “Infecciosas”. Yo me acomodé en los almohadones sin decidirme.

Apenas a un paso estaba la legión de hombres de blanco para llevarme a través de los corredores de azulejos de lechería, hacia el depósito de los desesperantes, de los terminales (estacionados hasta que terminen).

Pensé también en tomar el tren a Suiza y buscar a Settembrini en Davos. Pensé en precipitarme a la Embajada y contarle al sabio y sosegado Balcarce mi situación. Después me cansé de pensar y me

quedé con los ojos entrecerrados, mullidamente abandonado. Todas las soluciones eran brillantes ocurrencias para ceder a la catástrofe, pero sin solucionarla. Estaba en un punto sin salida.

Se me antojó que la Rossi, que todavía estaba en París, podría recibir mi recién llegado espíritu y mandarme por vía astral a Tucumán. Yo caería en la mesa redonda del comedor de Rita Kennedy en la reunión de los primeros viernes de cada mes.

—¡Felipe, Felipe Segundo! ¡Eres tú! Manifiéstate. ¡Desplaza la copa en señal de tu presencia!

Y yo mudo, inhábil, advenedizo desde el aburrimiento, desde el más allá al del acá, en Tucumán. No sabiendo cómo mover la copa. No sabiendo qué decir, como les pasa a todos los aparecidos, que son unos pelmazos más que tontos en vida. Y la médium del grupo Kennedy, la peruana, con sus pelos negros desordenados, tendiendo la mano hacia lo alto. Y esos dedos inalcanzables, como la inalcanzable sortija de la calesita de nuestra infancia, que uno manotea y manotea en cada vuelta sin apretar otra cosa que aire, que Nada…

Pensé que tal vez Malte Brigge se había entregado a la "muerte general" pese a su perorata admirable. Imaginé que quizás estaba tendido detrás de los vidrios azules del Cochin, en una cama de la gran sala de terminales (donde cada muerte es breve, anunciada, al punto que las hermanas que intuyen la muerte desde que tienen un pie siempre en el más allá, la ven llegar y rodean al que se va sin despedirse, con un biombo de tela blanca, fácilmente transportable, con huellas de manos en el metal del borde. Huellas de mucha muerte).

Pero no: Malte debe de haber zafado y habrá alcanzado las estupendas campiñas de Dinamarca en mayo. Y lo habrán saludado los perros de la granja de Rungsted como saludaron al hijo pródigo en su retorno.

¡A la mierda con el hospital Cochin y su neumotorax o pulmotórax último modelo!

Me erguí y ordené al cochero volver al hotel. Fue el momento en que estuve a punto de entregarme al sistema de la muerte sensata, ya sin evasivas ni esperas de milagros.

La semana pasada, cuando volvía de mi caminata matinal, se produjo un incidente que fue decisivo para no demorar mis decisiones. Me detuve en el vestíbulo del Meurice. Tazio, el niño de la familia polaca que se aloja desde hace por lo menos un mes en el hotel, y con cuya madre ya nos saludamos cuando nos cruzamos en algún salón, se precipitó hacia mí, abandonando el grupo de sus

hermanitas. La gobernanta vió con horror que el niño pudiese llegar hasta mí y corrió desaforadamente para impedírselo. El chico pataleaba y la gobernanta polaca, con su cara roja de cosechadora de papas, intentó dirigirme una mirada disimuladora.

La estadía en el hotel no podía prorrogarse. Intentaría mi plan final. Mandaría un mensaje a Roperti para concretar "la persecución del fugitivo". La sombra de Rimbaud me impulsaría para un nuevo movimiento en la partida de ajedrez…

Recordé la frase de Chacornat en su charla: "La salud es tan inesperada como la irrupción de la enfermedad. Cuando Osiris se empeña, las huestes diabólicas de Seth retroceden. Nadie puede prever el extraño juego del mundo".

FUERON DÍAS DE ESPANTOSAS TORMENTAS. Un viento inexplicable para la estación azotaba los árboles de las Tullerías. (Elegantes, débiles en medio de la granza del paseo, como adolescentes de buena sangre maltratados por la intemperie).

El cochero iba cubierto por un impermeable de hule y sólo sus ojos se guiaban en la borrasca que acabó en una semana con el recuerdo del verano y el incipiente otoño. Se temió un desbordamiento del Sena. Era evidente que los vapores, el gas y los combustibles del confort moderno estaban cambiando peligrosamente el clima. Me hice llevar hasta el Quai des Célestins, frente a la isla Saint-Louis, a ese lugar donde habitualmente bañaban las muías y los percherones los carreros que alcanzaban París, desde l'Este. Allí, desde el acogedor interior de la berlina, y a través del cristal empañado, veía el Sena encrespado como un lago a punto de desbordarse. Las ráfagas de la noche habían tumbado implacablemente un árbol añoso que la corriente pugnaba por arrastrar.

Por la tarde resolví salir hacia los grandes bulevares, sabiendo que otro ataque en el hotel podría serme de extremo peligro. Prácticamente estaba ya "descubierto" como un enfermo escapado del sistema clínico obligatorio. Era un rebelde. Una especie de espía del mundo de los enfermos deslizado entre la gente feliz y saludable del *tourisme*.

Han pasado estos meses de no tiempo, de no espera, de no desesperación. Meses de perplejidad. Mi impaciencia se revela de la forma más inesperada, contra el clima de este otoño que irrumpió con lluvias granizadas, luego más lluvia y lluvia fuerte. Me harté de protegerme de las agujas del frío húmedo. Despedí al cochero y

caminé. Abrí la garganta hasta exponer mis pulmones (soy optimista) y respiro a fondo el aire malsano de París que huele a hulla, a relente de *pissoir*, a deshilachadas ráfagas del perfume de la puta que hace el *trottoir*. Me inundé de aire malsano. Alguien que me mirase de lejos me tomaría por loco. Boqueando como un pez, de levita y bastón, por el Boulevard des Italiens. ¡Realmente!

Tenía razón Julio Víctor: Ir a París no tenía sentido. ¿Pero cómo explicar algo que disimule la realidad de mi plan? Julio Víctor no tuvo otra posibilidad que darme la razón.

El agua moja las bocamangas; me resuelvo por esquivar charcos. Es el agua pisoteada, vejada, de la gran ciudad. La paloma aterida en la cornisa. El escolar que vuelve agobiado por su cartera de libros, el empleadillo que mira a la dactilógrafa bajo la marquesina del teatro de vaudeville donde estamos agrupados como ganado a la espera que escampe.

Esa tarde todo me pareció infinitamente triste. Los chimentos de Jean Lorrain, los rastacueros argentinos, la mezquindad de los franceses intoxicados de ideas pobres (en la vidriera o en el desván, no en la vida). Me pareció o sentí, que todo se desmoronaba en la incoherencia y en el tedio más baudelaireano.

Harto de la ridicula Sarah Bernhardt y de sus excentricidades de trepadora, de ese repulsivo Verlaine llorando de amor, ebrio, con la mancha color borravino de su camiseta vomitada. Harto de ese poeta de pelo blanco transformado en solemne Aconcagua de la poesía mundial; de ese talentoso Proust, conocido de los Atucha, que según Iturri donó los muebles heredados por su abuela para poner un burdel para maricas en la *rue* de L'Arcade, donde a veces se entretiene torturando ratas que atraviesa con agujas de tejer. Harto del revoloteo chismoso y del Iturri con su culo redondo y su lunar de cultivo. Harto de mi vagabundeo, de la fingida espera.

Esa tarde todo era decadencia y en esa hora, yo estaba hundido en ella, refugiándome del aguacero en la marquesina del teatro junto al empleado que olía a nicotina y a la mecanógrafa con el pajarito del sombrero doblado por el agua. Comprendí que Rimbaud había tenido la misma visión que yo estaba teniendo en esa hora. Tal vez él había estado mirando la lluvia por la ventana de su aula de colegio mientras Izambard hablaba de Homero y la hora era una serpiente lentísima reptando entre los zapatos. El repulsivo reptil de la existencia.

La visión clara, terminante de la decadencia y del hastío. Y la sensación insoportable de querer sacudirse de esa decadencia. De no tranzar más.

Caminé veinte pasos empapándome el pelo casi con coraje, y entré — otra vez— en una agencia de turismo, como aquella de la calle 25 de Mayo en aquel mal día en Buenos Aires…

Era la Cie. Française de Tourisme. Me quité el perramus y antes de acercarme al mostrador eché suerte entre los afiches que prometían más calor y violencia tropical: el que invitaba a la isla secreta de Bali y a la jungla de Malasia. El afiche que creía haber ya visto en la agencia en Buenos Aires: el del negro con un fez que mira el *steamer* de la Batavier Line entrando por el Nilo. Me dije que por fin estaba en las puertas de Alejandría y de El Cairo.

El empleado me miró con la desconfianza con que se mira a un estafador en fuga:

—¿Partidas en esta semana? Las reservas para los tours se toman por lo menos con un mes de antelación…

—No hablé de ningún tour — le dije —. Detesto el turismo como la forma más idiota del viaje. Quiero un pasaje, en primera de lujo, a Alejandría.

Fui perentorio. Se puso a trabajar con el jefe. Exigí la primera partida disponible. Esperé ante el mapa del Mediterráneo que cubría media pared. Miré los promisorios espacios amarillos de los desiertos, desde el Atlántico, la interrupción del collar de los montes Atlas y luego el vacío amplio, sano, lunar del Sahara hasta que toca la vena verde del Nilo. Después el Mar Rojo y antes de la curva el índico. El cuerno del África. Abisinia. Eritrea. Somalia. La garantía de lentitud y barbarie de Sudán.

—¿Ida y vuelta? — me preguntó el empleadillo con la antipatía del francés ante la posibilidad de lo improvisado o irracional (lo toman como algo personal, como insolencia). Me quedé pensando. Se repetía la pregunta.

— Mire, me es absolutamente indiferente. Que sea con vuelta a definir, si lo prefiere… Con hoteles pagos.

Me observó comprobando, por fin, que era una fuga y que debía de estar enfrentado con la autoridad francesa. Pese a esto no tuvo problemas éticos cuando abrí la chequera y pagué contra el Crédit Lyonnais de Francia una suma que equivalía a varios de sus meses de mostrador.

En realidad yo iba detrás de ese escurridizo Rimbaud que había crecido veinte centímetros en un mes — según su profesor Izambard — cuando descubrió que estábamos en el infierno de la decadencia.

Y había lanzado ese grito pagano que estábamos esperando, en el desierto de lo que llamamos la vida organizada. *Liberté-égalité-fraternité.*

TERCERA PARTE

LAS DOS RIBERAS

HOY ES EL 24 DE FEBRERO DE 1929. Aguanto como es posible el tremendo calor del verano tucumano. Las persianas entornadas impiden la resolana y dejan pasar un amago de corrientes de aire. Silencio de siesta. Es la hora en que escribo mis artículos para *La Gaceta.* Justamente preparo uno para el suplemento dominical sobre *Arturo* Rimbaud y su compromiso social. Lo hago con toda intención, para provocar un poco a ese diario burgués que apenas me tolera y para mofarme de ese obispo literario de Claudel que en Francia acaba de sacralizar a Rimbaud como "un místico en estado salvaje". Ahora es famoso y genial. La derecha y el sistema cultural se adueñan de ese *communard* visionario. Barbusse demostró cabalmente que estuvo en los sangrientos levantamientos de París del 71, y que si no fue preso o fusilado, se debió a que era un imberbe, un insolente adolescente escapado de la casa de su madre en Charleville, adonde lo devolvió la policía minoril.

Esta reflexión sobre Rimbaud y el ocio de la siesta me impulsaron a deslizarme desde el banco de mi escritorio hacia el último cajón de la biblioteca. Revolví hasta dar, allá en el fondo, con el paquete descolorido por el tiempo, atado con un piolín ya quebradizo, en el que Felipe Segundo había anotado hace treinta años: *A mi sobrino Julio Víctor, confidencial.*

El paquete se lo había entregado a Roperti, o a Iturri, tal vez pensando que moriría en el mar. Y ya eran más de tres décadas que yo no reabría ese bulto que mi tío me legó, con la sugerencia irónica de que algún día lo transforme en novela (todavía me creería poeta o novelista en ciernes). En realidad sólo escribo diatribas para publicaciones políticas o algunos artículos con el riesgo de ganarme el mote de resentido. Intenté unos pocos cuentos infectados por la voluntad política de querer redimir la pobreza o el sufrimiento de los de abajo. También intenté unos pocos poemas que los verdaderos escritores escucharon con el gesto inconfundible de quien quiere pescar algún verso admirable para poder elogiar al

amigo inválido. (Yo sé lo que piensan de mi literatura María Consuelo, Raúl, Estela, Víctor o Nicandro aunque me llamen “el rey de la Carpa”).

Felipe Segundo, que nunca se creyó más que un lector interesado, en ese paquete azulado logró dejar más vida y más muerte que muchos de mis amigos profesionales de la pluma. Sobre todo esa guerra privada suya contra la muerte. Su vida se hubiese esfumado en el viento del olvido que nos lleva a todos, porque todo lo que no termina en libro, desaparece.

Su vida, y su lucha excepcional, están todavía en ese paquete azul, inexplicablemente salvado de la reforma y pintura de esta sala hace diez años.

Y cuando empiezo a releer su caligrafía cuidada, como hice en estas siestas, aparece como Aladino de la lámpara, con su perfil de elegante al borde de la escualidez, con su bastón de Malaca, la galera y esa flor en el ojal provista por Paganelli para aquella foto que en su tiempo dio lugar a las habladurías de este pueblo ocioso.

Todo era coherente en el relato de Felipe hasta cuando se embarca en el *Amazone* rumbo a Egipto. Se ve que ya pasaba muy malos momentos y le costaba sostener la pluma o sostenerse en razón. A veces su relato es detallado y cronológico, después los saltos y las síntesis lo van ganando. Empieza a dejar jirones de frases como indicaciones urgentes, para completar en un mejor momento. Hace treinta años yo había leído, al pasar, otros papeles finales que me parecieron una apostilla. Ahora me fui metiendo en ellos, como invitado a buscar la coherencia de aquel curioso desenlace.

Pasa el heladero que ofrece achilata por dos cobres. Hay una trifulca en la palmera del fondo. La casa, bajo el solazo de las dos de la tarde, bien podría estar en El Cairo.

Felipe Segundo cuenta que la Compagnie Française de Tourisme lo depositó en el hotel Cecil de Alejandría.

“La noche con su brisa azul, marina. Las luces del gran puerto del adiós imperial de Cleopatra. Trifulcas de marineros cerca del espacio vacío de la antigua biblioteca saqueada e incendiada. Midan Saad, en la sombra de la costanera las prostitutas tan decadentes y silenciosas como esa Alejandría vencida de tanta vida exagerada. Policías desarrapados que solicitan su parte de rufianes. Cerrando la bahía, el fuerte y la punta Silsileh”.

Pero Felipe no tiene fuerzas para gozar esa noche calma. “Debería declararme sin más vueltas que me cuesta levantarme del

sillón. Que estoy en agonía. El problema ya no es la levita que resbala de la percha, sino que la percha trata de desembarazarse definitivamente de la levita. Antes de desembarcar me miré en los incesantes espejos enfrentados del baño del camarote del barco, preparado para barrocas lunas de miel. Nunca tuve buena opinión de mi cuerpo, pero lo que vi me pareció escandaloso. Se imponía cubrirlo lo antes posible, con toallas (de Primera) o con mortaja. Parezco siempre de perfil. Mi cara: un triángulo pálido que termina en una barbita insignificante. Ni peso ni temperatura. Mi fiebre al atardecer es como una jactancia. Sin cuerpo creíble que la sustente, mi ropa no me *personifica.* Es como esa ropa fina de la liquidación de diciembre en el Bon Marché".

Roperti, que demuestra en el largo relato una lealtad a toda prueba, le organizó el encuentro con los dos exploradores franceses de Beaucé y Borelli, de la Sociedad Geográfica. Lo logró por su amistad con el cónsul de Francia en Alejandría, Monsieur Pombal.

"Estamos en el bar inglés del Cecil y no sé qué responder a de Beaucé: ¿Por qué quiere usted relacionarse con Rimbaud? Tengo que improvisar una claridad de propósitos que no tengo. Son dos hombres concretos, dos atletas, dos hombres de acción. Yo soy un probado hombre de inacción. Dice de Beaucé:

—Sé que hay gente de París que se interesa por él. Parece que no es, o no era tan mal escritor. No sería la primera vez que lo buscan por este motivo…

"De Beaucé y Borelli me miran. Cuando uno no sabe qué decir, es mejor inclinarse por la verdad, aunque desconcierte:

—Tengo la convicción de que es una especie de mutante. Está como movido por una fuerza nueva.

"De Beaucé me observa, Borelli esboza una sonrisa (pasó tres meses con Rimbaud en la meseta, en el invierno pasado). Es realmente incómodo y hasta ridículo buscar a alguien, incluso viajando, y no poder explicar el motivo.

"De Beaucé suda saludablemente. Parece que es un día de tremendo calor. Pide una limonada con granizado de hielo. Ni él ni Borelli saben nada del otro Rimbaud. No podrían entenderme. Sin embargo les digo:

—Una extraña fuerza, pero no ideológica o religiosamente previsible. La violencia de una rebelión existencial. Es alguien que a los diecisiete años se alza contra toda la cultura de Occidente. A los diecisiete años. Como un estallido espiritual en el silencio de un cementerio. Un bárbaro ejemplar. Liberador. El único… A los diecisiete años.

“Me miran los dos. Pero por suerte de Beaucé ya se entrega a su limonada. Es una especie de espadachín de tiempos nobles y heroicos de una Francia de mosqueteros que sólo se pueden reencontrar en el heroísmo de la exploración arqueológica. Alto, imponente, múltiple, acompañó a Maximiliano y Carlota en la aventura imperial en México, buscó ciudades soterradas en Siria, vivió la Italia de Stendhal. Su presentación lleva un tiempo que juzga indispensable. Verlo beber es un espectáculo envidiable, ennoblece la sed. Me recordó al alazán de Piacentini en el corralón del barrio porteño de la Batería (*correspondences*). Y desde su sed me doy cuenta, con lógica inquietud, que no siento el calor que motiva las pujas de todo el bar. Sé que las palmas de mis manos y mis pies están fríos. Sé que antes de no dar sombra uno sabe que está frío.

“Borelli cuenta que compartió un largo viaje por la región de Harar con Rimbaud. Despliega el mapa donde está escrito Expedición Borelli. Señala Harar. Es un punto perdido entre sierras resecas. Es la ciudad donde el Ras Makonnen recibe por las noches las llaves del candado del portal de ingreso para que no entren los leones cebados con la carne de los bandidos. En el silencio nocturno, enormes jaurías de perros abominables devoran a los muertos y combaten entre sí. Son el cementerio móvil de esos desiertos de espanto”.

“Ambos exploradores aprecian a Rimbaud. No están seguros de yo no sea un policía que investiga algún inconfesado crimen del poeta renegado, algún gran tráfico delictivo. Corren muchas calumnias sobre él. Pero Borelli atestigua su honestidad. Cuenta de qué modo cumplió con sus mandantes y asociados. Savauré, Bardey, Labatut. Sobre todo Labatut que murió trágicamente y a cuya viuda le pagó la mitad de una suma que nunca habían recibido. Borelli no cree que Rimbaud haya organizado la piratería costera en el Mar Rojo ni que haya traficado en la venta de esclavos.

—Ése es el único negocio claro y redituable, el tráfico de armas y de marfil ya no enriquece a nadie. — Dice Borelli. De Beaucé define a Rimbaud:

—Yo no entiendo muy bien su objetivo en relación con este extraño personaje, pero le diría que es uno de esos hombres que se quedaron entre dos aguas: demasiado honesto para hacer carrera como delincuente. Y por otra parte, se ve que no le queda la posibilidad de retornar al redil de la gente honesta, al mundo de los burgueses… Es como si alguna vez hubiera decidido transformarse en algo así como un criminal y que por un prurito, diría, aristocrático, por una recóndita delicadeza se quedó, como dije, a mitad de camino…

—Carece de ese mínimo de inmoralidad convencional para prosperar como comerciante en esas regiones salvajes. — Dijo cáusticamente Borelli. — Es un inclasificable… Yo tampoco sé cuál es su misión, que presumo oficial, pero hemos vivido en la soledad de aquellas mesetas varias semanas y le puedo decir: es un ser inaproximable, pero indudablemente honesto.

”Entonces de Beaucé, como al pasar, me dice algo que me parece increíble y me quita de mi fatiga:

— Nosotros estuvimos con él en El Cairo hace tres semanas. Presentó un informe en la Sociedad Geográfica. Hizo un viaje alocado, como todos los suyos, con su asistente somalí. Todavía debe de estar en El Cairo. —Y Borelli:

—Tiene un problema grave en la rodilla. Es una artrosis infecciosa…

—Anda con un cinturón cargado con ocho kilos de oro, quince mil francos. Quince mil francos es más que diez años de sacrificios increíbles. Y como no se desprende del cinturón ni de noche ni de día, esos kilos de oro le arruinan la pierna.

”Me dicen que está en una pensión italiana, en Dokki. No necesito más. Aquello contradice mis cálculos de resignación. Rimbaud está en El Cairo. ¡Bendito sea Dios!”.

Recurre al cónsul francés, Pombal, el amigo de Roperti, y esa misma noche, con fuerzas renacidas desde el fondo de su agotamiento, se larga desde Alejandría, griega y cosmopolita, hacia el Egipto de los misterios. Tras la huella rengueante de su Rimbaud, su profeta. Su Isaías. Ese mozalbete insolente y criminoso, que sólo en este año de 1929, endiosado por la cultura burguesa mistificadora, se ve llevado a los altares por varias biografías publicadas en París. Hay que reconocer que Felipe fue su primer creyente, su San Pedro de la religión pagano-idealista. Es el genio que necesita el *Mercure de France* para su implacable industrialización de la cultura. (¿Qué podría decírsele de esto a mi tío Felipe, sumergido en su mundo romántico, idealista y ajeno a la

realidad científica, inexorable, de las relaciones de producción?).

Mi tío no me da descanso ni siquiera en su inquieta agonía. Me propongo seguir con el artículo para *La Gaceta*, pero es inútil, no me puedo aislar de las preguntas y detalles de sus señales de fantasma.

Pero no un fantasma alocado: de alguna manera, a lo largo del relato, lo que él llama "el plan" se cumple inexorablemente. Como empiezo a comprenderlo, quedo apresado en hilvanar los signos perdidos. El rompecabezas… Con mucho coraje y sin salirse de sus medias palabras, Felipe aguantaba su agonía en solitario, con su familia, su mujer e hijos, viviendo una especie de farsa de felicidad. (Más de una vez me cruzaba —en aquel tiempo ya lejano— con Santos al pasar, en mi silla de ruedas, por la puerta de la casona de la plaza Independencia, y Santos me contaba que Felipe Segundo "está concluyendo los engorrosos problemas de las calderas y de las centrifugadoras. Por suerte está bien de salud". La buena de Santos me detallaba lo que decían las tres o cuatro cartas que Felipe me dejó para que se las hiciese llegar en las fechas por él fijadas, antes de partir, según el plan).

Lo cierto es que leo con creciente ansiedad estas hojas de un relato cada vez más quebrado por omisiones, fatiga o sugestivos silencios. Y de algún modo me transformo en cronista ayudante, en protagonista testimonial, en nexo de perdidos hilos de esa aventura tan original como privada y silenciosa.

Me pregunto: ¿Necesitó a Rimbaud para irse a Egipto? ¿Salió de París como el chico que primero silba y después corre por miedo a la oscuridad? ¿Busca realmente a Rimbaud? ¿Qué podría decirle ese presumiblemente bestializado Rimbaud, que se negó a dejar vender la edición de aquel libro que consiguió Roperti en un depósito de librería y que se transformó para Felipe Segundo en lo que impúdicamente llamó "biblia existencial".

Pasa el heladero. La siesta está en su apogeo. Las chicharras del fondo cantan de furia o felicidad: cuarenta y dos a la sombra. Tucumán en su plenitud de quieto caldero cósmico. ¿No será, entonces, que Rimbaud bajó a El Cairo en un viaje de cuarenta días y cuarenta noches para encontrar a su lector —tal vez el único por entonces—, su apóstol?

Felipe tiene su plaza en el magnífico tren imperial que construyeron los ingleses, con finas maderas coloniales, bronces, caireles. Ese "tren celofán", ese Central Argentino que se repite en la India, en África y en la Argentina de la entrega al imperialismo.

"Hermópolis Parva. Kôm el Hisn. Aunque mantengo cerrada mi

ventana para evitar la excesiva frescura de la noche, el tren se inunda de aromas vegetales profundos. Es como si se hubiese hundido en la gigantesca verdulería del Delta. Los persas, los judíos, los fenicios, los sirios, los hicsos, los romanos, los espantosos turcos, los rojizos británicos saquearon durante siglos esta tierra eterna como la vida. La gran despensa del Mediterráneo. Olores de vida y de muerte, unificados. El fango arcilloso del Nilo amasado y secado al sol, para todo: tazas, ánforas, adornos, escupideras, ladrillos de adobe levantados en casas que el verde de las ansiosas enredaderas de agua cubre, refresca, disimula. Olor de animales muertos, de excrementos, de flores salvajes, de yuyos para uso mágico. Ese olor profundo de la vida originaria, milenaria, regida por la respiración y el aburrimiento eterno del río-Dios, del río-Padre.

"Es feo anotarlo después del café con la tacita que tintinea: *yo solo pareciera que me muero.* El coche comedor se transformó en un alegre escándalo europeo. Gente que grita, bebe y ríe. Incluso intentan bailar como pueden entre las mesas atornilladas. Se descorcha champagne buscando el impúdico estampido.

"El *scotch* se huele sobre el denso perfume de las magníficas mujeres de viajeros, vendedores de sargas, pastores y oficiales de la Royal Navy. Bailan con sus anchas capelinas de moda y echan al vuelo el ruedo de sus veraniegos vestidos de crêpe. Los actuales dominadores, se ve, son los ingleses. Sus voces y risas predominan. Algunos señores egipcios, seguramente coptos, miran con una sonrisa benévola la algarabía de los ocupantes. Está claro quienes son los dueños del mundo.

"Me voy a mi camarote. Estoy muy excitado. A menos de cien millas de Rimbaud. Me echo vestido en la cucheta. Eso de saberse morir — de desconfiar sensatamente del milagro— es un acto de conciencia enfermiza, de debilidad humana, que precede, y hasta determina, la enfermedad del cuerpo. Es una desdichada dramatización o acentuación de lo obvio. Aquí, sobre los canales y meandros del Nilo, tan cargados de vida y de muerte, como ningún otro lugar de la Tierra, mis ocurrencias no son más que pura retórica.

"Me duermo mecido (no es una carreta criolla, un Castillo, como las llamaban), pero me ayuda a aguantar apaciblemente la noche. Entre sueños, más allá de Letópolis y de Shubra El Kheima, en otro amanecer rosado, aparece una vida de chilabas, turbantes, labriegos, burros atados a la noria, mujeres que cortan hortalizas para el desayuno, ocas, cerdos y gallinas como perdidos entre el caos vegetal, siempre coronado por las palmeras datileras que los

monos y los chicos desnudos se disputan. Y más allá del preciso verde que el desierto corta con su grave autoridad, aparecen las siluetas de las pirámides de Gizah, como dioses errantes, como algo que siempre hubiésemos visto, como algo tan o más antiguo que el mundo.

”Tres calmos camellos, lentamente, en el infinito cósmico”.

Felipe escribe de mala gana, con debilitada caligrafía y deshilvanadamente lo ocurrido.

Desde la estación abrumadoramente humana (la pobreza del mundo de los excluidos tiende a ser sonora, barroca, pintoresca), esquivando canastas con malolientes aves de corral y hasta con algún marrano, entre hortalizas atadas con juncos para la venta en los mercados, evitando la insistencia de changadores oficiales y aficionados, igualmente hambrientos, y abriéndose paso entre los islotes de europeos protegidos por la policía y los empleados de turismo, logró dar con el kiosco de la Compagnie Française de Tourisme y sus representantes. Hizo enviar el equipaje al Hotel Semiramis, que habían reservado y pidió que lo llevaran a Dokki, a la pensión italiana, en la calle El Mesaha.

Y Rimbaud ya no estaba.

Felipe cruzó un patio con enormes jaulas de pájaros y flores donde dos confiteros silenciosos, seguramente vendedores ambulantes, preparaban los *baklava* y *ataief* en grandes bandejas de metal.

Fue una italiana, encargada de la pensión, quien le explicó que Monsieur Rimbaud y su ayudante somalí habían abandonado el lugar dos semanas atrás. Dejaban El Cairo. Sólo dijeron que viajaban hacia el norte.

Para otro que no fuese mi tío Felipe el Empecinado, aquello habría sido un golpe decisivo. Entre las frases descuidadas de su relato escrito en el hotel Semiramis (sobre papel con membrete lujoso, con la silueta de una milenaria faluca bogando el Nilo), recojo ésta:

“Así es el juego. ¿Qué seriedad, qué lógica, qué piedad pueden reclamar los jugadores en medio de la partida que aceptaron? Nadie podía prever lo que supe ayer, que Rimbaud estaba en El Cairo. El fantasma se esfumó otra vez. Su palabra queda viva. ¿Conviene toparse con el fantasma?”.

Como estoy escribiendo mi artículo para la piadosa *Gaceta,* busco en las biografías del ahora ilustre Rimbaud. No encuentro su paso por El Cairo. Se ve que nadie comprendió para qué realizó este

viaje. ¿Para entregar personalmente el informe a la Sociedad Geográfica y lograr conchabarse como espía ya que sus negocios estaban mal? Hay un hecho curioso que descubrí al leer el papel con mala caligrafía de Felipe: la italiana le dice que por las mañanas, con la ayuda de Djami, su esclavo pago, el señor Rimbaud se aplicaba en la rodilla ungüentos de olor penetrante. Rengueaba ostensiblemente. Preguntada por Felipe, la mujer reconoce que se notaba un bulto "no de grasa" en su cintura. Pero que dos días antes de partir, ese bulto ya no se veía. La expansiva italiana le contó que Monsieur Rimbaud temía morir. *Terminaré allí donde la muerte quiera echar mis huesos,* le dijo.

Los biógrafos son implacables: desnudan a cualquiera. (En estos dos años últimos, de 1927 a hoy, cinco libros sólo en Francia sobre el gran pagano: Carré, Coulon, Roland de Réneville, Ruchon. ¡Y se anuncian cuatro más para 1930, entre ellos uno de Izambard!). Encuentro que escribe desde El Cairo una carta a la madre, la campesina lúcida, pidiéndole un urgente envío de quinientos francos, que no es poco. Ese mismo día, como bien lo documenta Ruchon, Rimbaud se alivia del cinturón de oro que lo "descompensaba" y le producía la artrosis de rodilla según de Beaucé. Se presenta en el Crédit Lyonnais de El Cairo y hace una inversión por el total de sus moneditas de oro: quince mil setecientos francos, al cuatro por ciento. El giro de la madre llega por la misma institución y remonta el Nilo para la desilusión de su apóstol Felipe.

(Rimbaud, según Coulon, coacciona a la vieja campesina con dos cartas enviadas con veinticuatro horas de diferencia, el 24 y 25 de agosto).

"Cuando salieron por ese zaguán, el señor Rimbaud, me pareció que caminaba mejor".

Es divertido seguir a los dos personajes por las arenas de los desiertos en su mes más inhumanamente ardiente. Iturri ya hubiese encontrado a Rimbaud y hasta hubiesen organizado un burdel juntos en el puerto de Adén, se me ocurre. (Sin Iturri, cualquier tucumano en Francia era hombre perdido).

Otra ocurrencia de la siesta, clásica hora para faunos, para onanes, para trapecistas de la fantasía: ¿Y por qué no convencerse definitivamente de que Rimbaud también necesitaba a Felipe Segundo para justificar o reencontrar su talento perdido?

¿Qué verdadero poeta, qué profeta Isaías, qué iluminado que se queda sin luz pública en la más ominosa sombra, no buscaría ese lector que, aunque sea uno solo (como dice el cascarrabias de

Unamuno) justifica toda la obra de un autor?

¿Quién necesita a quién? ¿Quién es más importante, Cristo o San Pablo?

Dos días sin mis siestas y estoy perdido sin la droga de reconstruir la aventura egipcia de Felipe Segundo.

La actualidad golpea de pleno. Mi cuñado, el doctor Joaquín Apolinario, casado con Delicia, necesitó mi despacho para dedicarse con sus ayudantes a redactar la respuesta a la interpelación de la Legislatura. Joaquín es ministro de Hacienda y Sortheix, el gobernador, está siendo embestido desde todos los ángulos por la furia liberal. En este país los liberales son los que hacen los golpes de Estado y barren con la democracia cuando no les conviene a sus intereses de dominación y a sus mandantes extranjeros. Estamos ante el fin de Yrigoyen aunque los radicales, pobre buena gente, siga viviendo en el mejor de los mundos. Sufren el destino de los mencheviques. El destino de quienes son bosta de paloma; de paloma, pero bosta. Lenin en el Congreso del Partido los definió y ahora le corresponde a Stalin concretar la batalla contra esta lacra. El buen Joaquín cree que es un problema "de la política criolla" y no del "imperialismo" de las clases dominantes. En todo caso, nuestra familia perdió todo poder desde las canalladas de Juárez Celman contra nuestro tío Juan, que era gobernador. Ni Roca pudo ayudarnos en su segundo gobierno. Hubo una sola generación de astutos, de pioneros fuertes, después… los poetas. Mujeres y poetas…

Alejandro con su "Canto a San Martín", Felipe Segundo detrás de Rimbaud en los desiertos. Apolinario en sus juegos florales y yo con mis patitas resecas y mis artículos en *La Gaceta.* La estúpida e inútil sensibilidad prevaleció sobre la astucia. Ni con Angel, el hijo de Wenceslao, que comprendió que nuestro capitalismo del azúcar, aunque industrial, era un hecho provinciano que había que ligar urgentemente al centro de la Nación, que es el pulpo de Buenos Aires; logramos salvarnos. El ingenio San Felipe espera su segundo remate. La Esperanza y Concepción están en una crisis que a la larga hundirá a toda la indeseada industria del azúcar en Tucumán.

Ángel acaba de morir en Buenos Aires, el 4 de marzo, derrotado por una realidad económica que no pudo transformar, aunque fue el más lúcido. El único con pasta de estratega. Entró en el poder de Buenos Aires, pero Tucumán no lo siguió.

En el Partido, Aráoz Alfaro aclaró bien las cosas: en capitalismo azucarero de Tucumán fue el primero, por eso cae antes, en la oleada del capitalismo financiero invasor.

Ya no quedó nada del orgullo de Roca y de la Generación de aquel confiado 1880. Fuimos un breve sueño de grandeza. Aunque mi cuñado Apolinario no lo pueda creer, les espera el destino de Kerenski, como a todo menchevique. Yrigoyen y su democracia son ya cosa del pasado.

Vuelvo a gozar de mi despacho, impregnado del olor de los puros cubanos y con el círculo de las copas de cognac de los pensadores radicales que defendieron a mi cuñado, el Ministro, en la interpelación de ayer.

Como todos los ingenuos, incapaces de una visión dialéctica de la Historia, creen que derrotaron a las fuerzas que en todo el país, como bien sabemos en el Partido, preparan un golpe fascista. A nosotros nos espera la lucha y la clandestinidad, hasta que amanezca en el mundo.

Con verdadero placer de investigador policial retorno a esta especie de lujosa nave sumergida que es el universo de Felipe Segundo.

LA DESILUSIÓN Y LA ENFERMEDAD se le deben de haber agudizado después del fracaso en la pensión italiana de Dokki.

Escribe casi al azar en las finísimas hojas azules del Semiramis. Las fechas que anota son inciertas, como su descuidado sentido del tiempo. Ya se pierden por completo la voluntad casi novelesca y la coherencia de su relato de París. Se deshilacha, se esfuma. Pienso que si persiste acumulando notas desganadas es más bien para tocar con la punta de la pluma esa vida que "resbala de la percha".

Yo insisto más que él. Salto entre los fragmentos. Empiezo a ser el autor de su final. Y como hace treinta años desdeñé estos papeles de colores de los grandes hoteles. Ahora me preocupa el final como en un relato policial.

Anota Felipe:

"Yo traía una carta de Chacornat para Brunton en su centro de helioterapia esotérica. Parece que ese Brunton está cobrando gran fama. Es un gurú occidental que abarca desde sus investigaciones en Qûmram acerca de la iniciación egipcia de Cristo —el terapeuta— hasta el develamiento de ciertos misterios de las Pirámides, especialmente en la de Keops, donde según sus famosos artículos, los antiguos sacerdotes habrían simbolizado el pasado, presente y futuro del mundo.

"Soy un librepensador. Me repugnan todas estas supercherías. No creo en ellas del mismo modo que no creí en la superstición

católica de mi infancia".

"Brunton tiene una admirable y apacible casa en Heliópolis. Está ubicada en un jardín semiabandonado, lleno de gatos y lagartijas. Diminutos dragones caídos de otra era del planeta.

"Pese a mis prevenciones, debo reconocer, que Brunton me parece un hombre serio. Se establece en un sabio acercamiento entre las delirantes supercherías del ocultismo y la perfección metodológica cartesiana. Es parecido al fenómeno de hablar con un filósofo jesuita: la razón poniéndole marco, pesos y medidas al más desopilante delirio.

"Cuando Brunton empieza a abundar organizadamente en sus creencias lo interrumpo:

—Brunton, estimado amigo, me estoy muriendo…

"Se ve que es un hombre sensible y bondadoso. Se queda un poco avergonzado de la impudicia, como buen europeo, pero comprende. Por suerte el silencio quedó diluido por un gato que tiene la ocurrencia de treparse al espaldar de su sillón de mimbre para lamerle la nuca.

"En ese jardín feliz y felizmente descuidado, hay insolentes monitos que arrojan pedacitos de banana y se esconden. En las ramas altas se mueve una espléndida cacatúa que silba. Flores amarillas, malvas, rojas, y un incesante tráfico de pájaros del Delta. Las culebras domésticas se escurren y juegan con los gatos. No hay perros, porque el islamismo los repudia: el perro es tenido por pérfidamente humano. Nos sirven té de menta, en unos delicados vasitos pintados. Pese al extraordinario calor, siento que me hace bien beberlo sin esperar que se enfríe. Respiro el aroma profundo de las ramitas de menta entregando su esencia al agua hirviente.

—"Ayúdeme, Brunton. Quiero quemar mi enfermedad. Es la última apuesta. Creo en el poder solar con más fuerza que sus más empecinados adeptos, aunque le pido que me ahorre la metafísica. ¿Me podrá ayudar?

"Sentí que Brunton me entendía."

"FUIMOS DURANTE TRES DÍAS desde Heliópolis hasta la pirámide. Cuando me sentía mejor, a lomo de mula. Otras veces en la parihuela, un verdadero lecho ambulante. Me sentí inesperadamente feliz cruzando aquellos canales, riachos y huertas que fecundan la abeja y el moscardón. Nubes de niños traviesos, curiosos, ladrones, que los hombres de Brunton apartan a su modo.

Feliz de estar entregado a aquella experiencia.

”Alcanzamos un campamento de camelleros que Brunton utilizaba para llevar a sus helioterapistas venidos de Europa. Manaba allí una fuente de agua fresquísima y pura, filtrada por guijarros y arenas.

”Me acostumbré a usar el turbante reparador, la simple e imprescindible chilaba de algodón y las bíblicas sandalias de junco trenzado, insustituibles desde hace cuatro mil años. Imito a Brunton y los capataces: uso una palmeta de tiras de género multicolor. Continuamente hay que espantar las moscas. Porque ni en el calor ni en el dolor humano son más presentes en Egipto que las moscas. Moscas grandes, azuladas, blindadas, zumbadoras, o pequeñas y omnipresentes como las del Mercado del Sur, en Tucumán.

”Brunton administró las horas de marcha: en las madrugadas y el atardecer. Más de una vez tuve que insistirle en que el calor me era indiferente, no me molestaba. Los nubios cantan diversas melopeas al marchar. Seis de ellos sostienen las barras de mi camastro. Pero ni bien tengo alguna fuerza, salto hacia la mula ensillada que me sigue al lado.

”El resplandor de la mañana es tal que mantengo continuamente velada mi cara con el lienzo del turbante.

”Por las noches se acampa junto al fuego y me arropo para no tiritar.

”Brunton me explicó que las moscas son aquí casi sagradas: son el nexo de unión activa entre la vida y la muerte, los muertos y los vivos. Las moscas sólo se serenan en la noche y en el desierto. No bien se pasa del universo verde y feraz del valle del Nilo hacia las arenas, las moscas abandonan nuestra mínima caravana. Brunton mete su palmeta enganchada en el pretal de la mula. Las moscas aspiran siempre a la dignidad sagrada que tiene, por ejemplo, el escarabajo. Los sacerdotes antiguos no se la concedieron. Sin embargo aparecen en amuletos y talismanes: protegen con su imagen tanto a los vivos como a los muertos. Favorecen la podredumbre con sus larvas. Aceleran los procesos. Las larvas del perro muerto luego echan alas. El ciclo implacable”.

Se ve que Brunton traba una buena relación con Felipe, tan débil y físicamente tan firme en sus intransigencias.

Se establecen en lo que él llama un pueblo de camelleros, un conglomerado de tiendas vivificado por el milagro del agua fresca. Se yergue al pie de una “pirámide importante”.

“Una pirámide importante. Un buen enclave estratégico para enfrentar la batalla final contra las fuerzas de Seth, que según

Brunton es el dios de la enfermedad, del Mal, de la noche. Deidad local, porque el ámbito que regentea es el desierto. Brunton ya se acostumbró a conocerme: sus explicaciones se detienen al borde de mi sonrisa. Soy un desdichado y romo librepensador. Me aburren esas mitologías llenas de nombres, como en las novelas rusas. Cosmovisiones que explican todo, pero que convencen casi nada. Brunton es un iniciado. Sabe los detalles de la homérica lucha entre Osiris, la luz, y el demoníaco Seth, su hermano, que lo vence justamente en el ring de Heliópolis. El Mal vence, pero a medias.

”Cuando el Sol cae, frente a la impresionante pirámide escalonada, Brunton permanece con su casco colonial y ora o reflexiona profundamente con las manos juntas. No dudo de su sinceridad. No dudo de que implora a Horus y Osiris por este caso desesperado, este agonista tenaz que soy yo.

”Soy un librepensador venido de un país sin pasado, de una especie de nada previa a toda guerra de dioses.

”Soy feliz en estos atardeceres donde se suceden todos los matices de la sangre solar, de ese R que muere sólo para renacer.

”Feliz en mi *galabeiah,* bebiendo té de menta y viendo a los nubios y los *fellah* preparando tortillas que amasan en el aire con pases de manos, y que me hacen recordar a las tortas fritas para el mate, con su enjoyado de sal gruesa, a la hora de la lluvia. Aunque no sea como ésta, cocinada con fuego de bosta reseca de camello”.

“No quiero saber el nombre de la pirámide, ni sus sucesivos prestigios sagrados, ni las aventuras de sus difuntos reales. Es una estructura de sesenta metros de alto, escalonado. Es una piedra seca, noble, áspera, pero sensible (parece esponjosa). Los camelleros dicen que la pirámide vive y conecta este perdido mundo con el universo. Si se toca durante el día, quema. Calentaría el agua para el té, pero los egipcios omiten la comodidad de este sacrilegio.

”Como dice Brunton, la más simple presencia de su energía es el calor que conserva hasta bien entrada la noche. Los camelleros que llegan con las tropillas de animales jóvenes para vender en el mercado de El Cairo, lo primero que hacen es apartarse y saludarla con una profunda reverencia. Balbucean el nombre de Sokaris, un olvidado dios de los muertos.

”Es escalonada, calcárea, pertinaz, dicen que cumple ya cinco millares y que vio pasar todos los hombres malos y buenos de la Tierra. Los cubos de piedra de sus seis grandes escalones han sobrevivido a este sol y a este frío nocturno de milenios, sin deshacerse en polvo”.

“Era la media mañana cuando empecé a subir solo, pues rechacé toda ayuda. Ascendía muy despacio, raspándome las piernas. A lo lejos, en el campamento, veía el reflejo de los lentes del largavistas de Brunton que vigilaban mi inquietante inhabilidad. Descansé en cada cubo de piedra, envuelto en la larga túnica de algodón, el turbante y la chilaba que me protegían. Cuando mi piel por azar tocaba la piedra, me ardía como metal fundido. Llevaba mi cantimplora. En el tercer gran escalón, a unos treinta metros de la cima, encontré un lugar plano que me pareció un poco menos áspero. Acomodé mis géneros protectores, cubrí mi cabeza y la cara con el turbante y me tendí en esa hornalla solar.

“Siento cómo el calor me atraviesa de lado a lado con sus agujas ardiente. Siento el fuego de la piedra en la espalda. Me concentro, me entrego más allá del miedo y del insoportable calor, a esa fuerza benéfica que me traspasa. Abro la boca como bebiendo ese torrente de ardida fuerza solar. Recuerdo las legiones de bacilos enfocados en el Zeiss de Cervetto. Las legiones de Seth. Y yo ahora echándoles luz ardiente. Fuego a setenta grados. A cara o cruz. Permanezco con la boca abierta. Los ojos cerrados dentro del lienzo sólo logran un resplandor amarillo. Ni el género ni los párpados paran esta luz.

”Me siento alzado en una luz amarilla, en un resplandor materializado, en oro fundido. Desenrosco la cantimplora y bebo a pequeños sorbos esa agua fresca que allí parece helada. Las gotas que caen por mis labios ruedan hacia la piedra desnuda y se transforman en alocadas cuentas de mercurio, ruedan y hierven hasta evaporarse en un segundo.

”Luego, con cuidado, giro sobre mí mismo, sin dejar en descubierto mi espalda, y quedo apoyado de pecho contra la vida ardiente de la Pirámide. En efecto: su calor es profundo, como naciendo de su centro. Sin confesármelo, imploro a Osiris, a su fuerza vital. Recuerdo el rostro de Chacornat diciendo que sólo podemos aspirar a cambiar la energía de la enfermedad en energía vital.

”Abandono mi poco peso sobre las manos de piedra implacable. Mi pecho arde. Pienso que estoy venciendo. Que estoy cauterizando, calcificando, desertificando estas zonas húmedas de mis pulmones, de lo que debe quedar de mis pulmones. Llevo el fuego al fondo de las sórdidas cavernas que vi en los frascos de formol del Hotel Dieu, en el gabinete de enfermedades pulmonares.

”Cierro los ojos feliz, aguantando en la batalla.

”Pero ya llegan los *fellahin* enviados por el preocupado Brunton. Me untan con un refrescante aceite y sus manos recorren mi piel

caliente. Me ayudan a ir bajando, como un ciego feliz. Me dejo llevar como sin querer abandonar esa ardiente luz dorada, donde todavía floto.

”Durante cuatro días repetí la experiencia.

”Entramos en El Cairo con cuarenta y dos grados a la sombra”.

En el revés de una hoja de la lavandería del hotel Semiramis, Felipe anotó:

“—El sobre para Brunton. Propinas hotel.

”—Carta para Santos ¿o no?

”—La explicación de Brunton sobre los años secretos de formación-iniciación de Cristo entre los magos y sacerdotes de Heliópolis. Es aquí, más que en Qûmram, donde se le revelan los conocimientos superiores, según Brunton. Adquiere su mayor condición humana: terapeuta. El que cura desde el espíritu hasta el alma y finalmente al pobre cuerpo. Occidente, perverso, intenta el camino inverso, antinatural. Occidente disimula la gran verdad (no se lo digo a Brunton, claro): como siempre y en todas la épocas, la medicina no es otra cosa que una rama engreída y autoritaria de la magia. Magia tomada en serio por los impostores de turno, desde Charcot hasta Behrens, el amigo de Settembrini. *Ante el enfermo, todo médico adivina.* Lo irracional prevalece.

”Para Brunton, los milagros bíblicos de Cristo no son más que curas de un terapeuta superior.

”No le expreso a Brunton mi disentimiento. Cristo domina desde hace mil novecientos años porque es un inventor. El más antipático de los inventores: descubrió la naturaleza inexorablemente criminal de la condición humana, de todos los hombres. Ese éxito de antropólogo genial, lo distancia frente a los dioses sutiles, los dioses heroicos y brillantes. Perdonar, tolerar, amar —incluso ¡a quien se conoce!—, ofrecer repulsivamente la otra mejilla. ¡Dejarse clavar la lanza de Longino sin acabar con una tormenta de fuego sobre las legiones romanas! Su invento lo superó. Sentía algo irrefutable: cuando el hombre empieza a matar, no termina más. Todo lo demás, no importa en él. Su teología es aburrida, copiada. Es la única divinidad que pudo haber tenido el coraje de perpetuarse en estatuas de yeso colgadas de una cruz, con manchas de pintura colorada.

”¿Y Buda? Tuvo tal vez la misma visión de desprecio, pero fue más lejos y se diferenció de Cristo por el camino de la indiferencia cósmica: ¿Para qué intervenir? ¿Para qué impedir la muerte y favorecer la lamentable persistencia humana sobre el Planeta?

”Pedirle al *Captain* de comprarme agua de Colonia y un cepillo

de dientes”.

Alguien que manda a comprar un cepillo de dientes es porque ya no se da de baja en el elenco de los vivos. Uno no compra un cepillo para dientes en la puerta del cementerio. Debe de haber estado releyendo allí, en el Semiramis, porque anota:

Mis ojos están cerrados a la luz
de ustedes.
Soy un animal. Un negro.
Jamás fui de este pueblo,
jamás fui cristiano.

Nadie puede matarte porque ya eres un cadáver.
No estamos en el mundo.
Yo me evado. Vuelvo a Oriente
y a su sabiduría nueva y eterna.

¿Por qué tener nostalgia de un sol eterno?
El aire marino quemará mis pulmones.

Hasta aquí llegan las hojas azules del hotel Semiramis ¡que seguramente nunca conoceré! Tucumán es lo mismo, pero sin pirámides. En efecto, dice la radio: ¡cuarenta y dos grados a la sombra!

¿Y DESDE ENTONCES? Las frases son esporádicas indicaciones en hojas sin membrete. ¿Se fue del Semiramis? Es difícil precisar algo en la vida de mi tío sin la guía básica de los pasajes de primera clase o de los papeles membretados de los hoteles de lujo. Singladuras de un excéntrico al borde del desierto.

¿Viaja o imagina? (¡Me lo pregunto yo que me pasé la vida más bien imaginándomela!).

“Respiro bastante hondo pero el aire de El Cairo es denso, húmedo, vegetal. Aire de Delta, plagado de vapores humanos y corrompidos. Sólo el desierto es puro.

”Tell El Amarna. Tell El Amarna. Es allí, junto a las barrancas altas del Nilo, donde la tierra ocre puede parecer un roquedal, donde Akhenaton decide fundar el reino solar. A Nilo fluyendo, un nuevo ritmo para el espíritu enfermo de los hombres: adueñarse de la violencia creativa del Sol. Que el Sol brille en las lanzas de las legiones. A Esfinge lunguimirante —impávida Esfinge— en su

irritante inmovilidad, espejo de la fluencia incesante de le eternidad; fundar en Tell El Amarna el violento sol vital. Que los hombres despierten de su siesta. Que los hombres no se duerman en su muerte. Akhenaton, fundador de la rabia de vivir. Una nueva Casa para la Vida.

”Tumbas excavadas en las rocas para los generales muertos en las batallas por la alegría solar. Y abajo, el verde, las palmeras datileras, muías y cabras y los asnos de siempre esclavizados en la noria. Niños por centenas chapoteando en el fango ocre del Nilo”.

¿Va a Tell El Amarna o es que habló con Brunton en los seguramente mullidos sillones de fresco cuero del Semiramis, cuando el gurú vino a retirar su sobre?

¿Habría ya Felipe estrenado su cepillo de dientes y abierto su agua de Colonia?

Se pierden los datos hasta que, no se sabe cómo, aparece muchas millas al sur de El Cairo (si es que realmente no estuvo o no hizo escala en Tell El Amarna). Por fin otro papel membretado: Winter Palace. Luxor.

¿Se habría animado al viaje si la salvaje helioterapía hubiese fracasado? Hay diez días de silencio. Está ahora en Tebas, El Uqxor, el sanctasanctórum de los antiguos dioses, la tierra madre de todas las supersticiones, de todos los opios de los pueblos.

En una hoja hay trazos como si probase la pluma sin resolverse a escribir.

El dibujo del ángulo izquierdo de cada hoja es digno de la más alta *papeterie* burguesa. Hay un delicado dibujo con las columnas de la famosa sala hipóstila de Karnak y el perfil de la estatua colosal de un dios o un faraónico faraón. Luego el consabido Nilo y más allá, detrás de un tracito delgado del dibujo a tinta, las cuevas y dunas del Valle de los Muertos hasta el fin, hasta el ángulo superior izquierdo de la hoja, donde empieza la nada. En ese esmerado dibujito, fineza del hotel, se sintetizaba el ámbito topográfico donde viviría Felipe en esas horas decisivas.

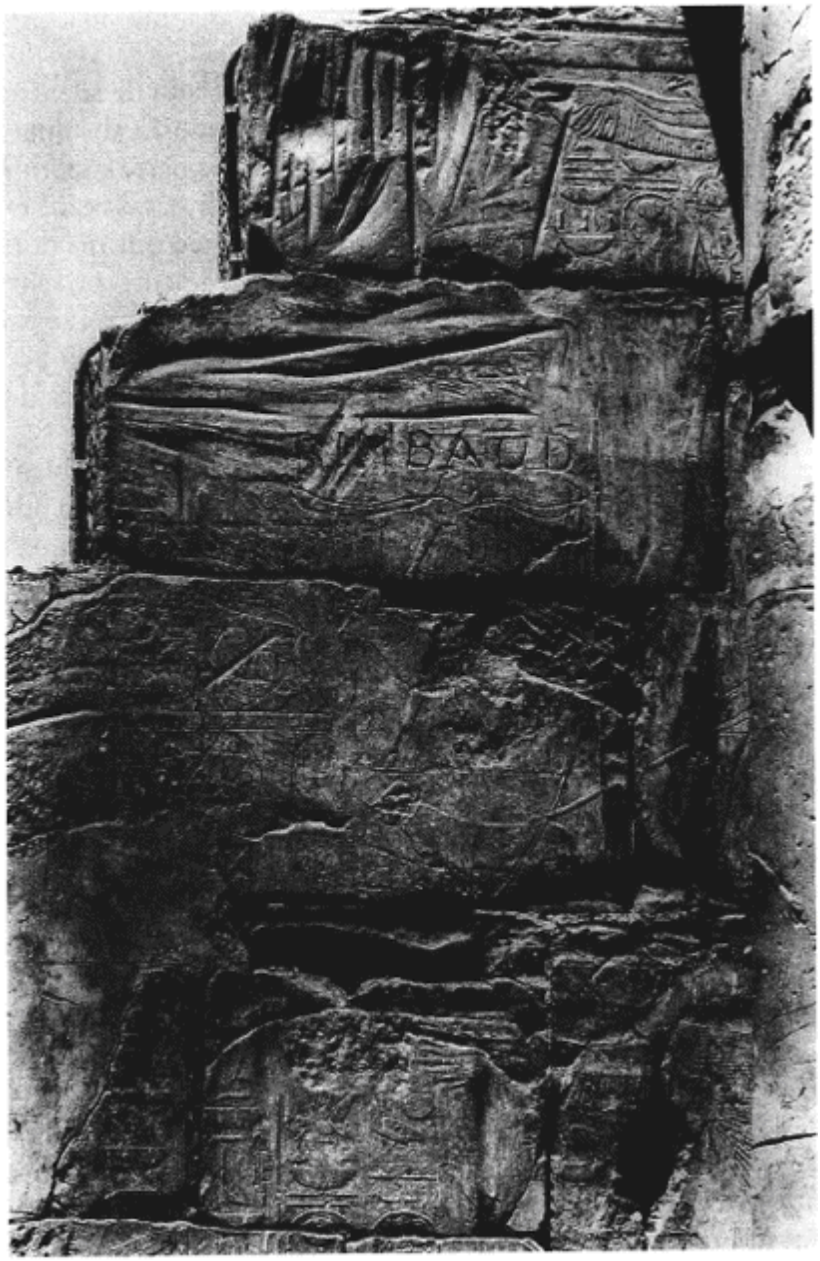
“Por suerte me recuperé. Fue extrañísimo. Estuve a bordo de la barca de Râ ya navegando, y por suerte ahora estoy mejor, desembarcado —¿o es una escala?—. Por mis propios medios pude sentarme en la terraza de la habitación 34 (la de mi edad) frente al Nilo, con una taza de té de menta.

”Éste es un hotel modernísimo que los ingleses se construyeron para evitar convivir con sus desagradables aliados o lacayos de fechorías, los turcos.

”Hay cuartos muy amplios con el mejor lujo (que aquí son los ventiladores y el agua). Hay teléfonos modernos, con barrocas horquillas de baquelita negra y dial de bronce. Las camas son profundas, con sábanas de hilo de Irlanda, y debidamente protegidas —lo cual es esencial en este país— por enormes y amplísimos mosquiteros de tul que abren su vuelo desde el techo sobre ambas camas como lujosas novias ahorcadas en alguna intrusión histórica de los mamelucos.

”Estoy tranquilo en esta terraza. Y debo reflexionar mi tentadora, peligrosa aunque frustrada, navegación en la barca de Râ. Justamente, el mosquitero tiene su rol en el drama:

”Había llegado a Luxor extenuado. Pasé un día entero sin moverme, en cama, escuchando los lejanos rumores de vida de la aldea, de saqueadores de tumbas y gendarmes otomanos. Lo demás aquí es calma de cementerios prestigiosos, voluptuosidad de templos muertos. Viajeros cultos, como mariposas perdidas entre ruinas de grandeza.



”Descubrí que había una mosca, pero del lado de adentro del mosquitero que me protegía. Una simple mosca absolutamente inmóvil, como ya muerta y pegada en la parte superior del mosquitero. La miré durante dos o tres horas, tal vez. Logré percibir el diminuto latido de su vidita. Creo que me dormí. Con la luz del día, vi que seguía allí. Súbitamente me sentí recorrido por una inesperada energía (de reacción) y fue así como se inició aquella jornada tan especial que ahora trato de fijar sobre el papel. Yo, el

náufrago de la barca de Râ, caído por la borda…

”Desconocí mi debilidad. Me vestí con mi traje de hilo blanco, con cuello, corbata y sombrero de paja, como echado por esa enigmática mosca hacia la vida. Bajé a desayunar como si yo pudiese ser tenido por un comensal. Bebí una taza de té, pero la *madeleine,* justamente llamada *sablée* por los reposteros, se transformó en una bola de arena en mi garganta. Algo imposible, al punto que tuve que apartarme y escupirla disimuladamente en un macetón de finas hortensias”.

”Me agregué a un grupo de viajeros británicos, con un guía profesoral, y partimos en la calesa desde el hotel hacia Karnak.

”Resistía. Respiraba. Trataba de olvidarme de mí. No hablaba. Por suerte me tomaban por un excéntrico. Yo no hablo inglés.

”Eso duró una hora. A veces bajaba con ellos, otras esperaba en la calesa y el cochero árabe, de turbante, me decía algo como tanteando a un bicho raro o buscando una buena propina.

”Luego recorrimos la avenida de las esfinges y entramos en la ciudadela de Amenophis III. Me fui apartando del grupo aprisionado por el guía didascálico. Vagaba entre estelas y mastabas de esa capital de dioses malévolos y benévolos, cuando repentinamente me quedé inmovilizado ante una columna donde nítidamente estaba grabada la palabra *RIMBAUD.* Alcancé a meter mis dedos en las letras inscriptas en la piedra calcárea. Tuve la impresión de que aquello había sido cincelado muy recientemente. A martillo y punta de cortafrío. Cierta blancura en la piedra en el fondo de los signos demostraba mi impresión. Aquello era un juego. Aquello no podía ser “no intencional”. Yendo hacia El Cairo o volviendo, tal vez hacía apenas unos días, Rimbaud me dejaba esa señal, casi como una befa. Como el gesto de un gnomo juguetón o sádico.

”Me sentí mal. Me desplomé a la sombra de los cubos de piedra de la columna labrada con múltiples jeroglíficos. En lo alto, encima del apellido, un ala de halcón.

”Era el templo del nacimiento de Amenophis III, el padre de Akhenaton, el dictador solar que fundaría el imperio pagano de Tell El Amarna. El Dios solar, único, cruel, total.

”Escuché las voces del guía y de algunas viejas británicas que me llamaron con prudentes gritos, como respetando esas deidades fenecidas que podrían tener un despertar iracundo.

”Me doblé dentro de la sombra de la columna hasta que oí la calesa colectiva trotando sobre las lajas.

”Mi perplejidad era total. Fui caminando o derivando a lo largo

de esas esfinges impávidas y luego torcí hacia un muelle miserable, con tinglados y falukas de pesca en una caleta.

”Pensé que podía haberme hecho llevar hasta la aldea de Luxor e indagar por el paso o la presencia de Rimbaud y su ayudante Djami, el abisinio. No sería difícil esa investigación, ya que odian a los de Abisinia y los extranjeros exóticos como Rimbaud serían fácilmente identificables. Quizás en ese momento, los dos estaban desayunando en el hotelucho donde se albergan los traficantes de antigüedades.

”O no tenía fuerzas o no quería provocar el juego misterioso de equívocos y desencuentros. Sentí también, que no podía volver al hotel.

”Me vi contratando una faluka para cruzar a la otra ribera. Mi indecisión coincidía perfectamente con la debilidad de mis piernas y el vago miedo de volver a la habitación, para devolverme a la postración de horas y horas, y reencontrar la mosca como una mínima esfinge señalándome, impávidamente, la Eternidad”.

”Los barqueros me rodeaban ávidamente, vociferando. Opté por un nubio un poco más discreto y joven. En realidad yo sólo quería echarme en el fondo del falucho sobre los almohadones de junco trenzado y dejarme llevar hacia la orilla del Valle de los Muertos, descansando en el murmullo del agua que se escurre bajo la barca. Sólo eso quería en ese momento. (Convengo que hablar de barca entre Luxor y el Valle sombrío, es como nombrar la cuerda en la casa del ahorcado).

”Sentí el placer sin par de esa brisa del Nilo haciendo vibrar la vela mil veces zurcida y cedida de la centenaria embarcación, de una madera clara, tan vieja como las de la barca de Râ, la nave de los muertos, que uno puede ver en el Louvre.

“El viento. Y allá, las dunas doradas con sus aberturas hacia el mundo inferior, las discretas entradas al reino de príncipes, dignatarios y altos sacerdotes que viven en sus palacios subterráneos la verdadera vida, la eterna, como diría el maravilloso delirante de Alfred Schuler. El lomo dorado de las dunas en la luz de la mañana. El lujo de esas efímeras crestas de oro. La vida queda en la otra orilla. Algún grito de los chicos chapoteando, algún martillazo del que repara su barca.

”El barquero alcanza una caleta. Allí tiene preparada una sombra de hojas de palma y un catre de ramas en el que debe soler esperar el regreso de sus clientes que los camelleros llevan a visitar las tumbas prestigiosas. El nubio adivina mi fatiga *y* me ayuda a echarme en ese lugar delicioso, a la vera del río. Él achica el agua y

canturrea con los pies en el agua de la sentina.

”El río fluye murmurando entre las toscas. El sol ya es muy fuerte, pero lo filtran los dedos puntiagudos de las palmas. La brisa corre por el cajón de ambas riberas y apenas mueve la vieja vela ya suelta del falucho que tontea como un caballo liberado del carro.

”Podría dormirme como en una canción de cuna. La cuna primordial. El lomo del río corre como una bestia mansa hacia el lejano mar y se une con el azul perfecto del cielo.

”Alguien vuelve a gritar en la otra orilla. Me digo: *ya no haces sombra. Te estás subiendo a la barca, no hay retorno. Tócate la cara, ya tu mano no entibia. Cuando los párpados pesan es cuando el cuerpo te anuncia que se está durmiendo, por ahora, o para siempre.*

”Estás en ese punto en que la barca de Râ se remonta dulcemente por el camino del cielo azul hacia el resplandor brillante.

”La cúpula perfecta y azul de cielo, allí, apenas pasada la red refrescante del techado de hojas. La cúpula azul, la matriz primigenia.

”¿Por qué no cierro los ojos, por qué no cedo al peso de los párpados? ¿Qué deudas me quedan por pagar aquí abajo?

”Y sin embargo las preguntas me producen un asomo de inquietud.

”¿Vivo? No hay terror ni temblor. Apenas respiro. No levanto el brazo. Es un arranque pero desisto. Creí no poder.

”Todos vamos bajando lentamente por el Nilo hacia el mar, aunque nos creamos anclados en una caleta, o tomando una copa de champagne en el café Weber.

”No puedo probarme que vivo levantando el brazo. Tampoco me duermo.

”Muy alto, en la esfera azul, intensa y límpida, un pájaro parte el espacio con su punto móvil como siguiendo la dirección del río. Es un pato salvaje, explorador osado, o un halcón.

”Mantiene un trazo recto y avanza hacia el mar. Pienso que ya ve las pirámides y más allá el Mediterráneo.

”No puedo mover el brazo. Pero veo, veo. Y me digo: *Si ves que el pájaro sigue volando es porque estás vivo. Su vida es tu vida.* Esa es la pánica comunión de todo lo creado.

”El pájaro siguió volando hacia el mar, hasta ser un punto apenas perceptible”.

ESTO ES LO ULTIMO QUE ESCRIBIÓ FELIPE en la terraza del hotel de Luxor. Se ve que el barquero lo llevó inconsciente desde la orilla del

Valle de los Muertos y que tuvo una, presumo, breve recuperación que le permitió redactar siempre confiando en sus fuerzas renacidas, estas dos hojas del último relato (ilustrado perfectamente por el dibujito del membrete).

Son las dos carillas finales del paquete azul.

Yo termino mi artículo para *La Gaceta* sobre Rimbaud, gracias a quien revisité el paquete azul como una ciudad perdida. Escribo el final. El retorno de Rimbaud a Roche. A la granja de la madre y al hospital de Marsella, para morir. (¿Por qué quiere volver al lugar de la infancia este desaforado pagano que decía que moriría "donde la muerte quisiera arrojar sus huesos"? ¿Qué deuda de amor o de fidelidad judeocristiana les impide entregarse a la muerte solitaria de los místicos, de los guerreros romanos?).

Escribo los datos y veo que la casualidad sigue persiguiendo a los personajes como en un juego de escondidas, como lo dice por ahí Felipe en sus anotaciones. Por la otra vertiente de la meseta africana, también hacia el Mar Rojo, descenderá Rimbaud. Parte un 7 de abril desde el invivible Harar en una camilla portátil que llevan por roquedales y despeñaderos dieciséis esclavos infieles. Sus dolores son atroces, su cáncer terminal. Pero insiste en ese viaje de quince días entre Harar y Zeyla, en la costa. Rimbaud prendido de la mano de Djami (a quien tratará de legar algún dinero en su testamento). Adén con sesenta grados de calor, y luego lo embarcan para Marsella. Le amputan la pierna e insiste, ya desahuciado, en alcanzar Charleville, la granja materna, para abrazarse llorando a su madre. El hombre que quería ser ocioso y brutal. El que intentó zafar de la "llaga sentimental judeocristiana", el galo salvaje, el vikingo.

Encuentro en la biografía de Coulon su última carta escrita, el mismo día de su muerte, entre delirios. Está dirigida al Director de las Messageries Maritimes y le pregunta, entre incoherencias, "a qué hora puede embarcar". Es la última escritura del poeta. (¡¿No querría tomar el *Zanzíbar* en la línea del Atlántico Sur?!)

Cierro el artículo con un epitafio que escribió Shelley:

Vivió. Murió.
Cantó en soledad.

Saldrá seguramente el próximo domingo, en la literaria de *La Gaceta.*

Ahora, pasadas más que tres décadas (del aquel tiempo en el que

todavía me otorgaba a mí mismo la arrogancia de considerarme poeta en ciernes), se puede reconstruir el final del periplo de ese Ulises con clavel en el ojal que fue Felipe Segundo.

En Luxor, el representante de la Compagnie Française de Tourisme, que por suerte estaba allí y lo reconoció, se hizo cargo de que se lo llevara de urgencia a Alejandría. El cónsul Pombal informó a sus amigo Roperti y a la Embajada Argentina la situación y lograron embarcarlo en el *Amazone* hacia Marsella.

Iturri y Roperti lo acompañaron en las dos noches hasta que pudo embarcarse en el Zanzíbar de las Messageries Maritimes.

Aunque él viajaba a su Argentina, prefirió entregarle el paquete azul a Roperti, dirigido a mí y que yo recibiría dos meses después.

Era piel y huesos. No se explicaban de dónde sacaba aquella sobrehumana fuerza y esta voluntad irreductible de retorno a Itaca. Viajó en la categoría de enfermo grave. En una especie de camarote-sanatorio que tenían los barcos de entonces.

Cuando ya sonaban las sirenas indicando la zarpada desde Marsella, todavía tuvo tiempo para una de sus humoradas dirigida a Iturri: “Fijate que logré algo muy difícil: peso menos que mi traje vacío”.

En la otra punta del océano estaba su primo, su amigo, Ángel. Me hubiera gustado haber podido ir a Buenos Aires y esperarlo en ese “puerto nuevo” donde atracan ahora los *steamers*. Hubo una buena coincidencia de horas (porque ya las horas contaban) y pudo llevarlo directamente a Retiro para el tren de las seis de la tarde. Merced a la todopoderosa intervención de Roca, Ángel lo acomodó en el vagón presidencial, enganchado especialmente. Debe de haber viajado en un estado de sereno sopor, porque ya sus momentos de lucidez eran los mínimos.

Dos enfermeras contratadas por Ángel lo atendieron durante el trayecto.

Nunca sentí que Tucumán vibrase tan encendido como en aquella mañana de su llegada. Era como si su aventura secreta y callada, su odisea, se hubiese misteriosamente difundido más allá de las palabras.

Entró por la estación del Central Córdoba. Doña Rafaela, su madre, con la energía y la determinación que hacía que la llamásemos La Coronela, dirigió la operación de la llegada de Felipe Segundo con normas estrictas. Determinó quiénes debíamos estar en la estación o no. A mí, a Camilo, a Alurralde y los del club Monteagudo nos dejó ir. El resto debió esperar en la casona. Y tenía

razón.

Eloy me llevó con velocidad por el andén. Ella subió con todo preparado. Yo alcancé a ver a través de las rendijas de las persianillas del lujoso camarote.

Doña Rafaela abrazó a su hijo. Lo vistió pasándole laboriosamente los brazos de la levita. Rodaban lentas lágrimas por la cara de esa madre que había comprendido todo.

La cara de Felipe era lívida y azulada. Ella le ajustaba la corbata y luego le puso color y un poco de rojo en los labios impresionantemente azulinos. Felipe comprendía. Su madre ahora, tardíamente, era cómplice de su "plan".

Habían traído el charré con los cuatro caballos que sólo usaban para el 9 de julio o para algún baile de etiqueta en el Social.

Allí fue cuando al abrazarlo sentí que su cuerpo era ya ingrávido. En una sola mirada nos comprendimos. Me guiñó el ojo y subió al charré. Eloy me levantó por el estribo trasero y me sentó a su lado.

La llegada a la casa de la plaza Independencia fue un revuelo, según el protocolo necesario —imprescindible— creado por doña Rafaela. Allí estaba Santos rodeada de toda la prole, más Trinidad y sus negritas y las cholas del servicio. Además toda la cuadra, el señor París, vecinos, el catalán de la zapatería, los Zavalía. Era como si la aventura de mi tío hubiese sido publicitada, como un evento deportivo.

Felipe Segundo aguantaba bien, abrazado a Santos, con los besos de Matilde y ya sostenido por la mano firme de su primogénito.

Todos disimulaban brillantemente la situación. Casi había un aire de fiesta. Santos lo besó conteniendo las lágrimas y con voz firme le espetó:

—¡Usté, Felipe! ¡Mire que será consentido!

Alurralde, Faget, Juan, los tíos, doña Rafaela, sus hermanas, Alejandro, todos sabíamos lo que estaba pasando en realidad.

Yo me quedé en la casona arreglando sus papeles. Felipe llegó un día 4 y murió el 7. Esos tres días estuvo acurrucado en el regazo de Santos. (A los chicos se les pidió silencio, alegando que el padre estaba en tratamiento).

Cuando yo pasaba en mi sillón de ruedas hacia el despacho, veía por la puerta entreabierta a Felipe, feliz, en los brazos de Santos. Ella le pasaba suavemente las manos por los cabellos.

El doctor Padilla vino sólo dos veces. Nadie habló de lo obvio.

Felipe Segundo se había dado el lujo de pelear a solas la jugada de la muerte, sin afectar el recuerdo del viaje brillante que dejaba

en sus ocho hijos.

En las últimas horas de su último día, Felipe le pidió a Santos que desprendiese los nueve botones de cristal de roca del chaleco que había usado en París y tal vez hasta en Egipto. Era como una respuesta a la frase que solía repetir Santos para quitarle importancia a las cosas banales: “nadie se lleva ni un botón de pijama al más allá”. Eran nueve lujosos botones circulares de su chaleco de brocado que Felipe dispuso. Uno para Santos y uno para cada hijo.

Con callado coraje, el 7 por la tarde, caía serenamente entre los brazos de su Penélope. Se había dado el lujo de morir como un romano, como un hoplita con aires de aventurero.

El lujo de morir sin haber pasado por la triste categoría de enfermo incurable. Morir de chaqué, sonriente, como en la foto de Paganelli (*Paganelli. Torino. Buenos Aires. Tucumán)* que se hizo tomar en aquella ya lejana siesta tórrida y que tanto chismerío levantó en nuestro Tucumán.